

"Una aventura divertida, llena de vida e increíblemente sexy".

*Publishers Weekly,*  
sobre *Convénceme*



# VICTORIA DAHL

El hombre equivocado podía ser el hombre perfecto para ella



[ebookmundo.com](http://ebookmundo.com)

El hombre equivocado podía ser el hombre perfecto para ella.

La pura atracción animal... era algo que desdeñaba la directiva Jane Morgan, siempre tan correcta y recatada. Así pues, ¿por qué se sentía tan atraída por William Chase, que tenía los bíceps llenos de tatuajes y llevaba botas con refuerzo de acero en la puntera? ¡Aquel hombre se ganaba la vida haciendo saltar cosas por los aires!

Jane se concedió a sí misma una sola noche, explosiva y llena de fantasía, con Chase. Al día siguiente, volvió a ser la aburrida Jane, que solo se relacionaba con hombres convencionales.

Sin embargo, cuando su querido hermano se convirtió en sospechoso de un asesinato, fue Chase quien acudió en su ayuda. Y Jane descubrió que un hombre con experiencia en la vida sabía una o dos cosas sobre cómo averiguar la verdad...



Victoria Dahl

# Sígueme

**Tumble Creek - 3**

**ePub r1.0**

**Titivillus** 12.11.16

Título original: *Lead Me On*

Victoria Dahl, 2009

Traducción: Flora Casas

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

**más libros en [Ebookmundo.com](http://Ebookmundo.com)**

Este libro es para la  
abuela Winnie.  
Te quiero y te echo de  
menos.

*Querido lector:*

*¡Bienvenido de nuevo a las montañas de Colorado!*

*Para esta historia, tenemos que trasladarnos a Aspen, en Colorado, la ciudad hermana de Tumble Creek. Espero que no os importe, pero Jane Morgan vive y trabaja allí, y ha dedicado toda su vida a dirigir con mano de hierro el Estudio de Arquitectura*

*Jennings. Jane es la imagen de la perfección... pero las apariencias pueden ser engañosas.*

*Se me ocurrió la idea de este libro mientras estaba observando a la gente. Seguramente, esto no os sorprenderá, pero yo tengo tendencia a inventarme pequeñas historias sobre la gente a la que veo cuando voy de un lado a otro. Algunos parecen fáciles de catalogar, pero otros no... Y esas son las historias con las que me divierto. El adolescente punk que ayuda a su abuelo a recorrer los pasillos del supermercado todos*



*los domingos. La bibliotecaria de aspecto conservador a la que le asoma un tatuaje por el borde del cuello del jersey. O la directiva que hace gala de una calma y una frialdad absolutas en su trabajo pero que, en realidad, oculta un pasado escandaloso...*

*Por supuesto, no se puede juzgar a nadie por las apariencias, y ninguno somos exactamente lo que parecemos. Sin embargo, algunas personas utilizan su fachada para esconder verdades muy importantes, y la fascinación que siento por las vidas secretas*

*de la gente es lo que me impulsó a escribir la historia de Jane. ¡Espero que os resulte tan interesante como a mí!*

*¡Feliz lectura!*

*Victoria Dahl.*

# AGRADECIMIENTOS

En la vida tengo el apoyo de tanta gente, que me resultaría imposible darles las gracias a todos ellos. Mi familia ha sacrificado mucho tiempo y muchas comidas calientes por este libro, así que puedo decir con toda sinceridad que no lo habría escrito sin su amor.

Gracias, caballeros.

Y gracias a mi agente, Amy, y a

mi editora, Tara, por convertir en realidad toda la serie de Tumble Creek. Espero que disfrutarais de vuestra estancia en las montañas.

Siempre he dicho que la comunidad de autores de novela romántica es el grupo más afectuoso del mundo, y es cierto. Jennifer Echols está ahí, a mi disposición, todos los días; me anima cuando lo necesito, y también me echa un rapapolvo cuando lo necesito.

Courtney Milan hizo todo lo posible por ayudarme a avanzar en

la dirección correcta con los detalles legales de este libro, y espero que mi aproximación al lenguaje legal haya sido correcta. Y hay personas como Kelly Krysten, que dan ánimos por pura bondad. ¡Gracias!

Mi mayor agradecimiento es para mis lectores. Gracias por recibir la serie de Tumble Creek con tanto entusiasmo. Vuestros mensajes amables y vuestras palabras significan mucho para mí.

# Capítulo 1

Jane Morgan se quedó mirando fijamente al hombre que estaba sentado enfrente de ella. Los comensales del restaurante más de moda de Aspen eran un grupo bastante silencioso. No había nada que la distrajera de Greg Nunn.

Lo vio masticar, mover la mandíbula como la movería cualquiera mientras comía. No era descuidado. No se le caían migas

por la barbilla, ni se le veía la pasta que tenía en la boca. Su forma de comer era la de un hombre razonable. Entonces, ¿por qué sentía ella náuseas cuando Greg tragó y se limpió los labios con la servilleta?

—¿Está bueno tu filete? — preguntó él—. Parece que está un poco crudo.

—No, está bien —dijo Jane, y se llevó otro pedazo de carne a la boca.

—Te dije que pidieras las gambas.

Jane masticó y se contuvo para

no gruñir. De hecho, él había mencionado que las gambas no tenían grasa, como si ella necesitara adelgazar. Aquello era algo nuevo; tal vez él también notara la tensión que había entre ellos. ¿Acaso no estaba masticando con más vigor de lo necesario? Jane bajó la mirada y tragó su pedazo de filete con dificultad.

Llevaban cuatro meses saliendo, aunque habían comenzado a acostarse juntos hacía unas pocas semanas. Aspen no era exactamente una ciudad donde hubiera muchos hombres con los que salir, así que



Jane intentaba mantener la cautela en aquel sentido. Y, ahora, se arrepentía de no haber sido aún más cauta.

Antes de que comenzaran las relaciones sexuales, Greg se había comportado como el novio perfecto. Era listo, atento y divertido, y había mantenido un buen equilibrio entre la paciencia y la desesperación durante la larga espera para llevársela a la cama. Sin embargo, cuando lo había conseguido, había empezado a comportarse de un modo más posesivo cada día. Se quedaba a

dormir en su casa con demasiada frecuencia. Se empeñaba en que ella acudiera a todas las cenas y cócteles que celebraba su jefe, un hombre que adoraba ser el centro de atención. Y para rematar, había empezado a dar su opinión sobre la comida que ella elegía de la carta.

Era ridículo, por supuesto. Ella quería compartir un futuro con un hombre inteligente, ambicioso y con éxito, y Greg estaba en el buen camino para convertirse en el primer ayudante del fiscal del distrito. Pero ni siquiera su prometedora carrera profesional la

distraía del hecho de que él hiciera el amor como un conejo.

Jane frunció el ceño al oír el sonido casi imperceptible que hizo Greg al beber agua. ¿Cómo era posible que un hombre tan inteligente pudiera pensar que a las mujeres les gustaba al estilo rápido, frenético y expeditivo?

Ella había intentado no pensarlo demasiado; no se podía juzgar a un hombre tan solo por la profundidad de sus acometidas. Era guapo, educado y solo un poco vanidoso. Era un enamorado de su trabajo. Sería un buen padre, si alguna vez

llegaban tan lejos. Greg Nunn era exactamente el novio que necesitaba. Cualquier otra mujer se habría aferrado a él con las dos manos. Tan solo hacía dos meses que ella misma estaba aferrada a él.

Sin embargo, todas las veces que lo había visto aquella semana, solo podía pensar en su forma de chasquear los dedos, distraídamente, cuando pensaba. O en su costumbre de canturrear mientras conducía. No canturreaba canciones de verdad, sino que canturreaba sin melodía. Y, en aquel preciso instante, solo podía

pensar en su forma de masticar.

La idea de que él le pusiera aquella boca encima cuando hubieran terminado de cenar, en su casa... La idea de que pudieran tener relaciones sexuales...

Jane se estremeció y dejó el tenedor en el plato.

—Greg, me temo que esto no funciona —dijo, sin preámbulos.

Él apartó los pimientos de su plato y siguió eligiendo entre las verduras a la plancha.

—¿Umm?

—Voy a romper contigo.

Uno de los pimientos se resbaló

del plato y cayó a la mesa.

—¿Qué?

—Lo siento. Sé que no debería ser tan brusca. Es que no creo que esto vaya a ninguna parte.

—Pero... pero... ¡si este fin de semana vamos a ir a Fort Collins para que te conozcan mis padres!

Ella se alisó la falda gris con nerviosismo.

—Sí, ya lo sé. Esto es horrible por mi parte. Tú eres un hombre maravilloso...

—Oh, estupendo.

—... pero no creo que haya mucha química entre nosotros.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —preguntó él, con horror.

Jane se ajustó las gafas en la nariz.

—Bueno, hay alguna chispa, por supuesto —dijo—, pero tú no estás enamorado de mí.

—Jane, desde el principio quedamos en que nos lo íbamos a tomar con calma. Yo me estoy concentrando en mi carrera profesional, y tú no querías apresurar el momento de comenzar a mantener relaciones físicas. A mí me parecía bien esperar, pero pensé que los dos nos íbamos a tomar las

cosas con calma también en lo emocional.

—Por supuesto que sí, pero...

—Hay química sexual entre nosotros, y congeniamos a la perfección. Tenemos los mismos objetivos en la vida, las mismas aspiraciones. Y yo te respeto. Me da la impresión de que te estás acelerando demasiado en esto.

Sí, era cierto. Sin embargo, veía perfectamente que no tenía ningún futuro con él, porque acababan de empezar a mantener relaciones sexuales y ella no podía soportar la idea de acostarse con



él. Pero no podía decirle aquello, porque parecía que, para él, el sexo iba muy bien.

—Lo siento. No eres tú, soy... yo —dijo, torpemente.

Greg se quedó estupefacto.

—No puedo creerlo —dijo. Su tenedor cayó sobre el plato e hizo un sonoro ruido—. Es increíble. ¿Qué les voy a decir a mis padres? ¿Que soy un tipo fantástico, pero que Jane ha decidido romper conmigo justo antes del fin de semana en el que iba a conocer a mi familia?

—Puedes decirles que me he

puesto enferma.

—No les voy a ocultar el hecho de que me has dejado, Jane. Tampoco es un golpe tan duro.

Estaba hablando cada vez más alto. Claramente, ella le había herido el orgullo. Greg detestaba perder sus casos y, aparentemente, también detestaba perder a una novia. Jane reconoció su mirada de furia, porque tenía la misma expresión después de un mal día en los juzgados. En realidad, también tuvo aquella mirada en una ocasión en la que ella había cancelado una cita porque tenía que ayudar a su

jefe en un proyecto. Tal vez debería haberle prestado menos atención a sus habilidades como amante y más atención a su carácter.

Jane miró nerviosamente a su alrededor. Algunas personas los estaban mirando.

—Lo siento. Estaba intentando ayudar. Tal vez lo mejor sea que me vaya.

—Sí, tal vez sea lo mejor —replicó él—. Y no me llames dentro de un par de semanas, cuando empieces a sentirte sola. Hay una nueva asistente en la oficina que lleva varios días mirándome.

Mañana mismo estaré hablando con ella.

Obviamente, quería hacerle daño, pero lo único que sintió Jane fue alivio.

—Lo siento —dijo, mientras tomaba su bolso y se ponía en pie—. He pensado que sería mejor terminar antes de conocer a tus padres. ¿Quieres que pague la mitad de la cuenta?

—¡Por el amor de Dios, lárgate! —exclamó Greg. Tomó la copa y bebió un trago de agua sin mirarla a la cara.

¿Estaba enamorado de ella? No,

no lo creía. Estaba más furioso que dolido. Sin embargo, no tenía ninguna importancia. Ella no podía quedarse con un hombre que no la atraía en absoluto.

—Adiós.

Esperó una respuesta, pero no la obtuvo, así que se dio la vuelta y caminó hacia la puerta. Quería echar a correr, pero se dominó. Le pareció oír una maldición a su espalda, algo como «zorra frígida», pero fingió que no se había enterado de nada y continuó su camino. Le habían dicho cosas peores en la vida y, si eso era lo

que había dicho Greg en realidad, lo mejor era alejarse de él cuanto antes.

Jane salió a la calle y respiró profundamente. Era libre. La tensión estaba desapareciendo de su cuerpo. Aquello estaba empezando a ser una costumbre.

Se encogió al pensar aquello y comenzó a caminar hacia el trabajo. Cuando solo le quedaba un kilómetro, ya estaba llena de energía.

Después de pasar unas cuantas horas más en la oficina, tendría toda la noche para sí misma. Nada

de sexo con Greg. Nada de conversaciones sobre ópera o películas extranjeras, ni sobre leyes constitucionales ni sobre ninguno de aquellos temas. Aquella noche, se iría a casa, tomaría un buen baño y vería alguna película de terror, seguramente.

Vaya. Era libre.

Intentó no sentirse tan eufórica. El domingo siguiente iba a cumplir veintinueve años; era el último año de su década de los veinte. Quería casarse, algún día, y poder tener hijos si así lo decidía. Y, si quería casarse con el hombre adecuado,

tenía que dejar de abandonar a sus novios por los motivos más superficiales.

No era necesario tener unas relaciones sexuales fantásticas para tener una buena vida. Tampoco era necesario tener al lado a un hombre musculoso, con pantalones vaqueros y botas. Un hombre que le enredara la mano encallecida en el pelo y le dijera exactamente lo que iba a...

—Vulgar —se dijo Jane, cabeceando, y se apartó de la mente aquellos pensamientos. Ya no era aquella chica, y nunca volvería a



serlo. Aquella chica había sido una pesadilla de baja autoestima y bajas expectativas.

Jane Morgan era una mujer respetable e iba a casarse con un hombre respetable. Todavía le quedaban unos cuantos años para encontrarlo, por supuesto, pero iba a tener que superar el aburrimiento que le producían los hombres tan respetables y adecuados, y rápidamente, además.

Pese a aquel sermón que se estaba echando a sí misma, Jane recorrió el trayecto hasta su oficina sonriendo sin parar. Sin embargo,

cuando entró por la puerta, puso su cara seria y volvió al trabajo. Media hora después, su mundo había recuperado la normalidad. Un trabajo lleno de calma, en una oficina llena de calma... hasta que sonó su teléfono móvil y ella vio quién llamaba. *Mamá.*

—Oh, no —gruñó, y respiró profundamente antes de responder.

—Cariño —dijo su madre inmediatamente—. Por favor, dime que has tenido noticias de tu hermano.

Jane se alarmó al instante.

—¿De Jessie? ¿Por qué?

¿Ocurre algo?

—No vino a casa anoche.

A Jane se le paró el corazón, pero no de pánico, sino de incredulidad.

—¿Y por eso me llamas?

—Se marchó ayer, a las seis, y no ha vuelto a casa ni ha llamado, ¡y yo no sé qué hacer!

—Mamá... no seas boba.

—Es que... Oh, cariño, estoy segura de que tu hermano se ha metido en algún lío.

—Eso es probable, pero no sé qué tiene que ver eso conmigo. Jessie tiene veintiún años, mamá.

Es un adulto, como yo.

—Bueno —dijo su madre, suspirando—, él no tuvo nunca todas las ventajas que has tenido tú. No es tan listo como tú.

Jane volvió a respirar profundamente y miró hacia la puerta del señor Jennings.

—Te he dicho que no me llames al trabajo si no es por una urgencia, mamá. Esto no es mi tiempo personal.

—¡Se trata de algo urgente!

—No, no es verdad. A un hombre adulto no se le considera desaparecido hasta después de

dieciocho horas. Y menos a un adulto a quien le gusta beber y trabar amistad con todos los borrachos de los bares.

—¡No digas esas cosas de tu hermano!

—Mamá, lo siento, pero tengo que colgar. ¿Algo más?

—Bueno, no, no creo... ¡Espera! ¿Vas a venir por tu cumpleaños?

Jane se estremeció. Antes de romper con Greg, tenía la excusa perfecta para perderse la celebración de su cumpleaños con su familia. Pero, ahora... Jane

deseaba que su madre se hubiera olvidado del cumpleaños de su única hija, pero no tuvo esa suerte. Su madre había sido una mala progenitora, pero no por falta de bondad ni de generosidad. De hecho, más bien por todo lo contrario. Sin embargo, Jane no necesitaba una amiga mientras crecía, sino una madre.

—Lo siento, mamá. Estoy ocupada.

—Ah. ¿Vas a hacer algo con ese nuevo novio?

—Eh... Bueno, sí.

—Podías traerlo a casa,

¿sabes?

Jane intentó imaginarse a Greg en casa de su madre, pero la idea desafiaba a todas las leyes de la Naturaleza. Él nunca hubiera pasado más allá del coche medio quemado que había en el patio delantero.

—Tu padre ha quitado por fin el Corvair —añadió su madre, esperanzadamente.

Bien, entonces, ya no había coche calcinado en el patio, así que solo quedaba... todo lo demás. Su familia, la tienda, la casa y todos los otros coches esparcidos por la

parcela. Perfecto. Tal vez su madre hubiera añadido el gallinero que siempre quiso...

—No, gracias, mamá. Pero te llamaré.

—Oh. Bueno, de acuerdo. Está bien.

Jane ignoró su tono evidente de desilusión y colgó. ¿Qué decía de ella el hecho de que prefiriera pasar su cumpleaños a solas que pasarlo con su familia? ¿Qué tipo de persona era?

Tuvo un sentimiento de culpabilidad muy familiar.

De adulta, Jane entendía mejor



los errores que había cometido su madre, que había tomado todas sus decisiones sin malicia, solo por inmadurez y desesperación. La vida que le había dado a ella, la pobreza, las visitas a la cárcel y las constantes mudanzas, era la única vida que su madre había conocido. Y, de no haber sido por la intervención temprana de su padrastro, Jane habría vivido de la misma forma.

Así pues, ya no estaba enfadada con su madre, tan solo... incómoda.

Su familia, su madre, su padrastro y su hermano, sabían

quién era ella. Sabían qué clase de chica había sido, y sabían que su transformación en una mujer conservadora era falsa.

El problema no era su familia, exactamente, sino que ella era un fraude, y no le gustaba que se lo recordaran.

Lo mejor era mantener separadas las dos mitades de su vida. De ese modo, nadie se haría daño. Especialmente, ella.

William Chase subió el volumen de la música al máximo mientras

bajaba de la montaña. Llevaba las ventanillas abiertas, y el aire frío llevaba un poco de polvo de la carretera. A Chase no le importó. Después de una explosión como aquella, no había nada que pudiera estropearle el buen humor.

Setecientos kilos de dinamita que habían mordido el granito como si fuera papel maché. Dios Santo. Sin duda, tenía el mejor trabajo del mundo.

Dio unas palmadas en el volante, y sonrió. Los días de voladura eran sus favoritos. Sin embargo, no eran tareas aisladas:

había que planear minuciosamente la ejecución y hacer un montón de papeleo. Y, demonios, la mayoría de las excavaciones no necesitaban ni un solo cartucho de dinamita, sino solo una retroexcavadora y un *bulldozer*.

No obstante, para la construcción de un hotel nuevo en Aspen, había que hacer en algún sitio los cimientos, y ese lugar estaba exactamente en las rocas.

Aunque había montado su empresa Extreme Excavations hacía tan solo seis años, ya se había labrado una buena reputación y casi

todos acudían a él para los trabajos más difíciles. No solo para cosas grandes, sino para cosas complicadas. Era capaz de volar una pared de roca de quince metros de altura y dejar en pie el establo de cien años que había un metro más allá sin una sola grieta.

Era bueno, y lo sabía; eso hacía que su trabajo fuera aún mejor.

Con una gran sonrisa, entró en Main Street y pasó por delante de su cafetería preferida sin mirarla. Aquel día no necesitaba cafeína. Estaba entusiasmado con la vida, y con las explosiones.

Cuando entró en el aparcamiento de Jennings Architecture, no salió del coche inmediatamente. Apoyó la cabeza en el respaldo y esperó a que terminara su canción favorita. Cuando la música se desvaneció, comenzó a oír el goteo de los cientos de tejados de la calle. El invierno había terminado, y comenzaban meses de mucho trabajo para él.

Conseguir un trabajo con Quinn Jennings era un buen golpe. Quinn era uno de los arquitectos más conocidos y requeridos de la

ciudad, y aunque normalmente él trabajaba en proyectos comerciales, había aceptado con entusiasmo la oportunidad de participar en la construcción de un complejo residencial con Quinn.

Chase apagó el motor y se dirigió hacia el pequeño edificio del estudio. En cuanto atravesó el vestíbulo, tuvo que detenerse ante un enorme escritorio. En él estaba sentada una mujer de grandes ojos marrones, con gafas, que lo observaba con una actitud fría y crítica.

—Buenas tardes —dijo.

Le miró el pecho y, después, volvió a alzar la vista. Chase sintió una punzada de interés, pero su mirada de desaprobación hizo que se cuestionara por qué tenía ganas de sonreír.

—Hola, soy Chase —dijo, decidiéndose por la sonrisa.

Ella no respondió, sino que enarcó una ceja. Tenía los dedos posados en el teclado, como si solo estuviera esperando a que él se moviera para poder volver a trabajar.

—Vengo en nombre de Extreme Excavations —le explicó.



—Umm. Un placer conocerlo, señor Chase.

—No, solo Chase —dijo él, y ella volvió a enarcar la ceja. Chase carraspeó e intentó no retorcerse—. Quinn Jennings me ha pedido que pasara por aquí para recoger unos planos. Le dije que vendría hoy.

—El señor Jennings está hablando por teléfono en este momento. Siéntese, por favor. Tardará solo unos minutos.

—Gracias.

—Yo soy Jane. En el futuro, lo mejor será que hable conmigo sobre los materiales de los

proyectos. El señor Jennings suele olvidarse de supervisar esos detalles cuando está trabajando.

—Eh... De acuerdo. Encantado de conocerte, Jane.

—¿Le apetece tomar algo? ¿Café, o agua?

—No, gracias. Voy a... voy a sentarme.

Entonces, Chase asintió y se dirigió hacia las sillas que había a su derecha. Se sintió aliviado por el hecho de que aquella mujer no fuera su secretaria. Siempre tendría terror a llegar tarde a trabajar.

Claro que... era muy guapa.

Chase frunció el ceño. De repente, se quedó asombrado por el interés que sentía. Alzó la vista y la miró; estaba tecleando sin parar. Las elegantes gafas que llevaba se le deslizaron nariz abajo, y ella se las ajustó de nuevo.

¿Era guapa?

Bueno, aparte de que pareciera que estaba hecha de hielo, tenía unos labios carnosos con aspecto de ser muy suaves. Y sus ojos castaños eran increíbles, a pesar de su expresión reservada. El resto era difícil de descifrar; su traje negro de chaqueta no revelaba nada sobre

su figura, y se había recogido el pelo castaño y brillante en un moño. Llevaba unos pendientes de perlas como único adorno.

En todos los sentidos, parecía una mujer profesional y conservadora que jamás perdía la compostura.

Ella lo miró sin dejar de teclear, y él se fijó en el nombre que había sobre su escritorio: Jane Morgan.

Aquel exterior tan rígido tenía algo que le produjo un picor en las yemas de los dedos.

Se atrevió a mirarla otra vez y,

casualmente, Jane se estaba lamiendo los labios. Tenía la punta de la lengua muy rosa en contraste con la boca. Si llevaba carmín, era un color muy aburrido y discreto, pero aquella pequeña visión de su lengua no tuvo nada de aburrida.

Chase se movió en el asiento, y el movimiento volvió a llamar la atención de Jane Morgan. En aquella ocasión, fue ella quien apartó la mirada. Se le ruborizaron las mejillas, y a él se le aceleró el pulso. Seguramente, ni siquiera se habría percatado del cambio de color de las mejillas de otra mujer,

pero, en ella, parecía una respuesta significativa. Se había fijado en él, y Chase entrecerró los ojos y deslizó la mirada por su cuello elegante.

Su piel parecía muy suave y, sin poder evitarlo, Chase se preguntó cómo reaccionaría si la mordisqueara. Pero ¿por qué demonios estaba pensando en mordisquear a una completa extraña?

Frunció el ceño y, al instante, se dio cuenta de cuál era el motivo: la explosión. Una buena voladura siempre le proporcionaba una

descarga de adrenalina y le producía excitación. Seguramente, a Jane, la remilgada, aquello no le parecería nada bien.

Sonó su teléfono móvil, y se levantó para atender la llamada.

Ella se quedó sorprendida al oír que Chase murmuraba «Disculpe» y salía por la puerta. Sorprendida, ¿porque él era educado? ¿Acaso por el tatuaje? Chase estaba sonriendo al responder al teléfono, pero se puso serio al instante, porque su agente de seguros le dijo iban a subirle la cuota del seguro.

Chase se paseó de un lado a otro delante de la puerta del edificio, mientras peleaba por mantener el precio. Sin embargo, sus argumentos no sirvieron de nada. El agente le juró que era una subida general, que nada tenía que ver con el historial de Extreme Excavations.

—Nosotros no hemos tenido ni un puñetero accidente —repitió, una última vez, y miró a través del cristal para asegurarse de que la secretaria no lo había oído y se estaba tapando los oídos.

Ella lo estaba observando, pero



no tenía cara de enfado. Jane estaba observando su pecho.

Chase se quedó inmóvil y la miró mientras su agente seguía hablando. Cuando ella alzó la vista y se topó con sus ojos, pestañeó rápidamente y volvió a fijarse en la pantalla del ordenador.

Vaya, vaya.

Él le dio la espalda y terminó la conversación con su agente; después, miró rápidamente hacia atrás, para intentar sorprenderla de nuevo. No hubo suerte. Ella estaba concentrada en su trabajo.

Chase se metió el bolsillo en el

teléfono y, al hacerlo, se dio cuenta de que tenía una mancha de polvo gris en la pechera de la camiseta azul marino. Tal vez aquel fuera el motivo por el que ella se había quedado mirándolo. «Mierda», murmuró, con una extraña desilusión por el hecho de que Jane no se hubiera dejado atrapar en la fantasía de echar una cana al aire con un proletario.

Se encogió de hombros y volvió a la oficina, justo cuando Quinn Jennings salía de su despacho.

—Hola, Chase —dijo el arquitecto, tendiéndole la mano.

Chase se la estrechó, y tomó la carpeta que le entregaba Quinn.

—Gracias.

—Siento que se me olvidara dejársela a Jane. La próxima vez será mejor que la llames a ella.

—Sí, eso es lo que me ha dicho —explicó Chase, y la miró, pero Jane estaba ignorando la conversación.

—Bueno, parece que, después de todo, me defiende un poco —dijo Quinn, riéndose—. Quédatelo todo el tiempo que necesites.

—No tardaré más que unos días.

Una mano apareció en su campo de visión y le arrebató la carpeta de entre los dedos.

—Discúlpeme —dijo Jane—. Necesito hacer una copia de esto antes de que salga del estudio.

—Um... Ah, entendido —respondió Chase, mirándole la nuca. Ella ya estaba delante de la fotocopidora.

Quinn se despidió y se marchó a una obra, y Chase se quedó a solas con Jane. Le miró el trasero, pero su falda gris, larga y recta no dejaba entrever mucho de sus formas. Era alta y curvilínea, o un

poco rellenita, pero él era un hombre, y no le asustaba que una mujer tuviera dónde agarrar.

—Aquí tiene, señor Chase.

Él pestañeó y tomó la carpeta.

—Solo Chase —repitió, aunque estaba empezando a sospechar que ella ya lo había entendido, pero que no aprobaba aquella muestra de familiaridad.

—Que tenga buen día —dijo Jane.

Chase no quería que lo despidiera todavía, así que abrió la carpeta y hojeó el contenido.

—Tu jefe es muy bueno en su

trabajo.

—Sí.

Observó un par de planos de la casa de la montaña y volvió a mirar a Jane. Ella no se dio cuenta. De nuevo, estaba mirándolo fijamente. En aquella ocasión, era su brazo lo que había captado toda su atención. O su bíceps, o la tinta que se extendía por él. Por algún motivo, él sospechó que se trataba de las bandas negras de su tatuaje.

Se le aceleró el corazón. Tal vez la remilgada y profesional Jane quisiera darse un paseo por el lado salvaje de la vida.

Afortunadamente, él estaba de humor para satisfacer su curiosidad.

—¿Jane? —dijo, suavemente, y ella se sobresaltó tanto que dio un respingo.

Se ruborizó, y volvió a mirar su ordenador.

—¿Puedo ayudarle en algo más? —preguntó. Pese a que tenía las mejillas sonrojadas, su voz sonó glacial.

—Sí, en realidad, sí —respondió él. Cerró la carpeta y se acercó a su escritorio—. ¿Sales a cenar conmigo esta noche?

Aunque Jane se quedó helada, no alzó la vista.

—¿Que si salgo a cenar?

Ah, claro. Aquella mujer requería una invitación más formal. Bien, bien. Estaba dispuesto a seguirle la corriente.

—Jane Morgan, ¿me harías el honor de salir conmigo a cenar esta noche?

Demonios, incluso le hizo una pequeña reverencia.

Jane permaneció inmóvil, con los dedos detenidos sobre el teclado.

—¿Cómo?



—¿Te gustaría salir a cenar?

Por fin, ella posó las manos en el teclado.

—No, gracias.

Chase no se quedó exactamente sorprendido. Sin embargo, sí sintió cierta decepción.

—¿Estás segura?

—Gracias, pero sí, estoy segura —dijo ella, y se humedeció los labios.

Demonios, aquellos labios eran totalmente atractivos en aquel momento, rosados, carnosos y brillantes. Chase ladeó la cabeza. Sí, su boca era muy sexy.

—Bueno, si estás tan segura —  
dijo él, resistiéndose.

—Sí, estoy segura —dijo Jane.

Entonces, respiró  
profundamente, se cuadró de  
hombros y comenzó a teclear.

—Está bien —murmuró él—.  
Entonces, que tengas un buen día.

Y Chase no pudo hacer otra  
cosa que marcharse.

Cuando se cerró la puerta de la  
oficina, Jane siguió tecleando  
palabras sin sentido. Esperó, contó  
hasta veinte, dejó de escribir y miró

a través del cristal de la puerta. La camioneta de aquel hombre estaba saliendo del aparcamiento. Se había quedado sola.

Exhaló un gran suspiro y se desmoronó en la silla.

—Oh, fatal.

¿Qué era lo que acababa de ocurrir?

Aparte de la escenita de Greg en el restaurante, y de la conversación telefónica con su madre, el día había sido normal para Jane: después de la hora de comer, un montón de llamadas de los contratistas que volvían a las

obras. El rumor tranquilo de una oficina bien llevada durante unas cuantas horas más. Aquel desastroso momento con Greg no la había desconcentrado en absoluto del trabajo.

Y, entonces, había aparecido él.

Al verlo en el vano de la puerta, se había quedado asombrada. No era muy musculoso, pero era alto; medía más o menos un metro noventa centímetros, y tenía una constitución que ocupaba más espacio del que debería en aquella habitación. Tenía el pelo castaño muy corto, pero era tan

espeso que parecía suave al tacto.

Jane se estremeció al pensarlo.

Tres horas de libertad, y ya estaba pensando en un hombre que no era adecuado para ella. No debería haber roto con Greg. Greg tenía estudios académicos, era ambicioso y educado. No era grande ni llevaba tatuajes. No tenía una camioneta abollada y polvorienta. No tenía un trabajo sin futuro y mal pagado, ni llevaba botas con la puntera de acero, ni una camiseta que se le pegara a los músculos cuando se movía.

Jane sintió un cosquilleo en la

piel, y murmuró «Oh, fatal» otra vez. Aquel Chase era exactamente el tipo de hombre que no quería tener en su vida. El tipo de hombre que le causaba un cosquilleo en la piel. No, no era el tipo de hombre que necesitaba, pero sí el tipo de hombre que deseaba. Primario y grande.

—No voy a ser mi madre — dijo, ante la pantalla del monitor—. No voy a ser mi madre. Jódete — soltó. Entonces, miró a su alrededor con un gran sentimiento de culpabilidad. Ella nunca decía palabrotas.

Y no salía con hombres que tuvieran los bíceps tatuados.

Jane giró los hombros y estiró el cuello.

—No voy a ser mi madre — repitió—. Y no voy a volver a ser aquella chica.

Entonces, borró el galimatías que había escrito en su hoja de Excel y se concentró de nuevo en el trabajo.

## Capítulo 2

Jane estaba agotada cuando salió de su coche a la mañana siguiente. Aquella noche no estaba demasiado alterada y distraída como para cumplir su plan, así que, en vez de ir a casa a ver una película, había llamado a su entrenador personal y se había pasado una hora haciendo ejercicio en serio en su gimnasio privado. Después, se había comido una pizza entera, se había quedado



viendo la televisión hasta medianoche y no había oído el despertador a la hora de levantarse.

Abrió la puerta de la oficina y entró corriendo para sentarse en su escritorio. Quince minutos tarde. Estaba cayendo en picado.

Una noche sola, y Jane Morgan se estaba hundiendo. Su fachada se desmoronaba como las montañas de nieve que se derretían en el aparcamiento.

No importaba que se esforzara en vestirse de un modo muy profesional, ni que su actitud fuera más puntillosa que la de una

bibliotecaria. No importaba que se negara a mostrar ni la más mínima muestra de simpatía a los contratistas, ni a los promotores, ni a los ingenieros, ni que se asegurara de salir solo con hombres apropiados... No había cambiado en absoluto.

Seguía sintiéndose atraída por el mismo tipo de hombre con el que siempre había salido durante el instituto: tatuado, bruto y listo para darse un revolcón.

—Mierda —gruñó.

Había tenido un sueño muy abrasador con Chase la noche

anterior. Y había sentido muchas más cosas con aquel sueño que las que nunca le hubiera hecho sentir Greg.

Aunque, en realidad, Chase no era exactamente el tipo de hombre con el que ella se había relacionado en el pasado. Y no era exactamente el tipo de hombre que a su madre le había gustado durante años.

Aunque él llevaba unos pantalones vaqueros desgastados y con manchas antiguas de tierra, olía a detergente. Llevaba el pelo bien cortado. Las curvas de su tatuaje oscuro iban enroscándose desde su

nuca hasta desaparecer por la línea del cabello. Y, lo más importante de todo: no podía ser un antiguo presidiario. Extreme Excavations estaba especializada en voladuras, y las autoridades no concedían permisos para utilizar explosivos a las empresas que tenían contratados a criminales.

Así pues, no, Chase no era exactamente como los tipos de su pasado.

Jane frunció el ceño y miró su reflejo en la pantalla del ordenador.

—Muy bonito, Jane Morgan. Qué alto pones el listón: ropa

interior limpia y nada de antecedentes penales —murmuró, y los hombros se le hundieron de repente—. Soy un engaño.

Tal vez estuviera engañando a los demás, pero se le daba muy bien mantener aquella ilusión. Al oír un coche cerrarse en el aparcamiento, Jane se puso muy recta y tecleó para sacar al ordenador del modo suspendido. Enseguida, se puso a trabajar en el informe que estaba preparando.

Se abrió la puerta y ella alzó la vista, esperando encontrarse al señor Jennings, que llegaba al

estudio. A quien no esperaba era al hombre con el que había soñado la noche anterior.

Sin embargo, en aquel momento era Jane, aquella fachada impenetrable, así que se limitó a arquear una ceja.

—Buenos días, señor Chase.

—Buenos días, señorita Jane — dijo él.

Jane estuvo a punto de echarse a reír, y aquello habría sido un desastre. Si él supiera que le parecía encantador, tal vez le pidiera una cita nuevamente. Así pues, Jane no se permitió ni la más

leve sonrisa.

—¿En qué puedo ayudarlo?

Él le entregó la carpeta que llevaba bajo el brazo.

—¿Lo ves? Sana y salva. Soy la responsabilidad en persona.

—Umm —murmuró ella, intentando disimular cuánto la desconcentraba. A él se le había subido un poco la manga, y se le veía una parte más del tatuaje tribal que tenía en el brazo—. Gracias.

—Bueno... —dijo él.

Ella apartó los ojos de su brazo.

—¿Lo has pensado un poco

mejor?

—¿El qué?

—Lo de salir a cenar conmigo.

—No —dijo ella. Respondió como si fuera la pura verdad. Y, en realidad, sí lo era, porque no había pensado en cenar ni una sola vez.

—Vamos —dijo él, con una enorme sonrisa. Tenía los ojos muy azules y, en aquel momento, muy brillantes también—. Solo a cenar.

—No, gracias.

—¿Por qué no?

—Porque no eres mi tipo —dijo ella, mintiendo con descaro.

—¿Estás segura? —preguntó él,



y se miró el brazo. A Jane se le aceleró el pulso.

Oh, Dios Santo. Claramente, Chase se había dado cuenta de que le había mirado el tatuaje.

Sin embargo, él podía pensar que era una mirada de desagrado, se dijo Jane. Que no significaba nada de nada.

Su pulso no la escuchó, sino que se aceleró aún más. Chase sonrió y posó una mano en el escritorio para inclinarse hacia ella. Clavó los ojos en su boca, y ella se dio cuenta de que estaba respirando muy rápidamente.

La noche anterior, mientras daba puñetazos al saco de boxeo, se había imaginado que su entrenador era Chase. Se había imaginado que era él quien la agarraba, que deslizaba las manos por su piel húmeda, que la besaba con un gruñido...

Oh, Dios, aquel engaño se estaba desvaneciendo sin que pudiera evitarlo. ¿Y si dejaba que Chase...?

Sonó su teléfono móvil, y ella pudo escapar de su mirada hipnótica. Jane miró el móvil y se sintió como si le hubiera caído un

jarro de agua fría. Era su madre.

—Sí —dijo, para responder a Chase, mientras observaba el teléfono—. Estoy segura.

—¿Que estás segura de qué?

—Estoy segura de que no es usted mi tipo, señor Chase, pero muchas gracias por la invitación.

Aunque se le borró la sonrisa de los labios, Chase no dio ni la más mínima muestra de estar enfadado. De hecho, sacó una tarjeta de visita del bolsillo trasero del pantalón y se la dio.

—Bueno, está bien. Llámame si cambias de opinión. Ahí está mi

número.

—Gracias —dijo ella.

Tenía intención de tirarla a la basura, pero, en cuanto Chase se dio la vuelta y se marchó, se metió la tarjeta al bolso. Después, apagó el teléfono móvil y lo guardó también.

Estaba trabajando, y el mundo de los tipos duros, de los coches quemados y de las malas madres podía irse al infierno.

—Me alegro mucho de que hayas decidido quedarte conmigo —dijo

Lori Love—. Dios sabe cuánto voy a tener que estar aquí sentada.

Se metió un rizo castaño detrás de la oreja y apoyó los codos en la barra.

Jane sonrió. El señor Jennings y Jane tenían una relación formal, y parecía que ella había ganado una amiga. Sin embargo, ellas dos no solían salir juntas por el centro de la ciudad, principalmente porque ella casi nunca iba a la ciudad. Miró a su alrededor. Estaban en el bar de un hotel.

—No sé por qué has accedido a verte con el señor Jennings aquí.

—Oh, soy más lista de lo que piensas. Quinn está en una cena de trabajo en The Painted Horse. Yo no quise ir, pero ya había aceptado la invitación para ir a la fiesta del Ayuntamiento a las ocho. Así que hemos quedado después de la cena. Así no tengo que soportar el aburrimiento de la reunión, pero disfruto de las copas gratis que hay después.

—Enhorabuena —dijo Jane, haciéndole un brindis con el vaso vacío de su vermut.

—¿Y tú? ¿Por qué no vienes a la fiesta?

—No estoy invitada —dijo Jane, y se sorprendió al ver que el camarero le ponía otra copa delante. Debía de haber visto que movía el vaso y había malinterpretado la señal—. Eh... gracias.

—Por favor, ven con nosotros —le dijo Lori—. Es abajo, en el salón de actos. Así me haces compañía mientras Quinn habla de trabajo.

Jane lo pensó un momento. Una fiesta. Copas. Hombres apropiados, profesionales con una buena educación. La fiesta sería el lugar

perfecto para conocer al tipo de hombre que necesitaba conocer, pero la idea de hacer aquello aquella noche, de ser profesional, conservadora y reservada... Jane miró su segunda copa y se la encontró vacía.

—Lo siento, pero no —dijo—. Nada de trabajo esta noche.

—Vaya. Oye, ¿te has leído ya el libro de este mes?

Jane había convencido a Lori para que se uniera al grupo de lectura que había en la librería del barrio.

—Sí. Me ha parecido un texto



muy meditado, muy minucioso.

—Aj. A mí me ha parecido deprimente —respondió Lori—. No he conseguido pasar del sexto capítulo, cuando ella vuelve con su marido, aunque tenga tendencias suicidas. Lo dejé y me puse a leer uno de mis libros picantes. De todos modos, la reunión del grupo de lectura es justo antes de mi viaje, y voy a estar muy ocupada.

Jane sintió una punzada de envidia. Lori también se estaba construyendo una vida, un futuro, pero no tenía nada que ver con el hecho de tratar de ser respetable.

Lori estaba extendiendo las alas, leyendo novelas eróticas y terminando la universidad. Además, se marchaba a recorrer Europa. Lori había sido una buena chica durante toda su vida. Había sido responsable y respetable. Jane no tenía aquel pasado en el que apoyarse, así que fingía que le gustaban los libros deprimentes que le recomendaban las mujeres cultas.

Otro pequeño acto fraudulento que aumentaba su insatisfacción.

Lori le dio un codazo.

—Todavía tengo esa caja de libros interesantes que tiene tu

nombre escrito en la tapa.

Jane sopesó aquella oferta. Había rehusado hacía unas cuantas semanas, pero, tal vez, los libros eróticos fueran un buen desahogo en aquellos momentos. La noche anterior, se había sorprendido devorando con la mirada a su entrenador, y eso que Tom era gay al cien por cien. Pero, gay o no, sus hombros le recordaban a los de Chase.

—¿Puede ser? —preguntó Lori, con una sonrisa de picardía. Entonces, su mirada se desvió, y su sonrisa se hizo resplandeciente—.

Hola, Quinn.

Quinn Jennings se sentó en un taburete, junto a su novia.

—Hola, Lori Love —dijo él, con una voz parecida a un ronroneo.

Jane estuvo a punto de enrojecer al oírlo. Aquella era la prueba fehaciente de que un hombre bueno e inteligente podía echar chispas con la mujer adecuada. Ella no tenía por qué conformarse con lo seguro y aburrido. Podía encontrar a alguien que le diera seguridad y, al mismo tiempo, emoción. Claro que Quinn Jennings nunca le había llamado la atención. Él no era su

tipo, al igual que Greg, que el dentista con el que había salido antes de Greg y que el veterinario con el que había salido antes del dentista.

—Hola, Jane —dijo Quinn—.

¿Vas a venir con nosotros?

Lori lo tomó de la mano.

—No, se va a quedar aquí y se va a emborrachar hasta que se tambalee.

La pareja se echó a reír al pensarlo; seguramente, no se les pasaba por la cabeza que ella pudiera tener un comportamiento indigno. Qué poco la conocían.

Quinn murmuró algo sobre el contribuir a la causa y puso un billete de diez dólares sobre la barra.

—Otro para ella —dijo.

—Oh, no, señor Jennings. No quiero...

Pero él ya estaba tirando de Lori hacia la puerta.

—Nos vemos el lunes, Jane. No te metas en líos.

Llegó la copa y ¿cómo no iba a bebérsela? Quince minutos más tarde, tenía en la mano la tarjeta de Chase. Era una tarjeta de trabajo, así que, tal vez, él no fuera solo un

peón caminero. Tal vez fuera supervisor, o algo parecido... En la tarjeta ponía *W. Chase*. Su nombre de pila debía de ser algo horrible, como Worthington o Wessex.

Él le había dicho «solo Chase» en varias ocasiones, como si le causara incomodidad que le llamara señor Chase. Y tenía razón, por supuesto. Aquello no iba con él.

Jane alzó la vista y se topó accidentalmente con la mirada de un hombre que estaba sentado dos taburetes más allá. Al ver que él sonreía y se levantaba de su

asiento, ella tuvo que contener un gruñido. No estaba de humor para conversaciones. Con él, por lo menos, no.

—Hola, qué tal —dijo él—. Me llamo Dan.

—Hola, Dan —dijo Jane, sin decirle cómo se llamaba. Era un tipo agradable, y llevaba traje y cortaba, pero no era su tipo. Ninguno de aquellos tipos lo era. No había esperanza para ella.

—¿Vives aquí, en Aspen?

—Umm, umm.

—Yo he venido por trabajo. Es una ciudad preciosa.



—Sí, es muy bonito.

Y ¿por qué se molestaba él en iniciar una charla? Ella se había puesto su traje de color marfil, las gafas y un moño. Se había arreglado para resultar tensa e inaccesible. Tal vez lo único que parecía era solitaria y desesperada. Una mujer fácil.

Dan apoyó el codo en la barra.

—¿Me permites que te invite a una copa?

—No, gracias. He quedado con una persona.

Aquello lo ahuyentó, por fin. Mientras se alejaba, Jane observó

su espalda y pensó que era muy... bajito. ¿Acaso era mucho pedir un hombre alto?

Miró de nuevo la tarjeta. Chase. Él era muy alto. Y la excitaba. Y, por el motivo que fuera, le había pedido una cita. Claramente, no era para casarse con él, pero ¿eso le impedía utilizarlo para pasar un buen rato?

El señor Jennings había salido con muchas mujeres que no le convenían antes de conocer a Lori, y no se había tomado en serio ninguna de aquellas relaciones. ¿Por qué no podía ella hacer lo

mismo?

Era casi su cumpleaños. Sin embargo, no sería muy inteligente acostarse con alguien que pertenecía a su mundo profesional. No sería nada inteligente, pero sería un buen regalo de cumpleaños.

¿No se merecía una noche de sexo ardiente con un hombre de verdad? Solo sería una pequeña desviación de su camino hacia un futuro respetable y, además, nadie conocía su pasado. Nadie podría decir de ella que era tan vulgar como antes.

Sacó el teléfono y se dispuso a marcar el primer número, pero no lo hizo. Dejó el móvil en la barra y respiró profundamente. En aquel momento, alguien la llamó.

—Oh, caramba —murmuró. Salvada por los pelos. Aunque en la pantalla volvía a aparecer *Mamá*, y eso no podía ser bueno.

—¿Sí? —respondió.

—Oh, Jane, ¡gracias a Dios! ¡Tengo malas noticias!

—¿Qué ocurre? —preguntó Jane, con el corazón encogido.

—¡Es Jessie! No ha vuelto a casa, y llevo todo el día intentando

llamarte. Pero ahora ya sé lo que ha pasado. ¡Tu hermano está en la cárcel!

—Oh —musitó Jane—. ¿Por qué?

—No lo sé. Solo he oído rumores. Él no ha llamado a casa. ¡No sé lo que ha pasado!

—Cálmate. No ha llamado a casa porque sabe que papá lo va a matar —dijo Jane, y bajó la voz mientras miraba a su alrededor—. Seguramente, lo han detenido por posesión de drogas. Ya sabes que a veces se coloca, mamá.

—¿No puedes pedirle a tu

novio que averigüe dónde está? Alguien ha dicho que podía estar en Pitkin County.

—No, mamá. Es viernes por la noche, y ahora no se puede hacer nada.

—Pero... si no hacemos nada, tu hermano se va a pasar allí todo el fin de semana...

—Mamá, cálmate. Si no te ha llamado es porque está bien. Si mañana no se ha puesto en contacto contigo, haré todo lo que pueda, ¿de acuerdo?

Aunque no tenía ni la más mínima intención de llamar a Greg.

—Pero... —Su madre se quedó callada.

A Jane se le formó un nudo de preocupación en el estómago.

—Mamá, ¿está ahí papá? —preguntó.

Su padrastro, Mac, era un hombre sólido como una roca. Su madre estaría bien si él estaba en casa.

—Sí, está aquí.

—Muy bien. ¿Y qué ha dicho él?

Hubo una pausa muy larga. Su madre bajó la voz hasta un susurro.

—Dijo que deberíamos dejar

que Jessie se calmara hasta que... reuniera valor para llamar a casa y pedir ayuda.

Claramente, Mac debía de haber usado un lenguaje mucho peor que aquel, pero Jane se limitó a asentir.

—De acuerdo. Va a estar bien, mamá. Tiene veintiún años, y si ya ha empezado a meterse en líos, le vendrá muy bien pasar unos días en la cárcel.

—No... no me parece bien —dijo su madre, entre lágrimas.

—No, no está bien —murmuró Jane. Después, se despidió y colgó.



No estaba bien que, por mucho que lo hubiera intentado, ella no consiguiera liberarse de aquella vida. La vida de los juzgados, las fianzas y las visitas a la cárcel. No importaba lo buena que fuera en su trabajo, ni lo mucho que trabajara. Solo hacía falta una llamada de teléfono y Jane Morgan volvía al camping de caravanas.

Tomó la tarjeta de visita de Chase y la miró por última vez.

Era cierto, estaba cayendo en picado. Así pues, ¿por qué no disfrutar del vuelo?

## Capítulo 3

Ah, Dios. Chase bajó el espejo de visera de la camioneta con un arrebató de pánico. Se le había olvidado afeitarse.

—Mierda —murmuró, al mirarse, pasándose la mano por la mandíbula áspera.

Volvió a subir la visera y soltó otra palabrota. No tenía tiempo. Jane Morgan lo había llamado y le había pedido que quedara con él.

Había corrido el riesgo de darse una ducha rápida, pero, al salir, esperaba encontrarse con un mensaje cancelando la cita. En aquel momento estaba a pocos metros del bar, y no iba a darse la vuelta.

No estaba seguro de lo que ocurría, pero quería averiguarlo. Chase cerró la puerta de la camioneta y se dirigió al bar.

Tardó unos segundos en ver a Jane. Era como si estuviera... camuflada en el ambiente del bar. Aunque era viernes por la noche, tenía el pelo recogido en un moño

tirante. Llevaba un traje blanco y caro. Se quitó las gafas y se frotó los ojos. Se estaba quedando dormida, y él estaba a punto de perder su oportunidad en aquella cita.

Chase se abrió paso entre la gente y se acercó a su mesa.

—Eh, Jane.

—¡Oh! —exclamó ella, sobresaltándose. Se colocó de nuevo las gafas y se levantó—. Hola.

—Me alegro mucho de que me hayas llamado.

—Yo... es que... tenía tu tarjeta

—dijo ella, con un gesto de azoramiento. Chase le hizo una seña para que se sentara de nuevo, y miró su vaso de agua.

—¿Puedo invitarte a una copa?

—Eh... Claro.

Chase llamó a una camarera, y la mujer se acercó con una sonrisa que se desvaneció cuando él señaló a Jane con un gesto de la cabeza. Jane pidió un Martini, y se quedó sorprendida al ver que él pedía un refresco.

—¿No vas a tomar nada?

—No, yo no bebo.

Ella abrió unos ojos como

platos.

—¡Oh! Lo siento. Entonces, cambiaré mi copa por...

—Eh, no pasa nada.

Ella cabeceó.

—No quiero ser irrespetuosa, ni nada por el estilo.

—No pasa nada, Jane. No soy alcohólico, así que no tienes que preocuparte por si me haces caer. Mi padre bebe mucho, y yo pensé que sería mejor no seguir su camino.

Jane miró su vaso de agua sin convencimiento.

—¡De verdad! —exclamó él,

riéndose—. Ya sabes que trabajo en la construcción, ¿no? Te aseguro que mis amigos pueden beber mucho más alcohol que tú. Así que, vamos, tómate la copa tranquilamente.

Su Martini llegó en aquel mismo momento.

—Bueno... —dijo ella, y tomó el vaso con una sonrisa de desconcierto—. Está bien. Entonces, chin chin —añadió. De todos modos, solo tomó un sorbito.

—¿Y por qué me has llamado? Aunque no es que tenga ninguna queja, claro.

Al oír aquellas palabras, ella se ruborizó, y Chase sonrió. El rubor era bueno. Muy bueno. Él le gustaba a la recatada señorita Jane, a pesar de lo que ella le hubiera dicho antes. Y aquella mujer tenía algo que hacía que deseara... alterarla un poco. Nunca había sentido interés por una mujer como ella, pero, por algún motivo, su frialdad le fascinaba. Y aquel nuevo nerviosismo le provocó una sensación de calor por toda la piel. Seguramente, ella nunca había estado a solas con un tipo como él.

Jane tomó otro sorbo de su copa



y tragó con fuerza.

—El domingo es mi cumpleaños —dijo.

—Oh, felicidades.

—Gracias. Así que he pensado que... um... Bueno...

Chase pestañeó al ver que el rubor de sus mejillas aumentaba.

—¿Qué? ¿Que yo sería un buen regalo de cumpleaños?

—¡No! ¡Claro que no! Eso sería... No, solo pensé que podía celebrarlo.

Sin embargo, aquel rojo intenso de sus mejillas contradecía sus palabras. Él había hablado en

broma, pero, en aquel momento...

Dios Santo, ¿se suponía que él era el regalo que ella quería hacerse por su cumpleaños? Chase no sabía cómo se sentía con respecto a eso...

Un momento. Sí, sí lo sabía. Se sentía estupendamente bien.

Jane se terminó el Martini de un trago.

—Así que... —murmuró él.

De repente, no sabía qué decir. Solo podía pensar en que Jane quería pasarlo bien, y que eso le implicaba a él también. Sin embargo, no era posible que fuera

tan directa. Tal vez lo único que quería era tomar algo aquella noche y tener otra cita el domingo.

Chase carraspeó.

—¿Y qué tal va el trabajo?

—Muy bien. ¿Qué tal va el negocio de las voladuras?

Chase sonrió.

—Genial. Y es muy divertido. Aunque no tengo que volar cosas muy a menudo, pero, cuando toca, es una descarga de adrenalina. ¿Quieres ver la próxima explosión? Puede que la semana que viene...

—Oh...

Su boca formó una pequeña y

deliciosa o. Él se dio cuenta de lo perfecto que era su cutis, y se preguntó cuál sería el tacto de su mejilla. Aunque en sus ojos había aparecido un brillo de interés, Jane hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, no puedo.

—Piénsalo. Te llamaré la semana que viene.

—Chase, no quiero que te tomes esto a mal, pero...

—Mierda, ¿ya la he fastidiado?

—No, no. Solo quiero aclarar una cosa. Yo no... eh... —Jane volvió a carraspear, y prosiguió—:

Acabo de terminar una relación, así que esto no es... Esto es pasajero.

—Pasajero.

—Sí. Temporal.

Chase sintió un pequeño pinchazo de dolor, aunque no entendió por qué. Después de todo, le había pedido que salieran cuando todavía estaba lleno de adrenalina, y no había pensado en nada más que tomar una copa con ella y, después, tal vez, algo más.

—De acuerdo. Tomo nota. Te pedí que salieras a cenar conmigo porque pensé que podíamos pasarlo bien, eso es todo. Nada de presión.

Ella sonrió de felicidad.

—Bien, bien. ¿Has cenado?

—Sí, ¿y tú? Me encantaría...

—No, yo también he cenado —  
respondió ella.

Así pues, no quería cenar ni mantener una relación. ¿Había perdido un tornillo, o solo quedaba una posibilidad?, se preguntó Chase.

—Pues voy a invitarte a otra copa —dijo él; fue lo único que se le ocurrió.

—No, pero gracias —dijo Jane, y miró la mesa—. Una cosa más: normalmente, yo no salgo con

hombres con quienes tenga una relación laboral. En otras circunstancias, yo nunca haría nada de esto, pero...

—Me alegro de que hagas una excepción conmigo.

—¿Serás discreto?

—Por supuesto —dijo Chase.

Tuvo la sensación de que lo estaba entrevistando y, al tomar el vaso, el refresco salpicó por encima del borde.

—Si le cuentas algo de esto a alguien, tendré que soportar insinuaciones y comentarios groseros, y no puedo permitir eso

en mi lugar de trabajo.

—No te preocupes, puedes confiar en mí.

—Bien —dijo ella, y asintió con seriedad—. Entonces, ¿podemos ir a tu casa?

Chase se atragantó, y el refresco que iba a tragar quiso escaparse por otro camino, hacia su nariz. Chase tosió en un desesperado intento de conservar la dignidad, aunque no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—¿Qué? —balbuceó mientras se los enjugaba. Pese a todo, no



estaba convencido de que Jane le hubiera llamado por el sexo.

Jane no respondió. Ella había recuperado la compostura, tal vez porque él la había perdido, y estaba sentada con su actitud remilgada de siempre, con las manos agarradas sobre la mesa.

—¿Para qué?

Ella frunció el ceño por encima de sus gafitas.

—¿Para qué crees tú?

Chase tuvo la sensación de que el ruido del bar se intensificaba a su alrededor, y que le impedía pensar con claridad. Por supuesto

que sabía para qué, pero...

Normalmente, él no se acostaba con cualquier mujer que demostrara interés, pero entre ellos había chispa. Había algo que le impulsaba a olvidar todas las precauciones. Como la había conocido el día anterior, su interés se había acrecentado minuto a minuto. Hora a hora. Y, en aquel momento, sentía ya una urgencia imperiosa. Jane Morgan no parecía del tipo de mujer que les hiciera aquellas proposiciones a los hombres. Aquella no era una oferta imperecedera; seguramente, tenía

un límite de tiempo.

Y ese límite era su cumpleaños.

Además, aquel era el sueño de cualquier hombre, ¿no? ¿Una mujer pidiéndole permiso para abalanzarse sobre él? Dios Santo, su pequeña fantasía de enseñarle a una rígida secretaria lo que era pasar un buen rato se había hecho realidad. Casi parecía demasiado bueno para ser cierto..., pero Jane lo estaba observando con las cejas arqueadas, esperando.

—Vamos —dijo Chase, y le tendió la mano mientras se ponía en pie.

Si aquella secretaria quería pasarlo bien, él iba a hacer todo lo que estuviera en su mano.

Jane se puso en pie y se alisó la falda mientras Chase dejaba un par de billetes en la mesa. Le temblaban las rodillas. Nunca había hecho algo así. Al menos, de adulta. Sin embargo, allí estaba, a punto de ir a casa de un hombre para acostarse con él.

Cuando Chase la tomó de la mano, ella se dio cuenta de que era la primera vez que se tocaban.

También sintió algo como una descarga eléctrica que se extendía por sus nervios. La mano de Chase era cálida, grande y áspera. Era la mano de un hombre. De nuevo, le temblaron las piernas.

Él la guio por el bar abarrotado hasta la salida y, después, atravesó el aparcamiento hasta su coche. Cuando llegaron a la puerta del acompañante, Chase se detuvo y se giró hacia ella con una expresión seria.

—Esto no es nada extraño, ¿no?

—¿El qué? —preguntó ella. La ligera ebriedad que sentía, y a la

que había achacado aquellos impulsos, le puso muy difícil entender la pregunta.

—No será que me parezco a tu difunto marido, o algo así, ¿no?

—¿De qué estás hablando?

Él la observó.

—Has dicho que nunca habías hecho nada de esto.

—No, no lo he hecho.

Al menos, no lo había hecho recientemente.

Él entrecerró los ojos y los clavó en sus labios.

Antes de que a ella se le ocurriera algo que decir, Chase la

besó. A Jane la tomó por sorpresa, aunque le hubiera hecho una proposición sexual hacía solo unos minutos. Sin embargo, no se esperaba aquel contacto en aquel momento, el de su boca rozándole los labios.

Su boca no era como sus manos. Su boca la acarició con suavidad, con una presión delicada, probándola. Cuando ella salió del shock y reaccionó, por fin, respondió. Abrió un poco los labios, apretándose contra él, y él captó la indirecta.

Notó un punto caliente contra el

labio inferior, y se dio cuenta de que era su lengua, que la tocaba brevemente antes de retirarse.

—Ummm... —suspiró ella, y ladeó la cabeza para animarlo a que siguiera. Él volvió a besarla y jugueteó hasta que Jane siguió los movimientos de su lengua.

Oh, vaya. Él deslizó la mano áspera por su nuca para estrecharla contra sí. El beso de Chase se hizo más y más profundo, hasta que Jane se dio cuenta de que se había agarrado a su camiseta como si fuera un salvavidas. Él movía la lengua lentamente. No iba a haber



nada parecido a los actos de los conejos en la cama de aquel hombre. Aquel era un asalto cuidadoso y controlado.

El temblor de sus rodillas ascendió hasta sus muslos. Y, como si se hubiera dado cuenta de que el trabajo ya estaba hecho, Chase le rozó los labios una última vez y se apartó despacio.

—Bueno —murmuró—. ¿Lista para que nos marchemos?

Jane asintió.

—Por supuesto que sí.

La camioneta pitó, las cerraduras se abrieron y Chase tiró

del abridor de la puerta.

—Después de usted, señorita Jane.

Ella se ruborizó un poco al recordar quién era para él, pero eso no impidió que subiera al coche y se pusiera el cinturón de seguridad. Aquella era una mala idea, pero ella no era una buena chica y nunca lo había sido. Solo lo había estado fingiendo durante diez años sin un solo desliz. Diez largos años.

Francamente, era un milagro que lo hubiera conseguido.

En aquel momento, ella estaba achispada y él era guapísimo, y

quería olvidarse, durante unos minutos, de que era una mujer decente. O durante unas horas.

Chase se sentó tras el volante y sonrió con picardía.

—No sé qué mosca te ha picado, Jane, pero me gusta.

Por fin, pudo responder exactamente como quería. Sonrió y lo miró de reojo.

—Vamos, arranca.

—Sí, señora.

Jane notó, durante todo el camino, que Chase no dejaba de mirarla, como si fuera alguien muy misterioso para él. Era asombroso

que la oferta de una noche de sexo gratis pudiera monopolizar de tal modo la atención de un hombre.

Jane apretó los muslos, y se deleitó con el placer que le provocó aquel movimiento. El sueño que había tenido la noche anterior había dejado su cuerpo preparado para el goce sensual, y los besos de Chase la habían dejado ardiendo.

Gracias a Dios, se había puesto ropa interior sexy aquella mañana. No siempre llevaba sujetadores y bragas de encaje, pero era uno de los pequeños placeres de su vida.

La lencería sexy. Una pequeña concesión a su verdadera naturaleza. Un secreto que ocultaba con su ropa formal de trabajo. Era un secreto que quería compartir con Chase, y rápidamente.

Ocultaba su cuerpo bajo aquella ropa de corte perfecto, porque, de lo contrario, atraería demasiadas miradas. Sus curvas siempre habían llamado la atención, desde que había llegado a la pubertad, a los once años. Una atención indebida para una chica tan joven, pero la atención que quería justamente en aquel momento.

—Mi casa está al torcer la esquina —dijo Chase, rompiendo el silencio.

A solo dos manzanas de Main Street. Magnífico.

—¿Tienes frío? —le preguntó él. Aunque ella dijo que no, él subió la temperatura del climatizador del coche—. ¿Quieres escuchar música?

Ella negó con la cabeza, y él dejó caer la mano. No tenían nada en común, nada de lo que hablar, pero parecía que Chase estaba dispuesto a intentarlo.

—¿Vives aquí, en la ciudad?

—Ummm, ummm.

Su enorme mano estaba posada junto a su cadera. Ella quería tomarla y colocársela en la rodilla y, tal vez, deslizársela por el muslo hacia arriba, para poder sentir su piel encallecida contra la parte más suave de su cuerpo.

Chase tomó una curva y entró a una calle lateral, y Jane contuvo la respiración con impaciencia, contando los segundos que tardaba él en frenar delante de un edificio de tres pisos.

Chase frunció el ceño.

—No estoy seguro de que mi

casa esté limpia.

Jane abrió la puerta y bajó de la camioneta antes de que él pudiera echarse atrás. Si él lo cancelaba, ella nunca tendría el valor necesario para hacerlo de nuevo. Rodeó el vehículo y se reunió con él junto a la puerta del conductor. Disfrutó mucho al ver el movimiento de su cuerpo cuando él irguió el cuerpo después de cerrar. Dios, era muy alto y grande.

—No soy una maniática de la limpieza —mintió—. No pasa nada.

Él entreabrió la puerta de su casa y asomó la cabeza para mirar



a su alrededor antes de abrir de par en par.

—Buenas noticias. Tiene buen aspecto.

Y lo tenía. Era un piso de soltero, con un enorme televisor plano y varias consolas de juegos, pero olía bien y no había cajas de pizza tiradas por ahí. Solo había unos cuantos periódicos, una taza de café... además de unas botas llenas de barro, con un refuerzo de metal en la puntera. ¿Por qué, oh, por qué aquellas botas le aceleraban el corazón, cuando los mocasines italianos le producían

desdén?

Tenía una enfermedad. Seguramente, acostarse con Chase le serviría de inmunización. La vacuna del tétanos solo duraba diez años. Tal vez el sexo degradante tuviera la misma efectividad.

Jane se acercó hacia las estanterías mientras Chase encendía más luces y recogía los periódicos. Como era de esperar, en las repisas había DVD en vez de libros. Cientos de DVD. Miró algunos. Había películas de acción, por supuesto, pero también había buenas películas, como *Being John*

## *Malkovich y Expiación.*

—Este es un libro muy bueno  
—murmuró.

—Yo no leo mucho.

A ella no le sorprendió.  
Tampoco su familia tenía  
demasiados libros en casa.

—Bueno —dijo Chase, y se  
encaminó hacia la cocina, donde  
abrió la nevera—. Tengo un par de  
cervezas. ¿Te apetece una?

Parecía que estaba un poco  
nervioso, así que Jane pensó que  
sería mejor darle algo que hacer.  
Cuando le pidió un vaso de agua  
fría, él se quedó aliviado.

Podrían hacer aquello con algo de beber y con una conversación embarazosa, o podían saltarse la cortesía. Jane se acercó al equipo de música y conectó su iPod. Pasó las canciones en busca de algo que se adaptara a su estado de ánimo.

Antes de que Chase hubiera cerrado el grifo, ella ya había encontrado el disco perfecto, y apretó el botón de Play. Subió el volumen, y dejó que el sonido del bajo ahogara a la mujer en que se había convertido. Aquella noche, iba a dejar salir a la chica mala que había tras aquella fachada.

## Capítulo 4

Cuando comenzó a retumbar un punteo de bajo, Chase frunció el ceño y se giró hacia la ventana, pensando que sería algún chico que conducía con la radio del coche a todo volumen. Pero, no... El sonido era demasiado claro para eso. Miró su equipo de música, y vio a Jane alejarse.

—Lo siento. ¿He dejado yo eso puesto?

Pero Jane no iba a apagar la música. Caminaba hacia él lentamente mientras se deslizaba las mangas de la chaqueta blanca por los hombros. La camisa marrón que llevaba debajo no tenía mangas y era sedosa, pero no lo suficientemente ajustada como para revelar algo.

—¿Hace demasiado calor aquí?  
—preguntó él.

—Sí —respondió Jane. Parecía que estaba algo más que acalorada, porque se detuvo en mitad de la habitación y se inclinó para agarrarse el bajo de la camisa. Se

la sacó por la cabeza y dijo—: Tenías razón.

—¿Eh? —preguntó Chase, y no pudo decir nada más. Se le había cerrado la garganta, y sus ojos no dejaban de enviarle imágenes a la cabeza.

Ella se llevó las manos a un lateral de la falda y se bajó la cremallera.

—Te quiero a ti como regalo de cumpleaños. ¿Te parece ofensivo?

La falda cayó al suelo. Chase tuvo la sensación de que se le salían los ojos de las órbitas. Dios Santo; Jane Morgan, la señorita

remilgada y decorosa, estaba buenísima.

Había acertado al dudar de su primera impresión; no era regordeta en absoluto. Tenía una cintura estrecha y dura que bajaba en curva hasta sus caderas redondeadas, cubiertas con unas bragas de encaje. Había más encaje blanco sujetando sus pechos carnosos. Desnuda no parecía una remilgada, y menos cuando se llevó las manos a la cabeza para deshacerse el moño y dejar que la melena le cayera por los hombros.

A él se le resbaló el vaso entre



los dedos, y estuvo a punto de caérsele al suelo. Lo dejó sobre una mesa.

—¿Te lo parece? —preguntó ella.

—¿Eh? —murmuró él, fijándose en sus muslos apretados.

—Que si te parece ofensivo que te quiera como regalo de cumpleaños.

—No, no. No me lo parece —dijo él.

De hecho, su miembro estaba demostrando mucho interés en ser el principal elemento del regalo. Él había visto una película porno así

una vez. La secretaria seria y formal que, de repente, sentía un arrebató de lujuria y se transformaba en un animal sexual. Chase miró hacia la puerta para asegurarse de que no hubiera llegado ningún equipo de televisión.

No; estaban solos. El bajo seguía retumbando en el equipo de música. Jane se acercó más a él y, en aquel momento, Chase se dio cuenta de que estaba allí de pie, en la cocina, como un idiota, mientras una mujer medio desnuda lo llamaba desde el salón. Se

aproximó a ella. Le puso las manos sobre los hombros, y se dio cuenta de que su piel era incluso más suave de lo que parecía.

Cuando bajó la cabeza, ella la alzó para recibir su beso. Sus lenguas se encontraron y se deslizaron la una contra la otra, mientras él pasaba las manos por su espalda para acariciar sus curvas por primera vez.

Jane también comenzó su propia exploración. Metió las manos por debajo de la espalda de su camisa y se las pasó por la piel. El hecho de sentir su piel caliente y suave bajo

las palmas y sus dedos deslizándose por la espalda lo excitó en cuestión de segundos. Ella se estrechó contra su erección y ladeó la cabeza para poder tomarlo más profundamente en su boca.

Más profundamente. Oh, sí, eso era lo que él quería.

Deslizó las manos más hacia abajo y las metió bajo sus bragas, y sus dedos se curvaron sobre el trasero más bonito del mundo. No lo había visto todavía, pero era redondo, firme y respingón, y se ajustaba a sus manos como si fuera un sueño hecho realidad.

Extendió los dedos y la ciñó contra sí. Cuando oyó que su barba le raspaba la barbilla, Chase alzó la cabeza.

—Lo siento. Hoy se me ha olvidado afeitarme.

—No —murmuró ella—. Es perfecto.

Y, demostrándole que era cierto, pasó la boca abierta por su mandíbula, hasta su cuello, y succionó el punto donde latía su pulso.

Antes de que él pudiera darse cuenta, ella le levantó la camisa e intentó sacársela por la cabeza.

Chase la ayudó, aunque tuviera que soltar el lugar tan agradable al que se había agarrado.

—Oh, Dios —susurró Jane—. Mírate.

—¿Que me mire a mí? —preguntó él, con un resoplido.

Quería que ella se diera la vuelta para poderle ver el trasero, pero Jane estaba muy ocupada trazando sus clavículas con la lengua, y él no quería ser maleducado e interrumpirla. Ella pasó la boca húmeda por su hombro, y mordisqueó un caminito por los remolinos negros y amplios

de su tatuaje. Chase cerró los ojos y permitió que los explorara, aunque deseara con todas sus fuerzas volver a posar las manos en ella. Tuvo que cerrar los puños justo cuando ella suspiraba contra su hombro y lo rodeaba para colocarse a su espalda.

—Eres muy sexy —susurró Jane.

Él notó la punta de su lengua en la nuca, y se estremeció. Aunque quería tenerla de nuevo frente a sí, dejó que continuara su exploración un momento... lo suficiente para que le pasara la lengua caliente por

el cuello.

—Dios mío —susurró, al notar la descarga de placer que le produjeron sus caricias. Chase se dio la vuelta y deslizó las manos por su diminuta cintura—. Eres deslumbrante, Jane.

—Gracias —respondió ella, amablemente. De repente, descendió inexplicablemente. Chase tardó un momento en entender que se había arrodillado.

—Jane —gimió, pensando que debía protestar. Sin embargo, su cuerpo tomó el control de su mente y le hizo cerrar la boca con una



eficiencia brutal. Jane se puso de rodillas ante él, con las gafas apoyadas en la nariz, y comenzó a desabotonarle el pantalón vaquero.

Él tuvo la certeza de que había pasado a otra dimensión espacial. Que lo habían metido en un videojuego solo para adultos. Lo que estaba ocurriendo aquella noche no tenía sentido. Nada de aquella imagen tenía sentido, pero los dedos de Jane eran firmes y rápidos y, a los pocos segundos, estaba bajando la cremallera del vaquero y deslizado la mano en el interior del calzoncillo.

Cuando le rozó el miembro desnudo, a él se le escapó un silbido entre los dientes, y notó un cosquilleo de impaciencia por todo el cuerpo. Estaba completamente desconcertado; no sabía qué iba a ocurrir después, y esa sensación de sorpresa le hacía hervir la sangre. Solo con notar la presión de los dedos de Jane se sintió como si aquella fuera la mejor experiencia sexual de su vida. Y Jane se estaba humedeciendo los dedos como si hubiera mucho más por llegar.

Le bajó un poco los pantalones y agarró su miembro por la base,

con la palma de la mano. Y, entonces, como si aquello fuera una fantasía, Jane miró hacia arriba y sonrió. Parecía que acababa de desenvolver el mejor regalo de cumpleaños del mundo.

Jane intentó no agarrar a Chase con demasiada fuerza. No quería estrujarlo y asustarlo, pero, Dios Santo, era magnífico. Tenía un miembro grueso y duro, que iba hinchándose ante sus propios ojos.

Su sexo comenzó a latir al ritmo de su corazón. Aquello era un

hombre de verdad. Con unas manos ásperas, tatuajes y una enorme erección. Su cuerpo lo necesitaba a él.

Lo acarició lentamente, deleitándose con su forma y su peso. Pasó un dedo por su extremo.

—Jane... —murmuró él, de nuevo, y ella miró hacia arriba con una sonrisa. Se quitó las gafas, y le dio un casto beso en la punta. A él se le contrajeron los músculos del estómago.

Sin dejar de sonreír, Jane cerró los ojos y lo saboreó. Solo fue un giro de la lengua, un roce ligero.

Olía a jabón, y sabía ligeramente a sal.

—Ummm... —ronroneó, mientras abría los labios y le daba un beso húmedo.

Después, lo tomó completamente en la boca.

—Ah, Dios —gruñó él.

Le acarició el pelo mientras ella se entregaba a la lujuria y lo deslizaba entre sus labios. Lo lamió y succionó hasta que él estuvo preparado, hasta que le tembló la mano contra su sien y se le agitó la respiración. Ella quería más, quería seguir, pero no podía arriesgarse a

que todo terminara de aquel modo. Tenía planes para aquel hombre, y no era que se quedara dormido con una sonrisa de satisfacción.

—¿Estás listo? —le preguntó.

Él abrió los ojos. Tenía las pupilas dilatadas y una mirada distante.

—¿Qué?

Ella se echó a reír, se puso en pie y señaló hacia el pasillo.

—Ah —murmuró Chase. Se subió los pantalones, y respondió —: Antes ya estaba preparado. Ahora estoy incoherente.

—Ya me he dado cuenta.

Chase arqueó una ceja y se la llevó de la mano hacia el dormitorio.

—¿Sometes implacablemente a un hombre y después te burlas de él? Eso es cruel.

—O excitante.

—Sí —dijo él, con una sonrisa—, o excitante.

Cuando llegaron a su habitación, Jane todavía se estaba riendo, pero él se ocupó de esto tomándola entre sus brazos.

Sus vientres desnudos se tocaron, y él le rodeó la cintura. Se besaron de nuevo. Chase besaba

maravillosamente bien; mejor, incluso, en aquel momento, en el que estaba a punto de perder el control a causa de la pasión.

Jane notó que él deslizaba las manos por su espalda y le bajaba los tirantes de sujetador. Se apartó un poco para dejar que la prenda le cayera del pecho.

Al ver su reacción, tuvo una sensación de poder. A los hombres les gustaba su pecho. Tenía unos senos grandes, y vio que a Chase se le abrían mucho los ojos y los labios. Se deleitó con su expresión de lujuria.



—Demonios —susurró él, e intentó acariciarla, pero ella le puso una mano sobre el pecho y lo empujó hasta que sus piernas toparon con el colchón. Chase se sentó de golpe, sin dejar de mirarle el pecho.

Jane se sacó los zapatos de tacón y se bajó las bragas.

—Demonios —repitió Chase, en aquella ocasión, con una sonrisa—. Deberían detenerte por esconder todo eso debajo de la ropa, Jane. Eres una fantasía hecha realidad.

—¿De verdad? Entonces,

¿crees que sería buena idea que les enseñara un poco de escote a los jefes de obra todas las mañanas?

—Eh... bueno, no. Tienes razón. Sigue abotonándote hasta el cuello.

Ella se tomó los pechos con las manos y se los subió ligeramente.

—¿Y qué te parecen los contratistas? ¿Crees que a ellos les gustarían las vistas?

—Sí, bueno, creo que te voy a regalar unos cuantos jerséis bien holgados.

Ella se acercó a la cama, riéndose. Se le había olvidado que

Chase era muy divertido, además de sexy.

—En serio —dijo él, en un susurro, cuando ella se le acercó—. No tenía ni idea.

—Entonces, ¿por qué me has pedido que saliéramos?

Él miró hacia arriba. Brevemente.

—Me pareció que eras muy mona, aunque también intimidabas.

Ella se detuvo frente a él, y se puso las manos en las caderas.

—¿Y ahora?

—Ahora me parece que estás buenísima, aunque también

intimidadas. Vamos, ven aquí.

La tomó de la cintura y la colocó entre sus rodillas. Ella notó el roce de su barba en el pecho antes de que él atrapara uno de sus pezones entre los labios. Un calor húmedo se le extendió por el cuerpo. Aunque intentó meter los dedos entre su pelo, lo tenía demasiado corto, y tuvo que conformarse con abrir las manos sobre su cráneo y atraerlo hacia sí.

Él posó la mano sobre su otro pecho y le pellizcó el pezón endurecido.

Con un jadeo, Jane echó la

cabeza hacia atrás, mientras él lamía y succionaba. De repente, él metió la otra mano entre sus piernas, y deslizó las yemas de los dedos por su sexo.

El jadeo de asombro de Chase estuvo a punto de hacer reír a Jane. Se había hecho la cera la semana anterior, y él no podía imaginárselo. Pero ella se alegraba de haberlo hecho, porque, de ese modo, iba a sentir la caricia más ligera de sus dedos ásperos en la piel suave. Su diversión se desvaneció cuando él le rozó el clítoris con el dedo pulgar.

Oh, Dios, sí. Estaba tan excitada... Aquello no se parecía en nada a lo que había sentido con sus novios anteriores. Aquello estaba mal. Era lujurioso. Ella ni siquiera sabía cuál era su nombre de pila. Y por eso le encantaba. Ser una chica mala había sido su afición preferida durante muchos años, y parecía que todavía seguía gustándole.

Él la acarició, deslizando los dedos con facilidad por la humedad de su cuerpo, y se hundió en ella. Jane puso una rodilla sobre el colchón, después la otra,

sentándose a horcajadas sobre sus piernas y obligándolo a que se tendiera.

Ascendió un poco por su cuerpo y le sujetó las caderas con los muslos mientras se inclinaba para besarlo. Cuando él deslizó la mano por su muslo y volvió a encontrar su sexo, ella gimoteó. Y, cuando él metió un dedo, lentamente, en su cuerpo, Jane gimió e inclinó las caderas.

Chase introdujo otro dedo, e hizo que su cuerpo se expandiera.

—Oh, Dios... Sí —gimió ella.

—Quiero hacerte el amor —

murmuró él.

Jane se mordió el labio, pero asintió. Ella también lo deseaba. Deseaba sentir aquel miembro suave y grueso dentro del cuerpo. Se apartó de él para que Chase pudiera sacar un preservativo del bolsillo de los pantalones. Había ido preparado al bar. Cuando vio el paquete en su mano, ella le bajó los pantalones y los arrojó a un lado.

Por fin, Chase estaba desnudo, y el resto de su cuerpo se correspondía con la gloriosa imagen de lo demás. Precioso. Maravilloso.



Jane volvió a sentarse sobre él, y le quitó el preservativo de las manos. Mordiéndose el labio, lo desenrolló cuidadosamente a lo largo de su miembro, dándole unas cuantas caricias más. Sin embargo, no se entretuvo más; estaba demasiado excitada como para esperar, así que se colocó sobre su miembro.

Chase lo mantuvo sujeto, y extendió la mano sobre la cadera de Jane para guiarla en su descenso. Al principio, ella lo acogió con facilidad, pero cuando llegó a la parte más gruesa, Jane tuvo que

contener la respiración. No quería respirar, ni pensar, ni suspirar. Solo quería sentir aquella presión.

—¿Estás bien? —le preguntó él, con la voz enronquecida.

Ella asintió y bajó las caderas otro par de centímetros.

—Oh, Dios mío —gruñó él, y le agarró las caderas con ambas manos. La levantó y volvió a bajarla para poder hundirse aún más en su cuerpo.

Jane esperó un momento, entre jadeos, para poder adaptarse a su tamaño. Hacía mucho tiempo que no veía a un hombre tan grande y,

además, parecía hecho a medida de sus fantasías. Era guapísimo, fuerte y musculoso.

Él la observó con seriedad, esperando. Ella contrajo los músculos de su sexo, y a él se le escapó el aire entre los dientes. Jane sonrió al oír el silbido. Era poderoso, pero también, muy sensible. Giró las caderas al mismo tiempo que se elevaba sobre él, y volvió a bajarlas. Oh, Dios, sí. Ella impuso el ritmo, moviéndose contra su miembro duro.

Él le soltó las caderas y posó las manos sobre sus pechos. Jane se

arqueó hacia atrás, sin dejar de mover las caderas.

—Ah... —susurró él—. Tienes músculos por todas partes.

—Pilates —suspiró ella, acometiendo con más fuerza contra su cuerpo.

Él alzó el cuerpo para recibir sus embestidas mientras le pellizcaba los pezones. A Jane se le hinchó el alma por dentro, hasta que tuvo la sensación de que su cuerpo era demasiado pequeño.

Aquella era su verdadera personalidad. No era una mujer fría y contenida que no necesitara a un

hombre. Era una mujer apasionada que necesitaba el sexo, que se deleitaba usando y siendo usada. En el fondo, ella era así. Una mujer orgullosa de sus pechos voluminosos y su trasero curvilíneo. Una mujer que disfrutaba avivando la lascivia de los hombres extraños.

Comenzó a moverse más rápidamente, con más fuerza.

—¡Dios! —exclamó Chase.

La rodeó con los brazos y el mundo giró a su alrededor. De repente, ella se encontró tumbada boca arriba en la cama.

Si había creído que antes él se había hundido profundamente en su cuerpo, estaba equivocada. Ahora, él comenzó a deslizarse de verdad en su interior, con dureza, embistiéndola.

—Ah... —suspiró—. Sí...

Le clavó las uñas en el trasero, por si acaso él no la estaba escuchando.

Chase pasó el brazo por debajo de una de sus rodillas, y le flexionó la pierna hacia arriba. De repente, comenzó a golpear el punto exacto, un punto que ella había olvidado durante todos aquellos años.

—Chase... Sí, sí.

Por fin, aquella presión familiar comenzó a atenazarle el sexo, y cada acometida brutal de Chase la incrementaba. Él rugió, y se hundió en ella una última vez... y ella subió tan alto que se quedó en la distancia, flotando por encima de sí misma.

A los pocos segundos, ambos estaban lánguidos y sudorosos, con el corazón acelerado y la respiración entrecortada.

«Vaya», pensó Jane, entre gimoteos. No podía pensar en otra cosa. «Vaya».

Se relajó, y comenzó a deslizar las manos por su espalda. Le dio un beso diminuto en el borde del tatuaje. Aquello había sido... increíble. Ella estaba buscando una especie de milagro sexual, y lo había conseguido con Chase.

—¿Jane? —susurró él.

Ella lo miró.

—Demonios. Esto ha sido... demonios.

—Sí —dijo Jane—. Gracias.

—No, gracias a ti.

Vaya, además, aquel chico tenía muy buenos modales.

—¿Tienes hambre? —le



preguntó él. ¿Hambre? Antes de que ella pudiera cabecear, él asintió—. Yo me muero de hambre. Voy a darme una ducha rápida y prepararé un tentempié para los dos. No te muevas de aquí.

Jane tuvo una punzada de tristeza. No quería levantarse todavía. Se le habían derretido los músculos, y Chase había sido sorprendentemente dulce.

Él se marchó hacia el baño.

—¿Chase?

Él le lanzó una sonrisa por encima del hombro tatuado.

—¿Sí?

Jane carraspeó.

—Gracias por haber celebrado mi cumpleaños conmigo.

Chase le guiñó un ojo.

—Yo soy el que debería darte las gracias a ti. Ahora mismo vuelvo, y podemos celebrarlo otra vez, si quieres.

Ella dejó caer la cabeza sobre el colchón, y suspiró. ¿De dónde sacaría tanta energía? Nunca había visto a un hombre tan despierto después de un revolcón, y eso no encajaba con sus planes.

La ducha empezó. Desde el baño, se oyó su silbido de

felicidad. ¿Silbidos? Jane miró al techo con el ceño fruncido. Él debería haberse dado la vuelta y haber empezado a roncar. Así, ella podría haberse escabullido sin aquel sentimiento de culpabilidad que le atenazaba el pecho.

—Fatal —dijo.

Sin embargo, en cuanto oyó que se cerraba el grifo de la ducha, se levantó, se vistió y se marchó.

—Gracias, Chase —susurró, mientras cerraba la puerta.

Había sido una fantasía preciosa, pero tenía que volver a su vida real. O a su falsa vida. Fuera

lo que fuera, Chase no tenía lugar en ella.

## Capítulo 5

No había duda: su vida real era horrorosa. Y su hermano era un idiota.

Se estremeció un poco por haber pensado aquello tan poco afectuoso sobre aquel chico, a quien había pasado cuidando muchas horas cuando eran pequeños. Era un niño bueno. Demasiado dulce. Su madre siempre le perdonaba todo, y le

ocultaba sus transgresiones a su padre.

Sin embargo, la policía no pensaba que fuera tan mono. No lo habían liberado. Y, además, de eso, Jane iba a pasarse el sábado en casa de sus padres, viendo al departamento del sheriff cumplir una orden de registro.

Miró a su padrastro, que estaba apoyado en la encimera de la cocina. Tenía expresión de no querer estar en su propia casa.

Si su madre hubiera puesto a Mac al corriente de todo, él nunca habría permitido que Jessie

quedara sin castigo por cosas como robar chicles en la gasolinera o mentir a sus profesores sobre los motivos por los que no había hecho los deberes.

Pero a su madre siempre le habían encantado los chicos malos, por supuesto. Y su amor había permitido que Jessie se hubiera convertido en un vago que pensaba que podía salirse siempre con la suya a base de ser encantador. Si no hubiera sido por la presencia enorme e intimidatoria de su padre, seguramente Jessie habría sido un completo desastre, pero, gracias a

Mac, por lo menos su hermano fingía que buscaba trabajo.

En aquel momento, los ayudantes del sheriff se disponían a registrar la habitación de Jessie y el resto del sótano. No habían conseguido acceso al resto de la casa, por lo menos, y eso podría salvar la cordura de su padre.

Mac se cruzó de brazos, con la cara roja y los ojos entrecerrados. Se había retirado a la cocina para separarse de todo el mundo mientras controlaba su genio. Jane reconocía aquel comportamiento. Su aspecto daba miedo, y su



temperamento era real, pero se había pasado los últimos veinte años haciendo lo posible por mantenerse alejado de la cárcel. Su ira silenciosa llenaba la habitación, pero él no la manifestó en voz alta.

Su madre, por otra parte, lloraba en voz alta, agarrando con ambas manos la orden de registro.

—¡Pero si él no ha hecho nada!

Los policías eran del departamento del sheriff, pero la orden provenía de Aspen. Por lo menos, ahora la familia sabía dónde estaba Jessie: justo detrás de casa de Jane.

—Por favor —le dijo Jane a la ayudante que la estaba vigilando para impedir que destruyera pruebas. Su madre también tenía a su vigilante personal, y el oficial más grande se había puesto junto a la cocina, con los ojos fijos en Mac —, ¿podría decirme de qué le han acusado?

—Lo detuvo la policía de Aspen, señora. Tendrá que ponerse en contacto con ellos.

—Claro, claro —murmuró Jane —. Mamá, déjame ver la orden.

Sonó un estruendo desde el sótano, y Jane miró con

preocupación a Mac, que respiró profundamente y se volvió de cara a la pared. Su madre sollozó.

—Mamá, por favor, no llores. Papá ya está muy disgustado, ¿de acuerdo?

Su madre asintió y trató de controlarse.

—Voy a leer la orden, y después llamaré a alguien del Departamento de Policía de Aspen. Ahora que sabemos dónde está, nos dirán sin problemas cuál es la acusación que pesa sobre él. Es público. Y ya deben de haber fijado la fianza.

—Lo sé —dijo su madre, con un suspiro. Sí, claro que lo sabía. Estaba bien versada en los recovecos del sistema legal.

La orden decía que la policía iba a buscar objetos robados que tenían relación con una investigación en curso. Eran objetos personales de dos mujeres: monederos, tarjetas de crédito, dinero en efectivo y carnés de conducir.

Fatal. Una investigación en curso. No tenía buena pinta. Jane miró los hombros hundidos de su padrastro y se encogió. Mac iba a

ponerse furioso.

—¿Sabe algo de la investigación del robo? —le preguntó Jane a la ayudante.

La mujer la miró impasible.

—Tiene que llamar al Departamento de Policía de Aspen, señora.

—Sí, eso ya lo he entendido, gracias.

Siguió leyendo el resto de la orden mientras cabeceaba.

—Esto es absurdo —musitó—. Jessie no es un ladrón.

En aquel momento, el ayudante salió de la escalera del sótano con

una bolsa de plástico grande. No estaba vacía.

Mac frunció los labios.

—Llama a Aspen —gruñó, y su guardia se movió con nerviosismo.

Mac ya tenía el pelo entrecano, pero de todos modos parecía muy peligroso. Le lanzó puñales con los ojos al policía, y sus brazos poderosos advertían que podía desplegar su rabia poderosamente. Las manchas azules y negras de sus tatuajes también lanzaban una advertencia que cualquier policía podía reconocer. Aquel era un hombre que había pasado buena

parte de su vida en la cárcel.

Jane llamó a información y volvió la cara hacia la esquina para tener un poco de privacidad. La consola lacada en negro estaba muy brillante, y reflejaba su cara llena de ansiedad.

Había perdido su expresión aventurera durante las últimas horas. Estaba pálida y feúcha, con la boca fruncida y la frente arrugada de preocupación. Parecía una mujer que no había disfrutado en la vida ni siquiera de un postre succulento, y mucho menos del placer animal con un hombre.

Cuando habló con la recepcionista, fue transferida al departamento de policía y, después, de escritorio en escritorio. A medida que pasaban los minutos, Jane se dio cuenta de que su semblante era cada vez más tenso, de que sus rasgos se contraían de miedo.

Al colgar, estaba llorando de rabia.

—Mamá —susurró, y se giró hacia la habitación. Nadie la oyó. Otro oficial pasó de camino hacia los coches que estaban aparcados fuera.



—Papá —dijo.

Mac alzó la cabeza y la miró.

Ella tragó saliva y levantó un poco el teléfono, como si eso explicara su horror.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él.

Jane cabeceó y tragó de nuevo. Por fin, pudo aclararse la garganta lo suficiente como para hablar.

—Jessie... He conseguido hablar con un detective de Aspen. Me ha dicho que... la policía detuvo a Jessie por exceso de velocidad, y que sospecharon que conducía bajo los efectos de las

drogas. Lo arrestaron por posesión de marihuana y, cuando registraron el coche, encontraron varias tarjetas de crédito robadas. Le han acusado de hurto mayor y de varios robos.

Su madre gruñó. Mac soltó una maldición. Y los tres ayudantes del sheriff se llevaron la mano al arma reglamentaria.

Durante casi veinte años, Jane había conseguido mantenerse alejada de cualquier cosa parecida a una cárcel. Incluso había evitado ir a ver a sus amigos al hospital, porque los suelos feos y el eco de

los pasillos le recordaban a los uniformes y a las esposas. No estaba segura de cuántas horas había pasado en las salas de visita de diferentes cárceles cuando era pequeña, pero habían sido demasiadas.

Aquel respiro de veinte años había terminado. Iba a tener que meterse directamente, una vez más, al lugar donde había comenzado.

Olía a cemento. Seguramente, no era un olor malo para cualquiera que no hubiera tenido que

soportarlo durante años. No olía a hierba, ni a flores, ni a galletas. No olía a cosas cotidianas, como el humo de los coches y la madera recién cortada. Por lo menos, cuando salían al patio, en invierno, olían el frío de la nieve.

La última vez que había estado en una sala de visita como aquella, era demasiado pequeña como para comprender el horror de la situación. Entonces, solo le importaba que el encaje de su vestido nuevo le picaba mucho, y que el nuevo novio de su madre tenía un aspecto amenazante.

Sin embargo, en aquella ocasión, la tristeza del lugar se la tragó como una ola. El Departamento de Policía de Aspen estaba limpio y era moderno, pero eso no alteraba la verdad: algunas de aquellas personas se marcharían de allí después de pasar unas cuantas horas entre rejas, otras se quedarían durante un par de años, cumpliendo condenas por delitos menores, y para otras aquella cárcel solo era un alto en el camino hacia la prisión federal.

«Por favor, que Jessie no sea uno de ellos».

La puerta de metal se cerró sonoramente, y Jane alzó la vista. Vio a Jessie acercándose, arrastrando los pies por el suelo, vestido con el mono naranja de los internos, con los ojos brillantes de ansiedad.

—Hola, hermanita —dijo, formando las palabras con los labios, mientras se sentaba—. ¿Papá no ha venido? —le preguntó a Jane, en cuanto tomaron el teléfono.

—No, solo he venido yo.

—Bueno, de acuerdo.

—Jessie, ¿en qué demonios

estabas pensando?

—No lo sé —dijo él, agitando la cabeza.

—Si hubieran encontrado objetos robados en casa de papá... ¡Es un exconvicto, idiota!

—No pensé que fuera para tanto. Me pararon por exceso de velocidad, y el policía encontró... encontró un poco de marihuana y unas cuantas tarjetas, ¿de acuerdo?

—Supongo que esas tarjetas no eran tuyas.

—No —dijo él, malhumoradamente.

—Si piensan que papá está

involucrado en algún tipo de robo...

—No es nada de eso, ¿me oyes? Es solo que robé unos cuantos bolsos en Ryders.

—¡Eres un egoísta y un imbécil! Él se puso rígido.

—Lo siento. Necesitaba algo de dinero.

—¿Y algunas tarjetas de crédito?

Se encogió de hombros.

—¿Y por qué no nos llamaste? ¡Fijaron la fianza el viernes!

—No importa —murmuró él—. Sesenta mil dólares es mucho, y



papá no lo va a pagar de todos modos.

Bueno, en eso tenía razón. Y Jane tampoco pagaría la fianza, seguramente. Jessie era capaz de mandarlo todo al cuerno y marcharse de vacaciones a México.

—¿Hay algo más que tengas que decirme? ¿Algo más que puedan haber encontrado en tu habitación?

—No, nada. No dejan de preguntarme por una chica, pero yo no sé nada de ella.

A Jane se le puso la carne de gallina.

—¿Qué chica?

—Una chica que se llama Michelle, o algo así. Debí de robarle el bolso.

—¿Lo robaste, o no?

—No lo sé. Puede ser.

Jane perdió la paciencia.

—Vamos a ver, ¿cuántos bolsos has robado, Jessie?

—No lo sé. Quince, más o menos. Las chicas los dejan en el suelo en Ryders, cuando quieren bailar. Los dejan ahí tirados, como si fueran idiotas.

¿Quince bolsos? El contenido de quince bolsos podía tener, fácilmente, un valor superior a mil

dólares, y aquel delito era castigado con penas mucho más duras.

—Sí, claro. Ellas son las idiotas, no tú. ¿Te han asignado ya un abogado?

—Me han dado unos papeles para solicitar uno de oficio.

—No hables con la policía si él no está presente. Haré todo lo que pueda para encontrarte un buen abogado antes del lunes, ¿de acuerdo? Y voy a intentar averiguar más de esta Michelle. No digas nada más.

—Está bien —dijo él, y se

sobresaltó cuando sonó la campana que avisaba del último minuto—. Diles a mamá y a papá que lo siento.

—Sí, se lo diré, pero será mejor que empieces a pensar en lo que vas a hacer cuando te suelten. Papá no te va a dejar volver a casa.

Él asintió, y la punta de la nariz se le puso roja, como si estuviera conteniendo las lágrimas.

—Lo siento, hermana. De verdad. No quería...

Uno de los policías empezó a acercarse desde el otro lado de la habitación.

—Te quiero, Jessie.

—Sí, yo también.

El oficial le quitó el teléfono de la mano y colgó. Jessie tenía los ojos empañados, pero intentó sonreír mientras el policía lo tomaba del brazo para llevárselo.

Jane intentó establecer contacto visual con el hombre, pero él no la miró. Ella no era nadie. Solo era una porquería que estaba relacionada con un criminal. También recordaba aquello, recordaba cómo las miraban los oficiales a su madre y a ella o, peor aún, como les lanzaban miradas

fulminantes o cabeceaban con disgusto al verlas.

Jane colgó el teléfono y se puso de pie. Era sábado por la tarde, y tenía que encontrarle a Jessie un abogado mejor que el que iban a asignarle. Su madre no podía hacerlo. Ella siempre se hacía la muerta cuando había que enfrentarse a un problema. Y su padre no era de los que podían solucionar un asunto por teléfono. Él era fuerte y sólido, y trabajaba con las manos.

Ella era la que vivía en Aspen. Era la que había estado saliendo

con un tipo de la oficina del Fiscal del Distrito.

Durante los últimos años, apenas había pasado tiempo en casa de su familia; había intentado separarse de ellos todo lo posible, pero sin dejarlos por completo. Tal vez, si hubiera estado más a menudo con Jessie, él no se habría convertido en un ladrón. Tal vez, si no le hubiera dado la espalda, no habría pensado que estaba bien robarles el dinero a las mujeres descuidadas.

Sin embargo, fuera lo que fuera Jessie, seguía siendo también su

hermano, y tenía un buen corazón. Y, si encontraba la manera de hacerlo, ella estaba dispuesta a ayudarlo.



## Capítulo 6

Chase agarró con fuerza el volante. Respiró profundamente. Contó hasta veinte. Sin embargo, cada vez que miraba hacia el Estudio de Arquitectura Jennings, sentía un arrebatado de furia.

Lo primero que había sentido al salir del baño aquel viernes, con una estúpida sonrisa de impaciencia en la cara... lo primero que había sentido había

sido confusión. Después, al darse cuenta de que Jane se había marchado, sintió una enorme preocupación.

¿Una mujer, marchándose sola a medianoche? Se había paseado de un lado a otro durante unos minutos, pensando; después, se había puesto los pantalones vaqueros y se había puesto a buscarla.

Nada. No tenía su dirección. Ella ni siquiera había dejado una nota y, al llamarla a su teléfono móvil, en su pantalla apareció la palabra *Bloqueado*, cosa en la que él ni siquiera se había fijado

cuando ella lo había llamado para invitarlo a salir.

No tenía forma de ponerse en contacto con ella, y había permanecido despierto durante horas, preocupándose por ella. A la mañana siguiente, no había encontrado ninguna noticia sobre una mujer herida, ni muerta, ni desaparecida, y su preocupación se había convertido en enfado.

Era increíble. Lo había usado.

Cierto, él sabía que lo estaba usando, pero no sabía que lo estuviera usando tanto.

Movió los hombros hacia detrás

y hacia adelante. Se sentía... raro. Inseguro. Como si alguien le hubiera echado algo en la bebida y... bueno, se hubiera aprovechado de él.

Por supuesto, aquello era una ridiculez. Él estaba completamente despierto y consciente y más que dispuesto durante todo el tiempo que había pasado con Jane, pero creía que los dos lo estaban pasando bien juntos. Y, entonces, ella le había abierto los ojos. Lo había devuelto a la realidad mientras él estaba desnudo y deleitándose con aquel bienestar...

En su opinión, aquello era inaceptable, y se merecía una disculpa.

En el salpicadero, el reloj digital pasó de las ocho y catorce minutos a las ocho y quince minutos. Jane llegaba tarde. El viernes, él había llegado antes de las ocho, y ella ya estaba trabajando. De repente, volvió a preocuparse.

No. Jane Morgan estaba bien. Solo era una bruja fría como el hielo.

Estuvo a punto de sonreírse. No, no. Jane no era fría. El viernes

por la noche había puesto su mundo del revés y, para ser sincero consigo mismo, aquel era uno de los motivos por los que estaba tan enfadado. Al salir de la ducha, mientras se secaba, estaba flotando entre las nubes. Estaba agotado, pero flotando. Como un adolescente.

—Mierda —murmuró, pasándose la mano por los ojos.

En aquel preciso instante, cuando acababa de decidir poner a salvo su orgullo marchándose, apareció un coche en el aparcamiento. Era un pequeño

BMW blanco, conducido por Jane Morgan. Pasó a su lado sin mirarlo; de hecho, parecía que estaba completamente absorta en sus pensamientos. Aparcó con el ceño fruncido y salió rápidamente del coche.

Cuando Chase abrió su puerta, ella ya había entrado al estudio. Seguramente, llegar tarde no le sentaba nada bien a una chica como Jane.

Y el hecho de verla, tan remilgada y tan formal con su traje gris oscuro, no le estaba sentando bien a él. Jane tenía el mismo

aspecto de siempre: impasible, fría y serena. Encendió las luces y se acercó a su escritorio. Era como si lo del viernes no hubiera ocurrido.

Hasta que él entró por la puerta. Jane abrió unos ojos como platos.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Lo preguntó con tal incredulidad, que Chase sintió una punzada de ira.

—¿En serio?

—Bueno... —dijo ella y, al instante, él vio que se recuperaba de la sorpresa y se volvía



imperturbable de nuevo. Adoptó una expresión calmada y se transformó, de nuevo, en la perfecta Jane—. Sí, muy en serio. ¿En qué puedo ayudarle, señor Chase?

—Mírame a la cara, Jane. No estoy de humor para esto. Te escapaste en medio de la noche. Mientras yo estaba en la ducha.

—Eh... eh... —balbuceó ella. Aunque siguió manteniendo la compostura, se ruborizó.

—En primer lugar, tuve mucho miedo de que te hubiera ocurrido algo.

Jane cabeceó.

—¿A qué te refieres?

—¡A que te marchaste de mi casa en mitad de la noche!

—No era tan tarde. Eran las nueve y media. En Aspen —dijo ella. Cuando él abrió la boca para replicar, ella alzó una mano—. Solo fui caminando hasta Main Street, dos manzanas en total, y llevo un spray contra agresiones en el bolso. Además, tomé un taxi en cuanto llegué a The Lodge.

Él se cruzó de brazos.

—¿Y cómo se suponía que yo iba a saber todo eso?

Ella se quedó callada, y bajó la

mano.

—Lo siento —dijo.

—Y, además —gruñó él, descruzando los brazos—. Fue una grosería muy grande, Jane.

—Yo... supongo que...

—Fue cruel, de hecho.

—¿Cruel? —preguntó ella, en un susurro.

—No me importó que me eligieras como regalo de cumpleaños. Que me usaras. Bueno, de acuerdo. Pero... no me gusta que me traten como si fuera una basura después de la diversión.

—Lo siento. Pensé que... pensé

que te alegrarías de que me fuera.

—Eso es mentira, Jane. Si de verdad hubieras pensado que yo iba a alegrarme, te habrías asomado al baño y habrías dicho: «Gracias por el revolcón, machote. Te llamaré algún día más». Sin embargo, esperaste a que yo me diera la vuelta para escabullirte y no tener que hablar conmigo después de que nos acostáramos.

Eso hizo que Jane se ruborizara aún más. Él sintió una felicidad momentánea por haber conseguido llegar a ella pero, entonces, ocurrió lo impensable: Jane Morgan se

echó a llorar.

En realidad, no lloró del todo. Solo se le humedecieron los ojos, e hizo ruido con la nariz.

—Oh, vaya —murmuró él—. Lo siento mucho.

—No, no. Tienes razón —dijo ella, enjugándose las lágrimas con los dedos—. Fui muy maleducada.

—Sí, es cierto, pero yo no debería haberte dicho eso.

—Tienes todo el derecho a estar enfadado. Yo... me dije a mí misma que no pasaba nada, porque eres un hombre, pero no estuvo bien. Fue una falta de

consideración, y lo siento mucho.

—De acuerdo, disculpa aceptada. No quería hacerte llorar.

Ella se cuadró de hombros y respiró profundamente. Aunque se calmó un poco, se le cayó una lágrima por la mejilla. Se la secó con un gesto de impaciencia, y dijo:

—He tenido un fin de semana difícil. No es culpa tuya.

—¿Un mal cumpleaños?

—Oh, Dios... —dijo ella, con una carcajada que terminó en un pequeño sollozo.

—Jane... —murmuró él, y rodeó el escritorio para tomarla

entre sus brazos. Casi esperaba que ella se resistiera, pero ella se dejó abrazar y apoyó la frente en su hombro.

—Estoy bien, de verdad —dijo. Respiró profundamente unas cuantas veces, y se relajó—. Estoy bien —susurró, pero no se alejó de él.

—Dime que no te ha pasado nada malo.

—No, nada. Es que estoy estresada y cansada. Anoche no pude dormir bien.

Bueno. Así, él podía disfrutar de la oportunidad de volver a

tocarla. Ya reconocía el olor de su champú. Se le había quedado grabado en el cerebro el viernes por la noche.

—Me alegro de que estés bien.

—Gracias. De verdad, Chase, lo siento mucho.

Chase estaba pensando en la última vez que la había acariciado, y tardó un instante en darse cuenta de que había un ruido a su espalda. Estaba levantando la cabeza cuando Quinn pasó a su lado.

—Hola, Chase —murmuró Quinn—. Buenos días, Jane.

Jane dio un salto hacia atrás y



se apartó de Chase antes de que él pudiera bajar los brazos. Inhaló bruscamente y se tapó la boca con la mano para amortiguar el sonido. Miró la espalda de su jefe, pero Quinn continuaba caminando con la cabeza inclinada hacia los papeles que llevaba en la mano, completamente concentrado en ellos. Unos segundos después, entró en su despacho y cerró la puerta.

—Oh, Dios mío —susurró Jane—. Chase, tienes que irte. Oh, Dios.

—Está bien, está bien, me marcho —dijo él—. Pero me debes otra cita.

—Por supuesto que no...

Se abrió la puerta del despacho, y Quinn asomó la cabeza con el ceño fruncido y una expresión de sospecha. Miró a Chase durante un instante, con dureza y, al instante, miró a Jane.

—Jane, ¿va todo bien?

—Sí, señor. Lo siento. Todo va bien.

—¿Estás segura?

—Sí, señor Jennings.

Quinn volvió a mirarlos a los dos, con los ojos entrecerrados.

—De acuerdo. Si estás segura de que todo va bien...

En cuanto volvió a cerrar la puerta, Jane susurró furiosamente:

—¡Márchate!

—Claro que sí, en cuanto vuelvas a quedar conmigo para cenar.

—Acabo de decirte claramente que... ¡Está bien, de acuerdo! Pero vete.

—Necesito tu número de teléfono.

Jane tomó un papelito y se lo anotó. Después, se lo puso en las manos con brusquedad y repitió:

—¡Márchate!

Él sonrió.

—Ya te llamaré.

Ella estaba gruñendo cuando él salía por la puerta, pero a Chase no le preocupó en absoluto. Aquella chica estaba buenísima, y él quería pasar más tiempo con ella, pese a cómo lo había tratado. Había disfrutado muchísimo dejándose utilizar... hasta que Jane se había escapado como si él fuera un gigoló al que no quería pagar.

La próxima vez, iba a atarla a la cama antes de darse la ducha.

Sonriendo, con una sensación de impaciencia, Chase entró en su camioneta y se marchó a la obra. Si

hubiera tenido alguna voladura para aquel día, habría alcanzado la dicha completa.

—Es evidente que la policía está investigando esto. Están buscando algo más grande, pero su hermano dice que no sabe qué puede ser.

Jane asintió a la mujer que estaba detrás del escritorio. Tenía aspecto de abuela; no parecía que fuera abogada defensora y, tal vez, eso fuera una buena cosa. Sin embargo, sí parecía aguda y eficaz.

—Las acusaciones son

absurdas. La acusación de robo no saldrá adelante en un juicio. He solicitado al juzgado una vista informativa, y pronto tendremos noticias.

—¿No ha averiguado nada sobre esa mujer, Michelle?

—No. Me dijo que creía recordar su apellido de la orden de registro, ¿no?

—Creo que recuerdo Michelle, pero no el apellido, y mi madre tiró la orden para no tener que verla. ¿No podría usted conseguir otra copia?

—Sí, la tendré hoy mismo. Y, en

cuanto a quien puede ser esa mujer... Jessie dice que uno de sus amigos es traficante. No quiso decir quién, ni con qué trafica, pero parece ser que una chica sufrió una sobredosis hace unas cuantas semanas. A él le preocupa que tenga que ver con eso, pero jura y perjura que nunca ha vendido drogas. Tal vez uno de sus amigos esté intentando culpabilizarlo de algo.

A Jane se le aceleró el corazón de pánico.

—Oh, Dios...

La abogada alzó una mano.

—Eso es solo una hipótesis de Jessie. No hay pruebas de nada en absoluto. La vista será muy pronto, y tendrán que mostrarnos el resto de lo que tienen. Eso es una ventaja para nosotros.

—Y, mientras, ¿se puede hacer algo?

—Tener paciencia. Y estar pendiente de mi llamada si quiere acudir a la vista.

A ella se le encogió el estómago al preguntarse quién sería el fiscal.

—No sé si voy a poder. ¿Es importante que vaya?



Jane estuvo a punto de desmayarse de alivio cuando la mujer agitó la mano y cabeceó para decirle que no.

Jane salió del despacho de la abogada tratando de no parecer culpable de nada. Incluso los ciudadanos más respetables tenían abogados. E incluso las excelentes oficinistas salían de vez en cuando de la oficina a las cinco menos cuarto de la tarde si la oficina estaba vacía.

El señor Jennings no le había preguntado por Chase. La había mirado con curiosidad algunas

veces durante el día, pero eso era todo. Y su jefe nunca le habría preguntado para qué necesitaba salir antes, pero, de todos modos, ella quería evitar la conversación.

Al salir a la calle y sentir el aire de la primavera en las mejillas, la tensión se le alivió un poco.

La abogada parecía competente, al menos. Sensata. Paciente.

Sin embargo, ella no sentía ninguna paciencia. Se sentía culpable. Y ese sentimiento de culpabilidad le exigía acción. Tenía que haber algo que ella pudiera

hacer. Incluso algo pequeño, como consolar a su madre.

Mientras recorría el trayecto hacia la casa de sus padres, que estaba en Carbondale, por tercera vez seguida aquella semana, no se fijó en el impresionante paisaje de las montañas nevadas, sino que solo pudo pensar en el horror que había ocurrido en el estudio aquella mañana.

En primer lugar, se había dado cuenta de lo mala que había sido con Chase. Tal vez fuera un tipo tatuado y musculoso, pero no era un barriobajero. Además, la gente de

los barrios bajos también tenía sentimientos. Ella era la prueba viviente.

Y, entonces... en aquel momento... todo lo que había ocurrido aquellos días se le vino encima de repente. Allí, delante de Chase, sintiéndose avergonzada por cómo lo había tratado... Aquel momento de debilidad era lo que había provocado que su miedo y su ansiedad se abrieran paso por las grietas de su coraza. Por un momento, se había visto reducida a una pobre chica cuyo hermano pequeño estaba metido en un buen

lío. Se había sentido indefensa. Sin poder remediarlo, se había echado a llorar y se había dejado abrazar por él.

Y se había sentido muy bien. Chase tenía unos brazos muy fuertes, y su piel era muy cálida. Ella había pasado, en menos de un minuto, de estar horrorizada por su presencia en el estudio a acurrucarse contra él.

Cabeceó al pasar entre las paredes del cañón. Junto a ella pasó un tráiler que hizo vibrar el coche, pero, en aquel momento, todo su mundo se tambaleaba, así

que ni siquiera pestañeó.

Había sido una idiota al pensar que podía tener una aventura con un hombre que pertenecía a su ámbito laboral y mantenerlo totalmente separado de su vida profesional. Y, además, tenía que salir con él otra vez.

—Fatal —dijo.

Fatal, porque se suponía que solo iba a ser una aventura de una noche.

Fatal, además, porque deseaba de verdad acostarse otra vez con él y, si salían juntos, tendría la oportunidad perfecta para hacerlo.

Ella ya no era así. Ya no salía con hombres cuyos trabajos giraran alrededor de las palas y el sudor.

Sin embargo, sentía la necesidad de compensarlo por su forma de dejarlo plantado el viernes. Más culpabilidad. Debería haber previsto que iba a preocuparse, porque Chase parecía un buen chico. Verdaderamente, se había tomado muy bien el hecho de ser su regalo de cumpleaños.

Jane sonrió de repente, al recordar que Chase había pensado que ella era una viuda deprimida por la muerte de su marido. Sin

embargo, al llegar a la cima de una colina y comenzar el descenso por la carretera, la sonrisa se le quedó helada en los labios. A los pies de aquella colina estaba Ryders. El cromo de las motos que estaban en el aparcamiento brillaba bajo el sol. Había cristales rotos que destellaban entre la gravilla.

Ryders era el bar de moteros que Jessie frecuentaba... y su escenario del crimen favorito, por lo visto. Jane también conocía bien aquel local.

Al pasar junto al bar, vio salir a un tipo con aspecto sucio, rodeando



con el brazo a una mujer escasamente vestida de cuero.

Barriobajeros, pensó Jane inmediatamente. Al instante, se estremeció y cabeceó. Sabía que estaba mal juzgar a las personas por su aspecto. Sabía que era un mecanismo de defensa. Sin embargo, no podía remediar sentir tanta hostilidad por las mujeres que llevaban el escote por el ombligo. Era una reacción estúpida ante su propio pasado, y no sabía cómo evitarla.

Quería liberarse de aquellos prejuicios, porque sabía que, cada

vez que juzgaba a alguien, estaba pensando en sí misma. No era sano.

Pocos segundos después una moto adelantó a su coche a toda velocidad. El motorista se parecía mucho a Jessie y, por un momento, ella pensó que lo habían puesto en libertad. Pero no podía ser él. Su hermano no tenía una Harley, en primer lugar. Y, en segundo lugar, no lo habían dejado salir de la cárcel.

Sin embargo, aquel breve momento de sorpresa le dio una idea, y Jane pisó el freno y giró el volante para regresar al bar. Jessie

y sus amigos iban a Ryders a menudo. Tal vez pudiera averiguar quién estaba traficando con drogas. Tal vez pudiera conseguir el nombre de la chica que había sufrido una sobredosis.

Dejó el coche en un extremo del aparcamiento y caminó hasta la puerta de madera negra del local, que no tenía ninguna ventana. Nadie quería estar en un bar bien iluminado con luz natural.

El sol todavía brillaba, pero dentro había penumbra. Jane solo veía los letreros de neón de las marcas de cerveza. Se quedó

inmóvil, pestañeando y escuchando el rock duro que salía por los altavoces, mientras trataba de que sus ojos se acostumbraran a la falta de luz. Lentamente, enfocó el bar; estaba exactamente igual que cuando ella iba por allí, hacía quince años.

Y, también exactamente igual que hacía quince años, los hombres la miraban fijamente. Jane no creía que fuera por los mismos motivos. De adolescente, ella llevaba el pelo decolorado y en punta, y un maquillaje tan cargado que llamaba la atención. En aquel momento, sin

embargo, parecía una mujer que se había equivocado de sitio.

Apretó la mandíbula y pasó por delante del grupo de motoristas más grande de todos.

## Capítulo 7

Con la muñeca apoyada sobre el volante, Chase entrecerró los ojos para protegerse del sol del atardecer y le echó una mirada a su teléfono móvil. Todavía no había llamado a Jane, así que no tenía ni idea de por qué no podía dejar de comprobar si ella le había dejado algún mensaje. No tenía sentido. Claro que Jane había sido la que lo había llamado el viernes pasado.

Le hubiera gustado pensar que estaba dejando que ella se impacientara. Sin embargo, su padre lo había llamado, y había dado al traste con cualquier esperanza de salir con ella aquella noche.

Su padre le había dejado su mensaje de costumbre:

—*¡Eh, hijo! No has venido a verme desde hace unos días. ¿Por qué no cenamos juntos?*

Sin embargo, Chase entendía bien el idioma de su padre. Lo que quería decir era: «No tengo dinero y necesito cerveza. Cómprame un

par de packs de latas, y algo de tabaco, y tráemelo todo a casa. Y, si te sientes mejor, trae también unos cuantos sándwiches».

Antes empezaba a dolerle el estómago al recibir una de aquellas llamadas, pero ya no. Había empezado a leer artículos sobre dependencia y sobre los roles disfuncionales que adoptaban los familiares de los alcohólicos para intentar salvarlos de los problemas que les provocaba su adicción. Ya nunca llevaba cerveza en el maletero del coche. Tan solo, comida.



Aminoró la velocidad para tomar la curva de Ryders, pero, antes de haber terminado el giro, se quedó mirando fijamente a un lado. Entre las motos y los pickups que había en el aparcamiento de Ryders había un pequeño y brillante BMW blanco.

Levantó el pie del acelerador y dejó que su camioneta se detuviera un instante para mirar mejor el coche. Sin embargo, después de unos segundos se echó a reír. La idea de que Jane estuviera en un bar de moteros...

—Oh, Dios Santo —murmuró,

frotándose los ojos. Era hilarante.

Diez minutos después, aparcó delante de la caravana de su padre. Era fácil de distinguir entre todas las demás, porque tenía una bandera del equipo de fútbol americano de Wisconsin, los Green Bay Packers. Ellos nunca habían vivido ni siquiera cerca de Michigan. Otra cosa que él nunca entendería sobre su padre.

—Hola, papá —dijo, en cuanto abrió la puerta.

—¡Billy! —le respondió su padre, saludándolo desde la butaca reclinable.

—He traído pollo frito. ¿Tienes hambre?

—Claro, claro. Vamos a abrir una cerveza y a cenar.

Él intentó no poner los ojos en blanco.

—Yo no bebo, papá. Y no he traído cerveza. Solo la cena.

Su padre lo miró fijamente un instante y, después, apartó la vista.

—Oh, de acuerdo. Bien, supongo. Cenemos. Pero te agradecería que fueras a buscarme unas cuantas cervezas antes de volver a Aspen, si puedes.

A Chase se le aceleró un poco

el corazón, pero negó con la cabeza.

—Vamos a cenar.

—¡Claro! —exclamó su padre, alegremente, aunque Chase vio la resignación reflejada en sus ojos. Chase no iba a volver a llevarle cerveza nunca más. El reparto a domicilio se había terminado.

Un muslo de pollo después, su padre empezó a mirar a su alrededor por la caravana.

—Qué bien —dijo, como si acabaran de tomar una comida de cuatro platos—. Gracias por la cena.

Por lo menos, no era un borracho malo, pensó Chase, mientras tomaba otro pedazo de pollo y lo mordía. Su padre nunca había sido malo, pero, tal vez, para él habría sido más fácil así; habría podido seguir con su vida y dejarlo atrás.

Tal y como eran las cosas, no podía abandonarlo. La última novia formal que Chase había tenido había aceptado un trabajo en Utah y le había pedido que fuera con ella. Aquel había sido un momento decisivo para su relación. Si se iban juntos a Utah, habrían

empezado a vivir juntos y, seguramente, se habrían casado y habrían formado una familia. Sin embargo, Chase había dicho que no. No podía dejar solo a su padre.

Aquella había sido su decisión, pero se había puesto furioso cuando su novia había hecho las maletas y se había marchado. En aquel momento, estaba completamente seguro de que él estaba haciendo bien las cosas, y de que ella no tenía corazón. Sin embargo, aquellos sentimientos se habían desvanecido, y Chase se había dado cuenta de que había sacrificado una

buena relación sin pelear por ella.

Su padre se dio una palmada en las rodillas, y Chase volvió a centrar su atención en él.

—Bueno, Billy.

Con resignación, Chase metió la caja de pollo en la nevera y guardó el resto de la compra mientras su padre se paseaba de un lado a otro por el pequeño salón, pasándose el dedo por el labio inferior nerviosamente, con el ceño fruncido por la concentración.

—Adiós, papá —dijo Chase.

Su padre respondió con un movimiento de la mano y, antes de

que se hubiera cerrado la puerta de la caravana, oyó que llamaba por teléfono a alguien.

—¡Hola, Debra! ¿Qué tal? — dijo su padre, alegremente—. ¿Te apetece echar una partida al Scrabble esta noche? Yo pongo el juego y tú pones las copas.

Debra era la anciana vecina que vivía dos filas más allá. Algunas veces, Chase se la encontraba sin conocimiento en el sofá de su padre.

Chase llegó rápidamente a su camioneta y se escapó de allí. Puso a todo volumen el equipo del



coche; necesitaba el alivio inmediato que le proporcionaba la música.

Cuando llegó de nuevo a la altura de Ryders, sonrió. Incluso miró el BMW al pasar, sonriendo. Al llegar al cruce con la autopista, un movimiento captó su atención en el espejo retrovisor. Un tipo enorme estaba tirando del brazo de una mujer para sacarla por la puerta del bar.

No era raro ver aquello en Ryders.

Sin embargo, entrecerró los ojos al darse cuenta de que aquella

mujer no era la típica mujer de motero. Llevaba... ¿gafas? Sí, llevaba gafas. Y un recatado traje gris oscuro. Además, estaba el BMW.

—No, no es posible —se dijo Chase. No era posible que Jane Morgan estuviera en Ryders. Ella era de las que iban a las barras de los bares de los buenos hoteles. Tal vez al karaoke, incluso, en una noche loca.

Sin embargo, Chase levantó el pie del acelerador.

—No, no era Jane —dijo, en voz alta. Sin embargo, estaba

recordando que ella le había lamido el tatuaje.

¿Podría ser que Jane tuviera una debilidad por los... chicos malos con tatuajes? ¿Acaso era una fetichista, y él había sido la última de sus conquistas?

Aquello era absurdo, ¿no?

—Claro —dijo.

Entonces, giró bruscamente y volvió al bar a toda velocidad. Si era Jane... Tal vez hubiera ido a Ryders a buscarlo. Parecía un sitio al que él podía ir a tomar una copa. Si bebiera, claro. Salvo que ella sabía que él no bebía. Aunque sí le

gustaba jugar al billar y, en realidad, había ido muchas veces a Ryders.

Cuando comenzó a bajar la colina hacia el bar, tenía los hombros en tensión. A medio camino, se dio cuenta de que el BMW ya no estaba allí.

Aunque era consciente de que estaba a punto de atravesar ciertos límites, Chase sacó el teléfono móvil y marcó el número de Jane.

De repente, ella contestó.

—¿Diga?

Pese a la mala cobertura, él percibió la tensión de su tono de

VOZ.

—Jane, hola. Soy Chase. No quiero ser un entrometido, pero ¿es posible que acabe de verte saliendo de Ryders?

Hubo un silencio. Entonces, Jane respondió.

—Er... ¿Ryders? ¡No! Claro que no. No.

Él frunció el ceño. La respuesta correcta para Jane debería haber sido «¿Qué es Ryders?».

—Bueno, es que acabo de pasar por allí, y me ha parecido verte. Es un sitio poco recomendable. ¿Te has metido en algún lío?

—No, yo... —Jane carraspeó—. No, por supuesto que estoy bien. No pasa nada.

¿Qué demonios? Chase se apartó el teléfono de la oreja y lo miró. Ya ni siquiera negaba que hubiera estado allí.

—Jane...

—Lo siento —dijo ella—. Tengo que colgar.

Él se aferró a su última oportunidad.

—Esperaba poder invitarte a cenar esta noche.

—Oh, esta noche no puedo. Tengo cosas que hacer.

—Entonces, ¿mañana?

—Tampoco sé si voy a poder mañana. Últimamente estoy un poco liada. No estoy intentando darte largas, de verdad. No me voy a echar atrás. Tal vez a finales de semana sea más fácil.

Él no podía hacer otra cosa que aceptar de buen grado lo que le decía, y dejar que colgara. Aquella noche, al menos, no podía hacer otra cosa.

Jane estaba en el salón de casa de sus padres, con ganas de dar una

patada en el suelo. Sin embargo, ya era una adulta, así que se cruzó de brazos con fuerza en vez de patalear.

—No tenías derecho a hacer eso.

Mac también se cruzó de brazos.

—¿Ah, no?

—¡No estaba haciendo nada malo, papá!

—No, claro. Meterte a un bar de motoristas a hacer preguntas sobre un delito. ¿A ti te parece buena idea?

—Yo...



—Ir a Ryders como si fueras una detective de paisano. ¿A ti te parece buena idea?

Jane se sintió como si tuviera dieciséis años otra vez.

—Les dije que no era policía.

—Ah, bueno, y seguro que ellos quedaron conformes con eso. Por eso me llamó Arlo y me dijo que moviera el culo y te sacara de allí.

Jane se sintió frustrada.

—Solo estoy intentando ayudar a Jessie. Nada más.

—Puedes ayudarle llamando a ese novio tuyo, el de la oficina del fiscal, y consiguiendo información.

Jane alzó ambas manos.

—Papá, he roto con él.

—¿Y ni siquiera puedes llamarlo?

Oh, Dios. ¿Y qué iba a decirle a Greg? ¿Que no era la mujer que él pensaba, que se había criado en una caravana y que a su hermano lo habían detenido por posesión de drogas? ¿Que necesitaba su ayuda?

Tuvo que contener un escalofrío.

—Acudiré a él si es necesario, pero ahora tenemos que andar con cuidado.

—Sí, en eso estoy de acuerdo

—murmuró él—. Así que no vuelvas a Ryders para nada. Si hay que hacer alguna pregunta, ya la haré yo.

Jane lo miró dubitativamente. Ciertamente que Mac resultaba intimidante, pero había dejado bien claro que Jessie tenía que arreglárselas solo para salir del lío en el que se había metido. Su padre no quería ayudar, pero ella necesitaba hacer algo.

Había pensado que, si podía reunir información, si daba con alguna pista sólida, podría informar a la policía.

Sin embargo, Mac tenía razón en cuanto a su apariencia. Con aquel traje y aquellas gafas, parecía una policía.

—¿Ha habido alguna noticia más? —preguntó.

Él se quitó el pañuelo de bandana de la cabeza y se pasó la mano por el pelo canoso.

—He hablado con Arlo —gruñó—. No sabía nada de que Jessie estuviera robando bolsos, obviamente, o le habría dado una paliza por causar problemas a los clientes.

—Y... bueno... —Jessie tragó

saliva. Temía sacar a la luz aquel tema—. He oído decir que uno de los amigos de Jessie es traficante.

Mac frunció el ceño aún más.

—Ese idiota... Hace falta tener cara dura para vivir en mi casa y meterse en esos líos.

—¿Tú no sabías nada?

Mac cabeceó, y la luz de la cocina hizo brillar sus pendientes de aro.

—Si tu hermano hubiera estado pasando drogas, Arlo me lo habría dicho. Dudo que lo haya hecho. Además, los traficantes no trabajan de dos en dos.

Ella asintió, y se puso una mano sobre el estómago para intentar aplacar el dolor que sentía.

—Ojalá supiera lo que sospecha la policía. Puede que solo nos hayamos puesto un poco paranoicos.

—Puede.

Jane le puso una mano en un brazo. Sus dedos eran muy pálidos contra las líneas oscuras de sus tatuajes.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —dijo Mac, encogiéndose de hombros—. Eh, tu abuela quiere verte —dijo.

Obviamente, quería distraerla de aquella muestra de afecto, y lo consiguió.

—Oh, Dios —gruñó Jane. No podía soportar a la abuela Olive ni siquiera en sus mejores días—. Esa mujer ni siquiera es pariente tuya. No sé por qué sigues manteniendo relación con ella.

Mac se encogió de hombros de nuevo; aquel era su medio de comunicación principal cuando estaba disgustado. Entonces, miró por la ventana al ver pasar un coche.

—¿Dónde está mamá?

Él se puso más tenso aún.

—Ha ido a ver a Jessie.

Se oyó el crujir de los neumáticos en la gravilla, y Jane se acercó a la ventana.

Su madre acababa de llegar.

—Seguro que... —comenzó a decir Jane, antes de darse cuenta de que Mac se había ido ya. La puerta de su pequeño despacho acababa de cerrarse.

Su madre entró en casa, con la cara hinchada de llorar.

Jane la abrazó.

—¿Lo has visto?

—Sí. Tenía buen aspecto —dijo



su madre, y comenzó a llorar otra vez, así que Jane la abrazó con más fuerza.

—No te preocupes, mamá. Lo vamos a sacar. La abogada parece muy buena.

—Muchas gracias, hija. Mac y yo intentaremos devolverte el dinero de...

—No. Quiero pagarlo yo.

Necesitaba hacerlo, porque así podría continuar con su engaño y sentirse casi como una hija decente, aunque mantuviera escondida a su familia. Pagaría la cuenta del abogado y sacaría a Jessie de aquel

lío. Después, todo volvería a ser igual que antes.

Su madre asintió.

—Está bien. Voy a preparar la comida. Es chili con carne. Espero que te guste.

—Sí, mamá. Me parece muy bien. Yo pongo la mesa dentro de cinco minutos.

Su madre se marchó a la cocina, mientras Jane se acercaba silenciosamente a la puerta del despacho de Mac para escuchar. No oyó nada. Tocó con los nudillos, y la abrió.

—Mac, ¿estás bien?

—Perfectamente —gruñó él.

Jane se sentó frente al escritorio de metal.

—Papá.

Mac apretó la mandíbula, pero no dijo nada. Se estaba haciendo el duro, pero la idea de que su hijo estuviera en la cárcel era demasiado para él. Mac no iba a ir a visitar a Jessie, pero, aunque se quedara allí sentado, sentía la misma preocupación.

—Vamos a sacarlo.

—Puede que lo que más necesite sea estar dentro.

Jane pensó en todos los años

que había pasado Mac en la prisión, y le acarició suavemente el antebrazo. Él no se había convertido en su padrastro hasta que ella tenía siete años. Lo quería, pero no se había pasado los primeros años de vida acurrucada en su regazo, así que ellos dos no se acariciaban demasiado. Sin embargo, parecía que aquel día, Mac se sentía muy solo.

—¿Por qué no quieres ir a verlo?

Él apretó los dientes con furia.

—Él se lo ha ganado. Sabe lo que hay. Maldita sea, él sabe

perfectamente lo que hay. Y, si estuviera aquí en este momento, lo golpearía contra la pared.

Jane asintió.

—Después de quedar libre, le prometí a tu madre que nunca más iba a tener que sentarse en la sala de espera de una cárcel. Quería algo mejor para ella y para vosotros dos. He hecho todo lo posible por criarlo bien.

—Esto es culpa suya, no tuya.

—Le di demasiada libertad. Si sale, las cosas van a cambiar.

Ella asintió de nuevo, y puso una mano sobre las suyas. Mac le

había dicho muchas veces a Jessie lo que esperaba de él: que fuera más de lo que había sido su padre.

Jane tragó saliva para contener las lágrimas.

—Tú me salvaste, ¿sabes? Me salvaste, Mac.

Él cabeceó.

—He dejado que Jessie fuera demasiado lejos.

—Has sido un buen padre para Jessie y para mí —dijo ella. Él apretó el puño bajo su mano—. Mamá está preparando la cena. ¿Vas a salir?

—No sé si quiere que salga.

Está enfadada.

—Ya sabes que se le pasa enseguida.

Mac se encogió de hombros, mirando la mano de Jane, que seguía sobre la suya.

Si Jessie iba a la cárcel, Mac iba a morir. Jane no tenía ninguna duda. Y no iba a permitir que su padre pasara por eso, después de todo lo que había hecho por ella.

Recordaba muy bien el momento en el que él había llegado para recogerla en aquella comisaría de Denver. Recordaba la visión de sus brazos fuertes abriendo las

puertas ralladas para rescatarla de aquella noche terrible. Ella había sentido un alivio enorme al verlo, pero su miedo no había desaparecido. Ni el miedo, ni la vergüenza, ni el arrepentimiento. Sin embargo, ni una sola vez había temido que él le hiciera daño. Lo que más temía era el disgusto que vio en sus ojos.

—Te quiero, papá —le dijo.

Después, lo dejó solo con su preocupación, porque no podía hacer nada más. Al menos, hasta el día siguiente.



No tenía ningún motivo para pasar por el estudio de arquitectura aquel día, así que Chase se contuvo. Tenía que ser muy comedido, teniendo en cuenta su plan para aquella noche. Seguir a Jane cuando saliera del trabajo sería una locura, y algo parecido a un acecho... Pero, si pasaba casualmente cerca de Ryders otra vez... Bueno, si veía un BMW blanco, pararía y entraría a echar un vistazo.

Solo porque tenía la impresión de que Jane estaba muy disgustada por algo.

Por supuesto, él apenas conocía

a aquella mujer, pero se había acostado con ella, lo cual significaba que, seguramente, la conocía mejor que mucha otra gente. Eran amigos. Amigos de algún tipo. Por lo menos, se conocían íntimamente. Y él podía ir a un bar, si quería. Estaban en un país libre.

El hecho de que tuviera que justificarse ante sí mismo no era una buena señal.

Sin embargo, se puso en camino. Eran las siete cuando entró en el aparcamiento de Ryders, la misma hora a la que había pasado

por allí el día anterior. Y el BMW blanco también estaba allí.

Se le aceleró el corazón, y se dio cuenta de lo nervioso que estaba. Chase lo ignoró todo.

—Solo quiero ayudar —  
murmuró, mientras caminaba hacia la puerta.

Había pensado que daría con Jane nada más entrar en el local. En aquel ambiente destacaría inevitablemente. Miró a su alrededor. El bar estaba abarrotado, pero a ella no la vio. Volvió a intentarlo.

Vaya, vaya. Entonces, Jane no

había mentido.

Sin embargo, el lunes era el día de la cerveza a un dólar, y había muchísima gente. Jane podía estar allí, en la fila para entrar al baño, o algo por el estilo.

Chase pidió una Coca-cola y se sentó en un asiento cerca de la pared, mientras empezaba una nueva canción. Los *riffs* de la guitarra llenaron el local. Pasaron unos minutos, y Chase empezó a sentirse muy seguro de que Jane no estaba allí.

Por otra parte, estaba empezando a pasárselo bien. Como

no bebía, no iba de bares muy a menudo, pero estaban poniendo una de sus canciones favoritas, y la gente todavía no se había puesto muy ruidosa. Además, había un espléndido trasero femenino moviéndose alrededor de los que bailaban en la pista.

Chase apoyó la espalda en la pared y le dio un sorbo a su refresco mientras admiraba las vistas. Aquel trasero apretado y redondo apenas estaba oculto por una falda vaquera que llegaba justo a la parte superior de los muslos. Y los muslos eran muy bonitos

también; los músculos se contraían al ritmo de la música. Le recordaban a los muslos de Jane, y Chase sonrió al pensarlo. Teniendo en cuenta lo mucho que Jane se había desinhibido en su apartamento, tal vez le pidiera que le dedicase un bailecito privado, si tenía la suerte de volver a llevársela a la cama.

Se dio cuenta de que aquel precioso trasero lo estaba distrayendo de su búsqueda, y volvió a recorrer a la multitud con la mirada. Conocía a algunas personas de las que estaban allí.

Uno de sus empleados estaba junto a una enorme lata de cerveza, con el brazo sobre los hombros de una mujer amistosa. El tipo que estaba atendiendo la parte más alejada de la barra había ido al colegio con él. Y el gigante que acababa de entrar por la puerta era bien conocido por todo el mundo de la zona de Carbondale, porque era tan duro que la gente evitaba cruzarse con él. Big Mac MacKenzie. Sin embargo, no era un mal tipo. Chase le había comprado una bicicleta de segunda mano hacía diez años, y Mac lo había tratado justamente.

Parecía que Mac también estaba buscando a alguien, porque se quedó junto a la puerta, con el ceño fruncido, y se encaminó hacia el fondo del local.

Chase terminó la Coca-cola y volvió a fijarse en la chica guapa que estaba bailando. Ella se inclinó hacia un joven de pelo largo. La chica se puso de puntillas; sus piernas parecían aún más largas, y su falda, más corta.

—Qué bonita —murmuró Chase, metiéndose un cubito de hielo en la boca.

Observó los labios de la chica



mientras ella le gritaba algo al oído al tipo, para hacerse oír. Preciosos labios. Eran carnosos, como los de Jane, pero estaban pintados de un rojo chillón y brillante.

Mientras hablaba, ella miró hacia el bar, y Chase se incorporó tan rápidamente que se tragó el cubito de hielo sin querer.

La chica también tenía los mismos ojos que Jane.

Chase volvió a tragar y notó el hielo en la garganta.

—Un momento... —balbuceó. El trasero de Jane, los muslos de Jane, la boca y los ojos de Jane—.

Oh, Dios...

Chase la miró con atención. También tenía los pechos de Jane, y llevaba una camiseta de tirantes muy finos y un enorme escote, que apenas se los escondía. Además, no llevaba sujetador; de eso no había ninguna duda.

Chase se quedó boquiabierto y se frotó los ojos con la esperanza de poder aclararse la vista. Sin embargo, al mirarla de nuevo, ella seguía siendo... ¿Jane? ¿Jane, con una minifalda, tacones de vértigo y una camiseta de tirantes? Llevaba el pelo suelto, y le llegaba casi

hasta la mitad de la espalda. No llevaba gafas y, por su forma de entornar los ojos de vez en cuando, no debía de haberse puesto lentillas.

Él también entrecerró los ojos para mirarla con más precisión y asegurarse de que era ella. Y lo era, aunque no la habría reconocido si no la hubiera visto con una ropa interior muy sexy y sin gafas pocos días antes.

Dios Santo.

Aquella sorpresa lo había dejado aturdido un momento, pero, al asimilar la idea, a Chase estuvo

a punto de explotarle la cabeza.

¿Por qué se había vestido así Jane? ¿Y qué hacía en Ryders? ¿Y por qué estaba permitiendo que aquel motorista le mirara así los pechos?

Jane frunció el ceño al oír algo que le decía el tipo y, después, volvió a inclinarse hacia él para responderle al oído. Chase se inclinó también, como si pudiera oírlo. Como si aquella conversación a gritos al borde de una pista de baile pudiera desvelarle aquel misterio.

Era una fetichista. Tenía que

serlo. Le gustaban los malos. Estaba pescando a un tipo duro, grande y lleno de tatuajes. Le gustaban los hombres a los que pudiera utilizar y dejar tirados sin volver a acordarse de ellos.

Hombres como él mismo.

Chase estaba frunciendo el ceño con tanta fuerza que empezó a dolerle la cabeza. Se pasó la mano por el pelo e intentó relajarse. Aquello no tenía importancia. Había sido cosa de una noche, y Jane le había dejado bien claro que solo quería usarlo. Demonios, cabía la posibilidad de que él

hubiera sido, incluso, el comienzo de aquel fetichismo. Tal vez debiera sentirse halagado.

Sin embargo, los halagos nunca le habían dado tanto ardor de estómago.

El amigo de Jane le hizo un gesto a otro tipo para que se acercara. En un momento, Jane pasó la mano por debajo de la cazadora de cuero del recién llegado y le rodeó la cintura con el brazo. Los dos hombres hablaron durante un rato, mientras ella miraba al suelo; parecía que estaba anotándolo todo cuidadosamente, y no planeando

una cita.

El primer tipo asintió y desapareció, y el tipo de la cazadora de cuero rodeó los hombros de Jane con ambos brazos y la estrechó contra sí. Comenzó a mover las caderas al ritmo de la música, y Jane lo siguió.

Chase se puso de pie para marcharse. Aquella chica estaba demasiado loca para él. Dejó el vaso vacío en la barra, preguntándose vagamente cómo había conseguido masticar todo aquel hielo. De repente, se sentía muy fatigado. Se dirigió hacia la

puerta, manteniéndose cerca de la pared y alejado de la pista de baile.

No pudo evitar echar una última mirada hacia atrás, pero se arrepintió al instante, porque vio que el tipo había posado su manaza en la curva del trasero de Jane.

—Te deseo toda la suerte del mundo, hermano —murmuró Chase.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta, vio algo por el rabillo del ojo. Algo que se acercaba a Jane.

Se dio la vuelta y se quedó inmóvil. Big Mac estaba abriéndose paso entre el gentío. No tenía que empujar a nadie, sino que



todo el mundo se apartaba como si fuera la hierba de una pradera. Todo el mundo, menos Jane.

Mac la agarró del brazo con la fuerza de un cepo. La música seguía rugiendo por los altavoces. Chase no oía lo que estaban gritando, pero estaban discutiendo, porque Mac hizo girar a Jane hacia él con brusquedad. La pareja de baile de Jane se alejó, con las manos alzadas en señal de rendición.

Durante un breve instante, Chase se sintió más calmado, porque no parecía que Jane estuviera asustada en absoluto. Ni

siquiera parecía que estuviera sorprendida. Y, de repente, él se dio cuenta de por qué no estaba sorprendida. Mientras Big Mac MacKenzie se llevaba a Jane a rastras de la pista de baile, él recordó que Mac era el hombre que estaba con Jane en el aparcamiento la noche anterior. Tal vez ella fuera su novia. La novia loca, infiel y teatral de Big Mac. Seguramente, a los dos les encantaba aquello.

Increíble. A Chase le daba vueltas la cabeza.

Jane dio un tirón del brazo y se liberó de Mac, cabeceando. Mac

entornó los ojos con una expresión de furia, y enrojeció. Apretó los puños y frunció el labio, acercándose a ella.

Chase notó una descarga de adrenalina y avanzó rápidamente para llegar a Jane antes de que aquellos puños la golpearan. Sin embargo, no iba a conseguirlo. Todavía estaba a diez metros de ellos.

Pero Mac no la golpeó. Se limitó a rodearla fuertemente con los brazos, la levantó del suelo y la llevó hacia la puerta. Hacia Chase. Ella pateó salvajemente,

golpeándole las espinillas a Mac con los tacones.

Por fin, Chase llegó hasta ellos y agarró a Mac por el codo con todas sus fuerzas.

—Quítale las manos de encima, tío.

—¿Cómo? —gritó Mac.

—No me voy a quedar de brazos cruzados viendo cómo maltratas a una mujer. Suéltala ahora mismo.

—¡Chase! —exclamó Jane. Dejó de forcejear, y se quedó relajada entre los brazos de Big Mac.

Mac gruñó:

—Ocúpate de tus asuntos.

Después, intentó continuar hacia la puerta, pero Chase le apretó el codo y, finalmente, Mac soltó a Jane y la dejó en el suelo.

—Te he dicho que te ocupes de tus asuntos.

Chase mantuvo el peso del cuerpo en los talones y los brazos relajados a ambos lados del cuerpo. Hacía un par de años que no se metía en ninguna pelea, y Mac era un tipo muy grande. Sin embargo, si conseguía evitar los puñetazos por sorpresa, le iría bien.

Solo tenía que estar preparado.

—Y yo te he dicho que dejes a la mujer en paz. Si quieres pegar a alguien, inténtalo conmigo.

—Chase —dijo Jane, entre jadeos, poniéndole una mano sobre el pecho—. No es necesario. No pasa nada.

Mac gruñó de nuevo.

—No te metas —le dijo a Jane, y le puso la mano en el hombro como si fuera a empujarla.

Entonces, Chase perdió los estribos.

Le apartó la mano a Mac de un golpe, y lo agarró por la camisa

para tirar de él y hacer que perdiera el equilibrio. El enorme puño que se lanzó hacia él fue fácil de ver, y casi consiguió evitarlo a tiempo. Así pues, Mac no le rompió la nariz, pero Chase sintió una explosión de dolor en el oído antes de conseguir darle un buen gancho a Mac en el estómago. La gente comenzó a vitorear y a silbar.

—¡Ya basta! —gritó Jane—.

¡Ya basta!

Chase apartó a Mac de un empujón y colocó los puños en alto para defenderse de otro puñetazo. Dios Santo, Mac era muy rápido

para ser tan grande.

Comenzaron a moverse en círculo, mientras la multitud formaba un círculo a su alrededor.

—Apártate, Jane —murmuró Chase.

—No. Para ya. Por favor, Chase... Mac no me va a hacer daño, te lo juro —dijo ella. Y, de repente, se colocó entre ellos, impidiendo la pelea con su propio cuerpo.

Chase bajó las manos y retrocedió.

—¡Salid a pelear fuera! —gritó alguien desde la barra.



—Sí —dijo Jane—. Vamos fuera, por favor.

Entonces, empujó suavemente a Chase hacia la puerta. Chase se movió, pero no apartó los ojos de Mac, por si acaso. Le latía el oído como si su tamaño normal se hubiera multiplicado por cuatro. Cuando salieron a la calle, caminó hasta que estuvo a unos seis o siete metros de la puerta.

Jane lo siguió y se quedó esperando con los brazos cruzados, mordiéndose el labio. En aquella postura, el pecho se le alzaba por encima de los antebrazos y quedaba

aún más a la vista.

Chase apartó la mirada, pero le costó un gran esfuerzo conseguirlo. Observó a Big Mac un momento y, después, volvió a mirarla a ella.

—¿Qué demonios pasa aquí, Jane?

A ella se le tensaron los brazos alrededor del cuerpo.

—Nada.

—Nada —repitió Chase, mirándola de arriba abajo—. Entonces, ¿así es como te gusta salir de fiesta?

Jane se puso muy colorada y bajó los brazos.

—No.

—¿Te gusta que los tipos te traten así? ¿Qué te pongan las manos encima?

—¡No!

—Entonces, ¿por qué estás con un tipo que te pega? Tienes que ir a un psicólogo, o algo así. Esto es morboso.

Ella cabeceó.

—No es lo que piensas.

—Entonces, ¿qué es?

Jane apretó los labios con una expresión de terquedad.

Mac soltó un gruñido y movió la cabeza. Estaba muy disgustado.

—No puedo oír nada más. Es mi hija.

Jane palideció, y Chase se quedó boquiabierto.

—¿Eh?

Mac repitió aquellas extrañas palabras.

—Que es mi hija.

¿Su hija? Chase miró a Mac y a Jane alternativamente, y no encontró el más mínimo parecido. Claro que, tal vez, la barba de Mac estuviera ocultándoselo.

—¿Que es tu hija?

—Sí.

Entonces, él miró a Jane, y ella

le devolvió una mirada llena de ira.

—Esto es un asunto familiar —  
le espetó—. No tiene nada que ver  
contigo —añadió.

—Lo siento, pero estoy muy  
confundido.

Mac se encogió de hombros.

—Yo no tengo tiempo para esto,  
demonios. Va a venir un cliente al  
taller dentro de diez minutos. Jane,  
ni se te ocurra volver a entrar al bar  
y deja de hacer el idiota.

Ella se giró hacia él.

—Tengo todo el derecho a  
entrar. Uno de sus amigotes es el  
que lo ha metido en este lío.

—¿Y esta es tu gran idea para ayudar a Jessie? —preguntó Mac con un resoplido, mientras Chase intentaba seguir aquel tema de conversación tan misterioso para él —. ¿Ponerte una falda corta y pintarte como una puerta? ¿Qué vas a conseguir con eso?

—Se supone que voy a conseguir distraerles lo suficiente como para que hablen conmigo.

Mac alzó las manos al cielo.

—¡No quiero tener que preocuparme también por ti, Jane! Ya tengo suficientes preocupaciones.

Ella agachó la cabeza.

—Lo siento.

—No vuelvas a entrar ahí, Jane

—dijo él, con un suspiro—. Yo hablaré con los amigos de Jessie, ¿entendido?

—A ti te tienen miedo.

—Sí, y me da la impresión de que mis puños pueden ser más efectivos que la promesa de que van a conseguir otra cosa de ti.

Chase no estaba muy seguro de eso, pero contuvo la lengua, porque Mac era su padre. Todavía no lo había asimilado por completo. ¿Big Mac MacKenzie era el padre de

Jane Morgan?

Jane murmuró algo. Lo dijo en voz muy baja, y él no pudo oírlo. Mac se giró hacia él.

—Supongo que debería darte las gracias por intentar defender a la boba de mi hija.

—Sí, sí, claro —dijo Chase, y estrechó la mano que él le ofrecía.

—La próxima vez no te voy a pegar.

Chase arqueó una ceja.

—La próxima vez yo tampoco te voy a pegar a ti.

—Bueno, pues todo solucionado —dijo Mac, y sonrió



—. Jane, si vuelves a entrar, Arlo me va a llamar, así que no te molestes.

Ella apretó la mandíbula, y Chase tuvo la sensación de que iba a hacer un mohín, pero abrazó a Mac antes de que se fuera y le susurró algo al oído. Chase intentó ordenarse las ideas, pero eran como balones de fútbol que rebotaban por su cerebro, y no podía agarrarlas.

—Será mejor que me marche ya —dijo ella, mientras Mac se alejaba.

Chase miró al cielo.

—Lo dices en broma, ¿no? ¿Me vas a dejar así? Jane... qué demonios... ¿Big Mac es tu padre?

—Padraastro.

En el instituto, Chase conocía a una de las MacKenzie, pero no se llamaba Jane. Era una rubia platino con muchos problemas y mucho amor por la raya de ojos negra. ¿Acaso Big Mac había vuelto a casarse?

Jane estaba moviéndose con impaciencia, como si estuviera a punto de marcharse, y aquellos movimientos eran muy agradables con aquel atuendo. Miró hacia la

puerta de Ryders, entrecerrando un poco los ojos.

—¿Has cenado? —le preguntó él.

—No tengo tiempo para ninguna cita en este momento, Chase. Tengo que... —señaló desdeñosamente su cuerpo y dijo—: Mi ropa.

Sí, claro. Su ropa.

—Puedo entrar contigo a Ryders a tomar una hamburguesa si me cuentas lo que está pasando.

Ella lo miró recelosamente.

—¿Por qué?

—Porque tú quieres volver a entrar, y yo quiero saber de qué

estabais hablando Mac y tú.

Ella lo observó atentamente.

—Arlo va a llamar a Mac.

—Yo hablaré con Arlo.

—¿Lo conoces?

Él se encogió de hombros.

—Claro.

—Está bien. Me tomo una hamburguesa contigo, pero esto cuenta como nuestra cita.

Chase sintió un gran alivio. Si ella se hubiera negado, él no habría podido dormir en toda la noche. No habría podido dejar de darle vueltas a quién era de verdad Jane Morgan, ni de preguntarse por qué

había entrado disfrazada a un bar de motoristas.

—Trato hecho. Pero tienes que quedarte conmigo. Nada de irte por ahí a seguir con tu misión de espionaje, o sea lo que sea.

Ella sonrió distraídamente antes de dirigirse como una flecha hacia la puerta del bar. Se le enganchó la punta del pie en el escalón de la entrada y se tropezó.

—Puedes ponerte las gafas, si quieres. A mí no me importa.

—No pegan con el anillo del pie.

Chase miró hacia abajo. Con

todas aquellas maravillas a la vista, él no se había fijado en el anillo que Jane llevaba en uno de los dedos del pie. Y volvió a olvidarse de él cuando ella lo tomó de la mano y lo guio hacia una mesa vacía. La camiseta se le estiró sobre el pecho, y reveló la preciosa curva de sus pechos. A él se le hizo la boca agua al recordar.

—Bueno —dijo, mientras ella se sentaba en el asiento—. Espérame aquí. Voy a hablar con Arlo. ¿Quieres beber algo?

Ella negó con la cabeza, y Chase fue apresuradamente a la

barra para decirle a Arlo que él se hacía responsable de Jane. Arlo se quedó aliviado por poder quitarse aquel peso de encima, y le invitó a dos Coca-colas. Chase pidió, además, dos hamburguesas.

—Bueno —dijo él, al llegar de nuevo a la mesa, sentándose frente a ella—. Y, ahora, desembucha.

## Capítulo 8

Jane intentó disimular el temblor de sus manos agarrando el vaso que Chase acababa de llevarle. Estaba completamente expuesta. Físicamente, sí, pero era algo más que eso.

Durante años, le había hecho caso omiso al trasfondo de su vida, fingiendo que estaba en otro lugar. En el instituto había agachado la cabeza y había asistido a todas las



clases para atender y estudiar, sin hacer caso de los insultos de los chicos a los que antes perseguía y de las chicas a las que nunca había caído bien. Había sonreído durante toda la ceremonia de su graduación, cuando su madre se había puesto un top tan ajustado que había suscitado los silbidos de sus compañeros. Después de terminar la escuela, se había teñido el pelo de su color castaño natural, se había cambiado de nombre y había conseguido un trabajo en Aspen. Así había terminado su antigua vida. Estaba harta.

Sin embargo, no era del todo cierto. Había empezado una vida nueva, sí, pero no se había alejado de la antigua.

Debería haberse mudado a Denver. A Nueva York. A Londres.

¿Por qué no se había ido más lejos?

Sabía por qué. Por arrogancia. Había conseguido su primer trabajo en John McInnis Architecture. Aquel había sido el primer escalón de su carrera profesional y una forma de ahorrar dinero para pagarse la universidad. Dentro de aquel estudio, había ido

ascendiendo desde archivera a recepcionista y a secretaria del señor McInnis. El hecho de ser buena en su trabajo había sido muy estimulante para ella. Se había ganado el respeto de los demás, y el orgullo la había llenado como una droga.

Había estado trabajando para el señor McInnis durante tres años. Después, él se había jubilado y la había recomendado a Quinn Jennings para que le ayudara a organizar su nuevo estudio. Aquello había decidido su destino definitivamente, porque el señor

Jennings le había dado una parte de las acciones de la compañía como incentivo al comenzar el trabajo. Su transformación se había completado: se había convertido en una mujer de negocios. En directora de la oficina. En socia.

Y, si se encontraba de vez en cuando con gente de su antigua vida, no tenía importancia. Ellos no la veían. Ella ya no era esa chica. Se había permitido el lujo de pensar que estaba a salvo.

Hasta aquel momento.

Chase la observó  
pacientemente. Ella no quería

contarle todo aquello, pero no parecía que él entendiera aquella verdad, ni siquiera viéndola así vestida. Él no la señaló y la llamó «zorra». Para él, ella estaba disfrazada.

Respiró profundamente, y soltó:

—Mi hermano Jessie está metido en un buen lío.

—Jessie —dijo él, frunciendo el ceño, como si nunca hubiera oído hablar de su hermano. Gracias a Dios.

—Está en un lío, y yo estoy intentando ayudarle.

—¿Qué ha pasado, Jane?

Ella se mordió el labio, pensando.

—No puedes decírselo a nadie.

—Soy la discreción personificada.

Jane miró nerviosamente a su alrededor. Los dos mejores amigos de Jessie todavía estaban allí, pasándolo bien, completamente despreocupados de la encarcelación de su amigo. Qué imbéciles. Aunque, sin gafas, su visión era un poco borrosa, podía ver con claridad que se estaban riendo, empujándose el uno al otro y diciéndoles cosas a todas las

chicas que pasaban a su lado. A los treinta segundos de acercarse a ellos, le habían hecho una proposición de lo menos apetecible: «Eh, ¿te lo han hecho alguna vez dos tíos a la vez?».

Dios Santo. No tenían ni la más mínima sutileza. No le parecían capaces de robar radios de coches, así que, mucho menos, de traficar con drogas.

—A mi hermano Jessie lo han detenido. Creo que la policía está intentando colgarle un crimen que no ha cometido.

—¿En serio?

—Sí. Tenía la esperanza de que sus amigos supieran algo, de que se les escapara algo. Pero, obviamente, son dos tontos muy tontos.

Chase giró el cuello para mirar hacia el mismo sitio que ella.

—¿Son esos dos tipos con los que estabas bailando?

—Sí.

—¿Quieres que vaya a ver si puedo iniciar una conversación?

Jane sopesó aquella oferta, pero, cuanto más reflexionaba, más ridículo le parecía todo aquello. Claramente, aquella noche había



ido a Ryders porque necesitaba hacer algo. Cualquier cosa, aunque fuera vestirse de fulana y coquetear con perdedores, y hacer enfadar a su padre.

Una camarera les llevó las hamburguesas y se alejó rápidamente.

Jane suspiró.

—No, gracias. Mac tiene razón. Ha sido una idea tonta, y no sé qué estoy haciendo aquí. Estoy luchando contra molinos de viento.

—¿Qué?

—Dándome contra una pared inútilmente.

Chase ignoró su hamburguesa y la tomó de la mano.

—Por eso estabas tan disgustada ayer, ¿verdad? Ojalá me lo hubieras dicho. Te ayudaré si puedo. Parece que tú estás un poco fuera de tu elemento.

¿De veras? Bueno, eso era muy agradable por su parte.

—Gracias.

Chase le soltó la mano y tomó la hamburguesa grasienta.

—¿Y por qué sospechas que la policía quiere acusarlo de algo que no ha hecho?

—Encontraron objetos robados

en su poder, pero le están haciendo preguntas sobre una mujer a la que no conoce.

—¿Y eso es todo?

Ella se encogió de hombros y empujó una patata frita por el plato.

—Condenan a gente inocente todo el tiempo.

—¿Tú crees?

Sí, estaba muy segura de ello.

Por fin, Jane le dio un mordisco a la hamburguesa. La sal y la grasa inundaron su lengua, y le recordaron bruscamente que aquel día no había comido. Sintió un alivio muy grande. Tal vez no

pudiera pensar con claridad, porque, desde el sábado, no podía dormir bien, y se había saltado muchas comidas para hacer llamadas de teléfono e investigar. Y ahora estaba intentando ayudar a su hermano convirtiéndose en protagonista de una película mala sobre una buena chica que se viste de incógnito.

Qué tonta.

De repente, se le llenaron los ojos de lágrimas, pero las contuvo y siguió masticando. Cada bocado la fortaleció un poco más y le proporcionó un poco más de

claridad mental. No podía confiar en que la policía ni el fiscal del distrito trataran con justicia a su hermano. Sin embargo, tenía que haber una mejor manera de hacer las cosas.

—Eh, ¿estás bien? —le preguntó Chase.

—Yo... —Jane abrió los ojos, rezando por que no se le hubieran escapado las lágrimas—. Creo que sí. Gracias.

—Entonces, no quieres que te acompañe por todo el bar para ver si escuchamos por casualidad la confesión de un delincuente,

¿verdad?

Jane entornó los ojos.

—¿Te estás burlando de mí?

—Solo porque tienes grasa de la hamburguesa en la nariz.

—Oh. Fatal.

—Además, estás muy mona así vestida, y diciendo cosas como «fatal».

—Cállate —dijo ella, aunque se había echado a reír sin poder evitarlo.

Hacia solo unos segundos, estaba a punto de llorar. Debía de ser aquella comida, que, con tanta grasa, era muy reconfortante. O, tal

vez fuera Chase. Él era la versión humana de la comida reconfortante. Malo para ella. Delicioso. Un recordatorio físico de su pasado. Cálido y relajante.

Él le limpió la nariz con una servilleta de papel.

—Qué desastre —gruñó Jane.

—No es para tanto. Ya lo he limpiado.

—Me refiero a que yo soy un desastre. Un desastre de verdad.

—No, en absoluto. Eres la persona más cabal que he conocido.

—Claramente, no lo soy.

—Jane —dijo él—, eres lista,

eres calmada. Eres toda una profesional, y muy capacitada. Y eres una tipa dura. Asustas a tíos muy grandes de la construcción, de tal modo que se comportan como colegiales, y solo tienes, ¿cuántos, treinta años?

—Veintinueve.

—Disculpa.

Ella hizo un gesto vago con la mano para indicarle que no debía preocuparse.

—En este momento no soy una profesional muy capacitada.

Él sonrió.

—No, pero estás increíble.



Jane se miró automáticamente el pecho; cuando alzó la vista, él tenía las cejas arqueadas.

—No me refiero a eso. Pero... ummmm... bravo.

—Oh, Dios —murmuró ella, y se le enrojecieron las mejillas a causa de la mortificación.

Chase se echó a reír y, de repente, Jane también se estaba riendo con ganas, apoyándose en la mesa entre carcajadas, intentando que no se le bajara aún más el escote, todo a la vez.

Estaba en una cita, en un bar de moteros, con un hombre muy poco

adecuado para ella. Se estaba comiendo una hamburguesa grasienta, vestida como una fulana, mientras su hermano estaba en la cárcel. Y se lo estaba pasando bien.

Jane empezó a comer patatas fritas. Cuando alzó la vista, un momento más tarde, se dio cuenta de que Chase estaba mirando su plato con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—Estoy intentando averiguar cuál es tu proceso de selección de las patatas fritas.

—¿Mi qué? —preguntó ella, riéndose.

—Tu proceso de selección — dijo, señalando el plato—. Eliges las patatas como si estuvieras buscando algo específico. ¿Qué es?

—Umm... —Jane miró la patata que tenía entre los dedos. Nunca lo había pensado, pero, seguramente, tenía una jerarquía de patatas fritas —. Me gusta comerme primero las más cortas. Están crujientes por fuera y tiernas por dentro. Después, las más largas. Están crujientes por los extremos, pero un poco blandas por el centro.

—Y, después, ¿qué?

—Entonces, paso a las largas

que tienen los extremos muy finos y rígidos. Si le quitas los extremos, están bien. Después, todo se rompe de acuerdo con mi desesperación. ¿Y tú? ¿Cómo eliges las patatas fritas?

—¿Yo? —preguntó él, y se inclinó hacia delante, entrecerrando los ojos con concentración—. Yo observo el montón...

—Ummm, ummm.

—Después, me como las que están encima. Las que están debajo van después.

Ella puso los ojos en blanco.

—Eso es lamentable. No tienes

estándares.

Chase se encogió de hombros.

—A mí me gustan las patatas fritas como me gustan las mujeres: calientes y listas para poder comértelas.

—Oh, Dios.

Jane consiguió no escupir las patatas fritas que tenía en la boca, pero, después de dar un sorbo rápido a su Coca-cola, miró a Chase y lo vio moviendo las cejas de un modo sugerente. Entonces, se echó a reír sin poder contenerse, con tanta fuerza que temió que sus carcajadas se oyeran por encima

del solo de guitarra que surgía de los altavoces. Estaban protegidos por el alto respaldo del asiento, pero no lo suficiente. Tal vez ella no hubiera superado sus preferencias por los hombres como Chase, pero, claramente, sí había superado su afición por las guitarras de rock duro.

Cuando dejó de reírse, miró sin esperanza alguna a los amigos de Jessie. Odiaba tener que renunciar a aquel plan, pero sabía que debía hacerlo.

—¿Quieres marcharte de aquí?

—¿Ya? —preguntó Chase—.

Tendría que poner una queja oficial por la duración de esta supuesta cita, pero, bueno, teniendo en cuenta las circunstancias, lo pasaré por alto.

—Lo siento. Es que quiero ir a casa y cambiarme de ropa.

—No pasa nada —dijo él—. Vamos.

Ella tomó su mano con agradecimiento, y dejó que él la llevara hacia la puerta. A pesar del volumen de la música, oyó que uno de los amigos de Jessie le preguntaba:

—Eh, nena, ¿adónde vas?

Chase le apretó la mano, y ella no supo si era para ofrecerle apoyo, o porque se había enfadado al oírlo.

Al salir, se sorprendió de que ya hubiera oscurecido. Era más tarde de lo que pensaba, y Jane se sintió muy agradecida de estar con Chase cuando tuvieron que pasar por delante de un grupo de tipos duros. Aquellos eran motoristas de verdad, no tipos a quienes les gustaba sacar a pasear la Harley los fines de semana. Reconoció la insignia de la calavera de sus chaquetas. Eran de una banda de



Grand Junction.

Los hombres le miraron los muslos desnudos, pero no dijeron nada, y Jane no protestó cuando Chase la acompañó por el aparcamiento oscuro hasta su coche.

—Jane, ¿qué tienes pensado hacer?

Ella se puso tensa. No tenía ni idea. ¿A quién podía acudir para pedir consejo? Chase era el único que tenía una pista de quién era ella, en realidad.

Se detuvieron junto a su coche, y Jane carraspeó para poder hablar.

—Chase, nadie sabe lo de mi familia. Yo... —Jane se interrumpió. La deslealtad era un sentimiento muy feo, pero no iba a negar sus defectos—. Los quiero mucho, pero no me gusta cómo son. Y no quiero que nadie lo sepa. No quiero que los problemas legales de mi hermano afecten a mi carrera profesional.

—No le diré nada a nadie.

Ella lo miró fijamente. Ojalá él pudiera ayudarla de alguna forma. Ojalá ella fuera una persona que supiera pedir ayuda.

—Puedes confiar en mí —dijo

Chase.

Ella cabeceó ante la calidez que le provocaron aquellas palabras.

—Apenas te conozco.

Aunque era difícil distinguir su expresión a oscuras, sus hombros proyectaron una gran sombra cuando los encogió.

—Sabes lo que hay que saber.

Bueno, eso no significaba mucho, pero de todos modos, tenía razón. Hasta aquel momento, había sido un buen tipo, pese a sus tatuajes y a sus botas de puntera metálica y a su fascinación por las explosiones. Tal vez no reconociera

a *Don Quijote*, pero sabía preocuparse por la seguridad de una mujer.

Jane se cruzó de brazos y se apoyó en la puerta de su coche.

—No sabes nada de la ley, ¿no? Él se quedó callado un momento. Se movió ligeramente, y sus botas hicieron crujir la gravilla.

—No mucho, no. Mi padre fue policía hace mucho tiempo.

—No sé qué hacer —musitó ella.

Al reconocerlo, debería haberse sentido débil, pero, por el contrario, se sintió mejor. O, tal

vez, se sintió mejor porque Chase se acercó un poco más a ella.

—Yo tampoco sé qué puedes hacer, pero tiene que haber alguna persona con la que puedas hablar.

—¿Como tú?

Él ladeó la cabeza.

—Yo ya conozco tu secreto, y me parece que tú necesitas alguien con quien poner en común tus ideas. Alguien que pueda decirte, por ejemplo, que entrar medio desnuda a un bar de motoristas no es el mejor modo de ayudar a tu hermano.

Ella le dio un empujoncito, a

modo de reproche, pero él no se movió. Chase era sólido en muchos sentidos. Y Jane se sentía muy tentada por él.

—No quiero que me acuses de engañarte...

—¿Te refieres a que no quieres que, si acudes a mí, yo piense que eres mi amiguita y me ponga muy pesado?

Ella sonrió.

—Algo parecido.

—Intentaré dominarme.

El rock duro se escapaba del bar y estropeaba un poco el romanticismo de aquel cielo lleno

de estrellas que había sobre ellos. La noche era muy bella, pero el escenario era oscuro y sórdido.

Recordó cómo se había enfrentado Chase a Mac, con sus propias manos. Las amenazas que había proferido al intentar protegerla, a ella, a una mujer con la que apenas tenía relación.

—¿Te duele el oído? — murmuró, y le pasó un dedo por la sien, sin tocarle la herida.

Él respondió en voz baja.

—Creo que me voy a recuperar.

Jane notó la aspereza de su barba en la yema de los dedos, y se

estremeció. Estaba muy oscuro, y él era grande y fuerte. Ni siquiera tenía que pensar en lo que habían hecho el viernes anterior; ya estaba excitada, con solo ver su cuerpo ancho sobre ella, a la débil luz del letrero de neón del bar.

Curvó la mano alrededor de su nuca y tiró de él. Al ver que no necesitaba tirar mucho, se puso contenta.

Él extendió las manos sobre sus hombros, como si llevara mucho rato pensando en acariciarla. La besó, y su sabor fue como una descarga de adrenalina para ella.



Todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo despertaron, y recordó con claridad lo que habían hecho el viernes.

Cuando él comenzó a mover la lengua de un modo que le resultaba familiar, Jane supo que tenía que volver a tomarlo. No era deseo, era necesidad.

Allá donde tocaba, Chase encontraba piel desnuda. Sus hombros, sus brazos, su espalda. Movi6 los dedos sin descanso por su cuerpo, acariciándola con los dedos encallecidos, y Jane metió la mano bajo su camiseta para poder

sentir su piel. En la oscuridad, era como si estuvieran ya desnudos; se habían enganchado el uno al otro, suspirando y arqueándose.

Él soltó un gruñido en su boca al ladear la cabeza para besarla más profundamente, y ella gimió para corresponderle, cuando una de las manos de Chase se deslizó por dentro de su camiseta. Él tomó en la mano uno de sus pechos y le acarició el pezón. Sí... se merecía una recompensa por su iniciativa.

Jane frotó la mano por la parte delantera de sus pantalones, presionándolo. Debió de

sorprenderlo, porque Chase se sobresaltó, y sus narices chocaron.

Ella se echó a reír y lo acarició, mientras metía la mano por la parte trasera de sus vaqueros y le apretaba las uñas contra el trasero.

—Dios... —susurró Chase, sin dejar de acariciarle el pecho.

Con la mano libre, recorrió su muslo hasta arriba; la falda era demasiado corta y no representaba barrera alguna, y Jane ni siquiera tuvo tiempo de respirar antes de que él metiera la mano en sus bragas y recorriera su humedad con los dedos.

—Sí —susurró ella—. Sí.

Él metió un dedo en su cuerpo, y ella se arqueó hacia atrás, siguiendo la curva del coche. Ciegamente, intentó desabrocharle el pantalón.

—Aquí no —dijo él.

—Sí, aquí.

—Te llevaré a casa.

—No —dijo ella y, por fin, consiguió desabrochar el botón—. No puedo esperar. Por favor.

—No, aquí no —insistió él.

Sin embargo, ella lo quería allí. Lo deseaba en el aparcamiento, en público, apoyada contra un coche

con la música de fondo de un bar de moteros. Quería que la usaran, quería sentir aquel vulgar impulso de la necesidad y la desesperación.

—Jane —dijo él—. Puede vernos cualquiera...

Ella interrumpió su argumento agarrándole el miembro con la mano. A él se le ahogaron las palabras en la garganta.

—Házmelo aquí, Chase. Aquí mismo.

—Al cuerno —gruñó él, mientras ella lo acariciaba.

Entonces, metió otro dedo en su cuerpo, y la besó para ahogar su

grito.

De repente, el vehículo que estaba a su lado pitó, y sus luces se encendieron brevemente. Jane jadeó, pero Chase no reaccionó.

—Entra en mi camioneta —le dijo.

—No quiero...

—Vamos a hacerlo aquí, si es lo que quieres. Vamos, entra.

Aquello la entusiasmó, y Jane entró con él en la camioneta. Rápidamente, se quitó las bragas y se sentó a horcajadas sobre él. Mientras él se colocaba un preservativo, ella se bajó los

tirantes de la camiseta y se la arrugó a la altura de la cintura.

Entonces, lo tomó profundamente, con un solo movimiento de las caderas.

—Dios... —susurró él, y la agarró con fuerza por los brazos.

Jane no se movió durante un momento; necesitaba sentir cómo la había llenado. Cerró los ojos y respiró. La música se filtraba por los cristales de la camioneta, pero, allí dentro, sonaba amortiguada. Un grupo de motos salió rugiendo del aparcamiento. Ella abrió los ojos y vio sus luces tan cerca que jadeó.

El hecho de que estuvieran tan cerca de sorprenderlos hizo que se excitara aún más.

Jane comenzó a moverse.

Chase tomó aire.

—Dios, eres guapísima —dijo.

El neón rojo se reflejaba en su rostro.

Ella se elevó lentamente, deslizándose hacia arriba y maravillándose con su longitud, y volvió a bajar.

—Tú eres perfecto, Chase. Perfecto.

Él cerró la boca sobre uno de sus pezones, y le arrebató el habla.



Ella solo pudo gruñir y suspirar cuando él la agarró por las caderas e impuso su ritmo.

Aquella no era la primera vez que hacía aquello en el aparcamiento de Ryders. Cuando era adolescente, no era sabia ni tenía remilgos, y se volvía más y más estúpida con cada copa que conseguía sacarles a los tíos que estaban en la barra. Así pues, no, aquella no era la primera vez que la utilizaban en el aparcamiento de Ryders, pero, claramente, era la mejor. Porque Chase era de la clase de hombres que disfrutaba haciendo

disfrutar a una mujer. Él no se conformaría con un final rápido y un «gracias, nena». Él quería que ella tuviera un orgasmo, y Jane quería complacerlo.

Puso una mano en el techo de la camioneta para apoyarse, y deslizó la otra entre sus cuerpos para acariciarse el clítoris al mover las caderas.

—Jane —gruñó él—, eres lo más excitante que he visto en mi vida.

Lo era. Era apasionada y no tenía inhibiciones, y no le importaba que pasara alguien y la

viera con Chase en su camioneta. Cuando oyó una conversación a pocos metros de ellos, su sexo se contrajo de excitación. Se frotó con más rapidez, y Chase elevó las caderas.

—Sí... sigue —la animó él.

—¿Te gusta? —susurró ella—.

¿Te gusta ver cómo me muevo?

—Me gusta ver cómo te mueves, me gusta ver cómo te acaricias, y me va a encantar ver cómo te corres —dijo él, tomándole los pechos con ambas manos.

—Oh, Dios, Chase... No pares.

No.

Él arqueó el cuerpo para recibir sus acometidas.

—Sí, así, Chase. Así...

Entonces, Jane fue succionada por un oscuro remolino de placer, y gritó. No podía dejar de gritar y de apretarse el clítoris con los dedos mientras sus caderas temblaban. Cuando los espasmos se mitigaron, se dio cuenta de que Chase no había terminado aún. Se había quedado inmóvil y la estaba mirando con los ojos muy brillantes.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó, con una sonrisa.

—Sí, por supuesto —suspiró ella.

Entonces, él la levantó e hizo que se girara sobre su regazo. Jane apoyó los brazos en el salpicadero mientras él volvía a bajar sus caderas para entrar de nuevo en su cuerpo. Jane apoyó la cabeza en las manos y gimoteó cuando Chase empezó a guiar sus caderas de arriba abajo, deslizándose más profundamente, incluso, que antes.

Jane se lo imaginó todo como si fuera una película: la forma en que su trasero se inclinaba cuando ella se sentaba sobre él, la forma en que

él le sujetaba las nalgas para elevar su cuerpo. La respiración de Chase se volvió cada vez más entrecortada. A él le encantaba aquello. Le encantaba. Y eso hacía que se sintiera apreciada, como le ocurría cuando era una adolescente con problemas.

De adulta, ya sabía cuál era la diferencia entre la lujuria y el afecto y, sin embargo, aquel disfrute de Chase era muy gratificante para ella. Y, cuando él gruñó, se estremeció y la acometió con más fuerza que nunca, Jane sonrió y suspiró con un arrebató de placer

que no había sentido, ni siquiera,  
con su propio clímax.

Era un animal con él... y le  
encantaba.

## Capítulo 9

A Chase le temblaban las manos al día siguiente, cuando se despertó. Al menos, se sentía como si le temblaran. Sin embargo, al abrir el periódico para leerlo, las letras no se movían. Así pues, no estaba temblando. Simplemente, estaba débil.

Jane Morgan lo había echado a perder. Le había dado tal revolcón que, tal vez, nunca pudiera



recuperarse.

Y, mentalmente, estaba incluso peor. ¿Quién era aquella chica? Él habría pensado que Jane se había educado en un colegio privado de la Costa Este, o algo así. Sin embargo, era la hijastra de Big Mac MacKenzie, un expresidiario que vendía motos personalizadas para los motoristas de la zona. Ella se comportaba como una mujer que tenía el control absoluto de su mundo ordenado y estructurado, pero le había rogado que la tomara contra un coche, expuesta a que los sorprendiese cualquiera que pasara

por allí.

Y él no recordaba que Mac tuviera ninguna hija llamada Jane.

Frunció el ceño al mirar de nuevo el periódico. Veía las letras, pero no las palabras. Cuando era joven, Chase vivía en el pueblo de al lado, así que no sabía mucho sobre aquella familia. La única hija de Mac que le sonaba era Dynasty, y Jane no podía ser más distinta a ella. Sin embargo, Jane había dicho que él era su padrastro, y cabía la posibilidad de que Big Mac hubiera estado casado antes. Podía haber dos o tres o seis hermanastras

entrando y saliendo de aquella casa.

Fuera quien fuera Jane, no podía dejar de pensar en ella. Era tan fascinante cuando se vestía como una bibliotecaria sexy, y también estaba increíble cuando se vestía como las habituales de los bares.

Su cuerpo se animó con solo pensar en ella, pero Chase suspiró y se apartó todas las imágenes que se le estaban pasando por la cabeza. Seguramente, aquel día no iba a verla, y no tenía sentido emocionarse demasiado.

Se bebió el resto del café y fue a la obra del hotel. Aquel día no había que realizar ninguna voladura, pero podía salir con el pico y poner los músculos a punto. Dos horas después, estaba sudando y sangraba un poco por algunos cortes diminutos que le habían hecho en la piel las astillas del pedernal. Tenía toda la ropa cubierta de polvo blanco. Se sentía muy bien, y aquella esquina de la roca había quedado en un ángulo perfecto.

Se sentía fuerte de nuevo, lo suficientemente fuerte como para

llamar a Jane. Le entregó el pico al encargado y se sacó el teléfono del bolsillo.

—Hola —dijo, suavemente, cuando Jane respondió—. ¿Qué tal estás? ¿Ha terminado ya la vista de tu hermano?

—Sí. Le han retirado algunos de los cargos —respondió ella. Por su tono de voz, parecía que estaba agotada—. Ahora está acusado de posesión de drogas, cosa que sabíamos, y de uso fraudulento de tarjetas de crédito, de lo que yo esperaba que pudiera librarse.

—Pero no hay nada imprevisto,

¿no?

—No, todavía no. Pero...

—¿Qué ocurre?

Su silencio irradiaba incertidumbre y desconfianza, pero, finalmente, Jane tomó aire y habló en voz muy baja.

—Su abogada ha conseguido por fin una copia de la orden de registro. Los objetos robados pertenecían a dos mujeres. Una de ellas ha desaparecido, y la otra... A la otra la mataron hace tres semanas.

—Mierda —murmuró él.

—No ha sido Jessie —dijo

ella, rápidamente—. No ha sido él. Puede que mi hermano sea un vago y un ladrón, pero no es un asesino.

—Bueno, tranquila. No lo han acusado de asesinato, ni de agresión, ni nada por el estilo, ¿no?

—No, no. Pero está claro que sospechan de él.

Chase se pasó una mano por el pelo, temiéndose que iba a cometer un gran error.

—Necesitas ayuda, ¿verdad?

—Yo... Puede que sí. Bueno, sí. Sí, necesito ayuda.

—Si quieres, puedo presentarte a una persona.

—¿A quién?

—A mi padre.

—¿A tu padre?

—Era detective de la policía del estado —dijo Chase, y se puso tenso al pronunciar aquellas palabras. Aquello había sucedido hacía mucho tiempo, pero su padre era muy bueno en su trabajo. Simplemente, lo habían sorprendido demasiadas veces con una lata de cerveza abierta en el coche. La policía le había obligado a renunciar a su puesto—. Sería complicado.

—Eh... por la...



—Sí, por la bebida. Está sobrio y despierto si lo pillas antes de las tres. Todavía tiene una mente muy aguda. Si le consigues copias de los informes de la policía, tal vez él pueda ver algo. Algo importante. Antes era increíblemente bueno percibiendo cosas que otra gente no veía.

—Chase —susurró ella—. No sé. No quiero causarte ningún problema.

—No te lo ofrecería si pensara que no voy a poder con ello. Y, si de verdad piensas que Jessie es inocente...

—Sí, estoy convencida.

Obviamente, mi hermano no es ningún ángel. Como mínimo, es un ladrón, pero tiene buen corazón. Si esta investigación va demasiado lejos en la dirección equivocada... Eso pasa muchas veces, Chase.

—Entonces, le pediré ayuda a mi padre. ¿Te parece bien? —preguntó él, y esperó. Había vacilado a la hora de hacer aquel ofrecimiento porque eso le obligaría a pasar más tiempo con su padre. Sin embargo, en aquel momento, contuvo la respiración, con la esperanza de que ella dijera

que sí. Quería ayudar a borrar aquella mirada de angustia de sus ojos.

—Está bien —respondió ella, por fin—. Sí, pregúntaselo. Yo intentaré conseguir todos los informes.

—Bien.

—Chase, muchas gracias. Gracias por ayudarme.

Él colgó y se pasó una mano por la frente. Su padre no iba a levantarse antes de las diez, así que, al menos, tenía una hora para convencerse de que aquello era una buena idea. Tal vez lo consiguiera

para entonces.

Jane estaba segura de que todo el mundo la estaba mirando mientras salía apresuradamente de la comisaría. Era absurdo, por supuesto, pero notaba las miradas en la espalda. Al salir y bajar rápidamente los escalones, exhaló un suspiro de alivio.

—¡Jane!

Al oír la voz de un hombre que la llamaba, se le aceleró el pulso. Temió que un policía estuviera a punto de obligarla a entrar de nuevo

y ponerle unas esposas. No había cometido ningún delito, pero tenía relación con un sospechoso de asesinato.

Justo cuando se daba la vuelta para mirar hacia las puertas de cristal de la comisaría, alguien la tomó por el codo.

—¡Oh!

—Jane, ¿cómo estás?

Jane se encontró cara a cara con un hombre al que llevaba sin ver varios meses.

—Ah, Mitch. Hola.

El viento le echó el pelo rubio por la frente, y Mitch se lo apartó

con una sonrisa tímida.

—Justamente estaba pensando en ti, Jane. ¿Qué tal te va?

—¡Muy bien! —respondió ella, con demasiado entusiasmo, mientras intentaba librarse de la sensación de que acababan de sorprenderla en una situación inadecuada—. Maravillosamente.

Parecía que él había llegado a conocerla bien durante las semanas en las que habían estado saliendo juntos, porque frunció el ceño al oír su tono de voz, y miró al edificio que había a su espalda.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Una multa de tráfico —dijo ella.

Él miró hacia abajo, y Jane se dio cuenta de que llevaba un grueso taco de folios en las manos. No era exactamente el papeleo de una multa de tráfico. Mitch era dentista, no abogado, pero su expresión se volvió dubitativa.

—¿Qué...?

—¡Tengo que irme! —exclamó Jane, y empezó a darse la vuelta.

—Espera, quería preguntarte... No sé si podríamos cenar juntos alguna noche. Pasar un rato poniéndonos al día.

—Oh, Mitch, no puedo.

Él sonrió con amabilidad.

—¿No podrías pensártelo?

—Lo siento mucho, Mitch. De

verdad, te agradezco el ofrecimiento. Pero acabo de empezar a salir con alguien...

Estaba usando a Chase para el sexo, así que... también podía usarlo como excusa.

—Vaya. Está bien. Bueno, avísame si las cosas no salen bien.

—Sí. Gracias —dijo ella.

Al alejarse, tuvo ganas de salir corriendo. Sin embargo, aquel pánico no tenía sentido; Mitch no



sabía por qué estaba en la comisaría. No era ningún peligro para ella. Además, era un tipo estupendo. Tan estupendo, que no entendía por qué había roto con él.

Cuando encontraba a un hombre perfecto, huía. Escapaba como si su vida corriera peligro, aunque aquellos fueran los hombres a quienes ella buscaba para salir. Sin embargo, cuando la conversación derivaba hacia el matrimonio, los hijos o a un viaje a casa para conocer a la familia, el pánico se apoderaba de ella.

Y, sin embargo, eso era lo que

siempre había querido: un marido estable y con éxito. Una casa bonita en un barrio perfecto. Los niños jugando en un césped verde.

Nada de caravanas. Nada de visitas a la cárcel. Nada de padres presidiarios. Nada de viajar de población en población, dependiendo de la prisión que les correspondiera a los novios de su madre. Nada de ropa de segunda mano, ni de coches viejos, ni de padres a los que diera vergüenza presentar a los profesores.

Jane respiró profundamente y mantuvo un paso tranquilo y

constante. Mitch era exactamente el tipo de hombre con el que quería casarse, así que, ¿por qué al verlo sentía una opresión en el pecho?

Cuando sonó su teléfono móvil y vio el número de Chase, aquella opresión desapareció tan repentinamente que el aire se le metió en los pulmones. Era porque estaba deseando tener noticias sobre su padre, por supuesto. No tenía nada que ver con el hecho de que, si Chase la había llamado, era porque había pensado en ella. No porque él estuviera esperando a que ella respondiera, preguntándose si

estaba allí.

—¿Diga?

—Hola, Jane. Mi padre está dispuesto.

—Oh, bien. Estoy muy contenta. Le pagaré. ¿Te parece bien? La abogada me dijo que es bastante común que la gente contrate a un detective, así que quiero asegurarme de que tu padre sea compensado.

—Claro. Quiere que consigas copias del informe de la detención, y de las denuncias que pudieran haber presentado las mujeres cuando les robaron el bolso.

También, de las pruebas que hay sobre sus muertes, por supuesto. ¿Necesitas ayuda? Esto parece demasiado.

—No, no te preocupes. Acabo de conseguir el informe de la detención, y su abogada ya ha solicitado que le hagan llegar toda la información de las pruebas. Yo volveré, a ver si puedo conseguir más detalles sobre las mujeres.

—¿A qué hora quieres que te recoja?

Ella miró su reloj. Eran las diez y media.

—Leer los informes puede

llevar un buen rato. Y yo debería pasar por la oficina. Me he tomado un día de asuntos propios, pero... Y, tu trabajo... No quiero que te metas en un lío por mi culpa.

Quería ofrecerse para esperar hasta las cinco, pero sentía tanta urgencia que no pudo pronunciar las palabras. «Por favor, no me hagas esperar hasta las cinco».

—Puedo salir pronto. ¿Te parece bien a las dos y media? ¿Es eso demasiado tarde?

—¡No! Gracias. Chase, has sido muy bueno conmigo. Y gracias por lo de anoche —dijo Jane. Al

oír el silencio que se produjo, se dio cuenta de que debía haberse expresado de otra manera. Oh, Dios —. Quiero decir que, ¡gracias por tu ayuda en el bar!

—No, gracias a ti. De verdad.

Vaya. ¿No había ocurrido aquello la última vez? ¿Aquel amable agradecimiento por un acto sórdido?

—Yo... Está bien. Bueno, nos vemos a las dos y media.

Después de darle su dirección a Chase, colgó y se marchó rápidamente al estudio, donde comenzó a leer la correspondencia

que había sobre su escritorio. Estaba perdiendo el control de su vida personal, y no podía soportar perder también el de su vida profesional. Dirigir con eficiencia Jennings Architecture le serviría de tapadera para ocultar sus secretos. Todo iría bien, y ella estaría perfectamente.

—¿Jane?

Dio un respingo en su asiento y se llevó una mano al pecho.

—¡Buenos días, señor Jennings!

—Jane, ¿qué estás haciendo aquí?

—Solo quería asegurarme de



que todo estuviera en orden para el resto de su jornada, señor Jennings.

—No te preocupes por mí, Jane. Si está ocurriendo algo en tu vida, tómate todo el tiempo que necesites. Te lo has ganado —dijo él. Se metió las manos en los bolsillos y se quedó mirando al suelo unos segundos, antes de mirarla de nuevo a ella—. ¿Ocurre algo?

Jane no quería mentirle, y menos al ver que su expresión estaba llena de afecto.

—Señor Jennings...

—Estoy preocupado por ti,

Jane. Ayer me enviaste un correo electrónico con dos errores de tipografía.

A ella se le escapó un jadeo de horror.

—Sí, lo sé —dijo el señor Jennings, asintiendo con solemnidad—. Llamé a Lori para preguntarle si tenía alguna idea de lo que pasaba.

—Lo siento, señor Jennings. Le prometo que no volverá a ocurrir. Yo...

—Oh, vamos, Jane. No me preocupa el correo electrónico. La que me preocupas eres tú. Aunque

estás en tu derecho de decirme que no me meta en tus asuntos, claro.

Jane notó que le ardían las mejillas. Estaba segura de que se le habían puesto muy rojas.

—Bueno, los carpinteros van a empezar hoy en mi casa, así que voy a llevar a Lori para que lo vea. ¿Cierras tú el estudio cuando te vayas?

—Sí, por supuesto. ¿Lleva sus llaves y el teléfono móvil?

Quinn asintió, pero ella se dio cuenta de que se palpaba los bolsillos antes de marcharse. Lo vio salir con un nudo en la garganta.

Quinn Jennings era como un hermano para ella. El hermano mayor al que ella habría elegido si esas cosas fueran posibles.

Nunca había tenido un hermano mayor que cuidara de ella. En su familia solo estaban Jessie y ella y, durante un tiempo, le había encantado ser la hermana mayor.

En realidad, Jane y su madre habían estado solas muchos años. Ella nunca se imaginó que su nuevo padrastro fuera a salir de la cárcel, y que apareciera en la puerta de casa con todas sus cosas metidas en una bolsa de lona. Tampoco su

madre lo esperaba, puesto que, de haberlo sabido, no se habría casado con él. Aquello iba en contra del propósito de tener un marido condenado a cadena perpetua.

Sin embargo, a Mac lo habían soltado por una revisión de su caso, y todo había cambiado. Big Mac era muy intimidante, y Jane se había pasado los primeros meses pensando que su madre lo iba a echar. Sin embargo, él se había quedado y, de repente, ella tenía un hermanito pequeño.

Para Jane, Jessie era como una mascota. Lo tomaba en brazos y le

daba de comer y, en una ocasión, había intentado ponerle una correa. Incluso dejaba que Jessie entrara en su habitación y durmiera en su cama mientras ella hacía los deberes. La verdad era que había contribuido tanto como su madre a convertirlo en un niño mimado.

Sin embargo, al llegar a la pubertad, su hermano era lo último en lo que pensaba. Desde que había cumplido los doce años, se había convertido en una malísima hermana, se había centrado en sí misma y lo había abandonado. Había aumentado sus problemas.

Pero, si podía ayudarlo en aquella ocasión, tal vez toda la situación se corrigiera.

Jane miró al teléfono. Una buena hermana llamaría a su exnovio, el ayudante del fiscal, pasara lo que pasara. Una buena hermana no titubearía. Sin embargo, Jane vacilaba.

Levantó el auricular antes de poder arrepentirse y marcó el número de Greg.

El teléfono sonó unas cuantas veces, y se oyó un silencio prolongado antes de que Greg dijera:

—¿Jane?

—Hola, Greg.

—Me alegro de que me hayas llamado.

—¿De veras?

—Sí. Yo... Mira, siento muchísimo lo que te dije en el restaurante. No debería haberme comportado así.

Oh, gracias a Dios. Ya no estaba enfadado. Tal vez aquello no fuera tan difícil.

—Tenías todo el derecho a estar disgustado. Te di una sorpresa muy desagradable. Lo siento.

—¿Por qué no quedamos esta



noche y hablamos más sobre esto?  
Te echo de menos, Jane.

—Greg...

—Nunca he llevado a ninguna mujer a casa de mis padres para presentársela. No lo habría hecho si no estuviera pensando en construir un futuro contigo. No estoy dispuesto a que lo nuestro termine sin pelear por ello, Jane.

Oh, Dios. A Jane se le ocurrió una idea espantosa: ¿Y si volvía con él, aunque solo fuera un poco de tiempo? Solo hasta que su hermano fuera exonerado... Podría averiguar quién llevaba el caso y

cómo iba la investigación. Incluso podría pasarse por su oficina y escuchar para ver si captaba alguna información adicional...

—Por favor —murmuró él. Y la verdadera emoción con la que pronunció aquellas palabras terminó con la locura de Jane.

—Lo siento, Greg. Lo siento, pero no quiero —dijo, con las manos temblorosas.

Él suspiró.

—Pero, por favor, piénsalo.

Ella se sintió muy mal, porque sabía que debería decirle que no lo iba a pensar. Sin embargo, no abrió

la boca, porque no podía dar aquel paso para acabar completamente con su relación.

—Entonces, ¿para qué me llamabas? —le espetó él, en un tono mucho más frío.

—Um... Tenía una pregunta. ¿Sabes a quién han asignado el caso de Michelle Brown?

—¿El caso de Michelle Brown? ¿Por qué?

—Eh... —musitó Jane. No podía decirlo. Se le encogió el estómago al pensar en que su hermano era uno de los sospechosos de aquel caso—.

Conozco a alguien que la conocía —balbuceó—. Les dije que iba a ver si podía averiguar algo.

—Otra no —murmuró él—. Esa chica debía de ser amiga de la mitad de la gente de Aspen. El fiscal del distrito tiene el caso en este momento, y dudo mucho que se lo asigne a otro.

—¿Crees que hay algún peligro? ¿Hay algún asesino en serie de mujeres jóvenes por ahí suelto?

—Bueno, tú tienes diez años más que Michelle, Jane —dijo él, con malicia—. Pero, no, no creo

que tengas que preocuparte mucho. No puedo revelarte nada más, pero lo más posible es que el culpable ya esté bajo custodia policial.

Aunque estaba sentada, Jane se mareó. Debía de referirse a Jessie.

—¿Lo habéis atrapado?

Greg carraspeó, y su tono se volvió más duro.

—Yo no he dicho que lo hayamos atrapado. No vayas difundiendo eso. Lo único que he dicho es que este tipo de gente, normalmente, también está metida en otros delitos. Lo más seguro es que esté bajo custodia por algún

delito menor.

—¿Cuál? —insistió ella.

—Mira, tengo que dejarte.

—Espera. ¿Cómo vais a saber que es él? ¿Acaso es que alguien lo vio en la escena del crimen? ¿Hay algo que...?

—Jane, no puedo darte esa clase de información. ¿Qué demonios piensas que estás haciendo? —preguntó él, desconfiadamente.

—Nada. Lo siento. Es que tenía curiosidad.

—Bueno, si fueras mi novia, tal vez me pensaría si contarte algo de

esto —dijo él, esperando algún tipo de respuesta.

—Lo siento, Greg...

—No, no digas nada más.

Ella cerró la boca y oyó que él tomaba aire profundamente.

—Por favor, no lo digas más, Jane. Es que... —Greg no pudo continuar, porque se le quebró la VOZ.

Jane cerró los ojos, con la esperanza de que él no se echara a llorar.

—Solo piensa en mí, ¿de acuerdo? —le pidió él, con la voz ronca—. No puedes dejarme así,

por las buenas.

Ella no respondió, y la llamada se acabó. Jane colgó el auricular. En aquel momento, se odiaba a sí misma. No había conseguido nada, y se sentía peor que nunca.

Jane estaba sentada junto a Chase, en el asiento del pasajero de su camioneta. En el mismo asiento en el que habían mantenido relaciones sexuales la noche anterior. Dios Santo. Chase notó un aleteo en el pecho. Aquella debilidad había vuelto.



—Bueno —dijo ella—. ¿Hay alguna norma especial?

—¿Con mi padre?

Ella asintió y sonrió.

Chase miró hacia la caravana.

—No, es muy afable. Es un borracho feliz. Pero hazme un favor: no te ofrezcas para ir a buscarle cerveza.

Ella volvió a asentir, pero ninguno de los dos hizo ademán de salir de la camioneta.

—¿Cuándo empezó a beber?

—Hace mucho tiempo. Era detective en Grand Junction cuando yo era pequeño. Siempre bebía

para relajarse, pero, cuando murió mi madre, empeoró...

—Lo siento mucho, Chase. No lo sabía.

—Sí. Fue... horrible —dijo él, y se rio nerviosamente, evitando su mirada—. Era una operación sin importancia, iban a quitarle el apéndice, pero tuvo una mala reacción a la anestesia, y... murió.

—¡Oh, no! ¿Cuántos años tenías tú?

—Nueve. Empezó a beber más, pero todo fue bien, hasta que se quedó sin trabajo y, entonces... — Entonces, Chase se atrevió a mirar

a Jane, y se la encontró apretándose los labios con una mano y con los ojos llenos de lágrimas—. ¡No llores!

—Pero... es tan triste...

—Oh, vamos, vamos.

La tomó entre sus brazos y la oyó sollozar contra su pecho, mientras trataba de librarse del nudo que se le había formado en la garganta. Aunque hubieran pasado veinticinco años, seguía echando mucho de menos a su madre.

—No me hagas llorar, ¿de acuerdo? Solo te gusto porque soy un buen pedazo de carne. No puedo

demostrar ninguna debilidad si quiero tener la posibilidad de volver a acostarme contigo.

—Oh, ya basta. Es triste.

—Fue triste, sí —dijo él, y le besó la cabeza sin darse cuenta de lo que hacía. Sin embargo, Jane no se apartó al notar aquella muestra de afecto, así que él la estrechó con más fuerza bajo su barbilla. Si tenía que usar su triste pasado como anzuelo, estaba dispuesto a hacerlo. Estaba dispuesto a llegar tan bajo. Quería acariciar a Jane; lo deseaba constantemente. Y había tantos centímetros de su piel que no había

acariciado...

—¿Chase?

—¿Umm? —preguntó él, distraídamente. La piel de su cuello era muy muy suave.

—¿Estás utilizando la historia de tu triste infancia para aprovecharte de mí?

—Puede que sí...

Ella lo apartó de un empujón, intentando no echarse a reír.

—Eh, no lo tenía planeado, pero estoy seguro de que mi madre querría que fuera feliz, ¿no?

—¡Eres espantoso! —gimió ella, y le dio una palmada en el

brazo, aunque estaba riéndose con todas sus ganas, no llorando, y se le había pasado la angustia. Y, por primera vez durante aquella larga semana, parecía que estaba calmada.

Él le acarició la mejilla con los nudillos para notar su sonrisa.

—¿Estás lista? Deberíamos entrar antes de que empiece su primera lata de cerveza del día.

—Claro —dijo ella.

A Chase se le encogió el corazón al bajar de la camioneta, pero mantuvo la sonrisa de todos modos. Aquel no era el problema

de Jane. Sin embargo, se sintió muy aliviado al ver que su padre abría la puerta de la caravana con muy buen aspecto. Se había duchado y se había puesto ropa limpia. El salón de la caravana estaba recogido y decente.

—Hola, papá. Te presento a Jane Morgan. Jane, este es mi padre, Peter Chase.

Se dio cuenta de que Jane se había llevado una agradable sorpresa mientras su padre y ella se estrechaban la mano y mantenían una charla cordial. Su padre, incluso, le sirvió un vaso de

limonada antes de sacar un cuaderno y un bolígrafo. Después, se sentaron todos alrededor de la mesa de la cocina. Fue acogedor y muy normal. Chase vio a Jane reírse de las bromas de su padre, y tuvo la sensación de que era una escena de película a cámara lenta. Ojalá pudiera detener la imagen.

Pero la escena continuó, y el temblor de las manos de su padre señaló uno de los defectos de la historia, como las profundas ojeras de Jane y el grueso taco de documentos policiales que había delante de ella, en la mesa.



—Señor Chase, por supuesto, le pagaré por sus servicios. ¿Le parecería justo cincuenta dólares la hora?

A él se le iluminó la mirada.

—Es más que justo, señorita Morgan. Pero, antes, vamos a asegurarnos de que puedo ayudarla. ¿Por qué no me dice lo que sabe, y partimos de ahí?

Jane le contó toda la historia, con algunos detalles que Chase no había oído antes y, cuando llegó a la parte de las mujeres cuyos nombres habían sido mencionados durante la investigación, su padre

se irguió en la silla.

Le hizo preguntas sobre quién había dicho qué, y dónde había visto ella los nombres de las mujeres, y qué información había encontrado sobre ellas.

Chase no lo había visto tan interesado en nada desde hacía muchos años.

—¿Y por qué está tan segura de que su hermano no ha tenido nada que ver con esto? —le preguntó a Jane.

Ella se inclinó hacia delante; perdió toda apariencia de calma y su expresión se volvió feroz.

—Sé que él no lo hizo. No porque niegue la realidad sobre él: sé que es un vago y un porreta, y parece que también es un ladrón. Pero Jessie nunca ha sido malo. No es cruel, y no es una persona iracunda. Cuando tenía doce años, mi padre encontró a un perro muerto detrás del garaje, y Jessie vomitó antes de poder acercarse a más de tres metros de él. Matar a alguien... no está en su naturaleza. Siempre fue de los niños que traían a los gatos abandonados a casa, aunque luego no pusiera ningún interés en cuidarlos.

Chase quería tocarla de algún modo, ponerle una mano sobre el hombro para reconfortarla, pero aquello era más importante que lo que él pudiera querer. Su padre asintió pensativamente. Había abierto una cerveza cuando se habían sentado pero, en aquel momento, Chase se dio cuenta de que ni siquiera la había tocado durante la conversación.

—Está bien —dijo su padre—. Está bien. La ayudaré. Me encantaría revisar el expediente después de ponerme en contacto con la abogada de su hermano.

—Gracias —dijo ella. Exhaló un largo suspiro y sacó un sobre que deslizó por encima de la mesa —. Aquí tiene su primer pago. Por favor, avíseme si necesita algo más. He puesto la tarjeta de la abogada dentro del sobre, y mi número de teléfono también, por si lo necesita. Gracias, señor Chase.

—Llámeme Peter. Me pondré en contacto con usted.

Chase miró con preocupación el sobre, preguntándose cuánto dinero habría dentro y cuánto iba a tardar su padre en gastárselo. Sin embargo, aquello formaba parte de

lo que había aceptado cuando le  
había presentado a Jane a su padre.  
Ya no podía protestar.

## Capítulo 10

—Tu padre es verdaderamente encantador.

Chase asintió. Sí, su padre era un buen tipo. Siempre lo había sido.

—Gracias. Se ha interesado muchísimo por el caso.

—Pero no está convencido de que Jessie sea inocente.

—Bueno, sigue siendo policía.

—Bueno. Eso está muy bien.

Miró por la ventanilla hacia el

arroyo que discurría paralelamente a la carretera. Su mirada era tan distante como la que tenía cuando estaba sentada en su escritorio.

Chase reunió valor.

—¿Te apetece que vayamos a cenar?

Él apartó la mirada de la carretera otra vez, y la encontró mirando por la ventanilla. Apretó el volante y volvió a mirar a la carretera. Ah, bueno, solo era sexo sin ataduras. A ningún hombre podía disgustarle eso.

—Chase... —murmuró ella, pero su teléfono sonó justo en aquel



momento—. Fatal —dijo. Sacó el teléfono del bolso, lo abrió y leyó el mensaje de texto—. ¡Oh, no!

—¿Qué? ¿Qué ocurre?

—La abuela Olive. Mac dice que está en el hospital del condado. Tengo que ir.

—¿Qué ocurre?

Jane cabeceó.

—Me ha dicho que no puede usar el teléfono móvil en la sala de urgencias, y que ella está bien. No sé lo que pasa. ¿Me llevas?

Chase ya había aminorado la velocidad y estaba girando el volante para dirigirse hacia

Carbondale. Solo tardaron diez minutos en llegar al hospital, y él siguió a Jane corriendo hacia las urgencias.

No era un edificio grande, y los dos vieron al mismo tiempo a Mac al final de la sala, con su inconfundible pañuelo de bandana y su cazadora negra de cuero.

—Papá —dijo ella, jadeando, cuando se acercaron—. ¿Qué ha pasado?

—¿Quién es? —preguntó una voz ronca desde detrás de la cortina—. ¿Dynasty? ¿Eres tú?

Jane se adelantó y apartó un

poco la tela azul.

—Solo se ha cortado un dedo. Está bien —dijo Mac. Cabeceando, miró a Chase y dijo—. Es una loca.

Chase vio a Jane acercarse a la anciana, que llevaba el pelo plateado recogido en un moño tenso en la parte superior de la cabeza. Su abuela la había llamado «Dynasty». Qué raro. Tal vez estuviera senil. O medio ciega, y había confundido a Jane con una de sus hermanas. Aunque no parecía muy probable que la hubiera confundido, porque Jane tenía el pelo de un color completamente

distinto al de Dynasty, y la mujer tenía una mirada clara y aguda. No parecía muy confusa, ni loca. Ni siquiera un poco distraída.

Chase miró a Jane con una extraña inquietud. Ella llevaba puesto uno de sus trajes caros y de aspecto conservador, con unos elegantes zapatos de tacón. Se había hecho una trenza y sus enormes ojos marrones estaban ocultos detrás de las gafas.

—Así que... ha cambiado mucho —le dijo a Mac, sin apartar la mirada de Jane.

«No puede ser», se dijo. «No es

posible».

—Sí —dijo Mac, sin confirmar ni negar la descabellada sospecha de Chase. Una sospecha que era, verdaderamente, increíble.

«No puede ser ella».

Finalmente, miró a Mac y decidió dar el salto mortal.

—Incluso se ha cambiado el nombre.

Mac sonrió ligeramente. Chase esperó a que se echara a reír y le preguntara de qué demonios estaba hablando, pero Mac inclinó la cabeza.

Dios Santo. Chase volvió a

mirar a Jane. Ella estaba absorta, discutiendo en voz baja con su abuela. Bueno, ella hablaba en voz baja. Su abuela le dijo sonoramente:

—¡Oh, preocúpate de tus asuntos, Susie Q!

Nadie podía cambiar tanto. Además, su abuela acababa de llamarla Susie Q. Claramente, la anciana estaba un poco desorientada.

Sin embargo, Chase decidió ser sutil por última vez.

—¿Y por qué lo hizo?

Mac se quedó pensativo un

momento y, después, murmuró:

—No quería seguir llamándose Dynasty Alexis. Y no puedo decir que la culpe por ello.

Dynasty.

Dynasty Alexis MacKenzie.

Dynasty. Chase se quedó anonadado.

—Gracias a Dios, el nombre fue el menor de los cambios.

Él esperaba que el shock que sufría no se le notara en la expresión facial.

—Claro, claro.

—Es una chica increíble —dijo Mac, asintiendo—. Estamos muy

orgullosos de ella. Pero... — añadió, arqueando una ceja—, si yo fuera tú, no sacaría el tema. No le gusta hablar de ello.

Chase asintió. Claro que no le podía gustar hablar de ello. Jane había sido... Bueno, no había una palabra comedida para decir lo que había sido.

—Dios Santo —susurró Chase.

La recordaba vagamente. Era una chica con el pelo decolorado y peinado en punta, y los ojos pintados con una gruesa raya negra. Y, al pensarlo con detenimiento, Chase se dio cuenta de que ella



tenía casi el mismo cuerpo que en el presente, aunque, entonces, lo enseñaba mucho más.

Se acordó del momento en que la había conocido. Había sucedido en una fiesta salvaje, en la que la joven Dynasty era la más salvaje de todos. Se había sentado en su regazo con una cerveza en la mano. Él tenía diecisiete años, y al notar que le acariciaba el muslo con la otra, y ver su increíble escote... Se había excitado en segundos. Dynasty se echó a reír y le preguntó si le gustaba. Como respuesta, él deslizó la mano suavemente por su

rodilla desnuda. Oh, sí, Dynasty le gustaba mucho. Sobre todo, cuando ella empezó a darle besos suaves y diminutos por el cuello y a mover dulcemente la cadera contra su erección.

Se había pasado diez minutos en el cielo, pensando en la diversión que iban a tener cuando se fueran a una de las habitaciones de la casa. De hecho, le estaba haciendo la invitación a Dynasty cuando su amigo Terrell James se había inclinado hacia él y le había dado la mala noticia:

—Es la hija de Big Mac, tío.

Tiene trece años.

Al pensarlo, se le encogió el estómago tanto como cuando se había enterado de la edad de Dynasty. Había sentido pánico. ¡Trece años! Él también era un adolescente problemático, pero no había llegado tan lejos.

Quería empujarla suavemente de su regazo pero, a causa del pánico, la empujó con fuerza.

Ella gritó:

—¡Eh!

—Lo-lo siento —tartamudeó Chase—. Eh... Acabo de ver a mi novia entrando por la puerta.

Se sintió como un imbécil diciendo eso, pero no pareció que a Dynasty le importara mucho. Se encogió de hombros y se alejó. Cinco minutos después, se había sentado en el regazo de otro chico y, cuando él había vuelto a buscarla con la mirada, Dynasty, y el chico en cuestión, habían desaparecido.

Y ahora... ¿era Jane? Increíble.  
—¿Quién es ese? —preguntó alguien, y Chase salió de su ensimismamiento. Alzó la vista, y se encontró con que la abuela lo estaba señalando con el dedo índice.

—Ha venido conmigo, abuela —dijo Jane.

—¿Contigo? Vaya, pues es muy grande y está muy bien.

Jane puso los ojos en blanco.

—No parece que vaya a salir en un anuncio de Viagra próximamente, ¿entiendes lo que quiero decir?

—Oh, por el amor de Dios —murmuró Jane, por encima de la risa de asombro de Chase.

A la anciana le brillaban los ojos. Hizo un gesto vago con la mano vendada.

—Me recuerda a tu abuelo.

—No era mi abuelo —le espetó Jane—. Y, a propósito, parece que tú estás perfectamente. Voy a llamar a mamá para decirle que no se preocupe. Después voy a ir a tu médico para que te recete un sedante que te deje inconsciente.

—¡No seas descarada!

—¿Yo soy la descarada? —preguntó Jane con un resoplido. Sacó su teléfono móvil y se alejó hacia la salida.

—Y tú, jovencito —le dijo la abuela a Chase, moviendo la cabeza hacia un lado para indicarle que se acercara.

—¿Sí, señora?

Ella entrecerró los ojos.

—Eres muy grande, pero pareces un poco bobo.

—Eh...

¿Qué se suponía que tenía que responder a aquello?

—¿Lo ves? Ahí lo tienes.

Chase pestañeó y tuvo que contenerse para no gritar que no, que no era bobo.

—¿Tienes trabajo, por lo menos?

—Sí, señora. Tengo una empresa.

—Pfff —resopló ella,

mirándolo con recelo—. ¿Qué tipo de empresa?

—De excavaciones, señora.

Ella entrecerró los ojos aún más.

—Parece que estás asustado. No estarás asustado de una vieja como yo, ¿verdad?

—Un poco —respondió él, con franqueza.

—¡Ja! —Ladró ella—. Me caes bien. ¿Cómo te llamas?

Él se relajó un poco, preguntándose por qué se sentía tan feliz por caerle bien.

—Me llamo Chase.



—Yo soy la señora Olive MacKenzie, la abuela de Dynasty.

La simpatía que había empezado a sentir por Chase moderó su lengua, y charlaron sobre el jardín de la anciana durante un rato, hasta que Jane volvió y dijo que era hora de irse.

—Y, abuela —le dijo—, la próxima vez, que las limas las corte otro.

—Jovencita, yo ya hacía margaritas antes de que tú nacieras. No voy a parar a estas alturas.

Jane cabeceó.

—Vamos, Chase —dijo.

Sin embargo, cuando ella se encaminó hacia la puerta, la abuela Olive le puso una mano en el brazo a Chase para detenerlo. Le hizo una señal para que se inclinara hacia ella, y Chase obedeció.

—No la traigas a casa embarazada.

—Oh... Dios mío. De acuerdo.

Chase se apartó mientras ella sonreía con serenidad.

Jane lo tomó del brazo y se lo llevó hacia la puerta.

—¿Qué te ha dicho?

—Que no te dejara embarazada.

—Dios Santo.

Chase no pudo contener la risa.

—Tu abuela es tremenda.

—Esa mujer no es mi abuela —

respondió ella. Al salir al aparcamiento, el viento los sacudió desagradablemente. En el horizonte había muchas nubes que presagiaban lluvia.

—¿Es la madre de Big Mac?

Ella arqueó las cejas con exasperación.

—Estuvo casada con el padre de Mac durante nueve meses, antes de que él muriera. Después, ella no se marchó.

—¿Y no tiene hijos?

—Oh, sí, tiene un hijo, pero él ya no se habla con ella.

—¿Por qué?

—La abuela Olive le dijo a su hijo que su mujer vestía como una furcia.

—Ay.

—Podrían haberlo superado, de no ser porque se lo dijo durante el brindis de la boda.

—Ay.

Era algo horrible lo que le había dicho aquella mujer a su nuera, pero Chase estalló en carcajadas sin poder evitarlo.

Jane tenía los labios apretados,

pero él se dio cuenta de que también estaba a punto de echarse a reír.

—Tienes que admitir que es bastante divertida.

—Sí, lo admito —respondió Jane—. Pero esa mujer convirtió mi vida en un infierno cuando yo era adolescente.

Chase intentó imaginarse a la abuela Olive en la misma habitación que la jovencísima Dynasty Alexis, y se estremeció. No pudo haber sido un ambiente muy pacífico.

—Bueno, pues yo le caigo bien

—dijo, con orgullo.

Jane lo miró de reojo mientras él le abría la puerta de la camioneta.

—Supongo que los tatuajes de Mac la han preparado para todo lo demás. Hace unos años, te habría ordenado que te rasparas esa tontería del cuello con un estropajo o que te quitaras de su vista.

—Entonces, ¿tu abuelo no tenía ningún tatuaje?

—No —dijo Jane, con los ojos brillantes—. Pero si se lo preguntas, hablará sin parar de lo bonito y redondo que tenía el

trasero.

—¡No!

—Claro que sí. Dice que podías hacer botar un centavo en sus nalgas. Que eran tan tensas como un tambor, y que eran perfectas para agarrarse a ellas.

Chase cerró de un portazo y, después, cuando se sentó al volante, le lanzó una mirada fulminante.

—Si pienso en la abuela Olive la próxima vez que una mujer me clave las uñas en el trasero, nunca te lo perdonaré.

Por fin, ella estalló en carcajadas. Tenía una risa preciosa.

Era un poco rasgada y estaba llena de picardía. Demonios, Jane era muy sexy. Sin embargo, él no conseguía asimilar que fuera la misma persona que aquella adolescente tan problemática. Si hubiera tenido que adivinar lo que había sido de Dynasty, la habría imaginado de otro modo muy distinto, recorriendo un camino muy difícil. Habría creído que ella había abandonado el instituto, que tenía varios hijos de diferentes padres, y que bebía y se drogaba.

Él se había graduado en el instituto cuando ella tenía solo



catorce años. ¿Cuándo había empezado a cambiar de actitud, y por qué? No se atrevía a preguntárselo. Ella no se había dado cuenta de que él era Billy Chase. Tal vez, ni siquiera recordara a Billy Chase. Y, si lo recordaba...

Claramente, Jane era una mujer que se había separado por completo de su pasado, y no iba a gustarle nada tener que regresar a él.

Ahora que conocía su secreto, Chase pensaba que debería estar más cerca de entenderla, pero, por el contrario, solo notaba que Jane

Morgan se le escapaba de las manos. Era un misterio para él, más que nunca. Y lo tenía completamente fascinado.

Él no volvió a preguntarle sobre la cena. Se limitó a conducir de vuelta a Aspen y detuvo el coche delante de su restaurante tailandés favorito. Ella no protestó, y él se sintió patéticamente eufórico. Tuvo que preguntarse si Jane era todavía peor para su autoestima que para su cuerpo.

Oh, Dios. Y, encima, no tenía ganas de quejarse. Todavía.

A Jane se le hizo la boca agua con el olor a especias que había en el restaurante. Había vuelto a saltarse la comida y, aunque debería haberle dicho a Chase que la llevara directamente a casa, no podía pensar en hacerse una saludable ensalada de atún con un aderezo bajo en calorías. Necesitaba especias, picante y leche de coco. Necesitaba curry. Y *satay* de pollo. Y, tal vez, unas gambas especiadas. Y, sobre todo, necesitaba un *mai tai*.

No tenía ni idea de si el padre de Chase iba a poder ayudarla,

pero se sentía más liberada, como si hubiera dejado una parte de su carga en la caravana, con la carpeta del expediente de su hermano. Chase le había advertido que no esperara noticias de su padre hasta el día siguiente, porque empezaría a beber temprano e iría quedándose dormido a medida que avanzaba la tarde. Sin embargo, el hecho de saber que no iba a tener ninguna novedad aquella noche también le resultó liberador, en cierta forma. Durante unas horas, podía esperar y olvidarse de todo.

Por otra parte, aquella espera

hizo que tomara conciencia de lo agotada y lo hambrienta que estaba.

Cuando llegó el *satay*, Jane se abalanzó sobre él. ¿Notaría Chase que se había servido tres pinchos y solo le había dejado dos? Alguien tenía que comerse el que sobraba, ¿no? Seguramente, él era demasiado amable como para mencionarlo. Mucho más de lo que debería ser un tipo con tatuajes en los brazos, la espalda y el cráneo.

La salsa de cacahuete fue como una descarga de sabor en su boca, y Jane suspiró mientras tragaba el primer bocado.

—Bueno —dijo Chase—, ¿y cómo se convirtió Mac en tu padrastro?

Ni siquiera el placer de probar aquella salsa dulce pudo evitar que se le encogiera el estómago al oír aquella pregunta.

—Se casó con mi madre —dijo Jane, con frialdad.

—Sí, eso lo entiendo. ¿Es que tus padres se divorciaron?

—Sí —dijo ella, mientras apilaba rodajas de pepino sobre el pollo, antes de tomar un bocado demasiado grande. «Estoy ocupada, ¿no lo ves? No puedo hablar».

—¿Y cuántos años tenías tú?

Jane tomó un largo trago de su *mai tai* y se estremeció de alivio.

—Dos.

Tomó una gamba, y el picante del aderezo hizo que su boca ardiera. Tuvo que beber un poco más de *mai tai*.

—Vaya, eras muy pequeña.

—¿Has probado las gambas? Están perfectas. Este sitio es increíblemente bueno.

—Es mi restaurante favorito. Aparte de esa hamburguesería que hay al final de la calle principal. Ponen las lonchas de bacón muy

gruesas. Ah, cuánto me gusta el bacón...

Ella sonrió y succionó la pajita de la bebida. Al notar que empezaba a borbotear, lanzó una mirada grave al fondo del vaso, y se dio cuenta de que ya no quedaba ni rastro de aquel ron coloreado de rosa.

—¿Otro? —le preguntó Chase.

—Sí, por favor —respondió ella, rápidamente.

Estaba decidida a dejar que se le relajaran todos los músculos del cuerpo. Por primera vez, desde hacía varios días, su tensión había



desaparecido.

Hizo ademán de tomar otra gamba, pero se dio cuenta de que en el plato solo quedaba la hoja de lechuga. Sin embargo, su desilusión se alejó flotando en un río de ron.

—¿Y tu padre no se mantuvo en contacto con vosotras? —le preguntó Chase, mientras la camarera les servía los primeros platos y otro *mai tai*.

—No.

Jane tomó un buen bocado de curry rojo y aplacó el picante con un trago de su copa. Celestial.

—¿Se marchó? —preguntó

Chase.

¿De qué estaban hablando? Ah, sí. De su lamentable padre.

—Estaba en la cárcel.

Tomó otro bocado y otro sorbo de *mai tai*.

—Ah. Entiendo.

—No —dijo ella, mientras notaba de nuevo el borboteo al final del vaso de su copa. ¿Adónde había ido todo aquel *mai tai*? Dejó el vaso en la mesa y se echó a reír—. Chase, tú no puedes entenderlo. Mi madre era... Dios Santo, ni siquiera sé lo que era. Digamos que me pasé la infancia de cárcel en cárcel, de

ciudad en ciudad.

—¿Ibais a las ciudades a las que trasladaban a tu padre?

—No, él se quedó en el mismo lugar. Mi madre coleccionaba tipos condenados a cadena perpetua.

Chase cabeceó.

—¿Cómo es posible?

—Solo se casaba con tíos que estuvieran en la cárcel. Se casó con cuatro, para ser exactos. Y todos ellos eran hombres a los que conoció después de que los condenaran. Delante de ti tienes al tierno resultado de una visita conyugal en la cárcel —dijo ella, y

se tapó la boca con la mano—. Oh, Dios mío, ¿he dicho eso en voz alta?

—Sí —murmuró Chase, con horror.

Su expresión de asombro absoluto hizo reír a Jane a carcajadas.

—Oh, madre mía —gimió—. Tenías que verte la cara.

—¿Tu madre coleccionaba presos?

—Sí. Como si fueran cachorrillos —respondió ella, enjugándose las lágrimas—. Era una vida muy pintoresca para una

niña pequeña, ¿sabes?

—Jane —dijo él; su expresión ya no era de sorpresa, sino de preocupación—, ¿con cuánta frecuencia os mudabais?

Ella se encogió de hombros.

—Siempre que mi madre se cansaba de visitar a uno de los hombres, empezaba a escribirse con otro. Mi padre fue el primero, así que supongo que eso lo convierte en alguien especial. Vaya, ¿no te parece que hace mucho calor aquí? Yo tengo mucho calor.

—Puede ser la mezcla de licor y curry.

—Oh, fatal. ¿De verdad? Qué vergüenza. Bueno, aunque no es tan vergonzoso como ir al colegio con los hijos de los guardias de la cárcel en la que está tu padre. ¿Te lo imaginas?

—No.

Ella respiró profundamente, y dejó de reírse.

—No sé por qué te he contado todo esto.

—Puede que tenga que ver con la primera copa que te has bebido en treinta segundos.

—Puede —dijo ella, justo antes de poner cara de arrepentimiento

—. Chase, lo siento. No me he dado cuenta. No he pensado en lo de la bebida.

Él puso los ojos en blanco.

—¿Otra vez eso? Vamos, no pasa nada. Emborráchate si quieres. Te prometo que no voy a llamar a Alcohólicos Anónimos. Y, mientras estás achispada, ¿no hay nada más que quieras confesar?

Jane se alarmó. Si bebía un poco más, iba a contárselo todo, no solo las cosas malas que había hecho su madre. Su infancia había sido muy dolorosa, pero eso no había sido culpa suya. Ella no había

sido la responsable... hasta que cumplió los doce años y empezó a cometer sus propios errores.

—Jane...

—No, no —dijo, mintiendo—.

Eso es todo lo que tengo que contar. Aparte de eso, toda mi vida ha sido normal, aburrida. No tienes que emborracharme más —dijo. Lo cual era una lástima. Por un momento, había pensado en emborracharse por completo.

Chase ladeó ligeramente la cabeza al mirarla a los ojos. Al ver su mirada de confusión, ella sintió una punzada de miedo en el



estómago, pero se convenció de que no tenía nada que temer. Él se había criado en Grand Junction. No sabía nada, y ella no se lo iba a contar a nadie.

Sin embargo, aquella mirada de confusión la inquietaba...

—¿Qué? —preguntó.

—Es que... —Chase bajó los ojos—. Me desconciertas.

—No, de veras, soy muy sencilla —dijo ella—. Puede que el asunto de mi familia sea complicado, pero yo no soy como ellos. Soy diferente.

—¿Por eso estás conmigo,

Jane?

—No estoy contigo.

—Sí, sí, ya lo entiendo. Quiero decir que... ¿por eso estás teniendo una aventura conmigo, en vez de salir conmigo, como si fuera una persona normal? ¿Es porque te recuerdo a ellos?

Su mente empezó a trabajar a toda velocidad. Sabía lo que ocurría, pero no podía decirlo. No podía decir que «eso es exactamente lo que soy. Una mujer que necesita a un hombre grande y tosco. Una chica patética que necesita que la usen para sentirse

querida. Alguien que cree que un hombre no es verdaderamente un hombre si no tiene cicatrices en las manos y manchas de tierra en los pantalones».

No podía decir eso, porque se había convertido en una mujer que valoraba el refinamiento y la educación. Construía sus relaciones basándose en el respeto, no en la atracción física. Valoraba a los hombres por su ambición, su inteligencia y su aplomo, no por cómo se defendía en una pelea o por la anchura de sus hombros.

—Puede que esté en mitad de la

crisis de los cuarenta.

—Pero si tienes veintinueve.

—Sí, tengo veintinueve. Pronto sentaré la cabeza, me casaré y tendré hijos. Así que, antes de cumplir treinta, he pensado que quería averiguar lo que es de verdad caminar por el lado salvaje de la vida.

—¿Ah, sí? —preguntó él, con un resoplido.

—Sí.

Él no dijo nada más. Se limitó a observarla y, por algún motivo, aquel silencio hizo que ella se retorciera. Jane exhaló un suspiro

de alivio cuando la camarera se acercó a llevarles la cuenta. Cambio de tema.

—Yo invito —dijo.

—No, me salió muy barata nuestra supuesta cita. Tenía remordimientos de conciencia.

Sí, había sido una cita muy barata: hamburguesa, Coca-cola y un revolcón en la furgoneta. Jane pensó en lo divertido que había sido sentirse facilona, y pensó que, tal vez, él quisiera repetirlo aquella noche. Como en los viejos tiempos. Intentó lanzarle una mirada seductora, pero se le escapó un

bostezo.

—Vamos, Jane —dijo Chase, tomándola de la mano cuando se levantó—. Parece que te vas a caer al suelo.

—No, estoy bien —insistió ella, pese a que se le doblaron las rodillas al ponerse en pie—. He recuperado la energía.

—Sí, ya. ¿Cuántas horas dormiste anoche?

Ella sonrió con coquetería.

—No irás a decirme que tengo cara de cansada, ¿verdad?

—Tienes cara de estar agotada. Tienes unas ojeras muy profundas,

estás bostezando y casi te caes debajo de la mesa por solo dos *maïtais*.

—No es cierto —protestó ella.

Sin embargo, cuando él la ayudó a subir al asiento de la furgoneta, ella se desmoronó en el asiento. Bueno, tal vez sí estuviera agotada. Y borracha. Pero no quería que él la dejara en casa y tener que arrastrarse hasta la cama. Estar borracha le parecía la excusa perfecta para volver a acostarse con Chase.

Seguía pareciéndole muy buena idea cuando se despertó, unos

minutos más tarde, y se encontró a Chase abriendo la puerta del pasajero.

—Eh, hola —susurró, mientras se estiraba.

—¿Dónde están tus llaves?

Jane rebuscó en su bolso, sacó el llavero y se lo entregó, deleitándose con la manera en que Chase se había hecho con el control de la situación. Él la bajó del asiento y la llevó hacia la puerta, como si fuera el dueño del edificio. Aunque ella volvió a bostezar, ya estaba impaciente por lo que iban a hacer cuando llegaran a su cama.



Sí, cierto, solo había pretendido que aquello fuera un lío de una noche, pero aquel hombre había transformado su cuerpo, como si ella fuera la Bella Durmiente y hubiera despertado de un largo sueño.

Chase la hizo entrar al apartamento.

—Te llamo en cuanto mi padre se ponga en contacto conmigo.

—¿Umm? —murmuró Jane, y se giró hacia él, apoyándose con una mano en la pared.

—Duerme un poco, Jane.

—Pero... si son las seis y

media.

—Perfecto. Duerme doce horas y empieza con buen pie mañana. Te vendrá muy bien.

—Pero...

—Buenas noches, Jane.

Ella todavía estaba mirando boquiabierta a la puerta cuando oyó que su furgoneta se alejaba. Intentar descifrar lo que había ocurrido resultó ser demasiado trabajoso, así que Jane siguió el consejo de Chase y se acostó.

# Capítulo 11

Jane Morgan estaba perdiendo el control. Estaba perdiendo el control en la vida y en el trabajo.

Aquello no podía estar sucediendo. Ella era una experta en su trabajo. Era una profesional que desempeñaba su labor con grandes conocimientos y un dominio absoluto. Ella era su trabajo. Era la mejor parte de sí misma, y eso había sido un pensamiento muy

reconfortante hasta entonces.

—Lo siento, señor Jennings — dijo ella, de nuevo—. Tiene que estar en alguna parte.

—No tiene importancia, en realidad. Seguramente, ya se lo has enviado a Edward.

—¡No! —exclamó ella. Al darse cuenta de que le había gritado a su jefe, dio un paso atrás—. Quiero decir, no, señor, no es posible. Yo jamás envío carpetas, ni planos, ni documentos sin hacer antes una copia. Nunca, jamás.

—Bueno, pero yo...

—Oh, Dios mío... ¿Qué día es

hoy?

—Umm... Creo que... —El señor Jennings miró al cielo, pensando—. ¿Puede ser jueves?

—Jueves —murmuró ella—. Jueves, día quince. Una reunión para desayunar, a las siete y media, con el contratista jefe de la obra de Gramercy —dijo ella, y tomó aire profundamente—. No... no se lo he recordado. ¿Ha faltado a la reunión? Por favor, dígame que no ha faltado...

—No pasa nada —dijo el señor Jennings, alzando las manos y dando un paso hacia su despacho

—. No pasa nada. Llamó, yo le pedí disculpas, y hemos quedado para comer mañana.

—¡Mañana tiene que comer con Edward Cohen!

—Pues cambia la cita —dijo él, y echó a correr hacia su puerta—. A Ed no le importará. No pasa nada.

Entró en el despacho y cerró la puerta suavemente, mientras a Jane le latía el corazón cada vez con más rapidez.

Se estaba desintegrando. Todas las piezas de sí misma, que había ensamblado con tanto cuidado, se estaban desencajando y cayendo al

suelo. Primero se había acostado con el tipo de hombre que llevaba diez años evitando. Después, había llorado en su lugar de trabajo. Además, su jefe la había sorprendido dejándose abrazar, y había cometido errores de tipografía. Se había emborrachado en el restaurante tailandés. Y, ahora... había perdido la propuesta de un proyecto y había permitido que el señor Jennings faltara a una reunión importante, causándole vergüenza y molestias. Había fracasado.

Su misión en aquel estudio era,

exactamente, impedir que sucedieran aquellas cosas. Aquel era el motivo por el que la había contratado el señor Jennings. Era el motivo por el que le pagaba un buen sueldo, y por el que le había dicho que no podía vivir sin ella.

Aquel trabajo era su seguridad, su orgullo y su confianza en sí misma. Era lo único que se le daba bien en la vida. Sin aquel trabajo, solo era una chica con un título académico y un armario lleno de ropa cara. No iba a permitir que aquello se le escapara de las manos.



—¿Dónde está? —musitó, y siguió buscando en los cajones del archivador—. Tiene que estar aquí. Tiene que estar.

Quince minutos después, Jane estaba en el último cajón, pasando una a una todas las carpetas, con las manos temblorosas. Y, por fin, lo encontró. Encontró la carpeta archivada en la letra e de Edward, en vez de ce de Cohen.

—Oh, gracias a Dios —susurró, abrazando la carpeta de la propuesta contra el pecho.

—¿Jane? —preguntó una mujer, desde la puerta de entrada.

—¡Lo encontré! —exclamó Jane, girándose hacia Lori Love.

—¡Bien! Me alegro mucho —respondió Lori. Sin embargo, no parecía que entendiera el alivio que estaba sintiendo Jane.

Jane se incorporó del suelo, sin soltar la carpeta.

—Lo siento, es que había perdido una cosa. Menos mal. Ahora tengo que pedir una caja de galletas para un contratista. A los contratistas les gusta la comida, ¿verdad? Así suavizaré un poco las cosas. El señor Jennings está en su despacho, a propósito. Voy a

avisarle de que has llegado.

—Espera —dijo Lori—. En realidad, he venido a verte a ti, Jane. Me ha llamado Quinn. Está preocupado.

—No tiene por qué estarlo. Esto no va a volver a ocurrir. Me siento mortificada, pero...

—Jane.

Ella cerró la boca en respuesta al tono serio de Lori.

—¿Te acuerdas de lo mal que iba mi vida el año pasado?

—Umm, umm.

—Así que seguro que sabes que, cuando te digo que reconozco

las señales que avisan de que una mujer se está desmoronando, puedes fiarte de mí, ¿verdad?

Vaya. Aquella era una pregunta difícil de responder, porque, obviamente, Lori iba a decir que ella se estaba desmoronando.

—Supongo que depende de la mujer.

—Jane —dijo Lori.

—¿Sí?

—Tú te estás desmoronando.

Jane no quería responder.

Carraspeó y se sentó.

—Si quieres privacidad, sabes que no tengo ningún problema,

pero, si quieres hablar, estoy aquí.

—Gracias —dijo Jane, y posó ambas manos en el regazo, a la espera de que aquello terminara.

Lori no se rindió.

—El año pasado me estaba hundiendo, y me negaba a decir una palabra. Es evidente que no voy a discutir que tienes derecho a seguir el mismo camino. ¿Te estás hundiendo?

—No.

—Y, si te estuvieras hundiendo, ¿me lo dirías?

—No.

—De acuerdo. Entonces, no te

pregunto nada más.

El señor Jennings salió de su despacho.

—Yo sí.

—Quinn —dijo Lori, en tono de advertencia. Sin embargo, él la miró de manera fulminante antes de fijarse de nuevo en Jane—. ¿Te ha hecho algo Chase? ¿Es eso lo que está sucediendo? ¿Te maltrata?

A Jane se le escapó un jadeo de horror.

—¡No!

—Bueno, todo esto empezó el día en que yo entré aquí y os sorprendí a los dos juntos, así que,

perdóname si sospecho. ¿Te ha forzado, Jane? Porque, entonces, yo...

—No, no, no. En absoluto. Chase nunca haría algo así... Nosotros no somos... ¡Solo fue un abrazo!

—¿Ah, sí? ¿Solo sois amigos? ¿Es que pertenecéis al mismo club enológico, o algo así?

Jane apretó los dientes y lo miró con los ojos entornados.

—Me disculpo por mi comportamiento de aquella mañana. Fue inadecuado. Si yo hubiera actuado con decoro, usted no

estaría interrogándome ahora, y esta conversación no estaría produciéndose.

Lori miró a su novio con las cejas arqueadas.

—Creo que acaba de decirte que te metas en tus asuntos, querido. Que es exactamente lo que iba a decirte yo.

Sin embargo, el señor Jennings no se dejó amedrentar.

—¡Ese tipo mide dos metros, y tiene tatuajes en el cuello!

—Eso no quiere decir nada —replicó Lori—. No creo que nadie pensara que Quinn Jennings iba a



salir con una mecánica de coches.  
Los opuestos se atraen.

—No —dijo Jane—. Chase y yo no estamos saliendo juntos. De hecho, acabo de romper con un hombre que...

—¿Estás embarazada? —le preguntó el señor Jennings, interrumpiéndola—. ¿Se trata de eso?

—¡No!

—Porque, si estás embarazada, te apoyaré de todas las formas posibles.

—¡No estoy embarazada! Y no quiero oír ninguna más de sus

sospechas. Tengo derecho a disponer de mi vida personal como quiera, y no tengo obligación de hablar de esto con usted. No es de su incumbencia.

Él se quedó dolido, y murmuró:

—Por supuesto que no. Por supuesto. Te pido disculpas.

Oh, Dios Santo, qué triste se había puesto.

—Señor Jennings...

—No, lo siento. No debería haberme inmiscuido. De todos modos, tengo que ir a ver a los carpinteros, así que nos vemos luego, Lori —dijo él, y le dio un

beso distraído a su novia en la mejilla—. Jane, tómate todo el tiempo libre que necesites —añadió, al salir.

—No te preocupes por él —dijo Lori—. Por mucho respeto que sientan los hombres por las mujeres, parece que siempre piensan que tienen que arreglarnos la vida.

—Estoy bien, Lori, de verdad. Tengo unos problemas familiares de los que no quiero hablar. ¿Puedes decírselo tú?

—Claro.

—Gracias —dijo Jane. Tenía un

nudo en la garganta por el dolor que le había causado al señor Jennings.

—Bueno, y... tú no permitirías que un hombre te maltratara, ¿verdad?

—Te prometo que nadie me está maltratando. No tiene nada que ver con eso.

—De acuerdo, te creo —dijo Lori. Después, sonrió de una forma adorable, y su tono de voz cambió—. ¿Entonces, este chico tan grande que lleva tatuajes es una persona que te está tratando muy bien?

—Fuera de aquí —dijo Jane, señalando hacia la puerta.

—De acuerdo, de acuerdo. De todos modos, tengo que ir a buscar a mi arquitecto gruñón. Le voy a llevar algo de Starbucks a la obra. ¿Quieres algo tú?

Jane negó con la cabeza. Contuvo la respiración hasta que Lori salió del estudio y desapareció de su vista. Entonces, tomó su bolso y llamó a la abogada de Jessie para pedirle que la pusiera al día de las novedades. Aquel juego de equilibrios estaba siendo demasiado para ella. Había pensado que era fuerte como para soportarlo, pero se estaba

derrumbando ante las primeras señales de tensión.

—Justamente estoy hablando con tu detective —le dijo la abogada.

—¿Qué detective?

—El señor Chase. Ha venido a mi despacho. Vamos a revisar el informe del arresto y a confeccionar una lista de preguntas para hacerle a Jessie cuando vaya a visitarlo esta tarde. Normalmente no trabajo con investigadores, a no ser que se trate de un caso de pena de muerte, pero el señor Chase está siendo de mucha ayuda.

—¡Oh, bien! —dijo Jane, y miró el reloj. Eran las nueve de la mañana, y Chase le había advertido que su padre nunca se levantaba antes de las diez.

—De hecho, voy a hacerle un contrato con una cláusula de confidencialidad, si le parece bien. Le está pagando unos buenos honorarios, pero el gasto será incluido en la factura del despacho.

—Gracias. Eso es maravilloso.

—La fiscalía ha bajado la fianza. Son treinta mil dólares, que sigue siendo una cantidad muy alta; otra indicación de que están

buscando pruebas para acusarlo de algo más grave.

Treinta mil dólares. Eso significaba que tendría que adelantar tres mil dólares y pagar treinta mil si Jessie decidía marcharse de la ciudad. No podía hacerlo, porque tenía que pagar la minuta de la abogada, también.

—Treinta mil —repitió.

—Jessie ya me ha dicho que su padre no lo va a pagar —dijo la abogada—. Voy a intentar reducir aún más la cantidad, así que no se preocupe. Jessie está bien por el momento, y entiende lo que estamos



haciendo.

Jane le dio las gracias y colgó.

Treinta mil dólares. No podía hacerle frente a aquella suma. Si él violaba los términos de la libertad bajo fianza, a ella le quitarían el piso. Sin embargo, en aquel momento estaba acordándose de cuando Jessie tenía trece años y la llamaba para preguntarle si podía pasar con ella el fin de semana. La mayoría de las veces ella le decía que no. ¿Y si no lo hubiera hecho así? ¿Y si lo hubiera tomado bajo su protección, en vez de dedicar todas sus energías a huir de su

pasado? ¿Y si hubiera pensado a veces en Jessie, y no siempre en sí misma?

Decidió que iba a revisar sus cuentas de ahorro en cuanto llegara a casa. Bajó la cabeza y volvió a concentrarse en el trabajo; respondió correos electrónicos, envió planos y activó una serie de avisos automáticos para no olvidar los compromisos del horario del señor Jennings. Poco a poco, recuperó la calma.

«Puedo con esto», se dijo.  
«Puedo hacerlo».

Dos horas después, volvió el

señor Jennings y le lanzó una sonrisa apagada. Ella se puso en pie; tenía ganas de darle un abrazo, pero se contuvo.

—Señor Jennings, le pido disculpas.

—No, yo soy quien tiene que disculparse. No debería haberte presionado así.

—Yo...

Jane pensó en cómo le había tendido la mano su jefe, en cómo le había tendido la mano Lori. Pensó en que ella siempre había tratado de apartar a la gente de su lado, porque no podía ser la verdadera

Jane a la que los demás apreciaban. La mujer a la que la gente quería conocer era la mujer que ella se había inventado.

—Señor Jennings, yo... yo lo considero un amigo.

Él sonrió con alivio.

—Me alegro.

—Pero, realmente... —Jane cabeceó, agarrándose las manos—. No sé cómo hacerlo. En este momento, tengo algunos problemas familiares. Eso es lo que ocurre. No quiero que se preocupe por mí. Yo estoy bien.

—De acuerdo. Bien.

—Si necesito algo, sé que puedo acudir a Lori o a usted, y eso significa mucho para mí. Gracias.

Antes de que ella se diera cuenta, el señor Jennings dio un paso adelante y la abrazó.

—Tú eres como una hermana para mí, Jane. Te aprecio mucho.

Jane sintió un arrebató de pánico. No porque pensara que él iba a hacer nada inadecuado. Sabía que el señor Jennings la respetaba de verdad. Pero él quería a la mujer que ella había creado, no a su verdadera persona, y eso le causaba un profundo dolor.

Si él la conociera de verdad, si supiera que había sido una chica vulgar, llena de ira, que se había criado en media docena de parques de caravanas, no estaría tan seguro de lo que había dicho. Y Lori no querría que ella se acercara a su novio, y mucho menos que él la abrazara.

—Tal vez, algún día, me llames Quinn —dijo el señor Jennings, que no se había percatado de su angustia—. Es mi nombre de pila, ¿sabes?

Ella asintió y se apartó de él.

—Tal vez. Pero no en la

oficina.

—¡Oh, no, por el amor de Dios!

—exclamó él, con cara de espanto fingido—. Por supuesto que no.

Ella tuvo que forzar una carcajada, pero lo consiguió.

—Necesitas más tiempo libre, ¿no? No deberías estar aquí.

—No, puedo hacerlo. No se preocupe.

—Jane, no me preocupa la oficina. Creo que solo te has puesto enferma una vez desde que abrimos. Te has ganado todo el tiempo que necesites, y puedes disfrutar de él.

Sabía que él estaba siendo muy

amable, y que ella necesitaba tiempo, aunque solo fuera para calmarse, pero no podía aceptar su oferta. «Puedes hacerlo todo», se decía. «No necesitas ningún día libre. No necesitas ayuda».

Se clavó las uñas en la palma de la mano. Ciertamente, podía hacerlo sin ayuda, pero no tenía por qué. Tenía amigos, y sus amigos le estaban ofreciendo ayuda. Quinn, Lori... e incluso Chase, para ser sincera.

Jane respiró profundamente.  
—He preparado varios avisos que le llegaran por correo



electrónico durante los próximos días.

El señor Jennings sonrió como si estuviera orgulloso de ella.

—¡Pero voy a pasar por aquí!

—Adelante, Jane. No soy un niño.

Ella arqueó una ceja.

—Puedo arreglármelas solo, de veras. Y, si no puedo, te llamaré.

—De acuerdo —dijo ella, y sonrió de verdad—. Me parece bien.

Media hora después, había terminado todo lo que quedaba pendiente y pudo marcharse sin

sentirse demasiado culpable. Fue directamente a la cárcel, a ver a Jessie. Si su hermano tenía buen aspecto, podría plantearse no pagar la fianza.

Sin embargo, Jessie no tenía buena cara, sino un aspecto horrible.

—Jessie, ¿qué te pasa? —le preguntó ella con angustia.

—Mi abogada acaba de estar aquí. Pueden echarme seis años por esto, Jane.

—Jessie... —dijo ella, con un suspiro, y sus hombros se encorvaron—. Le estabas robando

a la gente. ¿Qué te esperabas?

—¡No lo sé! —exclamó él, con los ojos llenos de lágrimas—. No le estaba haciendo daño a nadie. No amenacé a las chicas, ni tenía armas. Solo arramplé unos cuantos dólares, nada más.

El miedo que se reflejaba en su cara le encogió el corazón a Jane. Sin embargo, también se puso furiosa.

—Ya no eres un niño, Jessie. Y, después de lo que tuvo que pasar papá, no puedes decir que no supieras nada. ¿Cuántas veces te ha dicho él que no te expusieras a un

riesgo como este? Aunque no fuera por la acusación de robo, te has creado un montón de problemas.

Él posó la palma de la mano en el mostrador.

—No he tocado a esas mujeres, Jane. Te lo juro. No lo he hecho. ¿No podrías hablar con tu novio, el fiscal, en mi nombre? ¿Conseguir que me crea?

Jane cabeceó.

—Ya no es mi novio.

Jessie le preguntó qué tal iban las cosas en casa, y Jane le contó el accidente que había tenido la abuela Olive preparando las

margaritas. Intentó disimular las lágrimas con risas, pero Jessie notó su estado de ánimo.

—Lo siento mucho, hermana. Sé que te he decepcionado.

Ella negó con la cabeza.

—Si salgo de aquí, te juro que me voy a portar bien. Voy a dejar de ver a esos tipos, y tal vez vuelva a la escuela.

Jane quería creer que aquella experiencia le serviría de impulso para mejorar, pero sabía que su hermano era capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa.

De repente, sonó el timbre que

avisaba del final de la visita. Su hermano la estaba mirando con afecto, pero, al oírlo, su expresión se volvió de angustia y de agotamiento.

—Dile a papá que lo siento, que debería haberle hecho caso. Si me mandan a la cárcel, sé que no va a venir a verme —dijo, y sollozó—. Así que dile que lo siento, ¿de acuerdo?

Oh, Dios. Jane tuvo que apretarse los labios con los dedos para contener las lágrimas.

—Por favor... —le rogó Jessie. Ella asintió, porque no podía

decir nada más. Parecía que, finalmente, su hermano había perdido su confianza, su seguridad, su visión relajada de la situación. Finalmente, se había dado cuenta de la verdad: era un criminal. Ya no era un chico gracioso y guapo, ni era un porreta inofensivo. Era un delincuente, y tenía problemas.

Jessie colgó el teléfono y se enjugó las lágrimas.

Si salía de aquello sin la condena de seis años, tal vez pudiera cambiar de verdad. Ella había cambiado. Con un fin de semana aciago en su vida, había

cambiado por completo.

Así pues, tal vez Mac tuviera razón. Jessie había estado robando, drogándose y frecuentando a traficantes de drogas. Tal vez el hecho de pasar algunos meses en la cárcel fuera el revulsivo que necesitaba para abandonar todo aquello.

Jane salió de la prisión llorando a lágrima viva. Jessie podía convertirse en un hombre en aquel lugar, o podía decidir que nunca iba a crecer, pero ella no podía obligarlo a que eligiera el buen camino.



## Capítulo 12

Chase llevaba más de un día sin ver a Jane. Le parecía extraño que solo hubiera pasado una semana desde que había entrado en el estudio de arquitectura en el que trabajaba y que, sin embargo, ya sintiera una necesidad imperiosa de llamarla. De verla. De acariciarla.

Y, por primera vez desde hacía muchos años, su padre había hecho algo maravilloso por él: lo había

llamado para contarle que habían reducido la fianza de Jessie MacKenzie a treinta mil dólares. Chase tenía la excusa perfecta para ponerse en contacto con Jane.

Marcó su número y contuvo la respiración. Después de dejarla en casa de aquella manera, el otro día, Chase no sabía si Jane se habría enfadado con él. Sin embargo, ni siquiera se había planteado acostarse con ella; se sentía preocupado por su agotamiento, consternado por su pasado, dolido por el hecho de que ella mintiera sobre su identidad y enojado por el

hecho de que le metiera en el mismo saco que a los chicos malos.

Sin embargo, en aquel momento estaba arrepentido. Ella no respondía, y Chase frunció el ceño al darse cuenta de que estaba a punto de saltar el buzón de voz.

—¿Chase?

Se quedó tan asombrado al oír su voz, que pasó unos segundos sin responder.

—¿Oiga?

—¡Jane! Hola. Disculpa, estaba... ¿Cómo te encuentras?

—Bien, en realidad. Solo un poco... Bueno, bien. Estoy

preocupada, pero bien.

—Me alegro de oír eso. Me he enterado de que han reducido la fianza de Jessie. Es muy buena noticia.

—¡Sí! Ojalá quiera decir que están investigando a otros sospechosos del asesinato de esa chica. Pero mi madre está hablando de pagar el dinero de la fianza... No sé.

—Escucha —dijo Chase—, me gustaría proponerte algo.

—¿De verdad? ¿El qué?

—Hoy voy a hacer una voladura en la obra. ¿Quieres venir

a verlo?

—¿Qué?

—Que hoy hay una explosión en la obra, y he pensado que te aliviaría el estrés ver cosas saltando por los aires.

—¿En serio?

—Sí, muy en serio. Es una voladura. Una explosión. ¿Lo entiendes?

—¡Ay! Sí, creo que lo ha entendido incluso la niña de la casa de al lado, y ni siquiera lo ha oído.

Chase se echó a reír y agarró la taza de café con nerviosismo.

—Bueno, está prevista para las

diez de la mañana de hoy. No sé, seguramente, tendrás que trabajar...

Jane carraspeó.

—Pues, en realidad, no. El señor Jennings me ha dado unos días libres. Pero... ¿no te vas a meter en un lío?

—¿A qué te refieres, a la seguridad? Lo veremos en un sitio alejado de la obra, para que la compañía de seguros no se inquiete.

—No, me refiero a tu jefe.

—¿Mi jefe? —preguntó él. Dejó la taza sobre la mesa y se irguió en la silla—. ¿De qué estás hablando? Yo soy el jefe.

—Bueno, pero ¿y el dueño de la empresa? Él no querrá que lleves a...

—De verdad piensas que soy un zoquete, ¿no? —preguntó él, y oyó que ella se quedaba con la boca cerrada. Aquello hizo que se riera de nuevo—. Eres una pequeña esnob. Ni siquiera se te ha pasado por la cabeza, ¿eh?

—No te entiendo...

—Yo soy el dueño de Extreme Excavations, Jane. Es mi empresa. Puede que no tenga aspecto de empresario respetable, pero las apariencias engañan.

—¿Tú eres el dueño?

Su tono de sorpresa molestó a Chase, pero no permitió que ella lo notara.

—Sí. Monté Extreme Excavations hace seis años, partiendo de cero.

—No tenía ni idea.

—Eso es porque has estado muy ocupada utilizándome de regalo de cumpleaños como para hacer alguna pregunta.

—Oh... bueno...

Chase notó que ella se sentía culpable, y decidió que era una agradable muestra de debilidad.



Rápidamente, la aprovechó.

—Bueno, entonces, ¿me paso a buscarte dentro de media hora?

Y, treinta minutos más tarde, Jane estaba subiendo a su camioneta.

Antes de parar el coche, Chase estaba muy seguro de que tenía el control de aquella cita, pero, al ver a Jane, se quedó sin habla. No porque ella se hubiera vestido de un modo escandaloso, sino porque tenía un aspecto normal. Jane Morgan llevaba unos pantalones vaqueros. Y una camiseta. Y gafas de sol. Se había recogido el pelo en

una coleta. Si se hubiera cruzado con ella por la calle, no la habría reconocido. Tal vez esa era su intención.

—Vaya —dijo él, con asombro.

—Vaya, tú también —respondió ella—. ¿Te has cortado el pelo?

—Un poco —dijo él.

Se pasó la palma de la mano por la cabeza, hasta el cuello. Era consciente de que se le veía un centímetro más de tatuaje. Aunque fingió que estaba totalmente concentrado en sacar la camioneta de su calle, Chase notó la mirada de Jane clavada en el cuello. Había

pensado en ella cuando su peluquero le había limpiado bien el borde del pelo con la máquina.

Cuando llegaron a Main Street, Chase la miró. Con aquellos pantalones vaqueros y una camisa de manga larga, aparentaba los años que tenía. Era una mujer preciosa a punto de cumplir treinta años. La camisa era un poco ajustada, y le sentaba muy bien a su figura. Se dio cuenta de que llevaba un jersey plegado en el brazo, y supo que iba a ponérselo cuando llegaran a la obra. O, por lo menos, eso esperaba él. No estaba de

humor para que ella luciera cuerpo delante de sus hombres.

Jane carraspeó. Parecía que era uno de sus tics cuando estaba nerviosa.

—Tu padre ha sido genial. La abogada de Jessie está impresionada.

—Está bebiendo mucho menos, lo cual es muy bueno. Y me alegro por lo de tu hermano.

—Y yo me alegro por ti —dijo ella.

Chase se encogió de hombros.

—A veces, pasa. Mi padre deja de beber y consigue un trabajo que

le dura un par de semanas. Una vez tuvo una novia que lo convenció para que se mantuviera sobrio durante varios meses. Pero nunca va más allá.

—Lo siento.

Chase apretó los dientes con fuerza. Al darse cuenta, intentó relajar la tensión de la mandíbula.

—Está chapado a la antigua, y no cree en la rehabilitación, así que no estoy seguro de que deje de beber alguna vez. No es que me sienta muy bien, pero me resulta más fácil desde que dejé de ayudarlo. Ya nunca le llevo

cervezas.

La camioneta dio un tumbo antes de que tomaran la curva de un risco polvoriento. Al girar, se encontraron de frente con una gran obra.

—Tengo que hacer unas comprobaciones primero y, después, nos iremos lejos de la explosión en el coche. No quiero que te alcance ninguna piedra, y es mejor no poner nervioso al del seguro. Está paranoico.

Bajó de la camioneta y la rodeó para abrirle la puerta a Jane.

—¿Quieres venir conmigo?

—Por supuesto.

Entonces, Jane se puso el jersey negro y disimuló sus curvas. Chase exhaló un suspiro de alivio y resistió el impulso de tomarla de la mano. Seguramente, ella no querría que la llevara por toda la obra como si estuvieran saliendo juntos, aunque él tuviera ganas de dejarles bien claro a todos sus hombres que no debían acercarse a ella.

Chase tardó unos quince minutos en revisar por última vez los cables del explosivo y su colocación, los planos y las medidas. Todo estaba en orden.

—¡Chase!

Uno de sus técnicos se acercaba a él con un papel amarillo. Chase lo reconoció al instante: era un permiso.

—Un momento, Jane. Ahora mismo vuelvo.

Jane vio alejarse a Chase con paso firme. Él ya le había parecido un hombre seguro de sí mismo, pero, allí... estaba en su elemento. Era el dueño.

Los hombres le saludaron al pasar y siguieron con su trabajo. Su



segundo al mando, aunque tuviera diez años más que Chase, esperó el visto bueno de su jefe. ¿Por qué ni siquiera lo había sospechado?

Sí, era una esnob, aunque solo fuera dentro de los estrictos parámetros que ella se había fijado en la mente. Sin embargo, Mac era propietario de una empresa. Ella sabía que no todos llevaban traje y corbata.

Con la mirada oculta tras las gafas de sol, Jane observó a Chase mientras trabajaba. Tal vez no lo hubiera considerado nada más que un trabajador porque eso era lo que

quería que fuera. Si Chase tenía ambiciones, y conseguía el éxito, además de tener tatuajes...

Él se cruzó de brazos e inclinó la cabeza para mirar el papel que le mostraba su empleado. Después, Chase asintió y le dio una palmada en el hombro y se dirigió de nuevo hacia ella. Cuando alzó la vista y la vio, sonrió.

A ella se le encogió algo dentro del pecho. No podía ser el corazón. No, solo era el estómago. Para ser tan musculoso, Chase tenía la sonrisa de un niño travieso.

Era increíblemente atractivo y,

por ese motivo, ella necesitaba que solo fuera un obrero.

Aquello iba mal. Realmente mal.

No debería haberle acompañado a la obra. Tenía que haberse quedado en casa y haber descifrado lo que significaba para ella la revelación de Chase.

Sin embargo, su oferta le había resultado irresistible. Llevaba mucho tiempo paseándose por la casa como una fiera enjaulada, intentando distraerse hasta que llegaran las tres, la hora de la vista de Jessie en el juzgado. Chase la

había llamado, entonces, y le había ofrecido... ¡una explosión! Había estado a punto de echarse a llorar del alivio.

En aquel momento ya no tenía ganas de llorar. Lo que tenía eran mariposas en el estómago.

—Bueno, ¿preparada? —le preguntó él, al llegar.

—Oh, sí —dijo Jane—. Por supuesto.

—Pues vamos.

Él posó la mano en su espalda durante un segundo, antes de apartarse ligeramente. Jane notó el contacto de sus dedos durante un

buen rato mientras caminaban por la obra, y no pudo pensar con claridad.

—¿Adónde vamos?

—Allí, detrás de aquellos árboles. Toma —dijo él, y le tendió un casco—. Tienes que ponértelo.

—Ah, qué precioso —respondió Jane, y se lo puso.

—No te queda mal. Póntelo con una lencería sexy, y ya verás mi reacción.

—Ummm... ¿sería la misma reacción que si me pusiera un gorro de bufón con lencería sexy?

—Posiblemente —dijo él. Oh,

Dios, aquella sonrisa otra vez.

—Bueno, y ¿cómo te metiste en el negocio de saltar las cosas por los aires?

—¡Eh, eso no es lo único que hago! —protestó él.

—Sí, ya lo sé. Tú eres el dueño. Pero lo que más te gusta es volar cosas, ¿no? Te brillan los ojos como las luces de una discoteca.

—¡Ja! Sí, de acuerdo, me encanta. Empecé a trabajar en la construcción cuando tenía dieciséis años. La primera vez que vi una voladura... me quedé maravillado.

No podía creerme que aquel fuera un trabajo de verdad. Fui abriéndome camino en el equipo de excavación, y así fue todo.

—Vaya, pues me alegro muchísimo de que encontraras la forma de utilizar tus poderes para el bien.

Él le guiñó el ojo.

—El otro lado de esa moneda no puede ser bueno. Por suerte, yo soy de los buenos.

Sí, lo era. Lo era de verdad. Y su bondad estaba empezando a cautivarla, a metérsele bajo la piel, cuando lo que ella quería era

mantener relaciones sexuales con él, sin ataduras y sin compromiso alguno.

Había intentado, con todas sus fuerzas, encontrar aquel tipo de comodidad con Greg. Y con Mitch. Y con todos los hombres con los que había salido antes que ellos, los que eran socialmente aceptables. Sin embargo, cuando estaba con aquellos hombres, se sentía como si estuviera trabajando. En guardia. Siempre cautelosa.

Con Chase, se sentía viva, como cuando boxeaba. Pero sabía que el peligro conseguía que



algunas personas se sintieran vivas. Como las drogas, o el robo, o el sexo irresponsable. Ese tipo de sentimiento no era bueno.

—Bueno, aquí vale —dijo Chase, mientras aparcaba el coche bajo un arce. Las hojas recién brotadas temblaban a su alrededor y tamizaban los rayos dorados del sol.

Chase bajó de la camioneta y le abrió la puerta de nuevo. Sin embargo, la sorprendió, porque la tomó en brazos en cuanto sus pies tocaron el suelo.

—¡Oh!

La sentó en el capó de la furgoneta, y le indicó que se echara hacia atrás. Jane se deslizó y se apoyó en el parabrisas.

—No te quites las gafas, por si acaso salta alguna piedrecita —le dijo, mientras se sentaba a su lado.

Chase también se puso las gafas de sol y se apoyó en el parabrisas. Jane no se sorprendió cuando él la tomó de la mano y entrelazó sus dedos con los de ella. No se sorprendió, pero sintió algo tan cálido y tan tierno que casi le dio miedo.

—Y a ti, ¿qué es lo que más te

gusta?

—¿Eh?

—A mí me encanta hacer estallar la roca. ¿Y a ti, qué es lo que más te gusta hacer?

—Ah... bueno, supongo que...

—Jane revisó nerviosamente sus pensamientos.

¿Qué era lo que más le gustaba?

Le encantaba boxear, pero no quería que a él se le salieran los ojos de las órbitas. Era solo una vía de escape.

—A mí me encanta mi trabajo.

Se dio cuenta de que él giraba la cabeza hacia ella, pero Jane

continuó mirando hacia delante.

—¿Te gusta ser secretaria?  
¿Responder a las llamadas de  
teléfono, y esas cosas?

—No, me refiero a... Me gusta  
saber que soy buena en lo que hago.  
Me gusta que me respeten. ¿Puedo  
contarte un secreto?

—¡Sí! —exclamó él.

Jane sonrió.

—Pero ¿no se lo vas a contar a  
nadie?

—Sabes que no, Jane. Puedes  
contármelo.

Jane asintió.

—Bueno, pues la verdad es que

no soy solo la secretaria. Soy propietaria de una parte de Jennings Architecture.

Chase se quedó boquiabierto, y ella se alegró de haberle causado tanto asombro. Así aprendería a no ocultar su éxito detrás de unos pantalones vaqueros sucios y una camiseta deshilachada.

—Es la verdad —dijo ella—. El señor Jennings no podía pagarme mucho cuando empezó con el estudio de arquitectura, así que me ofreció una parte de los beneficios. Soy la secretaria, la recepcionista, la encargada de la oficina, pero soy

más que todo eso. El señor Jennings me consulta sobre la dirección de la empresa, sobre los riesgos que puede afrontar, o sobre las sociedades en las que va a formar parte. Valora mi opinión. Yo nunca pensé que... —Jane se quedó callada al verse cara a cara con su punto más vulnerable—. No son explosiones y dinamita, pero... me encanta.

Se oyó una sirena aguda que rompió el silencio.

—¿Qué es eso?

Chase murmuró:

—Es el aviso para que todo el

mundo se ponga a cubierto.

Ella le apretó la mano.

—¿Está a punto de estallar?

—Sí. ¿Estás lista?

—¡Sí!

La sirena sonó por última vez.

Entonces, se oyó una voz robotizada.

—Cinco, cuatro, tres, dos...

Ella alzó la mano de Chase y se la apretó contra el corazón, que le latía cada vez con más fuerza. Contuvo la respiración y, de repente, ¡bum! Se oyó un estallido y, después, un silencio absoluto, justo antes de que comenzara una

lluvia de fragmentos de roca. Se formaron unas enormes nubes de polvo y de humo, y ella notó una descarga de adrenalina en el cuerpo.

—¡Vaya!

—¿Te ha gustado?

Era algo muy sencillo: algo había saltado por los aires. Fin de la historia. Sin embargo, el corazón se le había acelerado de la emoción.

—¡Ha sido genial!

—Pues de cerca, es mejor todavía. Ha sido una voladura pequeña, pero pensé que podría



gustarte.

—Me ha encantado. Muchas gracias por invitarme.

Jane notó los nudillos de Chase rozándole el cuello, y se dio cuenta de que todavía le estaba sujetando la mano. Tuvo que hacer un esfuerzo para soltarse. Sin embargo, Chase no se apartó, sino que le posó la palma de la mano en la mejilla e hizo que girara la cara hacia él.

La besó, y su beso fue una chispa que encendió la adrenalina de su cuerpo con una clase de explosión muy distinta. La lujuria

se apoderó de ella mientras sus lenguas se rozaban la una con la otra.

Cada vez que él la tocaba, lo deseaba, pero aquella adrenalina le añadía algo peligroso a su deseo. Quería ponerse sobre él, quería meterse en él, e intentó agarrarse a su pelo curvando la mano sobre su cabeza.

Chase se apartó.

—Jane... de verdad, no podemos hacer esto aquí.

—¡Ya lo sé! —exclamó ella, riéndose.

Él la besó de nuevo,

saboreándola. Oh, Dios, aquello era lo que quería. Nada más complicado que aquello.

—Mi casa —murmuró ella, mientras él le mordisqueaba el labio inferior—, está a tres minutos de aquí.

—Vamos.

Chase se acercó rápidamente a la caseta de obra, donde estaba su supervisor. Escuchó el informe, dio unas cuantas instrucciones y le dijo que volvería a la obra a las dos de la tarde. Después, fue un hombre

libre.

Incluso antes de salir del aparcamiento, deslizó la mano entre los muslos de Jane y la acarició a través de los pantalones vaqueros. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás mientras gruñía.

La primera vez que se habían acostado, había sido algo rápido y ardiente, pero después, en la ducha, él había estado planeando lo que iba a hacer después. Había fantaseado con tenderla sobre su cama y explorarla. Saborear, succionar y morder. Ella se le había escapado aquella noche, y en su

camioneta, en Ryders, no había espacio ni tiempo para lo que tenía en mente. Sin embargo, ahora... Ahora iba a dejarla tan débil e indefensa como ella lo había dejado a él.

Jane volvió a gruñir y separó las piernas mientras él la acariciaba a través del pantalón.

—Ya casi hemos llegado —murmuró él.

Jane abrió los ojos y sonrió.

—Por fin, mi calle.

Chase sonrió también, y los neumáticos de la camioneta chirriaron cuando giró para entrar

en su calle y frenó de golpe. Ella abrió su puerta antes de que él hubiera apagado el motor y, cuando Chase la alcanzó, ya había abierto su casa de par en par.

Chase tuvo una vaga impresión de colores vivos y puertas de madera oscura al mirar a su alrededor, pero estaba más concentrado en buscar la puerta del dormitorio.

—¿Arriba?

Jane no respondió. Empezó a subir las escaleras mientras se quitaba el jersey. Después, se quitó la camisa y Chase vio que llevaba

un sujetador de color rosa claro. Él la imitó y empezó a desabotonarse la camisa a medida que subía tras ella.

Su dormitorio estaba perfectamente ordenado; no había ni una sola cosa fuera de lugar, hasta que Jane se quitó los zapatos. Él se desató los cordones de las botas y se descalzó mientras ella se bajaba la cremallera del pantalón vaquero.

Le gustaba aquella chica. Mucho. Ella no estaba esperando a que la sedujeran, ni a que la convencieran de nada. Deseaba

aquello tanto como él, y no iba a fingir lo contrario. Sin embargo, cuando iba a quitarse la ropa interior, Chase alzó una mano.

—Espera.

—¿Por qué?

—Porque hoy vamos a hacerlo a mi manera, y yo quiero que esperes.

Ella arqueó una ceja. Él la miró a los ojos, y se quedó inmóvil. Jane no se rindió, exactamente, pero tampoco se quitó las bragas. Bien.

Chase terminó de desnudarse, deleitándose con las miradas de Jane. Recordando cómo lo había



acariciado ella aquella primera noche, Chase pasó una mano por su elegante cuello y por sus clavículas, y midió su respuesta escuchando atentamente su respiración. A ella le gustaba que pasara el dedo pulgar por la carne suave que había justo encima de la línea del escote del sujetador. Se sobresaltó un poco cuando él se acercó demasiado al brazo, así que Chase siguió hacia arriba, alejándose de las cosquillas.

La rodeó como ella lo había rodeado a él, y presionó los labios contra su hombro y contra la base

de su cuello. Le lamió la nuca como había hecho ella, y le pasó las yemas de los dedos por la espina dorsal.

—Nunca había tocado nada tan suave, Jane. Nunca.

Extendió ambas manos por sus caderas, y ascendió hacia su cintura y sus costillas.

—Increíble —musitó, estrechando su erección contra las nalgas de Jane.

Ella tomó aire y estiró los brazos hacia atrás para agarrarlo de las caderas.

A él se le pasó por la cabeza

arrancarle la ropa interior y tomarla allí mismo, pero, hacía pocos minutos, había decidido hacer las cosas despacio. Era posible que Jane terminara con él en cualquier momento, y él nunca había probado su cuerpo.

Así que Chase le succionó el cuello y memorizó sus curvas con las manos, antes de bajarle las bragas con cuidado. Después, le quitó el sujetador y la giró hacia él.

Como siempre, la visión de su pecho le cortó la respiración. Asombroso, como todo su cuerpo.

El triángulo de vello oscuro que

cubría su sexo parecía casi negro en contraste con su piel blanca. Parecía... intacto. Y allí estaba el misterio que él había ponderado durante horas.

Chase la llevó hacia la cama y la tendió en el colchón. Se arrodilló frente a ella y le separó las piernas.

—Ah —susurró, al ver su belleza. Aquel triángulo de vello era perfecto... y no había nada más. El resto estaba depilado, desnudo, dejando vulnerables los labios carnosos y la humedad rosada—. Oh, Dios mío.

Chase enganchó las manos

detrás de las rodillas de Jane y tiró de ella hasta que estuvo al alcance de su boca. Y, entonces, la besó. Por fin. Lamió su cuerpo, lo succionó, y escuchó sus gemidos como si fueran música. Recorrió con la lengua su carne blanda hasta que ella le rogó más, y él introdujo dos dedos en su cuerpo.

—Oh, Dios, Chase —gruñó Jane—. Oh, Dios, eres perfecto...

Vaya, eso era muy agradable. Y fue incluso más agradable que Jane gritara su nombre y alzara las caderas contra su cuerpo al llegar al orgasmo. Su sabor lo inundó.

Demasiado rápido. Chase puso la mano sobre su calor hasta que los estremecimientos cesaron.

—Oh, Dios... —susurró ella—. Ha sido... ha sido maravilloso.

—Sí, increíble —convino él. Se puso de rodillas y tiró aún más de ella, hasta que estuvo a un centímetro de su miembro palpitante. La humedad de su sexo lo tentaba para que se deslizara en aquel calor.

—Chase —murmuró Jane. Él alzó la mirada y vio que ella le había clavado los ojos—. Vamos, hazme el amor.

Sí. Las manos le temblaron contra las caderas de Jane. Sus pantalones vaqueros estaban tan lejos que quiso tomarla allí mismo. Sin embargo, sabía que no podía. Fue a recoger los pantalones y sacó un preservativo del bolsillo. Rasgó el envoltorio y se lo colocó, y se hundió en ella con un solo movimiento.

Jane apretó las plantas de los pies contra el suelo, arqueó la espalda y gritó. Su sexo lo estrechó, sus músculos se tensaron ante aquella invasión. Si Jane terminaba con su aventura, él iba a empezar a

pasarse por la clase de Pilates del centro cultural. Sin embargo, las otras chicas de la clase de Pilates no iban a darle lo que necesitaba. Era Jane la que lo excitaba tanto. Jane, y su cuerpo, y su vida desconcertante, y su increíble apetito.

Él la acometió lentamente, con dureza, y observó como ella se mordía el labio y apretaba los puños. Jane arqueó aún más la espalda, y sus pechos se elevaron. Chase la observó atentamente, pensando que él era quien estaba haciendo que se le tensaran los



músculos. Era su miembro el que la estaba llenando y arrancándole aquellos gemidos. Gruñendo de placer, él aceleró el ritmo de sus movimientos.

—Chase —susurró ella, y abrió los ojos.

Dios Santo, era bellísima. Tan bella, que a él se le encogió el corazón. Y, de repente, no fueron suficientes aquellas embestidas brutales. Eso ya lo habían hecho. Quería más.

Tomó su cuerpo entre los brazos y la deslizó hacia el colchón para poder elevarse sobre ella. Así

podía besarla. Así podía tenderse sobre ella y sentir su piel. Jane lo estrechó entre sus brazos, y Chase sintió alivio.

Así, podía saborearla, inhalar su olor y sentirla mientras se hundía en su cuerpo. Estaba rodeado por Jane, empapado y absorbido por Jane, y la palabra «placer» no era suficiente para describir lo bien que se sentía.

—Jane —susurró, mordisqueándole justo debajo de la oreja—. Jane.

Ella le clavó las uñas en la espalda y le rodeó las caderas con

las piernas. Se apretó contra su miembro, y su suave gemido le dio a entender que estaba golpeándole justamente en el lugar adecuado. El sudor hizo que sus movimientos fueran fluidos y calientes. Demasiado calientes. Chase notó una presión cada vez más intensa.

Movió el cuerpo un poco más arriba, y los gemidos de Jane se convirtieron en gimoteos.

—Quiero sentir cómo te corres —le susurró él—. Vamos, Jane. Hazlo por mí.

—Ah, Dios —sollozó ella, clavándole las uñas en las nalgas.

Chase apretó los dientes y mantuvo un ritmo constante, pese a que quería acometer frenéticamente, llegar al orgasmo dentro de ella, llenarla.

—Sí —dijo, al notar que el cuerpo de Jane se contraía a su alrededor. Por favor. No iba a durar mucho más; no podía soportarlo más. Ella era demasiado cálida, demasiado ceñida, demasiado suave... y temblaba. Ya no podía más...

Estaba a punto de alcanzar el clímax. Por fin, Jane gritó y su cuerpo se puso rígido bajo el de

Chase, y él se dejó llevar con un rugido.

## Capítulo 13

Jane no lo echó.

Chase no se sentía tan seguro sobre su posición allí como para levantarse e ir a la ducha, pero se puso muy contento cuando ella se acurrucó contra él. Después de todo, era mediodía, y Jane tenía la excusa perfecta para carraspear y mencionar a Jessie, o su trabajo, o cualquier otra excusa. Sin embargo, no lo hizo.

En vez de eso, posó la mejilla en su hombro. Él notó su respiración en el pecho.

Hacia dos noches, estaba enfadado con ella, frustrado por el hecho de que Jane no compartiera nada de su vida con él a menos que se viera obligada a hacerlo. Sin embargo, aquel día lo había dejado todo a un lado, al oírla hablar de sentirse valorada y respetada como si eso fuera algo extraño e inestimable. Él nunca había conocido a nadie que respetara a Dynasty MacKenzie y, claramente, ella tampoco se había respetado a

sí misma.

Chase quería decirle que lo entendía. Él también había tenido problemas en el instituto. Sin embargo, teniendo en cuenta cómo había reaccionado Jane ante la estupidez de Jessie... seguramente, no era buena idea. Solo iba a proporcionarle una excusa más para que lo dejara. Lo mejor era dejar el pasado en el pasado.

Además, Jane también lo pensaba. Se había cambiado incluso de nombre con tal de separarse de su antigua vida.

Y él podía vivir con eso.



—Cuéntame por qué te hiciste el tatuaje —murmuró ella.

Chase se miró el remolino de tinta negra que le recorría el brazo.

—Me temo que no es una historia muy buena. Quería hacerme un tatuaje y, el día que cumplí dieciocho años, fui a hacérmelo.

—Debieron de tardar más de un día.

—Sí. Tardaron varias semanas.

Ella recorrió uno de los bordes negros con un dedo.

—Es bonito. Me alegro de que no te hicieras una chica bailando desnuda.

—No podía decidir si prefería una morena o una rubia, así que elegí un diseño tribal abstracto.

—Inteligente.

—Tal vez tú debieras hacerte un tatuaje. Parece que el mío te gusta mucho.

—Sí, claro. ¿Me imaginas a mí con un tatuaje?

En realidad, sí. Encajaría con su cuerpo exuberante, con su lencería sexy y con su apetito insaciable. Y con su pasado secreto.

Pero él no era tan tonto como para decirle eso, así que puso la

boca contra su sien y cerró los ojos. Dios, era deliciosa.

—Así que nada de tatuajes, ¿eh? ¿Y cómo te hiciste esa cicatriz de la rodilla?

—¿La cicatriz? Por una pelea en el patio del colegio, en primero. La chica me empujó. Tuvieron que darme puntos.

—Ay, pobrecita Jane.

Chase notó que ella sonreía contra su hombro justo cuando él miraba al reloj.

—Demonios —musitó, al ver la hora—. ¿Te parece bien que nos demos una ducha rápida y vayamos

a comer?

Él no se había dado cuenta de lo relajada que estaba hasta que Jane se puso rígida junto a su costado. Casi podía sentir cómo pensaba, cómo sopesaba las ventajas e inconvenientes de ir a comer con él.

—Estás pensando demasiado otra vez, Jane.

Ella negó con la cabeza.

¿Por qué no podía disfrutar de aquello? ¿Por qué no podía darle una oportunidad?

—Es solo la comida.

—No —susurró ella—. No es

solo la comida.

—Bueno, pues es más que la comida. ¿Y qué tiene de malo?

Ella se incorporó y se inclinó hacia su cómoda. Abrió un cajón.

Chase intentó dominar su ira mientras la veía ponerse una camiseta. Hacía un par de minutos se había sentido comprensivo. Ella había pasado por muchas cosas en la vida. Pero, demonios, él había perdido a su madre. Su padre era alcohólico. Él también había cometido errores. Su niñez también había sido difícil, y él no tenía miedo de intentarlo.

Gruñó:

—Soy una persona, Jane. ¿Lo entiendes? Una persona de verdad.

—Claro. Yo...

—Paso tiempo contigo, me acuesto contigo, y me gustas.

Cuando ella se puso en pie, él cerró los ojos para no ver su trasero desnudo.

—Lo sé. Lo siento. A mí también me gustas, y lo sabes. Pero...

Chase se atrevió a abrir los ojos, y ella ya se había puesto unos pantalones.

—Pero ¿qué?

—No quiero tener esta conversación.

—Pero yo sí —insistió él—. Quiero salir a comer contigo. Quiero hablar contigo. Quiero pensar, aunque solo sea durante una hora, que soy algo más que un revolcón fácil para ti.

—Chase...

—¿Lo soy?

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—¡Porque no soy solo un revolcón fácil!

—Desde el primer día te he dejado bien claro que...

—Por el amor de Dios, Jane, los dos sabemos lo que quieres tú. Ahora estoy hablando de lo que quiero yo. Entiendo que no te preocupe mucho, pero lo mínimo que podías hacer es fingir que me escuchas.

Ella apretó los labios.

—Me estás pidiendo exactamente lo que te dije que no me pidieras.

—Muy bien —dijo él, apartando las sábanas de golpe. Pasó por delante de Jane para ir en busca de sus pantalones—. Tuviste una mala infancia. Estás



traumatizada y no consigues superarlo, y no quieres cambiar. Una relación con un tipo como yo es tu peor pesadilla. Lo entiendo.

—¿Por qué estás tan enfadado?  
—le gritó ella—. Tú estuviste de acuerdo en esto.

Chase se detuvo en seco mientras se ponía las botas. Jane tenía razón. ¿Por qué estaba tan enfadado? Se pasó una mano por el pelo, soltó unas cuantas maldiciones y cabeceó.

—Lo siento —dijo, mientras se ataba las lazadas de las botas. Respiró profundamente, y añadió

—: Algunas veces me parece que esto significa algo más para ti. Y para mí, obviamente. Pero estoy confundido.

Por el rabillo del ojo, vio a Jane alzar una mano hacia él y, después, bajarla lentamente.

—Chase...

—Hasta luego, Jane —murmuró él.

Jane no intentó detenerlo cuando salió de la habitación. No lo acompañó por las escaleras, ni le abrió la puerta, ni le dijo adiós. Y él ni siquiera podía enfadarse, porque ella se lo había advertido.

Aunque sabía muy bien que estaba haciendo una promesa que no iba a poder cumplir, se juró que todo había terminado y cerró de un portazo al salir.

Con el teléfono en la oreja, Jane miró a su alrededor por el aparcamiento del avalista de la fianza, con la esperanza de ver la melena larga y rubia de su madre. Le dolía el estómago de consternación por la pelea que había tenido con Chase aquella tarde y, ahora, tenía que enfrentarse

a aquello.

—Abuela, ¿estás segura? Llevo aquí más de cinco minutos, y no la veo.

—Me dijo claramente lo que iba a hacer.

—¿Y lo sabe Mac?

—Todavía no. Y yo no voy a ser la que se lo diga.

Mientras la abuela Olive mostraba su desdén a través del teléfono, Jane vio acercarse el coche de su madre.

—Mamá ya está aquí, abuela. Tengo que dejarte.

Cuando su madre bajó del

coche y la vio, abrió mucho los ojos, pero solo vaciló un momento antes de dejarla atrás.

—Mamá —le dijo Jane—, no puedes hacer esto.

Su madre siguió caminando firmemente por el aparcamiento, con cara de determinación. Un momento muy inoportuno para empezar a tener carácter.

—Mac se va a enfadar mucho.

—Jessie también es hijo mío, y no voy a permitir que se pudra en la cárcel solo porque su padre esté enfadado.

—Mamá, piénsalo bien. ¿Dónde

se va a quedar Jessie?

La abuela Olive ha dicho que puede vivir en su casa una temporada.

—¿Y si se escapa? ¡Vas a perder treinta mil dólares!

—Ya solo son diez mil. Eso no es nada. Y no se va a escapar. No le haría eso a su familia.

—¡Llevó objetos robados a tu casa!

Su madre se zafó de la mano de Jane y abrió la puerta.

—Además —prosiguió Jane—, no puedes poner la casa como aval. Sabes que Mac también tendría que

firmar.

—Sí, ya lo sé. Tal vez creas que soy tonta perdida, pero sé algunas cosas. Voy a dar el coche como garantía. Está a mi nombre, y sirve para cubrir la cantidad. ¿Por qué quieres convencerme de que deje a Jessie en la cárcel?

—El juez ha admitido el requerimiento de pruebas a la fiscalía. Dale tiempo a la abogada para que examine esas pruebas. Seguramente, exculparán a Jessie dentro de unos días.

—Lo que pasa es que quieres que siga en la cárcel para que no te

dé problemas ni te avergüence. ¡No quieres que salga de la cárcel para que no interfiera en tu preciosa vida!

Jane se enfureció.

—Claro, que Jessie esté en la cárcel ha sido un gran alivio. Y todas las idas y venidas del juzgado y de la cárcel en horas de visita han sido maravillosas para mi reputación. Por no mencionar el hecho de haberme podido deshacer de todos esos ahorros que tanto me molestaban. ¡Maravilloso! Mamá, Jessie tiene veintiún años y se comporta como si fuera un niño. ¡Y



tú vas corriendo a protegerlo, una vez más!

—¡Soy su madre! —gritó ella, con la máscara de ojos emborronada por las lágrimas—. ¡Mi deber es protegerlo!

A Jane le quemaron en la garganta todas las cosas que quería decirle. Cosas crueles que había estado acumulando durante años.

«Lo hizo lo mejor que sabía», se dijo a sí misma. «No sabía hacerlo de otro modo». Pero tenía que haber sabido. Debería haber sabido que no se puede llevar a una niña pequeña a las horas de visita

de las cárceles todos los meses de su vida. No se puede presentarle a un padre nuevo cada año, y menos cuando esos padres son hombres grandes y temibles, con la mirada llena de frialdad y las manos llenas de cicatrices. Debería haber sabido que vivir siempre en parques de caravanas era ya más que suficiente, sin tener que añadirle el estigma de frecuentar las cárceles por gusto. Y que los padres de los demás niños no iban a dejar que fueran al cumpleaños de la hijastra de un condenado por asesinato, por muchas invitaciones que se

enviaran.

Sin embargo, no serviría de nada decirle todo eso a su madre. Jane era una mujer adulta, y tenía que liberarse de aquel resentimiento infantil. Y, aunque pensara que sacar a Jessie de la cárcel bajo fianza era un gran error, las motivaciones de su madre eran puras.

—Está bien —dijo, con esfuerzo—. Haz lo que tengas que hacer. Llámame si tienes algún problema. Aunque mi vida sea tan preciosa, yo también estoy haciendo lo que puedo por ayudar a

Jessie.

Se alejó apresuradamente, con el estómago encogido. Su madre pensaba que era una egoísta. Chase también. Porque lo era. Era egoísta. Estaba empeñada en conseguir todo lo que quería: éxito, respetabilidad, seguridad.

Su madre había tenido siempre las aspiraciones más bajas que uno pudiera tener. Se había enorgullecido de ganarse el afecto de criminales solitarios que estaban encerrados en celdas de barrotes. Hombres que no habían visto a una mujer en décadas. Esa era su idea

del éxito. No había querido nada para sí misma, ni siquiera un hombre a quien pudiera acariciar.

Ellas dos no tenían nada en común, así que... ¿por qué tenía tanto miedo de convertirse en su madre?

Jane se detuvo junto a su coche, sin saber adónde ir. Algo la estaba recomiendo por dentro. La ira, las palabras y el pesar. Ojalá pudiera ver otra explosión, algo que le sacara todos aquellos sentimientos del alma, como si estuviera desinfectándola.

Si Chase no estuviera enfadado

con ella, le llamaría y le propondría que se dieran un revolcón rápido.

Fatal.

Sacó su teléfono móvil y recorrió la lista de contactos con la mirada. Casi todos estaban archivados en *Trabajo*. Encontró el número que buscaba y llamó, con la esperanza de no estar cometiendo un error.

Lori Love abrió un par de botellas de cerveza y le entregó una a Jane.

—Vamos a sentarnos al salón.

Jane agarró torpemente la botella. Solo eran las cuatro y media. ¿No era demasiado pronto para tomar cerveza en la sociedad respetable? Siguió a Lori hasta el agradable salón de su casa.

—Es muy bonito.

Lori se quedó sorprendida al ver que ella miraba con admiración las paredes color amarillo claro y las cortinas blancas que se hinchaban con la brisa de la primavera.

—¡Gracias! —exclamó.

Después, se fijó en que Jane estaba agarrando con rigidez el cuello de

la botella—. ¿Quieres un vaso?

—Eh... —murmuró Jane.

¿Quería un vaso? Hacía muchos años que no tomaba cerveza directamente de la botella—. No, no, así está bien. Gracias.

—Bueno, ¿y qué tal te va? ¿Ha pasado algo para que vengas a visitarme?

Jane miró a Lori y, al ver su expresión comprensiva, no supo qué decir. Había ido allí para hablar con su amiga, pero, en aquel momento...

—¿Estás contenta con tu viaje?

—¡Estoy deseando que llegue el



momento!

—Verdaderamente, has  
cambiado tu vida, ¿eh?

—Sí.

A Jane se le llenó la garganta de preguntas. «¿Cómo lo has hecho? ¿Te sientes distinta por dentro, o igual? ¿Tuviste que darle la espalda a tu pasado? ¿Tienes que fingir todos los días?». Pero, si formulaba todas aquellas preguntas, tendría que explicarse, ¿no? Tendría que decirle a Lori que Jane Morgan no era real.

Lori ladeó la cabeza.

—¿Jane? ¿Qué te pasa?

—Yo...

Había guardado aquel secreto durante demasiado tiempo. No podía hacerlo. Era mejor contar una verdad más pequeña.

—Estoy saliendo con alguien poco adecuado.

—¿El chico grande?

—Sí.

—¿El que tiene tatuajes en el cuello?

—Sí. Se llama Chase.

Lori asintió.

—Quinn me habló de él. De mala gana, admitió que Chase parecía un tipo agradable antes de

empezar a maltratarte.

—¡No me está maltratando!

Lori sonrió con ganas.

—Lo siento, no he podido resistirme. Quinn estaba muy disgustado porque su pequeña y dulce Jane hubiera empezado a salir con un hombre grande que daba miedo. ¿Puedo conocer a ese hombre misterioso?

—No. No tenemos una relación tan seria como para eso. De hecho, creo que se ha terminado. Él es... No tenemos nada en común.

—Bueno, míranos a Quinn y a mí. Yo era mecánica, y ahora soy

una recién salida de la universidad, con treinta años, y salgo con un arquitecto muy prestigioso. No tenemos nada en común, no estamos en el mismo momento de nuestras vidas, pero ya no puedo imaginarme la vida sin él.

Lori se miró las manos.

—Vosotros dos estáis muy bien juntos. Hacéis una pareja increíble. Tú le haces feliz.

—¿Y este tal Chase no te hace feliz a ti?

Jane hizo un gesto negativo.

—No puede. Me siento bien cuando estoy con él. Tiene muy

buen carácter. Pero yo tengo planes que no incluyen a nadie como él.

—¡Jane! —exclamó Lori, riéndose—. ¡Eso es horrible! ¿«Alguien como él»?

Jane se ruborizó. Notó que le ardían las mejillas.

—Tú no lo entiendes. Algún día, quiero casarme y tener hijos, y no puedo tener hijos con un hombre así.

—¿Un hombre cómo?

Jane se sentía horriblemente mal. Sabía que no tenía razón. Chase era un hombre bueno y, seguramente, sería un buen padre.

Lógicamente, ella lo sabía, pero en lo más profundo de su corazón, la idea de estar con alguien como Chase la aterrorizaba. Y, ahora que sabía que era propietario de una empresa, ya no tenía aquella objeción. Sus esquemas eran superficiales y detestables.

Jane asintió e irguió los hombros.

—Cuando era pequeña, algunas veces, los padres de los otros niños venían al colegio, a recogerlos, o porque era el día de las profesiones en el colegio, o el día de la comida con los padres. Y aquellos hombres

con traje y corbata... parecían los padres que yo veía en la televisión. Eran como superhéroes. Siempre sonreían, y eran amables con los otros niños. Eran listos, limpios y perfectos. Yo sabía que, si uno de aquellos padres fuera el mío, nunca podría ocurrirme nada malo.

—Pero, Jane —dijo Lori, lentamente—, sabes que eso no es verdad.

—Sí, ahora sí, pero... no quiero que mis hijos piensen nunca: «Ojalá mi padre fuera como ese hombre. Ojalá fuera mi padre».

Lori se quedó muy confusa.

—¿Cómo era tu padre, Jane?

Ella negó con la cabeza. ¿Cómo se suponía que debía contestar a esa pregunta? ¿Iba a decirle la verdad? «Mi padre era un preso que tenía una condena de veinte años por atracar un banco. No llegué a conocerlo, pero me escribía todas las semanas desde la cárcel, hasta que cumplí doce años. Entonces, desapareció». ¿O debería hablarle de Mac, que era el único padre al que había conocido? «Mi padrastro fue a la cárcel por matar a una anciana. Él no la mató, pero, de todos modos, todo el mundo le



tenía miedo. Además, robó en una tienda de licores cuando era joven».

Jane no sabía qué decir, así que agitó la cabeza.

Lori también cabeceó.

—Mi padre era mecánico —dijo—. Cuando venía a recogerme al colegio, llevaba un mono sucio de grasa, y siempre tenía las uñas llenas de suciedad. Siempre. Y yo nunca, nunca jamás, deseé que mi padre fuera otra persona, fuera cual fuera su aspecto.

—Yo sí —susurró Jane. Se le llenaron los ojos de lágrimas y, con

desesperación, tomó un trago de cerveza.

—Entonces, tu padre no era un buen padre por otros motivos.

Oh, Dios, aquello sí que era un eufemismo.

—Ya lo sé. Sé que es irracional y ridículo. Y ahora, sé que soy horrible por pensar así, pero es que...

Lori la tomó de la mano.

—¿Qué?

—Que estoy aterrorizada.

—Sí, comprendo que estés asustada, pero es algo que tienes que superar, Jane, no que asumir.

—Ya he superado muchas cosas. Ahora tengo serenidad. Estoy demasiado cansada de superar cosas. Solo quiero un marido agradable y normal, y una familia agradable y normal. Me parece que no es pedir demasiado.

—Sí, lo entiendo —dijo Lori, suavemente—. Después de lo que yo tuve que afrontar el año pasado... Pero a ti te pasa algo más, ¿no? ¿No quieres hablar de ello?

—No —respondió Jane, rápidamente—. No quiero, lo siento. No tiene nada que ver

contigo. Solo quiero dejar todo eso atrás, no quiero que sea un lastre para mí durante toda la vida.

—Bueno, pero sabes que te va a seguir de todas formas, ¿no?

—No me va a seguir, si puedo evitarlo —murmuró Jane.

—Entonces, ¿qué vas a hacer con respecto a Chase?

¿Qué iba a hacer con respecto a Chase?

—No lo sé. En este momento, está enfadado conmigo, así que tal vez no tenga que hacer nada. Tal vez las cosas acaben sin forzarlas.

—Cobarde —dijo Lori, con una

sonrisa.

Jane alzó su cerveza en un brindis, y se bebió la mitad de un trago. Tal vez fuera una cobarde, pero su secreto seguía a salvo, y estaba dispuesta a huir de cualquiera con tal de que las cosas siguieran así.

## Capítulo 14

La puerta del apartamento de la abuela Olive se abrió de par en par, y Jane se encontró de frente con Jessie. Su hermano tenía cara de acabar de despertarse.

—¡Jess! —exclamó, y se sorprendió de sentir tanto alivio al no verlo a través de la pantalla de plexiglás de la cárcel.

—Hola, hermana —dijo él, y correspondió a su abrazo.

—Tienes buen aspecto —dijo Jane. Y era cierto. Solo llevaba libre treinta y seis horas, pero ya había perdido la palidez y la expresión de ansiedad.

—Te he echado de menos —le dijo Jessie, con franqueza. Jane no sabía si se refería a la cárcel, o al hecho de que llevaran sin verse casi seis meses antes de que lo detuvieran.

—¡Jessie! —gritó la abuela, desde el salón—. ¿Es Dynasty?

—¡Sí, abuela! —gritó él, mientras le hacía un gesto a Jane para que entrara. Entonces, susurró

—: ¿Puedo quedarme en tu casa?

—¿En mi casa? ¿Por qué?

—No me gusta estar aquí. La abuela no se pone pijama para dormir.

—Bueno, caramba, pero no te obliga a que duermas con ella, ¿no?

—No, me obliga a dormir en el sofá, lo cual estaría bien si no se levantara a comer algo todas las noches a las dos de la mañana.

La abuela Olive apareció en persona, y completamente vestida, por suerte.

—¿Otra vez te estás quejando del traje que llevaba el día que



nací, chico?

—Abuela —gimoteó Jessie.

—Si no te aireas, acabas teniendo mohó. Todo el mundo lo sabe.

—Oh, por el amor de Dios —murmuró Jane—. Ponte una bata, mujer.

—¡Esta es mi casa! —le espetó la abuela Olive—. Si te preocupa tanto la inocencia de tu hermano, llévatelo a tu casa.

Jane apretó los dientes. Sabía perfectamente lo que se avecinaba.

—Oh, pero tú no estás dispuesta a hacer eso, ¿no? No

quieres a un sucio ladronzuelo viviendo bajo tu techo. Eres demasiado fina para eso, ¿verdad? Bueno, supongo que es mejor que seas fina a que seas como antes.

—Jessie —dijo Jane—, ¿estás ya listo para que nos vayamos?

Ambos salieron corriendo hacia la puerta, mientras la abuela Olive les gritaba que compraran mantequilla de cacahuete y leche cuando volvieran a casa.

—Por favor, ¿puedo quedarme en tu casa? —le imploró Jessie a su hermana. Sin embargo, ella cabeceó.

—No. No quiero que Mac se enfade también conmigo. Tenía razón en dejarte ahí metido, para que tuvieras tiempo de reflexionar sobre lo que has hecho.

—Ya estoy reflexionando —murmuró Jessie.

—Te voy a comprar un antifaz para dormir, no te preocupes.

Que durmiera en el sofá de la abuela Olive durante una temporada, para que supiera apreciar cuánto trabajo y esfuerzo costaba tener una casa propia. Él tenía una habitación en el sótano de Mac. En esa situación, nunca había

sentido la necesidad de ponerse a trabajar para poder independizarse. Sin embargo, a partir de aquel momento, entre la posibilidad de ir a la cárcel o de tener que convivir con la desnudez de la abuela Olive, tal vez lo pensara mejor.

Jessie puso una emisora de música rock en la radio del coche. Ella quería preguntarle cuáles eran sus planes, qué iba a hacer con su vida, pero esa conversación podía esperar hasta que supieran cuánto tiempo de cárcel iban a pedir para él. En aquel momento, sería una crueldad pedirle que lo pensara.

—Yo no estaba a favor de que mamá pagara la fianza, pero me alegro de verte, de todos modos.

—Gracias —dijo él, con algo de sarcasmo. Después de unos momentos de silencio, Jessie carraspeó—. Siento haberte estropeado el cumpleaños.

—No pasa nada.

Siguieron en silencio durante todo el trayecto hasta el despacho de la abogada. Los Foo Fighters fueron sus acompañantes.

La recepcionista los acompañó a una sala de reuniones, y a Jane le dio un vuelco el corazón al ver allí

a Peter Chase.

No por él, puesto que tenía un magnífico aspecto, sino porque era el único que estaba sentado a la mesa.

Jane llevaba varios días sin saber nada de Chase, y le parecía una eternidad.

—Jessie, te presento al señor Peter Chase, nuestro detective.

—Encantado de conocerlo, señor Chase —dijo Jessie, y dejó a Jane impresionada con su aplomo.

El padre de Chase se levantó para estrecharle la mano, y Jane se dio cuenta de que, verdaderamente,

su aspecto era estupendo. Tenía muy buen color en las mejillas, y sus movimientos tenían una desenvoltura y una fuerza de la que antes carecían. Tal vez Chase se hubiera equivocado con él. Tal vez estuviera en el buen camino de verdad.

La abogada entró en la sala, y todos se sentaron para estudiar los informes que había entregado la policía el día anterior. El señor Chase y la abogada ya habían leído todo, porque cada uno de ellos tenía una lista de preguntas.

—Escucha —dijo el señor

Chase—, conseguí acorralar a uno de tus amigos, Jessie. No quería hablar con la policía, pero, cuando supo que yo trabajaba para ti, se prestó a contestar algunas preguntas. Y, también, después de que le ofreciera un billete de cien dólares. Este chico me dijo que tu colega Tiny trafica con marihuana y con pastillas. ¿Es verdad?

Jessie se movió con incomodidad en la silla.

El señor Chase lo miró con dureza, y se volvió hacia la abogada.

—La chica que tuvo la



sobredosis se llama Rose, pero el informador me dijo que se ha recuperado. Tomó unas cuantas pastillas y las mezcló con demasiadas copas, y sus amigos tuvieron que llevarla al hospital para que le hicieran un lavado de estómago.

Jane tomó aire.

—¿No murió?

—No. Él no sabía cuál era su apellido. ¿Jessie? —dijo el señor Chase, mirándolo de reojo—. ¿Cómo se apellida?

—No la conozco —murmuró Jessie.

—Bueno, parece que no tiene nada que ver con esta tal Rose, pero quería llegar hasta el final de este cabo suelto.

Entonces, se concentraron en el expediente de Michelle Brown. Durante su examen, no encontraron nada sorprendente. Jessie admitió que le había robado el bolso, y que había intentado utilizar una de sus tarjetas de crédito para comprar cervezas en las cajas de autoservicio del supermercado. No recordaba cuánto dinero en efectivo había en el bolso, pero estaba seguro de que era menos de los

doscientos dólares que ella había hecho constar en la denuncia de la policía.

—¿Y después? —preguntó la señora Holloway—. ¿Cuándo volviste a verla?

—¡Nunca!

—¿Estás seguro? Tal vez ligaras con ella en otra ocasión, sin darte cuenta de quién era.

—No es posible. No soy tan idiota como para no acordarme de los nombres de las chicas con las que me enrollo. La única Michelle con la que me he acostado en mi vida era una chica del instituto, y no

era ella.

Le preguntaron dónde había estado la noche en que mataron a Michelle Brown, pero su respuesta no fue exactamente tranquilizadora: «Seguramente, colocándome en casa de Tiny». Aquella no era la coartada sólida y verosímil que querría escuchar un jurado.

—Bueno, vamos a hablar de Kelly Anderson. Ella dijo que le robaron la mochila en The Black Box el tres de enero. ¿Te acuerdas de eso?

—¿En The Black Box? No, eso no es posible.

La señora Holloway se inclinó hacia delante.

—¿Por qué dices eso?

—Porque llevo sin ir a The Black Box más de tres años. Solo ponen grupos de música *emo* y folk, y es una mierda. Ni hablar.

—Bueno, entonces tal vez es que ella estuviera en Ryders, y no quiere que se enteren sus padres.

Jessie se encogió de hombros.

—Yo nunca he robado ninguna mochila, de todos modos.

El señor Chase pasó algunas páginas.

—No encontraron ningún objeto

personal de la señorita Anderson en el coche ni en la habitación de Jessie.

—Ya lo he dicho —afirmó Jessie.

A la abogada le brillaron los ojos.

—Entonces, no hay ninguna relación entre Jessie y Kelly Anderson, y nada que relacione a Jessie con el asesinato de Michelle Brown, salvo el hecho de que él robara su bolso dos semanas antes de que ella muriera.

—¿Nada más? —preguntó Jane.

—Nada más. Ese es el motivo

por el que el juez accedió a reducir la fianza de Jessie de treinta mil dólares a diez mil.

—Genial, tía —dijo Jessie.

—Jessie —le espetó Jane, con seriedad—. Esto sigue siendo muy grave. Tal vez se te haya olvidado, pero pueden pedir seis años de cárcel para ti.

Jessie puso los ojos en blanco.

—Sí, Jane. Soy yo el que está en la cuerda floja. No se me ha olvidado en absoluto.

La abogada alzó una mano de un modo conciliador.

—Jessie, no quiero que hagas

nada mientras estés en libertad bajo fianza. Nada de nada. Quédate en casa. No consumas ninguna droga. No bebas. No fumes marihuana. No salgas con mujeres. Y, por supuesto, no vayas a bares ni discotecas.

—Joder... —murmuró él, pero, rápidamente, añadió—: Está bien.

—Esto de lo que hemos hablado es realmente bueno —le dijo la abogada—. Siempre y cuando te comportes como es debido, estaremos en una posición de fuerza. No lo eches todo a perder.

—No, no lo haré —dijo él, con



una expresión de sinceridad.

Entonces, hizo ademán de ponerse en pie, pero la señora Holloway le puso una mano en el brazo.

—Si nos disculpan, necesito hablar con mi cliente un momento sobre algunas cuestiones del procedimiento.

Jane asintió y salió de la habitación sonriendo al señor Chase, que estaba sujetándole la puerta y le hizo una caballerosa reverencia. Se dio cuenta de dónde había sacado Chase todo su encanto. Y, de repente, pensó en lo

triste que era todo. El señor Chase era amable, encantador y listo, y Chase sabía exactamente lo que se estaba perdiendo cuando su padre estaba borracho.

—Creo que tiene razón con respecto a su hermano, señorita Morgan. Me parece que no mató a esas chicas.

A Jane se le encogió el corazón. El hecho de que alguien que no fuera de su familia dijera eso de su hermano melenudo y gandul...

—Muchas gracias, señor Chase. Le tocó el brazo brevemente, y se dio la vuelta para salir a la

recepción. Sin embargo, titubeó al ver, a través del cristal de la puerta, que alguien se acercaba. Era Chase, que caminaba con la cabeza inclinada, mirando su teléfono móvil.

Cuando alzó la vista, sus miradas se encontraron, y él sonrió. Sonrió. Chase ya no estaba enfadado. A ella casi se le paró el corazón, antes de que se le acelerara el pulso. Aquello solo era una aventura; ella misma se lo había echado en cara a él muchas veces. Entonces, ¿por qué se sentía tan aliviada por el hecho de que

Chase no estuviera enfadado con ella?

No podía pensar en eso en aquel momento, porque estaba demasiado ocupada en sonreírle mientras él se acercaba a la puerta.

—Hola, señorita Jane —dijo Chase, al entrar.

Jane notó un cosquilleo en el estómago al oír su voz.

—Hola, Chase.

—¿Papá? ¿Ya has terminado? ¿Podemos irnos?

Claro. Su padre no debía de tener carné de conducir. Chase no había ido allí por ella, pero, por lo

menos, parecía que estaba contento de verla. ¿No?

—... un par de minutos más — estaba diciendo su padre—. Quiero hablar con la señora Holloway antes de que nos vayamos — añadió. Se sentó en una de las sillas de la recepción y se puso a hojear sus carpetas.

Chase asintió y se giró hacia ella, con las manos en los bolsillos.

—¿Cómo estás? —le preguntó, suavemente.

—Bien. Jessie ha salido de la cárcel. Se está quedando en casa de la abuela Olive.

—¿Y cómo va eso?

—No preguntes —dijo ella, sonriendo—. ¿Y tú, qué tal estás?

—Bien —respondió él, y se balanceó un poco sobre los talones. Jane tuvo ganas de acariciarlo—. Bastante ocupado.

—Lo siento —susurró ella.

Chase la miró a los ojos, y su expresión se suavizó al instante.

—Me... me confundes.

—Lo siento —repitió ella. ¿Qué más podía decir? También se confundía a sí misma.

—No pasa nada, Jane —dijo él. Su tono de voz era tan...

comprensivo, que Jane no supo interpretar sus palabras. Podía ser comprensivo porque había acabado con ella y lo había asimilado. O podía ser comprensivo porque ella le importaba.

Después de saber que él era dueño de su empresa, que su profesión era seria, había tenido que admitir que la única objeción que tenía contra Chase era frívola. Sus tatuajes y sus botas, y su camioneta abollada le recordaban su pasado. Y su padre alcohólico, que vivía en un camping para caravanas, estaba muy cerca de sus

propias vergüenzas. No estaba orgullosa de sus prejuicios, pero tampoco le importaba aceptarlos.

No quería salir con Chase por su familia y por su aspecto. Pero, al verlo en aquel momento, todas aquellas preocupaciones se desvanecieron. Era listo, trabajador y bueno. Lo echaba de menos. ¿Acaso no podía, al menos, intentarlo?

—Mañana es martes —dijo, con la esperanza de que aquello fuera un impulso para él.

—Sí, es verdad.

Quería que Chase le pidiera



otra cita. Quería verlo, pero no podía admitirlo, porque le había dejado bien claro que no iba en serio con él. Oh, Dios, se había puesto a sí misma en una situación insostenible que no podía dejar. Así era como había caído el imperio visigodo. Por lo menos, según el último libro que habían elegido en el club de lectura.

Chase la miró con los ojos entrecerrados.

Ella se aclaró la garganta, mientras él sacaba las manos de los bolsillos y se cruzaba de brazos.

—Jane —dijo—, ¿te gustaría

venir a cenar conmigo mañana por la noche?

Ella esperaba que le propusiera pasar la noche en su casa, pero sabía que era una esperanza vana. ¿Podría hacerlo? ¿Podría salir con él de verdad, en una cita importante? Porque, sin duda, eso era lo que él quería decir.

—De acuerdo —susurró ella.

—¿De acuerdo? —repitió él. Alzó la cabeza y la miró fijamente —. Bien. Entonces, vamos a ir a un sitio bonito. ¿Te parece bien Miso, o Antony's?

Jane miró al suelo, tomó aire y

apretó suavemente las manos.

—Cualquiera de los dos sitios es estupendo.

—¿De verdad? —preguntó él, con una carcajada de incredulidad —. Muy bien. Entonces, te recojo a las siete.

—A las siete —dijo ella, asintiendo. Se le había acelerado el pulso. Iba a hacerlo.

Y, como si el mundo hubiera estado esperando a que aquella cita quedara resuelta, en aquel preciso instante se abrió la puerta de la sala de reuniones y Jessie salió con su abogada. Tenía una expresión seria,

no de apatía. Tal vez estuviera madurando de verdad.

Peter Chase se puso en pie e inclinó la cabeza hacia la abogada.

—Bueno, Billy —le dijo a Chase—. Voy a tardar solo un minuto.

¿Billy? Jane lo miró.

—¿Billy? —le preguntó, sonriendo—. ¿Es tu nombre?

Estaba empezando a reírse, cuando se dio cuenta de que él apretaba los labios.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jane, pensando que debía de odiar su nombre.

Sin embargo, Chase no respondió, y el nombre completo se formó en su mente.

Billy. Bill. William. Eso quería decir la uve doble de su tarjeta de visita.

Chase la observó con una gravedad que la asustó.

—Billy —repitió Jane—. Billy Chase.

Y, finalmente, lo entendió todo. Billy Chase.

—Oh, Dios mío —murmuró.

—Jane —dijo él, tendiéndole la mano.

Ella se apartó para que no

pudiera tocarla.

—Oh, Dios mío.

—No es para tanto.

¿Que no era para tanto? Jane se giró rápidamente hacia la puerta.

—Eh —dijo Jessie—. ¿Adónde vas?

Sin embargo, ella supo que los pasos que la seguían eran los de Chase.

Jane entró en el ascensor, pero, cuando iba a apretar el botón, él la alcanzó y la tomó del codo.

—No puedo... —jadeó ella.

—Jane, no huyas.

—Me conocías —dijo ella.

—Vamos a hablar a algún sitio en privado.

—No.

—Jane, vamos.

—Me conocías. Oh, Dios mío.

Billy Chase. Jane tuvo un vago recuerdo, que surgió del fondo de su memoria, de un chico muy mono que siempre tenía una Coca-cola en la mano. En todas las fiestas en las que lo había visto, siempre estaba bebiendo Coca-cola. En una de aquellas fiestas, una vez, se había sentado en su regazo y le había succionado el cuello bronceado, deleitándose al notar que se

excitaba más y más a cada segundo que pasaba.

Jane abrió mucho los ojos cuando se le pasó una idea por la cabeza.

—Por eso me pediste que saliéramos juntos.

—¿Qué?

—Sabías quién era. Por eso me lo pediste.

—Eso es absurdo.

—Porque sabías que sería una chica fácil.

—¡No! —Ladró él—. Eso no es verdad. Por favor, cálmate y escúchame.



La puerta del despacho se abrió detrás de Chase, y Jessie salió a su encuentro.

—Tía —dijo, al ver a Jane—, creía que te habías marchado sin mí.

—Vamos —le dijo ella, señalando el ascensor.

Por desgracia, Chase también entró a la cabina, y bajaron hasta el piso bajo en silencio.

Jane recordó cómo era ella en aquella época: llevaba el pelo decolorado, blanco, y una gruesa raya de kohl en los ojos. Se ponía faldas muy cortas y tops que

dejaban a la vista su estómago. Sin embargo, su aspecto era lo menos importante de todo. Estaba desesperada por llamar la atención masculina, y aquella desesperación no se había manifestado con sutileza, precisamente. Ella se había sentado en el regazo de Chase y se había echado a reír al sentir su erección.

¿Qué otras cosas la había visto hacer?

Salieron del ascensor y llegaron al aparcamiento a los pocos segundos.

—Jane, espera un minuto,

demonios.

—Tengo que llevar a Jessie a casa.

—Jessie —le dijo Chase—, entra en el coche. Necesito hablar con tu hermana.

Jane apretó la mandíbula y vio alejarse al traidor de su hermano.

—No sabía quién eras cuando te conocí. Me pareciste mona. Por eso te pedí que saliéramos.

—¿Cuándo lo supiste? ¿En Ryders?

—No. Me di cuenta cuando tu abuela te llamó «Dynasty».

Ella asintió y se cruzó de

brazos con fuerza.

—Sí, claro.

—Me quedé alucinado. No tenía ni idea. Ni siquiera me lo había imaginado cuando Mac dijo que era tu padrastro. Pero no importa.

—Por supuesto que sí importa. Yo no... Nadie lo sabe.

—Yo lo sé, y a mí no me importa.

Ella se clavó las uñas en los codos.

—¡A mí sí! Se supone que esa chica ha muerto. Ya no existe. Ni siquiera sé lo que... ¿Me acosté

contigo?

—¿Qué dices?

—Que si me acosté contigo entonces.

—¡No!

—Porque puede que no me acuerde. A algunos hombres ni siquiera los recuerdo.

—Jane... —dijo él, con la voz ronca—. No eras más que una niña.

Ella notó que se le formaba un nudo doloroso en el estómago.

—Dijiste que te habías criado en Grand Junction.

—Es cierto. Nos vinimos a vivir a esta zona cuando yo tenía

dieciséis años.

—Oh, Dios —gruñó ella—. Tengo que irme. No quiero hablar de esto.

Él dijo su nombre una vez más, pero Jane ya se estaba yendo hacia el coche con la mano metida en el bolso, rebuscando las llaves frenéticamente. Jessie, que estaba apoyado en el capó, la miró con curiosidad.

—¿Qué pasa con ese tío? —le preguntó.

—Nada. Entra.

—Dios, te ha cabreado mucho.

—Cállate, Jess —dijo ella.

No sabía por qué tenía ganas de vomitar. Todas las cosas que había hecho de adolescente, todas las formas en las que se había degradado a sí misma... Había sucedido, sí, pero antes era como si se tratara de una película antigua. Sin embargo, ahora sus recuerdos le parecían recuerdos otra vez, y muy vívidos. Le decían exactamente quién era.

—Dios —repitió Jane, en un susurro, y se obligó a respirar profundamente.

Chase sabía la verdad sobre ella, sí, pero tal vez no fuera tan

grave. Él no tenía ningún motivo para contárselo a nadie, y ella no estaba atada a él.

Había mantenido una relación superficial con él. Lo había mantenido a distancia. Su plan había sido, desde el principio, utilizarlo para el sexo y después apartarse de él. Pese a los consejos de Lori, Jane pensó que tenía que seguir con ese plan.

Aquella cosa que tenía con Chase había terminado oficialmente.



## Capítulo 15

Estaba nevando. El veinte de mayo, y nevando. Jane miró los copos que caían del cielo al otro lado de la ventana. La nieve fue como una orden para que se relajara y pasara la noche perfecta allí, en su casa. Ya había pedido la pizza, y había comprado una película que iba a empezar dentro de dos minutos.

Aquella noche, el mundo no existía para ella. Su casa estaba

envuelta en el silencio a causa de la nevada, que era como una manta que la protegía de la locura de su vida.

Se sentó en el sofá, pero, casi al instante, alguien llamó a la puerta. El repartidor de pizza. Una cosa agradable de vivir sola era que podía elegir los ingredientes de la pizza que más le apetecieran. Salchicha, champiñones, jalapeños y aceitunas verdes. Iba a sobrar mucho, así que tal vez no tuviera que salir de casa durante varios días.

Jane tomó el monedero y abrió

la puerta con una sonrisa. Sin embargo, se quedó petrificada al ver quién había llamado. Parecía que aquella nevada no era tan buena protección como había pensado. El mundo estaba allí mismo.

—Hola —dijo Chase, y observó su jersey y las mallas que utilizaba para estar cómoda en casa.

Ella también lo recorrió con la mirada. Chase siempre llevaba vaqueros y alguna camiseta; sin embargo, aquella noche llevaba unos pantalones de pinzas negros, una camisa azul y una americana

gris.

—Oh —murmuró ella.

Chase se había arreglado para una cita que no iban a tener.

—Vaya, entiendo que no me esperabas, ¿no?

—No —dijo ella, justo cuando un coche se detenía junto a la acera. Un adolescente increíblemente desgarbado salió a su encuentro con la caja de la pizza—. Lo estaba esperando a él.

—Ay.

Jane pagó la pizza y se quedó allí, con la caja en las manos, mirando aquella nueva versión de

Chase. Era incluso mejor que la pizza, y le estaba rompiendo el corazón.

—¿Se te había olvidado que tenemos una cita?

—Sabes que no vamos a salir juntos.

—No, estoy seguro de que no lo sabía. Si hubiera cancelado la cita, no me habría ido de compras hoy.

Aquello estuvo a punto de arrancarle una sonrisa, así que Jane entrecerró los ojos para no ceder a la tentación.

—No vamos a mantener esta conversación. No podemos seguir

viéndonos, Chase.

—Claro que sí. No ha habido ningún cambio.

—Todo ha cambiado.

—¿Solo porque conozco tu pasado? Llevo varios días sabiendo quién eras.

—Sí, pero ahora yo sé que lo sabes. Y no puedo... no puedo superarlo. Estaba tan desesperada por dejar atrás a esa muchacha que lo cambié todo. Cambié de aspecto, de comportamiento, de nombre. Casi he dejado de ver a mi familia para no tener que pensar nunca en cómo era.

Chase se cruzó de brazos. Después, volvió a estirarlos, le arrebató la caja de la pizza y la alzó por el aire para que ella no pudiera alcanzarla.

—Deja que entre con esto.

—¡No!

Jane saltó para hacerse con la caja, pero él la subió aún más y entró por delante de ella al apartamento, invadiendo su burbuja de paz.

—¡Maldita sea! —gritó.

—Vaya —dijo Chase, mirándola con asombro—. ¿De verdad acaba de decir usted eso,

señorita Jane?

—¡Cállate y sal de mi casa!

—De eso nada —respondió él.

Dejó la caja de la pizza sobre la encimera de granito y la abrió—. ¿Qué demonios has hecho con esta pizza?

—No es asunto tuyo...

—Has estropeado una pizza perfecta. ¿Aceitunas, Jane? Vamos. Es asqueroso.

—Chase —dijo ella, con un suspiro—. Por favor.

Él cerró la caja y se apoyó en la encimera.

—Te ocurrió algo malo,



¿verdad?

Jane notaba los copos de nieve helada en la piel, así que cerró la puerta tras ella, de mala gana, y se apoyó en la madera fría.

—No.

—Sí.

Ella cabeceó, con los dientes apretados.

—¿Quieres que me crea que, aunque eras tan salvaje de adolescente, aunque bebías y te acostabas con tíos, y aunque salías toda la noche, de repente decidiste cambiar radicalmente?

—Sí.

—¿Estás diciendo que eso es lo que quieres que me crea?

—Sí.

Chase posó la mano sobre la encimera y miró hacia abajo durante un largo instante. Alrededor de su boca aparecieron unas arrugas que ella no había visto nunca.

No iba a contárselo. Nunca se lo había contado a nadie.

—Entonces, Jane, está bien. Eso es lo que voy a creer.

Jane tuvo una enorme sensación de alivio. Se posó una mano sobre el estómago para calmarse un poco.

Chase miró hacia la televisión.

—¿Qué vamos a ver?

Ella agitó la cabeza y se dijo que tenía que echarlo de allí. Chase hacía que se acordara de cosas que quería olvidar. Él era todo lo que no quería.

Sin embargo, aquel alivio la había dejado débil y vulnerable a la chispa de sus ojos. Él sabía quién era y, pese a todo, quería hablar con ella, sentarse a su lado y ver una película.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Y, en realidad, ella también

quería sentarse en el sofá con él y ver una película de acción. Le parecería algo tan normal...

Jane susurró el título de la película, y la sonrisa de Chase aumentó.

—No lo dirás en serio. Esa todavía no la he visto, y no es algo que diga muy a menudo. ¿Quieres mis aceitunas? ¿Y mis champiñones?

—Sí.

—Pues, entonces, arreglado — dijo Chase. Se quitó el abrigo y la americana, y comenzó a abrir y cerrar armarios hasta que encontró

los platos. Jane se quedó donde estaba, apoyada en la puerta, observándolo.

Le asustaba lo vulnerable que era a la sonrisa de Chase. ¿Cuántas veces, durante su corta relación, le había dicho que habían terminado? ¿Y cuántas veces había conseguido él convencerla de lo contrario, como si sus argumentos no tuvieran ninguna consistencia?

—¿Coca-cola light? —Gruñó Chase, con medio cuerpo escondido detrás de la puerta de la nevera—. Creo que me voy a echar a llorar.

—Lo siento.

—Tomaré zumo de naranja.

¿Qué quieres tú?

Por fin, ella salió de su ensimismamiento y fue a ayudarlo a la cocina. Y, cada vez que sus cuerpos se rozaban, Jane sintió más y más temor de la calma y la comodidad que se apoderaban de ella.

Chase estaba tendido en el sofá, delante del suave brillo azul de la televisión, con el brazo alrededor del cuerpo cálido de Jane. Ella se había quedado dormida y, aunque

no se hubieran dado ni siquiera un beso, aquella había sido una de las mejores citas de su vida.

Una película de acción, pizza y Jane. Celestial.

Él sabía que Jane quería mantener en secreto su pasado, pero no esperaba el pánico que había visto en sus ojos en el despacho de la abogada. Parecía que se estaba enfrentando con su peor pesadilla, y que esa pesadilla era él.

Dios Santo. No se le había ocurrido lo que podía hacer, así que había permitido que Jane se fuera. Peor para ella, porque ya había

aceptado salir con él. Y, en aquel momento, estaba acurrucada contra él, con las manos entrelazadas, y con el corazón latiendo, lenta y constantemente, contra su muñeca.

Aunque hubiera huido, en aquel momento estaba allí, a su lado.

Y Jane le había mentido acerca de su despreocupación por el orden. No había ni una sola mota de polvo en aquel apartamento, y no solo estaba limpio, sino que también había un jarrón con flores naturales en una mesita de cristal, delante del ventanal. Algún copo de nieve caía en el cristal y se



derretía.

Chase fue moldeándose contra el sofá, y se le cerraron los ojos. Percibía el olor del champú de Jane cada vez que respiraba. Celestial.

Debió de quedarse dormido, porque abrió los ojos repentinamente cuando aquel pedazo de cielo en el que se encontraba fue invadido por el sonido frenético de unos golpes en la puerta. Jane le golpeó la barbilla al levantar la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó, con la voz ronca.

—Están llamando.

Ella se levantó y corrió hacia la puerta.

—Eh, un momento —dijo él—. Es tarde. Yo abro.

Jane no lo esperó, pero él saltó y corrió lo suficiente como para abrir antes de que ella terminara de quitar el cerrojo.

Chase abrió una rendija, y se encogió al ver a un policía uniformado.

Jane abrió de par en par.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Señora, ¿es usted Jane Morgan?

—Sí.

—Estamos buscando a Jessie MacKenzie. ¿Está aquí?

Chase notó que ella se sobresaltaba.

—No. Está en casa de su abuela.

—Nos dijeron que tal vez estuviera aquí.

Su teléfono empezó a sonar, pero Jane lo ignoró y agitó la cabeza.

—¿Quién le ha dicho eso? ¿Y por qué lo están buscando?

—Es solo un interrogatorio rutinario, señora —dijo el policía, y miró su libreta—. La señora

Olive MacKenzie nos dijo que tal vez estuviera aquí. ¿Ha visto a Jessie?

—No.

El policía cerró la libreta, justo cuando el contestador automático respondía a la llamada.

—¡Dynasty! —chilló su abuela —. Esos cerdos van para allá. ¡Es la pasma!

—Oh, por el amor de Dios —murmuró Jane.

—¡Ten cuidado! La poli vino a fisgar aquí, y los mandé para tu casa. Aunque no sé qué es lo que quieren. Llámame para contármelo.

El policía miró hacia abajo, pero Chase se dio cuenta de que tenía una media sonrisa en los labios. El hombre tosió y, después, recuperó la seriedad y alzó la cabeza.

—Señora, solo necesitamos hacerle unas cuantas preguntas a Jessie. ¿No lo ha visto?

—No —dijo ella—. ¿Y sobre qué son esas preguntas?

—Por favor, llámeme si se pone en contacto con usted —dijo el policía, y le entregó una tarjeta. Jane la tomó cuidadosamente y cerró la puerta.

—Oh, Dios, ¿qué habrá hecho?

—murmuró, y se acercó para descolgar el teléfono. Marcó un número, pero no obtuvo respuesta

—. Tiene el móvil apagado.

—¿No sabes dónde está?

—No.

—¿Y qué quieres hacer?

—No lo sé. Voy a llamar a la abuela Olive y a mi madre para ver qué saben ellas.

Cinco minutos después, había hablado con las dos mujeres, pero ninguna de las dos sabía nada.

Aunque estaba muy seguro de que no era buena idea, Chase le

ofreció la única solución que se le ocurría.

—¿Quieres intentarlo en Ryders?

Ella no lo dudó ni un segundo.

—Sí. ¿Me llevas, por favor? Voy a cambiarme —dijo, y subió las escaleras, gritando—: «¡Gracias!».

Chase se puso los zapatos y el abrigo. Tuvo un escalofrío al pensar en que iba a ir a Ryders vestido como si le hubiera robado el guardarropa a George Clooney. Sin embargo, aquel era el tipo de cosas que hacía un hombre cuando

se estaba enamorando de una mujer.

Y se estaba enamorando de ella, sin duda. Era peligrosa, la idea de enamorarse de Jane Morgan. La palabra «complicada» ni siquiera empezaba a describirla. Al principio, le había parecido alguien muy sencillo: una secretaria estirada que tenía una curiosidad inocente por un chico grande y tatuado.

Ja. No podía estar más equivocado. En aquel momento, se avergonzaba de haber pensado que podía proporcionarle un poco de animación a la aburrida existencia



de Jane. Ella era el equivalente a la dinamita, inocua e inofensiva, hasta que se encontraba con una chispa y explotaba.

Él estaba condenado.

Al oír sus pasos por las escaleras, miró hacia arriba, preguntándose qué Jane iba a encontrarse. No se había vestido al estilo de Ryders. Se había puesto unos pantalones vaqueros otra vez, un jersey rojo muy bonito y unas botas de tacón. En realidad, parecían una verdadera pareja y, pese a las circunstancias, Chase sonrió.

—¿Estás lista?

Ella tomó su abrigo, y salieron hacia la camioneta.

—Bueno —dijo él, después de conducir en silencio durante unos minutos—. ¿Y cómo elegiste «Jane»?

Ella hizo un mohín y miró hacia delante.

—Elegí el nombre más convencional que se me ocurrió.

—Pues acertaste. Es bastante convencional.

—Gracias.

—¿Y Morgan?

—Es el apellido de soltera de

mi madre.

—Me gusta tu pelo de ahora —  
dijo él—. Es muy bonito.

Jane encendió la radio.

—¿Hay alguna emisora local de  
noticias? Creo que hay una emisora  
AM, ¿no?

—Creo que sí.

—Estoy preocupada. No crees  
que... no crees que habrá ocurrido  
algo malo, ¿verdad?

—¿Otra mujer?

Jane asintió, y comenzó a  
recorrer el dial.

—¿Y dónde demonios está  
Jessie? Es como si tuviera cinco

años. Se suponía que debía quedarse en casa.

Chase aceleró un poco, porque Jane estaba poniéndose muy nerviosa.

—Voy a llamar a mi padre —le dijo—. Tal vez tenga algún contacto en el departamento de policía.

Miró el reloj, preguntándose si sería inútil. Eran las diez; seguramente, su padre ya estaría inconsciente.

Respondió al quinto tono, con la voz ronca, pero no demasiado ininteligible. Chase le explicó la situación, y su padre dijo que iba a

llamar a un amigo que tenía en el departamento del sheriff.

Cuando llegaron a Ryders, Jane se bajó de la camioneta antes de que él pudiera rodear el vehículo para abrirle la puerta. La alcanzó en la entrada del local, y se dio cuenta de que tenía copos de nieve enganchados en las pestañas.

—¿Dónde te has dejado las gafas?

—En casa.

—¿No las necesitas?

—Sí, pero puedo ver hasta unos diez metros de distancia antes de que las cosas empiecen a ponerse

raras.

—Entonces, son una parte de tu disfraz.

Ella lo miró con irritación y se volvió hacia la puerta.

—Vamos.

Ryders estaba abarrotado. Dentro hacía calor y había mucha humedad por la acumulación de cuerpos. La gente hablaba a gritos por encima de la música. Después de haber pasado varias horas en la tranquilidad de casa de Jane, Chase se sintió desorientado.

Jane cabeceó.

—Aunque esté aquí, no vamos a

poder encontrarlo.

—Bueno, vamos a echar un vistazo. Pero no nos vamos a separar, no. Vamos.

Se dirigieron, en primer lugar, hacia el bar, para preguntarle a Arlo si había visto a Jessie, pero había dos tipos pidiendo copas. Chase tomó a Jane del codo y los dos comenzaron a abrirse paso entre la gente, buscando a Jessie. Chase vio a los dos amigos del hermano de Jane y, al mismo tiempo, notó que ella se ponía rígida.

—¡Voy a hablar con ellos!

—No, yo lo haré —respondió Chase, pero Jane negó con la cabeza y alzó una mano para indicarle que permaneciera allí. A él no le gustó, pero no podía hacer nada. No era su padre. Aunque, en realidad, tampoco era un perro. Estuvo inmóvil unos segundos y, después, la siguió.

Jane debía de pensar que no iba a servirle de nada flirtear sin la ropa ajustada. Sonrió nerviosamente y comenzó a hablar. Sin embargo, se equivocaba; estaba adorable y sexy con aquel jersey rojo y la cola de caballo. Más sexy



de lo que estaba con la minifalda, en realidad.

Ella hizo un gesto con el teléfono móvil, hablando más rápidamente, pero los chicos cabecearon. El más bajo de los dos se giró a mordisquearle la oreja a la chica que estaba a su lado, acurrucada contra él. No parecía que tuviera veintiún años, y Chase pensó en Jane.

Todavía no podía creer que hubiera cambiado tanto. Era increíble.

Chase se sobresaltó un poco al notar que alguien le tocaba la

cintura con una mano. Miró hacia abajo y vio a una pelirroja que se le había agarrado a un costado.

—Eh... Hola.

Ella se estrechó contra él, sonrió y le ofreció una amplia vista de su escote.

—Eh...

Chase intentó alejarse, pero no sirvió de nada.

—Nunca te había visto por aquí —dijo ella, con una sonrisa blanca y amplia, que lo distrajo de sus pechos durante un instante. Era guapa, pero tenía una mirada desenfocada que impidió que él se

sintiera halagado.

—Sí, no vengo mucho —dijo él y, nuevamente, intentó zafarse de ella.

—Bueno, pues eres muy mono —comentó la pelirroja, sin alejarse ni un centímetro.

—Gracias, pero he venido acompañado.

—¿De verdad? Vaya, pues si fuera lista, no te habría dejado solo —respondió la chica, riéndose—. Ella se lo pierde.

Chase cabeceó.

—No creo que...

—Disculpad —dijo una voz

suave y femenina, que los interrumpió.

Chase giró rápidamente, y se encontró con una Jane tensa y furiosa.

Ella tenía los labios apretados y los ojos entornados, clavados en la pelirroja.

—¿Te importaría quitarle las manos de encima?

—No creo, cariño —respondió la mujer, y se aferró aún más a Chase. Él alzó su brazo libre para demostrar su indefensión.

Jane enrojeció.

—No quisiera ser grosera,

pero... suéltalo ahora mismo — dijo, entre dientes.

Chase estaba empezando a ponerse nervioso.

—Jane, no pasa nada. Eh... señorita, por favor, será mejor que se marche.

La mujer se echó el pelo hacia atrás y le azotó la cara a Jane con las puntas.

—Me iré cuando me apetezca. Ella no es mujer suficiente para satisfacerte, cariño —le dijo a Chase, y le frotó los pechos contra el brazo.

Jane respiró profundamente.

Las aletas de la nariz se le movieron al tomar aire, y los ojos se le oscurecieron peligrosamente.

—¡Aparta tus tetas de él, vaca!

—¡Jane! —dijo Chase, tosiendo, con una carcajada entrecortada.

Por fin, la pelirroja lo soltó. Debió de sopesar sus posibilidades de salir airosa, y se puso la mano en la cadera como si hubiera decidido discutir.

—No puedes...

Jane dio un paso hacia delante.

—¿De verdad quieres que todos los tipos del bar te vean sin pelo?

Porque estás a punto de perder la melena.

—Oh, Dios mío —dijo Chase, riéndose.

La pelirroja se marchó, por fin.

Jane la observó, cruzada de brazos, hasta que se hubo alejado unos cinco metros, y se giró hacia Chase.

—¿Quieres que me marche para poder seguir mirándole las tetas?

—¡No! —exclamó él, alzando las manos en señal de rendición—. No podía quitármela de encima.

—Pues me parece raro, porque eres un tío grande y fuerte. Casi

como si fueras un hombre adulto.

Chase la miró con cara de súplica.

—Oh, salgamos de aquí —dijo ella—. No han visto a Jessie. No ha venido por aquí.

Chase se fijó en todas las caras con las que se cruzó de camino a la puerta, pero no vislumbró al hermano de Jane. Cuando salieron, él dejó que Jane caminara hacia la camioneta sin decir una palabra, pero, cuando iba a abrir la puerta, él la agarró de la muñeca y la hizo girar.

—¿De qué iba todo eso?



—¿El qué?

—Jane, la malhablada.

Ella alzó la barbilla y se encogió de hombros.

—Estabas celosa.

—Estaba enfadada con los amigos de Jessie.

—No —dijo él, conteniendo la sonrisa—. Te has puesto celosa porque te gusto.

—Estaba estresada —dijo ella, girándose hacia la camioneta—. Y me metí en muchas peleas cuando era adolescente. Sé arreglármelas.

Chase no estaba dispuesto a dejar que se saliera con la suya.

Aquella rabieta suya había sido muy sexy. Le pasó el brazo por los hombros y la obligó a girarse de nuevo. Inclino la cabeza y le acarició el cuello con la nariz.

—¡Chase! —protestó ella. Sin embargo, medio segundo después había inclinado la cabeza hacia atrás para que él tuviera mejor acceso a la piel suave de su cuello.

—Te gusto —murmuró él, contra su pulso—. Reconócelo.

Él le lamió aquel punto, y lo succionó delicadamente.

—Oh —suspiró Jane, y se agarró a las solapas de su chaqueta.

Chase notó los copos de nieve en la cabeza, como si fueran pequeñas piezas de hielo.

—Creo que me estoy enamorando de ti, Jane —dijo él, y la besó en los labios antes de que pudiera protestar más.

Ella intentó mover la cabeza, pero él no se lo permitió. Pasó un momento de tensión y, al instante, Jane estaba correspondiendo a su beso, dejando que sus lenguas se frotaran una contra la otra. Su sabor era como una droga que le invadía el sistema nervioso y mitigaba la sensación de frío que le producía la

nieve en el cuello.

Podría estar besándola eternamente. Besarla, y nada más. Sin embargo, Jane no lo permitiría. Ella querría más, y él se rendiría sin luchar.

Terminó el beso con un pequeño mordisco en su labio inferior. Después, le tomó la cara con ambas manos para que ella tuviera que mirarlo a los ojos.

—Me estoy enamorando de ti  
—repitió.

—No.

Chase la soltó.

—Tú no tienes nada que decir

al respecto, lo siento —dijo, y le abrió la puerta de la camioneta—. ¿Adónde vamos?

—Chase, no podemos... Lo nuestro no tiene futuro. ¡Ninguno!

—¿Quieres ir a casa de tu abuela?

Ella le puso la mano sobre el pecho y lo empujó.

—¡Escúchame!

—Haré lo que quiera, Jane, pero me ha parecido que debía advertírtelo.

—Entonces, tienes que marcharte ahora mismo.

—Soy tu conductor, nena, y

creo que, en este momento, tu hermano es más importante que el miedo que les tienes a las verdaderas emociones.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Qué?

Chase puso los ojos en blanco.

—Sube a la camioneta, Jane. Ya hablaremos de esto cuando encontremos a Jessie.

Ella se tragó la indignación y dijo:

—Está bien.

Después, se sentó en su asiento. Chase hizo un esfuerzo por contener la sonrisa mientras salían a la

carretera principal y se ponían de camino a Carbondale. A Jane no iba a hacerle ninguna gracia su buen humor.

Sonó el teléfono móvil de Chase, y a Jane le dio un vuelco el corazón. Había ido todo el camino mirando hacia delante, pero, mientras él respondía a la llamada, se permitió mirarlo.

Chase se estaba enamorando de ella.

Aquello era una complicación, pero la manera en que su corazón

había reaccionado al oír aquellas palabras era aún más perturbador. Se le había hinchado dentro del pecho, como si fuera a explotar.

Después, había sentido terror. Pero no porque tuviera miedo de las emociones verdaderas. No se trataba de eso, en absoluto.

Jane lo fulminó con la mirada al recordar su ira. Entonces, al fijarse en que tenía el ceño fruncido de preocupación, susurró:

—¿Quién es?

Él alzó una mano.

—¿Y eso es todo lo que te ha dicho? Mierda —musitó—. Está



bien, papá. Gracias. Te llamo más tarde.

Chase cerró el teléfono y agarró el volante con ambas manos.

—Tenemos un problema.

—¿Qué?

—Han encontrado a otra chica muerta.

Jane tuvo un arrebato de pánico.

—¿Una chica muerta?

¿Asesinada?

—Sí.

—Oh, Dios mío. Esto es...

—Han encontrado su cadáver en su casa, esta misma noche.

—¿La han estrangulado?

—El amigo de mi padre no sabía nada más. Le ha dicho que no han determinado la hora de su muerte, así que mi padre cree que no ha sido durante las últimas dos horas.

—¿Quién era?

Chase cabeceó.

—No lo sé. Pero ha sucedido en Aspen, no en Carbondale ni en Garfield County.

A ella se le encogió el estómago dolorosamente.

—Mi madre no tenía que haberlo sacado de la cárcel.

Chase la miró.

—¿Es que crees que ha sido él?

—Creo que, si estuviera en la cárcel, tendríamos la prueba fehaciente de que no ha sido él.

Para cuando llegaron a Carbondale y entraron en la calle de la abuela Olive, Jane tenía el cuerpo dolorido de la tensión.

Vio a Jessie en cuanto las luces de los focos iluminaron el porche.

—Está ahí.

Chase detuvo la camioneta, y ella saltó al instante. Atravesó el césped corriendo.

—Acaba de aparecer —dijo la abuela Olive—, y no quiere

decirme dónde ha estado.

—Está bien —dijo Jane, jadeando—. No pasa nada. Yo hablaré con él, abuela. Tú entra en casa y abrígate.

Jessie murmuró:

—Yo también tengo frío.

Sin embargo, su abuela le cerró la puerta en las narices.

Jane lo tomó del brazo y clavó las uñas en el cuero de su cazadora.

—¿Dónde has estado?

—Tenía que salir, ¿de acuerdo?

La abuela estaba viendo el maratón de *Fantasy Island*, y yo ya no lo aguantaba más. Solo tiene una tele

en casa.

—¿Dónde estabas? —repitió Jane.

—Dios —dijo él, y se zafó de ella—. He estado con una chica, ¿de acuerdo? Tranquilízate.

Una chica. No estaría diciendo que...

—¿Qué chica?

—Eso no es asunto tuyo, Jane.

—¡Jessie! —gritó ella—. ¿Qué chica?

De repente, notó el peso de la mano de Chase en el hombro, y eso la reconfortó. Se había olvidado de que él estaba allí.

—Jessie —le dijo él, con calma—. Esto es muy importante. Tu hermana necesita saber dónde estabas.

Por fin, parecía que Jessie lo estaba entendiendo. Abrió mucho los ojos, y ella se sintió aliviada, porque no percibió ninguna señal de que se hubiera drogado.

—Estaba con una chica que se llama Eve. Solo hemos estado juntos una hora, más o menos. Acaba de traerme.

Jane tragó saliva, pensando que iba a romper en sollozos.

—¿Ella ha estado aquí?

—Sí. Tía, ¿qué te pasa?

Por un momento, había temido que...

Jane no podía hablar, y sintió un gran alivio cuando Chase dio un paso hacia delante.

—La policía quiere hablar contigo, Jessie. Puede que haya habido otro asesinato.

—Oh, mierda —dijo Jessie, y palideció.

Una vez que habían pasado sus dudas, Jane se enfureció.

—¡Tu abogada te dijo que te quedaras en casa! Que no bebieras, que no fumaras y que no te fueras

con ninguna chica.

—No soy un monje, Jane. ¡Y no he hecho nada malo!

—¿Esta tal Eve te dará una coartada?

Él se encogió de hombros.

—Supongo que sí. No tiene novio, ni nada por el estilo.

—Vamos a llamar a tu abogada ahora mismo.

La abogada respondió rápidamente, pese a la hora. Jane le contó toda la historia y, a medida que respondía a las preguntas sensatas que fue haciéndole la mujer, se sintió cada vez más



tranquila.

—Quédate con él —dijo la señora Holloway—. No le dejes ir a ningún sitio. Te llamo dentro de quince minutos.

Durante aquel cuarto de hora, Jane se paseó de un lado a otro por el pequeño comedor de la abuela Olive. Todos los demás se habían sentado en el sofá del salón. Su hermano, por supuesto, fue capaz de relajarse y de estirar las piernas, incluso de hacer reír un par de veces a su abuela.

La anciana se había relajado tanto como para ofrecerles unas

margaritas, pero ninguno aceptó la invitación. Ella se sirvió una y se sacó la dentadura para poder disfrutar de la bebida a gusto.

No pareció que a Chase le afectara mucho.

Por fin, volvió a sonar el teléfono, y Jane respondió al instante.

—¿Diga?

—Bueno, esto es lo que he acordado: Jessie tiene que reunirse voluntariamente, mañana a las diez, con un detective, en Aspen. Yo también iré. No te preocupes. Les he dejado bien claro que tiene

coartada para todo el día, pero que está dispuesto a responder a todas sus preguntas si ellos piensan que puede ayudarles en la investigación.

—De acuerdo —dijo Jane. Aquello sonaba muy bien.

—Ya he hablado con el señor Chase, y va a conseguir toda la información que pueda. Esta noche, Jessie tiene que estar sobrio e irse a la cama. Nada más.

Jane asintió.

—Muy bien.

—Déjame hablar con él un momento.

Ella le entregó el auricular a su hermano, y se echó a los brazos de Chase para encontrar consuelo.

—No pasa nada —le susurró él—. Todo ha ido bien.

En aquel momento, la amenaza de que Chase se estuviera enamorando de ella le dio más paz que quebraderos de cabeza.

## Capítulo 16

Jane se quedó mirando la puerta de la casa de Greg Nunn como si fuera la entrada al infierno. No recorrió el camino hasta el umbral, ni tocó con los nudillos. Simplemente, se quedó mirando.

¿Cómo iba a hacer aquello? No podía evitarlo de ningún modo...

Miró hacia atrás, y vio que Chase la estaba observando desde la camioneta, que estaba aparcada

junto a la acera. Él bajó la ventanilla.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, sí —dijo ella. Sin embargo, era una mentira.

A su hermano no lo habían detenido, pero los periódicos ya habían publicado la noticia del asesinato, con el dato de que habían interrogado a un hombre de la zona. También mencionaban que la policía no había descartado la posibilidad de que aquel crimen tuviera relación con el de Michelle Brown.

Si culpaban a su hermano de

aquellas muertes...

Tenía que hablar con Greg.

Jane dio los últimos pasos hasta la puerta y llamó.

Al principio, no obtuvo respuesta. Volvió a llamar, y esperó. Greg abrió la puerta unos segundos más tarde. A ella se le encogió el estómago.

—¿Jane? —preguntó él, y abrió mucho los ojos, como si se hubiera llevado una agradable sorpresa—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Necesito hablar contigo.

—¡Me alegro mucho! Pasa, pasa.

—¡No! Yo solo quería... No puedo pasar.

Él entornó los ojos, se apoyó en el marco de la puerta y se cruzó de brazos. Entonces, miró más allá de su hombro, y vio a Chase.

—¿Quién demonios es ese?

—Nadie —dijo ella, automáticamente, pero se sintió muy culpable. Fatal. Tomó aire y se cuadró de hombros—. Necesito hablar contigo sobre... sobre Jessie MacKenzie.

—¿Sobre quién?

—Sobre Jessie MacKenzie. La policía sospecha que está



implicado en los asesinatos. He pensado que tú puedes saber algo.

—¿Qué demonios... tienes que ver tú con eso?

Jane estaba tan nerviosa que tenía la garganta seca. Pensó que no había nada peor que pedirle ayuda a un exnovio resentido y verse obligada que explicarle que su vida era una mentira y, en aquellos momentos, un caos.

—Sé que Jessie no pudo hacerlo. La policía actúa como si no me creyeran, así que he venido a pedirte ayuda. Dijiste que yo te importaba de verdad...

Él frunció los labios con impaciencia.

—Exacto, dije que me importabas. En pasado. De todos modos, ¿qué interés puedes tener tú en Jessie MacKenzie?

Por un momento, pensó en utilizar a Chase como excusa. «El hombre que está en la camioneta es Chase. Trabajo con él. Jessie es amigo suyo, y necesita ayuda». Sería algo fácil de decir, pero Greg descubriría la mentira a la primera llamada de teléfono que hiciera a la policía. Y lo que menos necesitaba Jessie eran más mentiras en aquella

situación.

Jane quería mirar al suelo, pero sostuvo la mirada de Greg y dijo:

—Jessie es mi hermano.

Aquello borró la impaciencia de su rostro.

—¿Disculpa?

—Es mi hermano.

—¿Jessie MacKenzie?

—Sí. Así que quería saber si...

—¿Que Jessie MacKenzie es tu hermano? ¿Me estás tomando el pelo?

—No.

—Entonces, no eras amiga de Michelle Brown. Me llamaste por

tu hermano.

—Sí —admitió ella, con el corazón acelerado.

Él la miró de pies a cabeza.

—Esto tiene que ser una broma, ¿no? ¿Tu padre es un exconvicto? ¿Un asesino?

—Mi padrastro —murmuró ella—. Y anularon su condena. Nunca volvieron a acusarlo. Él no mató a nadie.

—¿De eso es de lo que quieres hablar? —Gruñó él—. Me has mentado. Has estado mintiéndome durante meses.

—Lo siento, Greg... Yo nunca

hablo de mi familia.

—¡No me extraña!

—No te mentí sobre ellos. Es solo que...

—¡Dejaste que pensara que vienes de una familia decente! Y no eres más que una basura.

Jane sintió una punzada de ira, pero no podía dar rienda suelta a su enfado. Necesitaba que Greg la ayudara.

—Y lo has demostrado intentando sonsacarme información sobre un asesino.

—Mi hermano no es un asesino.

—Yo... no puedo creer que

haya estado a punto de llevar a una barriobajera a casa de mis padres.

Ella se quedó horrorizada al oír sus palabras. No se las esperaba. Nadie había vuelto a insultarla así desde hacía diez años. Nadie, salvo ella misma, claro.

Aquel horror se convirtió rápidamente en un antiguo dolor, y Jane tuvo que contenerlo.

—Quería hablar contigo sobre el caso de Jessie. Sé que la policía sospecha de él, y solo quiero que examines las pruebas. Por mí.

—¿Por ti?

Greg siempre le había parecido

una persona decente. Un poco agresivo, y con mal genio, pero decente. Sin embargo, en aquel momento... parecía alguien horrendo y cruel. Tenía las mejillas muy rojas y los ojos brillantes de rabia.

—Rompiste conmigo, Jane, ¿y ahora vienes a pedirme ayuda? — preguntó él, con desprecio y amargura.

—Siento haber roto contigo, Greg. Lo nuestro no funcionaba — dijo ella, y buscó rápidamente una excusa—. Somos de dos mundos diferentes.

—Sí, en eso tienes razón. Mi hermano no es ningún asesino.

—¡Ni el mío! Te lo juro, Greg, él no lo hizo. Lo sé. La última chica fue asesinada el día antes de que encontraran su cadáver, ¿no?

—¿Cómo te has enterado de eso?

—No importa. Lo que importa es que Jessie estaba conmigo ese día. No pudo matarla.

—¿Quieres que vaya a ver a mi jefe y le diga que he suspendido la investigación sobre un sospechoso basándome en la palabra de su hermana? También puedo decirle



que me acostaba contigo.

—Pero, de todos modos, yo...

—Solo tengo que decirle que la familia de mi exnovia está llena de criminales. Eso sería un punto a favor en mi expediente cuando llegara el momento de los ascensos, ¿no crees?

—Está bien —dijo ella—. Lamento haber herido tus sentimientos, Greg, pero esto es más importante que tu orgullo. Estamos hablando de la vida de una persona.

—Estamos hablando de unas cuantas vidas, Jane. Han muerto dos

mujeres, tal vez tres, y, por lo que he oído, hay muchas pruebas de que las mató tu hermano. Así que márchate de aquí ahora mismo.

—¡Él no las mató, y yo te he dado la prueba de que no lo hizo! El lunes por la noche estaba conmigo. Estuvimos con su abogada y, después, nos paramos en el supermercado antes de ir a cenar con su abuela. Puedes hablar con su abogada. Puedes revisar las grabaciones de la cámara de seguridad del supermercado. Estaba conmigo.

—¿Y hasta qué hora duró la

cena? Me da la sensación de que las abuelas no cenan a las nueve de la noche.

Jane apretó los dientes. Ella no sabía cuál era la hora exacta de la muerte. El contacto del señor Chase solo les había dicho que había muerto durante las veinticuatro horas anteriores al hallazgo del cadáver.

—¿No podrías revisarlo, por lo menos? Te lo ruego. Mirar las pruebas con otra predisposición. Pensar, solo por un minuto, que no ha sido él.

—Tratamos todos los casos con

la misma objetividad. Nadie tiene la intención de ir por tu hermano. Si él no lo hizo, no será acusado de ello.

—Oh, por favor. No me cuentes eso.

—Jane, estoy seguro de que avisarán a su abogada si ocurre algo importante. Yo no podría tener favoritismos contigo ni aunque quisiera. Y no quiero.

Jane lo miró durante un largo instante, con la esperanza de que él entrara en razón. «Por favor, ayúdame», le suplicó, en silencio. Sin embargo, Greg frunció el ceño

de nuevo.

—¿Quién es ese, Jane? —le preguntó, señalando la camioneta con la barbilla—. ¿Es que quieres volver a tus raíces?

Jane irguió los hombros y se dio la vuelta para marcharse. Tenía que haber esperado para romper con Greg. ¿Por qué había tenido tanta prisa? Si hubiera aguantado una semana más...

Sin embargo, aquella conversación había confirmado lo que le decía el instinto. A Greg le gustaba cuando se estaban acostando juntos, pero, después, se

había convertido en una basura para él.

Entró en la camioneta.

—Jane, ¿estás bien?

—Sí.

Chase se alejó de la acera lentamente.

—No parece que haya ido muy bien.

—Se estaba haciendo el duro. Puede que, cuando llegue a su despacho, le eche un vistazo al expediente.

—Umm...

Ella le había dicho que estaba bien, pero ¿era cierto? Jane cerró

los ojos y repasó la escena. Acababa de revelarle a Greg una parte de su pasado. Y se sentía... bien. Era la parte de su pasado que habría tenido que contarle si su relación hubiera prosperado.

Sí, tal vez él fuera contando por ahí de dónde provenía, pero su familia era lo menos malo de todo.

Estaba bien.

—Bueno, y —preguntó Chase— ¿ese es el tipo de hombres con los que sales normalmente?

—Sí.

—¿Médicos, abogados, y ese tipo de cosas?

—Sí.

—Ummm —dijo él, de nuevo, y Jane se preguntó qué podía significar aquel murmullo.

No quería que Chase la acompañara hasta casa de Greg, pero él había decidido que todas las mujeres solitarias de Aspen corrían peligro, y no iba a permitir que a ella le ocurriera nada. En realidad, ella podía haberlo convencido de que la dejara sola. No tenía ningún control sobre ella. Podría haberlo ahuyentado.

Sin embargo, tenía la excusa perfecta para pasar algunos días



más con él, así que le había pedido que la llevara a casa de Greg.

—¿Y qué pasa con los hombres como yo? —preguntó él.

—¿A qué te refieres?

—Tú dijiste que nunca habías hecho esto. Supongo que te referías a que nunca saldrías formalmente con un tipo como yo.

—¡No!

Chase asintió despreocupadamente, como si ella no acabara de decir algo indignante.

—Bueno, pues a mí me parece que ese hombre no puede estar con

alguien como tú.

—¿Qué? —preguntó Jane, gritando, sin darse cuenta—. ¿Qué quieres decir con «alguien como tú»?

Cuando Chase se giró hacia ella, tenía la cara enrojecida de ira.

—No te estoy llamando «barriobajera», como ha hecho tu novio el elegante, si es lo que me estás preguntando.

Ella se quedó helada.

—¿Lo has oído?

—Sí. Y he estado a punto de bajarme a darle un puñetazo, pero he pensado que eso no iba a ayudar

a tu hermano.

—No —murmuró ella. Estaba avergonzada. Había permitido que Greg la llamara «basura» y «barriobajera». No le había hecho frente, y Chase lo había oído todo. Y eso, por algún motivo, era peor que saber lo que pensaba Greg de ella.

Chase soltó una maldición entre dientes y agarró el volante con ambas manos.

—Cuando he dicho que no me parecía que pudiera estar con una mujer como tú, me refería a que parece un gilipollas. Y un chulo.

Quería decir que no es lo suficientemente bueno para ti.

Oh, Dios. ¿Por qué Chase siempre tenía que decir lo mejor? ¿Por qué tenía que ser él quien le provocara tanto deseo, tanta necesidad?

—Yo rompí con Greg porque no estaba enamorada de él. Y, al final, creo que ni siquiera me caía bien.

—Me alegro de saberlo. De lo contrario, habría puesto en duda tu sentido común, Jane.

—Sí, supongo que es normal. Pero antes no era tan idiota como ahora. Tal vez entre en razón y le dé

una oportunidad a Jessie.

Chase se encogió de hombros.

—Ya veremos —dijo.

Su tono de voz todavía era de censura y de desilusión.

Jane se puso a mirar por la ventanilla y contuvo las ganas de llorar.

## Capítulo 17

—¿Por qué tienes un saco colgado en la habitación de invitados?

Jane alzó la vista del libro que estaba leyendo para intentar relajarse. El libro no estaba sirviéndole de nada, como había sucedido con una película que había en la televisión.

—Boxeo para hacer ejercicio.

—¿De verdad? ¿Boxeas? Eso es muy excitante.

—Dices eso sobre muchas cosas.

—En serio, ¿tú, sudando medio desnuda mientras le das una buena tunda a ese saco rojo? Es excitante.

—¿Y por qué iba a estar medio desnuda?

—Eh... ¿porque te gusto?

Jane puso los ojos en blanco y le dio un puñetazo en el brazo.

—Ay. Si haces eso un par de veces más, te voy a dar tu merecido.

—¡Cállate! —exclamó Jane, riéndose, y le dio unos cuantos puñetazos más, suavemente, en el

hombro.

—Oh, sí —dijo él—. Sigue, nena.

—Se suponía que tengo que estar medio desnuda —bromeó ella.

—Mierda, tienes razón. Ven aquí —dijo él.

Le bajó la cremallera de la chaqueta que llevaba, mientras Jane fingía que quería impedirselo a manotazos. Él estaba deslizando las manos dentro de su camisa cuando sonó el teléfono móvil. No sacó las manos.

—¡Chase! —protestó ella,



mientras él le cubría los pechos con las palmas de las manos—. Contesta al teléfono.

—Después —dijo él, y succionó con los labios cálidos una parte de su cuello.

—Puede que sea importante.

—Esto es importante.

Sí, lo era. Lo era de verdad. Sobre todo, cuando él le pasó los dientes por el hombro. El teléfono dejó de sonar, y Jane se tumbó en el sofá, suspirando al ver que Chase la seguía. Él se tendió sobre su cuerpo...

Y el teléfono sonó de nuevo.

—Mierda —ladró Chase. Se sentó al borde del sofá y tomó el móvil—. No te muevas —le ordenó a Jane, y abrió el teléfono—. Chase —dijo.

De repente, él puso la espalda muy recta, y Jane oyó una voz masculina, llena de urgencia, al otro lado de la línea.

—Está bien —dijo Chase—. Sí, ahora mismo vamos para allá.

Jane se levantó de un salto y comenzó a ponerse los zapatos.

—¿De qué se trata? —le preguntó, en cuanto él cerró el teléfono.

—Mi padre quiere enseñarnos una cosa.

—¿Qué?

Chase negó con la cabeza.

—Algo sobre el informe de la policía. Dice que nos lo contará cuando llegemos.

Jane tomó el bolso y el abrigo, y salieron a la calle. Aunque era un trayecto corto, de unos quince minutos, a ella le pareció eterno. Sin embargo, intentó consolarse diciéndose que el señor Chase debía de haber encontrado algo bueno.

Jane salió de la camioneta y fue

corriendo hasta la caravana. Aunque se horrorizó de su mala educación, no pudo contenerse y abrió directamente, sin llamar.

—¿Señor Chase?

—¡Hola, Jane! ¿Te apetece una cerveza?

—No, gracias. ¿Qué es lo que ha averiguado?

—¡Hola, Billy! —dijo, cuando Chase entró en la caravana—. ¿Te apetece tomar algo?

—No, papá —dijo él, y Jane percibió su tono de impaciencia.

—Señor Chase —dijo ella—, ¿ha averiguado algo?

—Sí, claro que sí. Ya he llamado a la señora Holloway para contárselo. ¿Queréis sentaros?

Jane se sentó en una de las sillas y contó hasta diez, mientras Chase se sentaba a su lado. Tuvo que seguir hasta veinte mientras su padre iba tranquilamente de un lado a otro, recogiendo y colocando papeles.

Por fin, se sentó y abrió una carpeta.

—En cuanto me enteré de que había habido otra víctima, fui a enterarme de si había presentado una denuncia por el robo de su

bolso durante los dos últimos meses.

Jane tragó saliva. Tal vez no fueran buenas noticias.

—Encontré el informe. No es un documento confidencial, así que está a disposición de los ciudadanos. Le robaron el bolso en un sitio llamado Steel. Jessie lo mencionó en uno de sus interrogatorios.

—Oh, no —susurró Jane.

—Pero, y esto es lo más importante de todo, la chica dijo que se lo habían robado el trece de mayo.

Jane frunció el ceño.

—¿El día trece?

—A Jessie lo detuvieron el día siete. El día trece estaba bajo custodia.

—No pudo haber sido él.

El señor Chase cabeceó.

—No, no pudo ser él.

Jane se agarró a la mano de Chase, y se la apretó con fuerza.

—Por eso no lo han detenido otra vez, ¿no? Porque no tienen nada contra él.

El padre de Chase sonrió.

—No, no tienen nada. Jessie ha admitido que le robó el bolso a

Michelle Brown, pero no hay ninguna otra prueba de que robara la mochila de Kelly Anderson, y es imposible que cometiera este último robo.

Jane asintió, con los ojos llenos de lágrimas.

—Entonces, solo tenemos que preocuparnos por la legítima acusación de robo.

—Seguramente, sí, pero no nos adelantemos. La policía no suspende una investigación por un indicio. En este momento, Jessie es su único sospechoso, que sepamos, y no van a soltarlo. Quiero darles



algo más en lo que pensar.

—¿El qué? No lo entiendo.

—Vamos a revisar estas carpetas para buscar algo que haya podido escapárseles, aunque solo sea una idea. Todas y cada una de las páginas. ¿Seguro que no queréis esa cerveza ahora?

Jane dijo que no, y se pusieron a trabajar.

Una hora más tarde, habían elaborado una lista de las conexiones que pudiera haber entre las tres mujeres. La mayoría eran débiles y, seguramente, la policía ya las había establecido, pero era

mejor que nada.

Iglesias, colegios, médicos, amigos. Si se habían recabado aquellos detalles, nadie los había incluido en las pruebas que le habían entregado a la abogada de Jessie. Sin embargo, pese a todas las hipótesis que pudieron hacer, había un hecho objetivo: las tres mujeres estaban relacionadas por los robos.

—Las tres declaraciones les fueron tomadas por tres oficiales distintos, pero no se puede decir que otro policía no se interesara por cada una de las mujeres cuando

entraron en la comisaría.

Jane no podía creer lo que estaba diciendo el padre de Chase. Él mismo había sido policía.

—¿De verdad cree que ha podido ser un policía?

—No lo creo, pero eso no significa que debemos descartarlo por completo. Bueno, entonces, una vez que ha presentado la denuncia del robo de su bolso, ¿qué hace la chica?

—Seguramente, cancelar sus tarjetas de crédito —sugirió Jane.

El señor Chase lo anotó.

—¿Y bloquear su número del

teléfono móvil?

Chase abrió una de las carpetas.

—Las dos primeras tenían la misma compañía telefónica.

Su padre arqueó una ceja.

—Puede que sea alguien que trabaja en la tienda de teléfonos local —dijo el señor Chase, y siguió escribiendo en su libreta—. Me he dado cuenta de que todas las mujeres declararon que las llaves de su casa estaban en los bolsos robados. También debieron de cambiar la cerradura, entonces.

Jane añadió:

—Y necesitarían pedir un

duplicado del carné de conducir.

Jane notó que Chase le daba un suave codazo.

—No vayas a las oficinas de tráfico por ahora. Puede que haya un psicópata tomando las fotografías para los carnés.

Cuando se marcharon, Jane estaba muy esperanzada. El señor Chase iba a darle todas aquellas ideas a la señora Holloway, y la señora Holloway le diría a la policía que empezara a investigar aquellas pistas antes de que la prensa recibiera la noticia de que no estaban haciendo bien su

trabajo.

Jessie dejaría de ser sospechoso de asesinato muy pronto, y ella podría volver a su vida normal. Aunque estaba empezando a pensar que ya no sabía lo que era una vida normal.

El miércoles por la tarde, Jane estaba sentada en su escritorio de Jennings Architecture, mirando a su alrededor con un vago asombro. Llevaba tres días sin ir al trabajo, y había conseguido poner en orden la pila de notas indescifrables que el

señor Jennings le había dejado en el escritorio. Solo le quedaban dos garabatos por desentrañar.

Aquellos eran los misterios que a ella le gustaban. ¿Qué había querido decir el señor Jennings cuando había escrito *8 chico del sur aquí?* Él no lo recordaba en absoluto, así que era ella la que tenía que averiguarlo. La segunda nota era más inteligible: *Jueves 9:00;* sin embargo, resultaba igualmente misteriosa. Aunque, como el misterio iba a resolverse el jueves a las nueve de la mañana, a ella le intrigaba menos.

Su asombro también tenía que ver con la calma que reinaba a su alrededor. La abogada de Jessie había utilizado sus armas con gran éxito, y a eso se había sumado el hecho de que el detective que investigaba el caso de Jessie estuviera cada vez menos convencido de la culpabilidad de su hermano. En su informe preliminar, el médico forense había fijado la hora de la muerte de la última muchacha a la hora en la que la coartada de Jessie era más sólida.

El detective no le había



agradecido mucho a la abogada sus sugerencias de cómo debía llevar la investigación, pero el señor Chase le había dado las mismas ideas a su contacto de la oficina del sheriff. Con suerte, alguien empezaría a seguir una línea de investigación distinta a la de Jessie MacKenzie.

Pero, independientemente de que encontraran o no al verdadero asesino, la oficina del fiscal ya había empezado a insinuar que quería hacer un trato. No iban a presentar más cargos, y el caso iba avanzando.

—Gracias a Dios —murmuró

Jane, justo cuando su Outlook le recordaba que, dentro de cinco minutos, el señor Jennings tenía programada una conversación telefónica con su proveedor de maderas. Apretó el botón del interfono—. ¿Señor Jennings?

Silencio.

Volvió a intentarlo.

—¿Señor Jennings?

Por experiencia, sabía que era posible que su jefe saliera de su absoluta concentración en el trabajo con aquella segunda llamada, pero que, si eso no sucedía, no había muchas esperanzas de que fuera a

sucedier.

Así pues, Jane se levantó del escritorio y se acercó a su despacho. La puerta estaba entreabierta, y ella lo vio encorvado sobre la mesa de dibujo, mirando fijamente un montón de líneas rectas que ella no comprendía.

—Señor Jennings —dijo, y le dio un golpecito en el hombro.

—¿Umm? —murmuró él, sin alzar la vista de lo que estaba dibujando.

—Tiene programada una llamada de teléfono a Harlock

Wood dentro de tres minutos, señor Jennings. ¿Está listo?

—Ah —dijo él. Se irguió y giró los hombros—. Sí, claro.

—¿Sigue sin recordar lo que quiere decir «8 chico del sur aquí»?

—¿El qué?

—Me lo imaginaba. Llamaré al señor Harlock enseguida. ¿Le apetece un café?

Él dijo que sí, y ella se sintió tan bien por tener ocupación de nuevo que sonrió con ganas. Preparó el café e hizo la llamada.

Ella también tenía reuniones

aquella tarde. Una, con su gestor. Otra, con el representante de una escuela de arquitectura que tenía interés en que un becario trabajara en el estudio con el señor Jennings. El hecho de tener a un joven por allí alterarían el orden perfecto de la oficina, pero al señor Jennings le había entusiasmado la idea. Ella tenía que asegurarse de conseguir un candidato de calidad y una escuela que tuviera interés en trabajar seriamente con el estudio. Además, tenía que avanzar en la organización de la fiesta de despedida de Lori.

Llegó un paisajista para entregar los diseños que había hecho para uno de los clientes del señor Jennings. Jane se dio cuenta de que apenas se fijaba en ella. Pese a cómo había estado viviendo durante las dos últimas semanas, su disfraz no se había alterado. Aquel hombre la veía como otro de los elementos de la oficina. La letra escarlata de su frente todavía era invisible. Él no había oído ningún rumor, y no veía ninguna diferencia en su cuerpo. Seguía siendo la invisible Jane, y aquel era el alivio más grande de todos.

Aquello había sido una llamada de atención, como mínimo. Su familia era su familia, por mucho que hubiera intentado separarse de ellos. No era tonta ni ingenua. No tenía intención de dar una fiesta para presentárselos a sus amigos y colegas de trabajo, pero se había dado cuenta de que tenía que buscar un mejor equilibrio. Tenía que dar con un modo de vida menos fragmentado mientras seguía con su plan de conseguir su casa, su jardín, su valla de madera pintada de blanco.

Aquello no era un problema.

Sin embargo, surgió un pequeño problema que alteró su perfecta burbuja de serenidad. Una clienta llamó para decir que la piedra de la chimenea que le había instalado el proveedor no era la que le había descrito el señor Jennings, y estaba muy segura de ello. Jane lo escribió todo y dejó la nota delante del señor Jennings, que estaba inmerso en una conversación sobre un lote de madera de haya envejecida.

Cuando salió de nuevo a la zona de recepción, Greg Nunn había aparecido allí como por arte de magia. Estaba frente a su escritorio,



con las manos en los bolsillos, sonriente y confiado. Jane se alarmó. No creía que hubiera ido a darle buenas noticias.

—Tengo buenas noticias, Jane —dijo él, al verla.

Bueno. Ella miró hacia la puerta del despacho del señor Jennings para asegurarse de que seguía hablando por teléfono.

—¿Qué ocurre, Greg?

—Me pediste que le echara otro vistazo al caso.

—Sí.

—Decidí hacerlo, por tu bien.

—Ah, bien... Gracias.

Él se acercó, y se detuvo a poca distancia de ella. Se apoyó en la pared, y continuó:

—Seguro que te encantará saber que he recomendado que la investigación cambie de rumbo.

—Ah, ¿de veras? —preguntó Jane, y esbozó una sonrisa forzada, aunque ya sabía todo aquello y no creía en absoluto que la sugerencia hubiera partido de Greg Nunn—. Eso es estupendo.

—Bueno, ¿y cómo vas a darme las gracias?

Ella observó su sonrisa petulante y no pudo creer que

alguna vez le hubiera caído bien aquel tipo. Chase tenía razón. Era un imbécil.

—¿Por qué no salimos esta noche a tomar una copa y brindamos por tu buena suerte?

—No.

—Deberías ponerte ese conjunto de lencería rojo que me gusta tanto.

—Greg, ya no salimos juntos, así que no tengo ni idea de qué estás hablando.

Él le guiñó el ojo.

—Estoy hablando de que te asegures de que la policía pierda

interés en tu hermano.

Jane retrocedió para alejarse de él y evitar la tentación de empujarlo.

—Sal de aquí, Greg.

Greg caminó hacia ella.

—No tienes derecho a echarme, Jane, ni a hacerte la ofendida. Toda tu vida es una mentira —respondió él, casi gritando. Ella miró hacia el despacho del señor Jennings con angustia.

—Sal de aquí —susurró, furiosamente.

—¿Qué pasa, que no quieres que tu precioso señor Jennings se

entere de cuál es tu verdadero pasado?

La cara de Greg era una pura fealdad en aquel momento. Debería habérselo imaginado, porque en las pocas ocasiones en las que lo había visto perder un caso, él se había retratado tal y como era: una persona furiosa, petulante y arrogante, que no aceptaba que lo hubieran derrotado públicamente.

Podía ser muy mezquino, y ella no quería que aquella mezquindad pudiera perjudicar a Jessie.

Tomó aire, y dijo:

—Lo siento, Greg. Gracias por

ayudarme, de veras, pero no puedo salir contigo.

—Eso es demasiado categórico, ¿no te parece? Será mejor que lo pienses dos veces. Voy a concederte unos días para que reflexiones... Dynasty.

Oh, no. Lo sabía. Aquella rata se había enterado de todo. Había husmeado en su pasado y... oh, Dios.

—Sí —dijo ella, con la voz enronquecida—. Me cambié el nombre. No era digno, y lo odiaba. Así que te agradecería que no...

—¿Nunca has buscado a tus

antiguos compañeros de clase en Internet? —le preguntó él, casi ronroneando.

—¿Qué?

—Hoy día, las redes sociales te lo ponen todo muy fácil. Solo tienes que teclear el nombre del instituto y el año, y salen un montón de páginas web. Y a la gente le encantan los viejos cotilleos.

Jane se quedó sin aliento. Greg iba a contárselo a todo el mundo, incluido el señor Jennings. Le diría que era una mentirosa y que, realmente, se llamaba Dynasty Alexis MacKenzie. Que se había

cambiado el nombre para intentar ocultar su pasado. Que su padre y su hermano habían sido condenados a penas de cárcel. Que su hermano era un ladrón. Y, seguramente, también había dado con las dos citaciones que le habían enviado a ella misma por beber alcohol siendo menor de edad. Le diría al señor Jennings la clase de mujer que era.

Quinn Jennings iba a sentirse engañado, traicionado. No volvería a confiar en ella. Ella ya no podría seguir siendo Jane, la administradora y socia perfecta.



Para el señor Jennings, se convertiría en la hija de una familia de criminales que, seguramente, estaba sustrayendo dinero del negocio. En la chica que bebía y se acostaba con todo el mundo. ¿Y si salía a la luz el informe de la policía de Denver?

Lori no quería que ella siguiera en la oficina, no quería que estuviera tan cerca del señor Jennings todos los días.

Jane consiguió respirar profundamente y calmarse un poco.

Tal vez estuviera reaccionando de una forma exagerada.

Volvió a inspirar.

Seguramente, su reacción era exagerada. Aunque Greg averiguara las peores cosas que había hecho, ¿iba a odiarla el señor Jennings, o era el miedo lo que la impulsaba a pensarlo?

—No puedes romper conmigo, Jane. Te recogeré mañana, después del trabajo —dijo Greg. Tenía una sonrisa en los labios, pero su mirada era fría y despreciativa—. Ponte algo que me guste.

Ella se quedó boquiabierta, pero él se dio la vuelta y abrió la puerta para salir.

—Ah, y se me olvidaba una cosa. Ese tipo con el que has estado saliendo, William Chase... No quiero que vuelvas a verte con él. No quiero que salgas con nadie hasta que yo diga que todo ha terminado.

Intentó dar un portazo al salir a la calle, pero las bisagras presurizadas de la puerta amortiguaron el cierre. Qué evisceración tan civilizada y educada.

Jane se sentó en su silla y cerró los ojos.

¿Qué iba a hacer? Llevaba tanto

tiempo escondiendo su pasado que ya no podía imaginarse que la gente lo supiera. Se dio cuenta de lo mucho que confiaba en Chase. No le gustaba que él conociera la verdad, pero ni una sola vez había temido que él la expusiera ante los demás.

Sin embargo, Greg... Ella había hecho que se sintiera estúpido. Primero, rompiendo con él de aquella manera y, después, revelándole que le había mentado acerca de su identidad. Le había hecho daño y lo había utilizado, y él estaba enfadado.

Parecía que todo se unía para revelar quién era. Incluso su cuerpo estaba empujándola hacia el pasado.

Miró a la puerta. El tictac del reloj resonaba con fuerza por la oficina, y cada segundo que pasaba la acercaba más y más al desastre. ¿Qué demonios iba a hacer?

Justo cuando aquella pregunta estaba a punto de abrumarla, saltó la ventana de Outlook que la avisaba de la reunión con el contable. Era hora de ponerse en camino.

Aunque no se sentía con fuerzas

para acudir a la reunión, sabía que llevar a cabo una de sus tareas habituales sería beneficioso para ella. Podía hacerlo, podía cumplir con su trabajo. Eso la calmaría y le permitiría pensar.

Tenía que tomar una gran decisión. ¿Continuaría huyendo del pasado, o se enfrentaría a él?

No tenía ni idea, así que, en aquel momento, tomó la determinación más fácil de todas. Recogió sus papeles, tomó el bolso y salió hacia la gestoría. Su pasado seguiría allí cuando volviera.

## Capítulo 18

La vista iba a celebrarse dentro de dos días y, en ella, Jessie iba a declararse culpable de diez delitos menores de robo. Tendría que cumplir una condena de nueve meses en la cárcel del condado. No iba a ir a una prisión federal.

Y, para su familia, eso significaba que había que celebrar una fiesta.

—Mamá, en serio —dijo Jane

—, esto es una ridiculez.

Le dolía el cuello de la tensión. Hasta dentro de dos días, el trato no sería firme, y Greg se estaba comportando como un oso herido. Iba a aparecer en su oficina la tarde siguiente, exigiéndole una cita y una sesión de sexo de conejos, y ella iba a rechazarlo. ¿Cómo podía afectar aquello a Jessie?

Jane siguió hablando con su madre.

—Va a ir a la cárcel, mamá. No es precisamente para celebrarlo.

—Ya sabes lo cerca que ha estado de que le impusieran una



condena mucho peor. Vamos a celebrarlo, Jane, y no quiero oír ni una palabra más al respecto.

Jane miró hacia su padre que, cuidadosamente, estaba poniendo las briquetas al rojo vivo en la parrilla. No tenía cara de estar muy contento, pero parecía que sus hombros ya no estaban tan rígidos. Se sentía aliviado. Incluso había permitido que Jessie entrara en la parcela, pero solo para aquella ocasión especial. Después de cumplir la condena, Jessie iba a tener que buscarse una casa. Mac no iba a dejar que volviera a vivir

allí.

Pero, al menos por aquella noche, los hombres de la familia habían alcanzado una tregua. Y Jane se sentía como una traidora entre todos ellos. ¿De veras tenía derecho a proteger su inexistente virtud por encima del futuro de Jessie? Se había pasado años acostándose con hombres a los que apenas conocía. ¿Por qué le costaba tanto pensar en acostarse con Greg?

Le dolía el estómago, y quería marcharse de allí. Por lo menos, no era una fiesta muy concurrida. ¿Quién invitaba a nadie a celebrar

que su hijo iba a cumplir solo nueve meses de cárcel, y en una cárcel del condado en vez de una prisión estatal, después de todo? La abuela Olive estaba allí, por supuesto. Y Arlo. Y aquella chica llamada Eve, que parecía la novia de Jessie. Pero sus mejores amigos no estaban allí, porque Mac no lo hubiera permitido.

Aquella era toda su familia. ¿Cómo iba a fallarles? Podía acostarse una vez más con Greg, la última, hasta que pasara el día de la vista, o...

Miró hacia abajo, hacia los

primeros brotes de hierba verde que había en el suelo, asomando entre la hojarasca. Tal vez Greg no fuera tan listo como pensaba. Tal vez ella pudiera darle la vuelta a la tortilla.

Por primera vez aquel día, experimentó una emoción distinta al miedo. No podía impedir que Greg hiciera trizas su reputación, pero sí podía impedir que le hiciera daño a su familia.

Alzó la barbilla y miró a Mac. Su padrastro estaba tomando un sorbo de cerveza. Cuando se acercó a él, notó el calor de la parrilla.

—¿Estás bien?

—Sí. Un día de estos voy a lanzarme a comprar una barbacoa nueva —respondió él. Era lo mismo que llevaba diciendo ocho años.

—¿No estás enfadado con mamá?

Él se encogió de hombros.

—Tenía buena intención.

—Sí, pero de todos modos, podrías estar enfadado con ella.

Él la miró.

—Sí, eso ya lo sé. Estoy enfadado, sí. Pero ella hace lo que puede. Es una buena mujer.

Aquello se parecía mucho a una conversación que habían mantenido hacía años, y a Jane se le tensaron aún más los músculos del cuello. «Tu madre es una buena mujer. Tal vez no haya sido la madre perfecta, pero ha hecho todo lo que ha podido».

Todo lo que había podido.

Al otro lado del patio, su madre abrazó a Jessie y lo estrechó con fuerza. Cuando ella era pequeña, su madre también la abrazaba así. Después, Jane había descubierto la ira, la amargura y la rabia, en gran parte, dirigidas hacia su madre. Y,

cuando la ira, la amargura y la rabia habían pasado, le había quedado el sentimiento de culpabilidad.

Jane nunca había podido superar el abismo que había creado.

—Sé que es una buena mujer —murmuró—. Pero es duro para mí.

—Lo sé.

Jane nunca había entendido cómo podía consolarla Mac con tan pocas palabras. Era un hombre sencillo y, sin embargo, siempre comprendía sus sentimientos más complicados.

—¿Quieres una cerveza? —le preguntó, con su más profunda necesidad una vez más.

—Sí, demonios —dijo Jane, con un suspiro.

Él metió la mano en la nevera y sacó un botellín mojado y frío. Se lo dio. Mac, al rescate de nuevo.

—Gracias.

Antes de tragarse un cuarto de la botella, oyó el sonido de una puerta por encima de la música de los Eagles que salía por la ventana de la cocina. Cuando los dos nuevos invitados rodearon la casa y llegaron al patio, Jane se alegró de



tener una cerveza en la mano.

—¿Qué está haciendo él aquí?

—preguntó, con un jadeo.

Su madre les dijo «hola» desde el otro extremo del patio.

—Ah, ya han llegado los Chase. Me alegro de que hayan podido venir. Muchísimas gracias por todo lo que han hecho por mi hijo.

Chase hizo la ronda, estrechando manos y presentándole a su padre a todo el mundo.

Estaba como en casa, mientras pasaba junto a los esqueletos de las motos que se alineaban junto a la pared del taller. Y parecía

totalmente cómodo cuando le estrechó la mano a Mac.

Su padre se detuvo para tomar una cerveza, y se quedó junto a la parrilla, con Mac. Chase continuó caminando hasta ella.

—Hola, señorita Jane.

—¿Te ha invitado mi madre?

—Sí.

—Disculpa. Esta fiesta no es muy... apropiada.

Chase abrió la boca para decir algo, pero miró a Jessie y cambió de opinión.

—Tu madre está aliviada, y es lógico. Tu hermano tiene la

oportunidad de dar un vuelco a su vida.

Jane cabeceó.

—No sé. Ahora está condenado por robo. Me preocupa que... A mi padrastro lo condenaron injustamente. El estado no llegó a reconocerlo, pero las pruebas eran concluyentes. Él no lo hizo. Pero Jessie sí. Es un delincuente. Un ladrón. Yo no conozco a muchos ladrones que se hayan labrado un buen futuro. ¿Y tú?

—Yo... —Chase se quedó callado y ladeó la cabeza mientras la miraba fijamente—. Estoy seguro

de que...

Jane agitó una mano.

—No te preocupes. Podría haber sido mucho peor. Gracias por pedirle a tu padre que nos ayudara.

Él respiró profundamente.

—A mi padre le ha encantado hacerlo, y ha sido muy bueno para él.

Los dos miraron al señor Chase, que estaba abriendo su segunda botella de cerveza. Jane se encogió un poco al verlo.

—Tal vez pudiera trabajar de detective para la señora Holloway.

—Tal vez —dijo él—. Hace

mucho que le retiraron el carné de conducir, y sin él no puede hacer ese tipo de trabajo. Y, de todos modos, se aburriría después de un tiempo y, entonces... ¿Sabes una cosa? He llegado a entender que no puedo curarlo, e intento no pensar en ello.

—¿Cómo conseguiste superar lo de su alcoholismo?

—No sé si lo he conseguido. Yo... Hace unos años, tenía una relación seria con una chica. Ella tenía que irse a vivir a Utah por cuestiones de trabajo, y yo no fui con ella porque tenía miedo de

dejar a mi padre solo. He cuidado de él desde que tenía nueve años, y no podía marcharme.

Jane asintió. No sabía qué decir. Le parecía raro imaginarse a Chase enamorado de otra mujer, tomándola de la mano, viendo películas y llevándola a presenciar voladuras a las obras. Era algo más que raro. Era horrible.

—Sinceramente, el año pasado estaba muy mal. Estaba tan preocupado por mi padre que no podía dormir. Me sentía culpable cuando no iba a verlo, pero cuando iba, él me pedía que le llevara

cerveza. Entonces, a mí me dolía mucho el estómago, porque pensaba que estaba ayudándolo a matarse. Fui a unas cuantas reuniones de Alcohólicos Anónimos, y las cosas se aclararon un poco. Ahora voy a verlo, pero no le llevo cerveza. No me siento del todo bien, pero me siento mejor al respecto.

—Pero ¿no estás enfadado con él? ¿Cómo has superado la ira?

—No la he superado. Algunas veces, tengo un arrebató y me dan ganas de zarandearlo, de gritar y de chillar. Antes tenía un padre de verdad, ¿sabes?

Jane tomó un sorbo de su cerveza para no echarse a llorar.

—Pero ahora, este es el padre que tengo, y puedo aceptarlo o darme contra un muro.

Ella volvió a asentir.

—Tú también debes de haber sentido mucha ira hacia tu madre.

—Oh, sí.

—¿Y cómo la superaste?

Jane lo miró como si estuviera loco. ¿Acaso no podía ver la verdad?

—No la he superado nunca. Todos los días pienso en cómo podría haber sido mi vida si no me



hubiera criado a un paso del abismo. Cómo me habría sentido siendo normal, y no una niña que tenía que arreglarse una vez al mes para ir a visitar a extraños que me daban miedo en un sitio que me daba miedo, y habiendo tenido un padre de verdad, y no un padre por correo. Pienso en qué tipo de cosas habría elegido, y...

Tragó saliva.

—Siempre he estado enfadada con ella, pero ya es hora de olvidarlo. También pienso que, cuando tenga todo lo que quiero, será más fácil conectar con ella.

—¿Y lo será?

—Seguramente, no. Yo no dejo de apartarla de mí.

Él le metió un mechón de pelo detrás de la oreja, y aquella caricia se extendió por su piel como el calor del sol.

—¿Y es eso lo que quieres?  
¿Apartarla de ti?

—No lo sé —dijo Jane. Ya no sabía si era mejor huir o acercarse. No tenía ni idea.

—Tenías razón —le dijo Chase—. Eres un desastre emocional.

Aquello le provocó una carcajada de asombro, y Jane se lo

agradeció. Se dio cuenta de que, muy a menudo, Chase la hacía reír cuando estaba a punto de llorar.

—¡Eh, chaval! —dijo alguien, desde el otro lado del césped. Los dos se dieron la vuelta y vieron a Olive, que estaba mirando directamente a Chase.

Él la saludó con la mano.

—¡Hola, abuela Olive!

—Consígueme una cerveza y ven para acá.

—Oh, mierda —murmuró él—. Deséame suerte.

Jane sonrió mientras veía a Chase ir por una cerveza y dirigirse

hacia su abuela.

—¿Dónde está mi cerveza? —  
gritó la anciana, antes de que él  
hubiera llegado a la mitad del  
patio.

—Aquí mismo —dijo,  
mostrándole la botella.

—Entonces, ¿dónde está tu  
cerveza?

Jane siguió a Chase  
despreocupadamente, y escuchó su  
contestación:

—Yo no bebo alcohol.

La abuela Olive entrecerró los  
ojos.

—¿Qué clase de hombre no

bebe cerveza?

Chase se encogió de hombros.

—¿Es que te vuelves violento?

¿No aguantas el alcohol?

—No, señora. Simplemente, no bebo.

—¿Afeminado?

—Eh... no.

—Umm... —farfulló Olive. Le arrebató la cerveza y lo miró de arriba abajo—. Bueno, supongo que, teniendo en cuenta lo grandes que tienes las manos, una mujer puede perdonar ciertos defectos.

Jane intervino antes de que la abuela Olive pudiera explicarle su

teoría sobre la relación entre el tamaño de las manos y de sus partes pudendas.

—Abuela, no beber no tiene nada de malo.

—La cerveza aclara la sangre —dijo Olive, como si la sangre aclarada fuera el máximo exponente de la buena salud.

—No me extraña que estuvieras a punto de desangrarte por ese corte el otro día —murmuró Jane.

—Yo no he estado enferma ni una sola vez en toda mi vida.

Jane puso los ojos en blanco.

—El año pasado estuviste en el

hospital por una neumonía.

—Ummm —refunfuñó Olive—. Eso fue por el polvo de amianto que respiré durante la remodelación del supermercado.

Bueno, a eso no podía responder nada, pero, por lo menos, no estaban hablando de los genitales de Chase.

—Dime, chaval, ¿has visto la película nueva del robot? —preguntó la abuela Olive, y los dos comenzaron a hablar de películas de ciencia ficción. La conversación terminó con Olive colgada del brazo de Chase, riéndose con tantas

ganas que tuvo que sujetarse la dentadura para que no se le saliera.

Mientras observaba la escena, a Jane le latía el corazón con fuerza.

Mac se acercó a ella y le pasó el brazo por los hombros.

—Si a la abuela Olive le cae bien, tal vez debieras quedarte con él.

—Yo estaba pensando justo lo contrario.

—Buena observación.

Ella apoyó la cabeza en el hombro de su padrastro, mientras los árboles iban oscureciéndose con la luz del atardecer.



—Es un buen chico —dijo Mac —. Me cae bien.

—A mí también. Pero no estoy segura de que sea lo que estoy buscando.

—Ya sabía que ibas a decir eso —respondió Mac, y la estrechó contra su costado.

Jane suspiró. A Mac se le daba muy bien ofrecer consuelo sin emitir juicios.

—Algunas veces, nena, tienes que dejar de pensar y hacerle caso al instinto.

Ella cerró los ojos y mantuvo la cabeza apoyada en su pecho. Era un

buen consejo, pero su instinto siempre le decía que corriera como una loca para escapar de los comienzos.

Y, ahora, no sabía lo que hacer.

## Capítulo 19

Jane miró el reloj de la recepción un poco antes de las cinco y media. Todavía no sabía si se estaba imaginando el tictac de la segunda manilla, o si siempre había hecho aquel ruido y ella no lo había notado nunca. El ordenador tenía un reloj digital perfecto. Tal vez debiera tirar el antiguo, para que su sonido no le recordara la amenaza que se cernía sobre ella.

Sin embargo, tirar aquel reloj no iba a impedir que pasara el tiempo. La jornada de trabajo estaba terminando. Su ejecutor aparecería por la puerta de la oficina en algún momento de la próxima media hora.

Jane podía ayudar a Jessie, pero no podía salvarse a sí misma. Se había resignado. Lo único que podía hacer era suavizar el golpe y mitigar el impacto.

Era raro, pero se sentía calmada a la hora de enfrentarse con sus peores miedos. Ni siquiera se le aceleró el pulso cuando llamó

a la puerta del despacho de su jefe.

—¿Señor Jennings? —preguntó —. Necesito hablar con usted.

—Hola —dijo él, mientras hacía clic con el ratón en algún punto de su programa de diseño. Jane se sentó en una de las sillas de su escritorio y esperó pacientemente. Un momento después, él la miró con el ceño fruncido.

—Jane, ¿qué te ocurre?

Ella respiró profundamente, se agarró las manos y dio un salto.

—El motivo por el que he estado varios días sin venir a la

oficina es que a mi hermano lo detuvieron por un robo. Mañana va a declarar que está conforme con los cargos a los solos efectos del procedimiento en curso, porque ha llegado a un trato con la fiscalía, y comenzará a cumplir su condena de nueve meses. Además, mi padrastro es un expresidiario. Y mi padre biológico. Y, antes de cumplir los dieciocho años, me llamaba Dynasty Alexis MacKenzie. Me cambié de nombre el día de mi cumpleaños.

El señor Jennings no se movió. La miró como si estuviera

esperando algo más.

—Esa soy yo —dijo ella, suavemente.

Él frunció el ceño.

—De acuerdo.

—Quería decirle la verdad. Tuve una adolescencia salvaje. Quería dejar todo eso atrás, por eso me cambié de nombre.

—¿Por el de Jane Morgan?

—Sí.

—De acuerdo —dijo él, cabeceando y frunciendo el ceño aún más—. Bueno, esa es la verdad sobre el pasado, pero la verdad actual es Jane Morgan.

A ella se le encogió el corazón.

—Sí.

—No lo entiendo. ¿Tenías miedo de contarme eso?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque nadie lo sabe.

Él sonrió entonces. La sonrisa le iluminó toda la cara.

—Bueno, pues entonces me alegro de que hayas confiado en mí. No se lo voy a decir a nadie. No vas a pedirme que contrate a tu hermano cuando salga de la cárcel, ¿verdad?

—¡Oh, Dios, claro que no!



—¿Necesitas un permiso para ir mañana a su vista?

—Una hora, más o menos.

Él asintió.

—Muy bien.

Y eso fue todo. Lo había hecho. Le había dicho la verdad al señor Jennings. No había sido tan horrible, pero era solo el comienzo. En Aspen, ya había tres personas que sabían la verdad sobre ella, y pronto lo averiguarían muchas más. Las cosas iban a cambiar, y el mensajero de aquel cambio estaba entrando en el estudio en aquel momento, con una sonrisa, cuando

ella cerraba la puerta del despacho del señor Jennings.

—Hola, Jane —dijo Greg, con tanta alegría, que ella experimentó un vértigo momentáneo. Si estaba intentando chantajearla para que se acostara con él, ¿por qué parecía que se había arreglado para ir a una cita formal?

Jane lo miró intentando mantener una expresión impasible.

—Un momento —dijo, mientras se sentaba y descolgaba el auricular para llevar a cabo el último punto de su lista de tareas.

Tenía que llamar a un inspector

de obra que no era de su agrado. Aquel hombre era malhablado y grosero, pero, por una vez, no quería que la conversación terminara. Esperó hasta que él colgara y se oyera un pitido antes de dejar el auricular en el teléfono.

—¿Estás lista? —le preguntó Greg.

Recorrió con la mirada su sencillo traje negro, y apretó un poco los labios, pero no dijo nada. ¿Acaso esperaba que se pusiera algo escotado?

Idiota arrogante.

—¿De verdad vas a hacer esto?

—murmuró ella.

Él sonrió sin el menor rastro de culpabilidad.

—Solo quiero recuperar la relación con mi novia. ¿Qué tiene eso de malo?

Jane se levantó y rodeó el escritorio, para que no hubiera posibilidad de que el señor Jennings los oyera a través de la puerta.

—Hace unos pocos días, me dejaste bien claro que yo no estaba a tu altura, que no podía ser tu novia. Soy una barriobajera, ¿no te acuerdas?

—Ah, sí, claro que me acuerdo  
—dijo él, alegremente.

Estupendo.

Greg miró hacia la puerta del despacho del señor Jennings.

—¿Vamos, o no?

Él ya no podía amenazarla con decirle la verdad al señor Jennings, pero, de todos modos, Jane tomó su bolso y fue hacia la puerta. Tenía que enfrentarse a aquella situación antes de acobardarse, aunque se sintiera muy alarmada.

Aquello era peligroso. Era real. Ella se sentía furiosa, atemorizada y herida, pero aparentó calma

mientras caminaba hacia su coche.

Él le abrió la puerta y, después, se sentó detrás del volante.

—Te he echado de menos —le dijo y, con cara de estar muy satisfecho de sí mismo, se inclinó para darle un beso en los labios.

Ella no sintió nada con aquel beso, ni siquiera repulsión. Tal vez pudieran salvar algo. Tal vez no tuviera que ser todo tan feo.

—Greg, lo siento mucho. De veras.

—No pasa nada —dijo él—. Te perdono.

—Eso no es lo que quiero

decir. Quiero decir que lamento haber tenido que romper contigo, pero no estoy enamorada de ti. Por favor, no hagas esto.

Él apretó la mandíbula.

—Por muy mal que yo haya hecho las cosas —continuó ella—, no tienes derecho a amenazar a mi hermano.

Él se encogió de hombros.

—Hace solo dos semanas estabas en la cama conmigo. No es para tanto.

—Sí es para tanto. Es un chantaje.

A él se le borró la sonrisa de

los labios, y en su cara se reflejó, por fin, el sentimiento de culpabilidad.

—Me hiciste esperar durante meses, y ese tipo... ¿Te estabas acostando con él mientras estabas conmigo?

—¿Con quién? ¿Con Chase? No, por supuesto que no.

—Entonces, a mí me hiciste esperar, pero a un tipo como ese no, ¿verdad? A un perdedor, a un delincuente de los barrios bajos, a ese no le hiciste esperar. ¿Es que yo no soy tan bueno como él?

—No es... Chase no es ningún



delincuente.

Greg soltó un resoplido.

—Es tan horrible como el resto de tu familia. Seguro que es por eso por lo que te gusta. Es una suerte que lo pillaran antes de los dieciocho.

—¿Qué...?

Jane cerró la boca para no formular la pregunta, con la esperanza de que él no se diera cuenta de su asombro. ¿Qué quería decir?

—Bueno, ¿estás lista para que nos marchemos?

—No —susurró ella.

—Vamos, Jane, no te hagas la estrecha —le espetó él—. No sé qué juegucito te traes conmigo, pero no has guardado celibato, precisamente, desde que rompimos. Y, ahora que sé lo que eres, quiero otro revolcón, así que deja de fingir que es ofensivo para tu moralidad.

—¡Lo es!

—Eras mi novia, Jane. No es para tanto. Vamos a pasarlo bien.

—¿O qué?

Él arrancó el motor, ignorándola.

—Tenía que haberme dado cuenta la primera vez que vi tu

cuerpo. Lo llevas en la sangre.

Jane agarró con fuerza su bolso.

—Te estoy diciendo que no —  
insistió.

—Claro que sí. Vas a hacer lo  
que yo diga.

—¿O qué?

—Vamos a salir y a tomar una  
copa. No es nada que no hayamos  
hecho antes. La vista de tu hermano  
es mañana, y las cosas todavía  
podrían torcerse.

—Entiendo. Entonces, ¿es solo  
una noche? ¿Eso es todo lo que  
quieres?

—No. Vas a salir conmigo hasta

que yo me harte. Y, a cambio, yo guardaré todos tus secretos.

Jane respiró profundamente e intentó contener la tormenta de rabia y de dolor que tenía en el pecho.

—Es demasiado tarde. Ya le he dicho la verdad al señor Jennings.

Greg arqueó las cejas.

—¿Ah, sí? ¿Le has contado lo de tu pasado?

—Sí.

—Vaya. Bueno, pues entonces, que quede claro que no puedes acostarte con él mientras estés conmigo, ¿entendido?

—Él no...

—De todos modos, no me refería a eso. Me refería a que ninguno de tus compañeros de instituto sabe cuál es tu nombre actual, Jane Morgan, y estoy segura de que te encantaría que las cosas siguieran así.

Aquello era exactamente lo que ella siempre había temido. Que la gente la señalara, que se rieran de ella y que la llamaran «barriobajera». Que pudieran ver, a través de la fachada de Jane Morgan, a la chica enferma e indigna que había detrás. Que los

hombres la miraran y vieran a alguien que se merecía ser utilizado.

Eso era lo que estaba pensando Greg. Lo veía en sus ojos. «Vas a acostarte conmigo porque solo vales para eso. Vas a hacerlo porque no tienes orgullo».

Qué desgraciado.

—Esto es un chantaje, y es ilegal.

—¿Chantaje? —repitió él, y palideció un poco, pero sonrió y cabeceó—. De eso nada. Vamos, Jane. Yo soy soltero, y tú también. ¿Qué tiene de malo que nos

tomemos una copa?

—Me has amenazado.

—¿Con la verdad? Tú eres Dynasty MacKenzie. Tú eres la que le has estado mintiendo a todo el mundo. Tú eres la que se ha comportado de un modo deshonesto y falso. Me mentiste durante toda nuestra relación —prosiguió él, con una mirada de dolor—. Yo no puedo dejarlo así y convencerme de que no ha sucedido nada.

—Lo siento —dijo Jane, y abrió la puerta del coche. Había salido, a medias, cuando él reaccionó.

—¿Qué haces?

Ella cerró la puerta de golpe al mismo tiempo que Greg abría la suya.

—Entra en el coche, Jane.

—No.

—Se lo diré a todo el mundo.

—Hazlo.

—Voy a conseguir que retiren el trato de tu hermano. Cancelaré la vista de mañana.

Jane se quedó helada. Se giró hacia él, midiendo la distancia que los separaba. Cinco metros. Eso era lo suficientemente seguro.

—No, no vas a hacer nada de



eso. Vas a estar demasiado ocupado luchando por conservar tu puesto de trabajo.

Él se echó a reír despreciativamente.

—¿Qué significa eso?

—Significa que tengo una aplicación de grabadora en el teléfono —respondió ella, sacando el móvil del bolso y mostrándoselo—. Lo he grabado todo. Y no quiero que vuelvas a molestarme nunca más.

Él palideció.

—¿Qué? No puedes... No lo has hecho de verdad.

Ella abrió la puerta del estudio.

—Nosotras, las barriobajeras, somos muy retorcidas. Lo llevamos en la sangre. Adiós, Greg.

—Si le envías eso a mi jefe, yo...

Jane cerró la puerta y echó la llave por dentro, por si acaso. Greg pasó de la palidez más absoluta al color magenta ante sus ojos. Ella cerró el teléfono mientras Greg se sacaba el suyo del bolsillo de la chaqueta. Cuando su móvil comenzó a sonar, Jane lo apagó.

Ya no podía esconderse de Dynasty, pero ahora era Jane

Morgan, y estaba decidida a demostrarlo.

## Capítulo 20

Chase llamó a la puerta. Después, esperó a que Jane abriera. Eran las ocho de la tarde, pero la luz de su porche estaba encendida, así que, con suerte, estaría en casa.

Aunque se había pasado toda la semana anterior con ella, desde entonces solo la había visto en la barbacoa, y se sentía un poco nervioso por haber ido a visitarla.

Sin embargo, la fiesta había

sido muy agradable. Por algún motivo, pasar la noche con ella sin ir a su casa después había hecho que se sintiera bien. Y eso era una prueba de que entre ellos había algo más que atracción sexual. Por supuesto, Jane no quería pasar demasiado tiempo con él durante la fiesta de su familia, pero lo había hecho, y él había disfrutado de cada segundo, incluso cuando la abuela Olive le había preguntado si era «afeminado».

Durante aquellos días había tenido que poner al día mucho trabajo administrativo, así que no le

había importado darle un poco de espacio a Jane. Sin embargo, ya estaba listo para dar un paso más.

Por fin, ella abrió la puerta, y Chase sintió un cosquilleo de felicidad al ver que llevaba unos pantalones cortos y una camiseta de deporte.

—Vaya, parece que llego justo a tiempo para la sesión de boxeo.

Jane ladeó la cabeza.

—No te esperaba.

Ay.

—Tengo que decirte algo importante.

Ella asintió.

—De acuerdo. Pasa.

Chase miró hacia atrás mientras entraba en la casa.

—¿Qué tal va todo?

—Bien. En realidad, me alegro de que estés aquí. Yo también quería hablar contigo.

—¿Sobre qué?

Ella vaciló. Abrió los labios un momento, pero, después, cabeceó.

—Tú primero —dijo, haciéndole una seña hacia el sofá.

—De acuerdo —respondió Chase. Se sentó en el sofá, y ella se sentó a su lado—. Ayer, mi padre se enteró de algo, pero yo no quería

decir nada hasta que él tuviera la confirmación. La policía tiene a otro sospechoso.

—¿Quién es?

—No sé cómo se llama. Lo mantienen en secreto porque todavía no lo han detenido.

Jane se miró las manos.

—De acuerdo. De todos modos, es estupendo saberlo. Se lo diré a Jessie.

—Sí, esperemos que ya no vuelvan a investigar a tu hermano para nada. Pero no digas nada que pueda poner sobre aviso al sospechoso.



—Bueno, voy a esperar unos días.

Chase le tomó la mano y le acarició los nudillos con el dedo pulgar.

—¿Estás bien? Tienes cara de cansada.

Ella se encogió de hombros.

—¿De qué querías hablar?

—Yo... —Ella frunció el ceño y miró sus manos entrelazadas—. Necesito...

Jane estaba preocupada por su relación otra vez. Era fácil darse cuenta. Sin embargo, él se había enamorado de ella y no iba a

dejarla escapar tan fácilmente. Aquel era el error que había cometido con su exnovia y, en aquella ocasión, no iba a rendirse sin luchar.

Chase se inclinó hacia ella y la besó. Sabía cómo calmarla. Sabía en qué momento sus neurosis estaban a punto de bloquear sus verdaderos sentimientos. Y sabía muy bien que él era su debilidad, cosa que le entusiasmaba.

Aunque Jane no se apartó, sus labios permanecieron fríos un momento. Después, ya no. Después se volvieron suaves y cálidos, y se

abrieron para él.

Jane correspondió a su beso y dejó que él lo mantuviera lento, cosa poco corriente. Se saborearon el uno al otro durante un largo instante y, después, él se apartó.

—¿Qué te pasa, Jane?

Ella le clavó las yemas de los dedos en la mano y respiró profundamente... pero, entonces, movió la cabeza, como si quisiera negar que estaba disgustada.

—¿Quieres ver una película?

—¿Una película? —preguntó él. Iban a ser las nueve de la noche, y él tenía que estar a las seis de la

mañana en los preparativos de una obra que iba a comenzar—. Sí, me parece un buen plan.

Jane le dio una Coca-cola, light en aquella ocasión, como si la hubiera comprado para él. Después, se sirvió una copa de vino tinto, puso una comedia romántica, se acurrucó contra él, y Chase volvió a verse en el cielo.

Al principio, pensó que iban a recrear la noche del sábado, cuando habían visto la televisión con una relajación platónica. Sin embargo, él ya había visto aquella película, y hacía tanto tiempo que no la

acariciaba... Además, Jane tenía los labios teñidos de rojo por el vino.

Muy pronto, él comenzó a acariciarle la rodilla, casi sin darse cuenta, y la parte interior del muslo. Tenía la impresión de que habían pasado años desde la última vez que la había acariciado así, y se excitó al minuto. Jane tomó su vino y se rio de la película mientras Chase cerraba los ojos y recordaba cómo la había lamido la última vez. Y recordó también los gritos de placer de Jane.

Se obligó a abrir los ojos y a

mirar la pantalla, pero en su mente se estaban reproduciendo otras escenas.

Chase contuvo la respiración, subió un poco más la mano y... ella separó las piernas.

Gracias a Dios. Él dejó de fingir que estaba viendo la película y se giró hacia ella. La besó y la abrazó. Después, la tendió en el sofá y terminó besándola y apretando su cuerpo contra el de ella.

Dios, cuánto había echado de menos su sabor, su contacto y sus sonidos. Su boca dulce, su pelo

suave y sus suspiros ávidos. Jane le pasó las manos por el pecho, y a él se le cortó la respiración. Ella le quitó la camisa y, en aquel momento, Chase se dio cuenta de que sentía tanto deseo como él.

La acarició por todas partes, pasándole las manos por la piel. Le bajó los pantalones cortos y le subió la camisa.

—Jane —murmuró, una y otra vez—. Jane...

En poco tiempo, él se puso un preservativo y se deslizó dentro de su cuerpo.

—Ah, Dios, Jane —susurró él,

y ella lo rodeó con los brazos. Había acariciado hasta el último centímetro de su cuerpo cuando él la tomó y se hundió en ella con fuerza.

Jane le clavó las uñas en la espalda, y sus suspiros se convirtieron en gemidos. Todo su mundo era Jane, y estaba debajo de él, rodeándolo.

Él se movió hacia arriba por su cuerpo, y Jane gritó, pasándole las manos por la espalda, hasta las nalgas. Él notó que ella se contraía a su alrededor. Jane se estremeció, y su grito fue una mezcla de placer



y lágrimas. Justo cuando sus gemidos cesaron, Chase llegó al orgasmo y el mundo desapareció por un momento vertiginoso.

Antes de que él hubiera vuelto a la realidad, Jane se puso rígida debajo de él.

—Tenemos que hablar —dijo, y le empujó por el pecho.

Oh, Dios. ¿De verdad? Él apenas sentía las piernas.

—¡Chase!

Bien, bien. De acuerdo. Tomó aire y se incorporó apoyándose en las manos. Tomó los pantalones vaqueros y fue al baño. Cuando

salió, Jane también se había levantado y se había vestido. Estaba paseándose de un lado a otro como una loca.

Ella se enjugó una lágrima de la mejilla, y a él se le encogió el corazón. Sin embargo, ya no podía seguir eludiendo la verdad.

—Jane, creo que me estoy enamorando de ti.

—¿Qué? ¿Por qué has dicho eso?

—Porque te quiero.

—¡No! —gritó ella.

Chase sabía que era mala idea sonreír, pero no pudo contenerse.

—¡Esto no tiene gracia!

—Caramba, Jane, ¿te pones así cada vez que un hombre te dice que te quiere?

Ella cerró la boca tan rápidamente que él oyó el sonido del choque de sus dientes.

—Lo siento. No puedo hacer esto. Tenemos que dejarlo. Definitivamente.

—Umm, umm.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no te creo.

—¿Por qué?

—No estoy seguro. Tal vez, porque acabamos de hacer el amor.

—No. Hemos mantenido relaciones sexuales, Chase.

Chase sabía que aquello debería hacerle daño, pero era una mentira tan evidente que ni siquiera le afectó. Ella quería romper con él, tal y como había intentado varias veces durante su corta relación, pero no podía hacerlo, porque lo deseaba.

Él le gustaba mucho, y necesitaba su cuerpo, y Chase sabía que, al final, aquellos sentimientos se fundirían en algo mucho más intenso. Eso era lo que le había ocurrido a él.

—Se acabó —insistió Jane.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada. Solo se ha acabado. ¡Se suponía que iba a terminar después de la primera noche!

—Cuando has abierto hoy la puerta, estabas disgustada. ¿Qué ha ocurrido?

Ella cabeceó, se cruzó de brazos y, después, los descruzó. Alzó la barbilla.

—Se lo he dicho al señor Jennings.

—Um... —Chase se sintió avergonzado, como si Quinn

Jennings fuera su padre y acabara de pillarlos juntos—. ¿Le has dicho que nos estamos acostando?

—¡No! Le he contado la verdad sobre mi familia y sobre mi nombre.

—Ah, ya lo entiendo. ¡Eso es fantástico! —exclamó él, e intentó abrazarla—. Estoy muy orgulloso de ti, nena.

Jane levantó las manos para impedirle que se acercara.

—¡No, no es fantástico! Lo de Dynasty MacKenzie ya no es ningún secreto. Tú lo sabes, el señor Jennings también y, ahora, Greg

también lo sabe, y él se lo va a decir a la gente. Tengo que vivir con Dynasty a partir de ahora.

—Puede que eso no sea tan malo, Jane.

—No tienes ni idea de lo horrible que era ella.

—Bueno, yo la conocí...

—Tú me conociste cuando tenía... ¿cuántos, trece o catorce años? Después, pasé dos años más perfeccionando mi faceta de chica mala. Estaba completamente fuera de control. Era algo... No puedo parecerme en nada a ella. No puedo salir con un hombre tatuado, ni

visitar a mi hermano en la cárcel, ni... No puedo. O la gente pensará que no he cambiado.

—Pero, Jane... ¿a quién le importa lo que piense la gente?

—¡A mí! Tú no lo entiendes.

—Pues explícamelo.

Ella tenía los ojos brillantes, casi febriles, llenos de dolor.

—Dime lo que te pasó.

—¡No!

Estaba tan histérica, que Chase la agarró y la aprisionó entre sus brazos. Notó su respiración en el pecho; era como si acabara de correr una carrera. Le clavó los



nudillos en el estómago.

—Jane, necesitas hablar con alguien.

—No necesito que hagas de psicólogo. Sé lo que ocurrió.

Poco a poco, su respiración se fue calmando y, cuando ella quiso separarse de él, Chase se lo permitió.

—Mi padre, mi verdadero padre, me escribía todas las semanas desde la cárcel. Todas las semanas. Yo tenía un montón de fantasías sobre lo bien que lo íbamos a pasar cuando lo dejaran libre. Sobre lo buen padre que

sería. Él alimentó esas fantasías. Entonces, cuando yo cumplí doce años, obtuvo la libertad bajo fianza, y no volví a saber nada de él. Nunca. Él emprendió su nueva vida, y ya no volvió a necesitar a nadie con quien escribirse.

A Chase se le formó un nudo en la garganta.

—Dios, eso es terrible. Debiste sentirte muy mal...

—Por supuesto, no pudo suceder en el peor momento. La pubertad. Yo empecé a ansiar la atención masculina, y tenía el cuerpo adecuado para conseguirla.

Los hombres me deseaban, y a mí me encantaba. Eso es lo que pasó. ¡Se acabó la consulta!

—Pero, Jane... solo eras una niña.

—Claro, cuando tenía doce años, era una niña. Pero, en algún momento, crecí lo suficiente como para darme cuenta de que lo que hacía no estaba bien. En algún momento, ya no pude seguir culpando a mi madre, ni a mi padre, ni a mi pasado. Era yo la que bebía, la que me colocaba y la que me tiraba a hombres que me doblaban la edad...

Oh, Dios...

—¡Y tener que vivir con eso ya es lo suficientemente duro como para que, encima, todos los demás lo sepan!

Ella había vuelto a pasearse de un lado a otro, y tenía los labios muy apretados. Chase recordó lo sexual que era. Una seductora de trece años embarcada en la misión de destruirse a sí misma. Y parecía que lo había conseguido.

—¿Qué te ocurrió a los dieciséis años?

—¡Ja! Yo creía que sabía lo que estaba haciendo. Que podía

arreglármelas en todas las situaciones.

Parecía absurdo, pero tenía miedo. Chase tenía miedo por la niña que había sido Jane. Lo que le hubiera ocurrido, le había ocurrido hacía mucho tiempo, pero el terror le aceleró el pulso a Chase.

—¿Qué te pasó, Jane?

Ella soltó una carcajada que terminó en sollozo.

—Creía que era tan lista...

—Jane...

—Unos tíos me preguntaron si quería ir a una fiesta en Denver, y yo estaba deseando salir de esta

ciudad y divertirme de verdad. Me monté en su coche a medianoche sin pensar en mi familia, ni en mi seguridad, y sin preguntarme quiénes eran aquellos tipos.

Chase se pasó la mano por la cabeza, como si pudiera relajar un poco la tensión que sentía.

—Dios mío.

Ella se había quedado inmóvil, pero él comenzó a pasearse por toda la habitación.

—Fuimos a una casa del centro de Denver. Ellos tenían pastillas y cerveza, y yo me coloqué tanto que me apetecía hacer cualquier cosa.

Hice de todo. Me tiré a tres tíos. En la misma habitación, al mismo tiempo. Así era yo, Chase —dijo ella—. ¡Esa era yo! Y me merecía todo lo que decían de mí. Me merecía que las otras chicas me llamaran «fulana» y que los chicos me preguntaran cuándo iba a hacerles la siguiente mamada.

—Jane...

Él la agarró del brazo e intentó abrazarla, pero ella se zafó.

—¡Eso es lo que era, y no puedo soportar que nadie piense eso de mí otra vez!

—No van a pensarlo —susurró

Chase, y la abrazó de nuevo, antes de que ella pudiera escapar—. No lo van a pensar.

—Solo quiero tener una vida aburrida que no le llame la atención a nadie. Quiero ser una mujer invisible, de las que se confunden con el entorno. No quiero que nadie sepa lo que hay dentro. Nunca. Y tú lo sabes. No puedo estar contigo.

Él le dio un beso en la cabeza.

—¿Preferirías estar con alguien que no te conozca?

—¡Sí!

—¿Qué clase de vida es esa, Jane?



—Una vida tranquila. Y buena.

—No, no es cierto. Va a ser una mentira.

Chase notó que ella estaba temblando, y la llevó al sofá. La obligó a tenderse sobre él, y la abrazó con ternura, acariciándole el pelo, hasta que ella se calmó. Su cuerpo se derritió sobre el de Chase, y su respiración se volvió suave y constante.

—¿Te hicieron daño?

—No. En realidad, no. El daño me lo hice yo. Al día siguiente, no dejaban de decir que sí, que iban a llevarme a casa, pero, de repente,

había oscurecido otra vez. Entonces, me dijeron que no me preocupara, que tenían unos amigos que iban a ir a su casa y que querían conocerme. Que me llevarían a casa al día siguiente. A mí me entró el pánico, y me escapé. Pero estaba en Denver. Allí no conocía a nadie, y no sabía qué hacer, así que estuve vagando por la ciudad varias horas hasta que, al final, me recogió un policía.

—Gracias a Dios.

—Estaba tan cansada y tan asustada, que le conté la verdad de lo que había sucedido. Creía que

iba a ayudarme, ¿sabes?

Chase notó que su alivio se desvanecía al oír la risa amarga de Jane.

—¿Qué quieres decir?

—No fue muy comprensivo. Me llevó a la comisaría, y llamó a Mac para decirle que me iban a acusar de ejercer la prostitución si no iban a buscarme por la mañana.

—¿La prostitución? —Ladró Chase.

Jane asintió contra su pecho.

—Le dijo a Mac que... Le dijo que yo había admitido que me había acostado con tres hombres a la vez

a cambio de drogas. Que fuera a recogerme, o que me acusaría de ejercer la prostitución. Yo quería morirme. No quería que Mac supiera eso.

Chase estaba horrorizado. Le acarició la espalda suavemente.

—Mac fue a buscarme. Yo estaba muy avergonzada. Al principio, él no dijo nada. Solo empezó a conducir. Cuando empezó a salir el sol, se paró en la cuneta, bajó la visera del parabrisas y se giró hacia mí. Me dijo:

—Mírate.

—Clásico movimiento de padre

—susurró Chase, con la esperanza de conseguir que se riera.

Y ella se rio. Solo fue una carcajada muy suave, pero, al menos, se le relajó la espina dorsal.

—Funcionó. Yo me miré, y estaba hecha un asco. Me di cuenta de que él no dudaba de lo que le había dicho el policía, porque mi aspecto era el de una chica dura, triste y ajada. Le dije que todo había sido un error, que yo no quería terminar con aquellos tipos. Y, entonces, Mac empezó a hablar. Él nunca habla, pero ese día habló, despacio y con calma. Me dijo que

quería cuidar de mí, que me quería mucho.

Jane se detuvo y tragó saliva.

—Dijo que sabía que mi padre me había hecho daño, y que yo estaba muy enfadada con mi madre. Me dijo: «Tú le echas en cara a tu madre sus decisiones, pero ella lo intentó. Lo intentó. Y lo que tú estás intentando ahora es destrozarte a ti misma para poder demostrarle que lo hizo mal».

—Ay.

Ella le acarició el antebrazo, con suavidad, ligeramente.

—No me hizo ninguna pregunta,

ni me echó la bronca. Me llevó al hospital de Vail, y les dijo que yo necesitaba hablar con un médico en privado. Se ocupó de mí, Chase. Y, en algún momento de aquel viaje, me di cuenta de que tenía un padre de verdad. Yo no había hecho nada de lo que él pudiera sentirse orgulloso, y siempre lo había rechazado. Había sido horrible, pero él me quería de todos modos.

—¿Y fue eso lo que te hizo cambiar?

—En parte, sí. Yo quería que él se sintiera orgulloso de mí. Quería compensarle por quererme. Y

quería ser mejor que mi madre, en vez de peor. Sobre todo, aquella noche... Cuando se me pasó el efecto de las pastillas, me quedé horrorizada y avergonzada de lo que había hecho. Y tuve mucho miedo de lo que podía haber pasado. También me di cuenta de que aquel policía no me había ayudado porque pensaba que yo me merecía lo que me había ocurrido. Era como si necesitara sentirme así de mal, así de arrastrada, para que alguna emoción atravesara la rabia, el alcohol y la actitud desafiante.

Chase le rozó la frente con los



labios, e inhaló el olor de su pelo.

—No puedo creer que consiguieras recuperarte y cambiar después de todo eso. ¿A los dieciséis años? Es increíble.

Ella, sin darse cuenta, había empezado a acariciarle el borde del tatuaje con las yemas de los dedos, y a Chase se le puso la carne de gallina.

—No sirvió de nada. Eso es lo que quiero que entiendas, Chase. No sirvió de nada que yo hubiera cambiado. Los demás solo veían lo que yo había sido. Mi buen comportamiento suscitaba

sospechas. La gente del colegio y de la ciudad decía que había tenido un hijo, o que me había contagiado del sida, o que había sido prostituta y estaba en libertad condicional. Los chicos con los que iba antes fueron crueles, y las chicas fueron peor aún. Algunas veces, sí importa lo que la gente piense de ti.

—Algunas veces —admitió él —, pero ya no. Ya no tienes dieciséis años. Ya no estás en el instituto. Ahora tienes una buena vida, y deberías estar orgullosa de ti misma.

—Pues, cuando pienso en todo

eso, no lo estoy. Necesito la seguridad que me proporcionan las apariencias. Lo siento, pero esa es la verdad.

—No, no es la verdad, Jane. A mí me encanta la persona que eres ahora, Jane, pero una parte de ese amor se basa en la persona que eras antes, y en los cambios. Yo no conozco a nadie que hubiera podido conseguir tanto por pura fuerza de voluntad. ¿No quieres a alguien que sepa de verdad quién eres? ¿Que te quiera sabiendo quién eres?

—No. Quiero a alguien que ni siquiera sepa que existe ese mundo.

Chase puso los ojos en blanco. Dios, era muy obcecada. Estaba sobre su cuerpo, acariciándole el tatuaje, y diciendo que quería estar con alguien como Ned Flanders.

—Bueno, ¿y qué pasa con el resto de las cosas que quieres? Vas a casarte con un tipo de clase alta y, después, ¿qué? ¿Tendrás a un amante parecido a mí?

—¡No! —dijo ella, y se irguió sobre su pecho para fulminarlo con la mirada—. ¿Por qué iba a hacer eso?

Chase le pasó la mano por la nuca y extendió los dedos sobre su

calor.

—Porque yo te excito. Porque esos tipos de buena familia no te sirven para nada —le dijo, y la atrajo hacia sí, hasta que estuvo a dos centímetros de sus labios—. Buena chica o no, eres demasiado apasionada, Jane.

Intentó besarla, pero ella se giró.

—¡Ya basta!

—¿Quieres vivir toda la vida escondiéndote de ti misma?

—¡Sí! No necesito esto.

—Sí, claro que sí —replicó él, mientras notaba los latidos fuertes

del corazón de Jane contra las costillas—. Te estabas muriendo por esto. Por mí.

Cuando él tiró de ella nuevamente, Jane se resistió, pero, al rozarse sus labios, ella abrió la boca. El beso fue hambriento, duro. Ella lo devoró, agarrándole la cabeza. Ahora, en vez de luchar para apartarse de él, luchaba por fundirse con él.

Aquel beso fue violento, y ella le clavó los dedos en la cabeza, pero a Chase no le importó. Se excitó a los pocos segundos, y sintió euforia por el hecho de que

ella lo utilizara.

Aparte de tomarle la cara con ambas manos, él no la acarició, pero ella sí lo acarició a él. Le pasó las manos por el cuello, por los brazos, por los hombros. Su boca siguió el camino, mordiendo y succionando su piel.

Él cerró los ojos cuando ella llegó al botón de sus pantalones, e inhaló una bocanada de aire al notar que su mano se cerraba alrededor de su miembro.

Ella deslizó la mano hacia abajo, hasta la base de su erección, y volvió a subirla, lentamente.

Observó su propio movimiento, mordiéndose el labio mientras lo acariciaba.

Chase se estremeció al mirarla. Ella tenía las mejillas ruborizadas y los pezones endurecidos bajo la camiseta, y sus dedos lo apretaron con más fuerza.

—Ah, Dios —jadeó él.

Ella lo miró entonces, con una expresión de triunfo. Lo soltó un momento, lo justo para librarse de la camiseta y las bragas, y se inclinó para recoger uno de los preservativos que él había dejado caer junto al sofá antes, en su



urgencia por tomarla.

Cuando volvió a erguirse sobre él, Chase estaba jadeando, pero siguió sin acariciarla. Apretó los puños al notar el contacto de su sexo caliente, cuando ella se deslizó sobre él y lo aprisionó.

Jane echó la cabeza hacia atrás y suspiró, y la tensión de su rostro se relajó. Él sabía conseguir que ella tuviera aquella expresión. Sabía hacerla reír, gritar, sonreír y llorar. La conocía. Aunque a ella no le gustara, él la conocía.

Jane comenzó a moverse sobre él, y Chase permitió que tomara lo

que necesitaba. No fue algo muy difícil, porque Jane era una belleza perdida en su propio placer. El sexo con ella era una belleza, y cada vez le encogía más y más el corazón.

Aunque se había prometido que iba a dejar que Jane lo utilizara a su antojo, no pudo evitar sujetarla por las caderas cuando elevó el cuerpo. Vio el lugar donde se unían sus cuerpos, vio cómo su miembro entraba y salía del sexo de Jane, y fue demasiado para él. Había estado a punto de llegar al orgasmo unos minutos antes, y su cuerpo ya

estaba insoportablemente tenso.

Chase deslizó la mano y le apretó el clítoris con el dedo pulgar.

—Sí —susurró ella, cuando él la acarició—. Chase, por favor. Sí.

Chase se estremeció.

—Sí —repitió ella, una y otra vez, como si fuera un mantra.

Él notó que se contraía alrededor de su cuerpo.

—Nooo —susurró, pero era demasiado tarde. Sus caderas acometieron una última vez el cuerpo de Chase, y ella gritó.

Él consiguió contenerse lo

suficiente como para verla alcanzar el clímax, pero aquella imagen lo impulsó rápidamente hacia el éxtasis.

Jane se desmoronó sobre él, y él abrazó con placer su cuerpo sudoroso.

—Jane —le susurró—, te quiero.

Ella no puso ninguna objeción entonces, aunque se le entrecortó un poco la respiración.

—Te quiero —repitió él—, pero esta es la última vez que voy a dejar que me uses.

Ella se puso tensa.

—¿Qué?

—Si me quieres, Jane, vas a tener que aceptarme entero, incluso las partes que te complican la vida, lo que hace que te sientas avergonzada.

Chase tenía las piernas un poco temblorosas, pero no le quedaba más remedio que levantarse y cumplir su promesa. En aquella ocasión, cuando salió del baño, Jane no estaba paseándose por el salón. Estaba sentada en el sofá, con la cabeza apoyada en las manos.

Él la observó durante un

momento, pero, al ver que ella no lo miraba, se puso la camisa y los zapatos.

—Hablamos más tarde, ¿de acuerdo?

Jane no respondió, así que Chase le besó la coronilla y salió de su casa sin despedirse.

## Capítulo 21

Jane notó que tenía los ojos arenosos e hinchados incluso antes de abrirlos. No era buena señal. Y se sentía como si solo hubiera dormido una hora.

Abrió un párpado y vio que era la una de la madrugada. Era lógico que se sintiera exhausta.

Estaba dejando caer la cabeza en la almohada cuando percibió el brillo de una luz azul. Los números

del reloj eran rojos, y ella no se había dejado ninguna luz encendida al acostarse, así que... ¿de qué podía tratarse?

Frunció el ceño y se giró en la cama para mirar.

Por un momento, solo vio la luz azul. Después, vio la forma de su teléfono móvil y la parte inferior de la cara de un hombre, suavemente iluminada por aquel brillo.

¡Había alguien en su habitación!  
Contuvo un gemido al mismo tiempo que veía una mano apretar uno de los botones. No podía ver nada más.



¿Quién era? Estaba frenética, pero consiguió mantener el ritmo calmado de la respiración para no delatarse ante el intruso. ¿Era el asesino? ¿Estaba desconectando su móvil para que ella no pudiera avisar a la policía?

No podía seguir sin hacer nada. Abrió la boca, tomó aire y vio que el hombre giraba la cabeza hacia ella.

—¡Socorro! —gritó, con todas sus fuerzas—. ¡Socorro!

—Oh, mierda —dijo el hombre, y se abalanzó sobre ella. Su voz le resultaba familiar, pero Jane siguió

gritando.

Una mano le tapó la boca.

—Cállate —le gruñó el intruso

—. No te voy a hacer daño.

¿Greg? Jane le dio una palmada en la mano, intentando morderlo, pero no consiguió atrapar nada de piel entre los dientes.

—Tranquilízate.

Ella cabeceó e intentó agarrarle los brazos, pero Greg descargó todo su peso sobre ella y le atrapó las manos.

—¡Ahhh! —gritó ella, contra su mano.

—Cállate. No grites, y no te

haré nada. ¿Vas a gritar?

Jane negó con la cabeza; tenía la esperanza de que fuera tan tonto como para soltarla, pero él no se movió.

—No voy a permitir que destroces mi carrera profesional por algo que ni siquiera ocurrió, Jane. Solo tienes que borrar la grabación de tu teléfono, y me iré.

Ella asintió y cerró los ojos, esperando a que él quitara la mano de su boda, pero Greg le hundió aún más los dedos en la mejilla.

—No intentes nada, Jane. Ese asesino todavía anda suelto,

¿sabes?

Ella se puso tensa.

—No querrás que te confundan con su última víctima, ¿verdad?

Oh, Dios Santo, ¿la estaba amenazando con matarla? No era posible que Greg tuviera aquel impulso. Sin embargo, ella tampoco se había esperado que la chantajeara, ni que se colara de noche en su casa.

—¿Sabes quién es? —le preguntó Greg—. Un cerrajero. Y yo he utilizado la llave que tienes escondida en el lateral del edificio. No he forzado la puerta. Todo

indicará que ha sido él.

Jane asintió, en aquella ocasión, en serio. Él apartó la mano. Ella pensó en gritar, pero la historia sobre el cerrajero parecía bien meditada, así que decidió poner en práctica otro plan. Había gritado tres veces y, tal vez, los vecinos la hubieran oído.

—Borra la grabación —exigió Greg, tendiéndole el teléfono.

—Esto es absurdo —le dijo ella—. ¿Es que crees que no puedo contarle a la policía lo del chantaje? Por no mencionar que has entrado por la fuerza a mi casa y me

has amenazado.

—Sería tu palabra contra la mía, y tengo que decir que la tuya no vale tanto.

Jane tomó el teléfono, pero Greg la agarró por la muñeca antes de que pudiera apretar cualquier botón.

—Si acercas el dedo al número nueve, te vas a arrepentir.

—Muy bien, pero tengo que llamar al contestador.

—Te estoy vigilando —dijo él.

Jane revisó sus últimas llamadas y, rápidamente, llegó a la que quería. Era arriesgado, pero...

La línea comenzó a sonar. Jane contuvo la respiración, y Greg también. Por fin, alguien descolgó.

—¿Diga?

—¡Chase! —gritó ella, justo cuando Greg gruñía «¡Mierda!», y le quitaba el teléfono de un manotazo—. ¡Es Greg!

Él le dio un puñetazo al teléfono, y la pantalla se apagó.

—¡Zorra! —gritó.

—Eres un idiota —le espetó ella. Y, cuando él se giró con el puño levantado, como si fuera a golpearla, ella le dio un puñetazo. Fuerte. Pero no tan fuerte como

hubiera podido desde aquel ángulo.

Al sentir su mandíbula moverse bajo sus nudillos, su instinto animal se liberó. Jane se puso de rodillas justo cuando Greg se sentaba al borde de la cama, agarrándose la mandíbula con ambas manos.

—¡Eh! —gimió—. ¡Me has pegado!

Poniendo años de práctica en cada movimiento, Jane flexionó el brazo y le golpeó la nariz. El hueso crujió.

Greg gritó.

Su teléfono empezó a sonar.

—Idiota arrogante —murmuró



ella, y encendió la lámpara de la mesilla de noche.

Entonces, vio que Greg iba vestido con un chándal negro y llevaba un gorro negro también. Sin embargo, las manos se le habían puesto rojas de la sangre que fluía de su nariz.

Él se alejó de la cama.

—¡Me has roto la nariz!

Hacia unos segundos, ella estaba intentando dar con la forma de huir de él, pero, en aquel momento, Jane saltó de la cama y lo siguió. Él abrió unos ojos como platos. Antes de que pudiera darse

la vuelta y salir corriendo, ella le dio un puñetazo en el estómago y, cuando él dejó caer las manos, le dio otro en la cara.

Greg cayó hacia atrás, gritando con una voz muy aguda que hizo sonreír a Jane.

—No se te ocurra volver a amenazarme.

Greg se acurrucó en el suelo para protegerse, pero Jane ya había terminado con él. Tomó su teléfono, que por fin se había quedado en silencio, y marcó el número de la policía mientras pasaba por delante de Greg sin el más mínimo

nerviosismo.

Cuando la operadora respondió, Jane ya había cerrado la puerta para no oír los gemidos de Greg, y estaba bajando las escaleras. Informó a la policía de lo ocurrido y colgó rápidamente para poder contestar a la otra llamada, que no dejaba de insistir. Le preocupaba que Chase pensara que la había matado un asesino en serie. Antes de poder hacerlo, oyó el derrape de unos neumáticos delante de su casa, y fue rápidamente a abrir la puerta. Chase estuvo a punto de derribarla.

—¡Jane! —gritó, agarrándola

por los hombros.

Solo llevaba puestos los pantalones del pijama, y nada más. Su pelo, que estaba demasiado corto como para poder revolverse, estaba aplastado en una dirección extraña a un lado de su cabeza.

—Estoy bien —dijo ella. Y era cierto. Se encontraba bien, salvo por el dolor que tenía en la mano derecha.

—¿Qué ha pasado?

—Greg se ha colado en mi casa.

—¿Qué?

—Hoy me había amenazado, y

yo lo grabé todo en el teléfono, y...

—¿Qué? —preguntó él, con una mirada de pánico—. ¿De qué demonios estás hablando?

—Me dijo que, si no me acostaba con él, conseguiría echar por tierra el trato de Jessie con la fiscalía. Pero yo grabé la conversación, y le dije que iba a hacer que lo despidieran.

—Oh, Dios —murmuró él.

—Así que se ha colado en mi casa para obligarme a que borrara la grabación.

Él miró hacia arriba.

—¿Se ha ido?

—No, está en mi habitación, pero...

Chase subió las escaleras tan rápidamente que Jane notó un aire frío en el pijama.

—Ya me he ocupado de él —le dijo, mientras corría escaleras arriba.

Oyó que la puerta se abría de golpe cuando estaba a medio camino. Oyó el grito de miedo de Greg, y el gruñido de Chase.

—¿Qué demonios...?

—Ya te he dicho que me había ocupado de él.

Se detuvo junto al hombro de

Chase, y él la miró con incredulidad.

—¿Tú has hecho eso?

Los dos se giraron para mirar a Greg, que tenía una mano sobre la nariz para contener la hemorragia, y que había estirado el brazo hacia ellos para que Jane se mantuviera alejada.

—Mi-mira... —tartamudeó—, quiero marcharme. No es necesario que esto se sepa... Oh, Dios, creo que tengo rota la mandíbula.

Jane agitó la mano dolorida.

—Eso explicaría por qué me duele tanto.

Greg se encogió.

—No tenemos por qué involucrar a...

Sonó una sirena que interrumpió sus palabras.

Chase la miró de nuevo, tomándole la mano con cuidado.

—Vaya, señorita Jane. Esto sí que es alucinante. Me habría encantado verlo.

Ella puso los ojos en blanco y liberó su mano justo cuando Greg hacía ademán de marcharse. Sin embargo, Chase lo empujó hacia atrás con tanta fuerza que él cayó al suelo y se quedó sentado. Hubo una



salpicadura de sangre de su nariz, provocada por el impacto.

—Quédate ahí, idiota —le dijo Chase.

—Tengo que ir a recibir a la policía —dijo ella, pero, entonces, oyó pasos y alboroto en la entrada—. ¡Estamos aquí arriba! —gritó.

Subieron dos oficiales con las armas en la mano. En cuanto vieron a Chase, lo apuntaron y le gritaron que levantara las manos.

Jane también las levantó.

—¡No es él! El atacante está en el dormitorio —dijo, pero las armas no bajaron—. ¡Él es mi

amigo! El intruso está en mi habitación.

Chase retrocedió hasta que tocó la pared con la espalda, porque parecía que los policías vacilaban a la hora de pasar por delante de él. Cuando vieron a Greg, uno de ellos volvió a apuntar a Chase.

—De verdad —dijo Jane—, el intruso es el hombre del suelo.

Por fin, se centraron en Greg que, al instante, comenzó a hablar de la oficina del fiscal y de sus conocidos del departamento de policía.

Chase agarró del brazo a Jane y

la atrajo hacia sí.

—¿Por qué no me has dicho lo que estaba pasando?

—Ya sabes por qué.

—Demonios, tú dirás que no soy tu novio, pero me has llamado a mí cuando necesitabas ayuda.

La parte emocional de su cerebro comenzó a trabajar de nuevo. A Jane se le llenaron los ojos de lágrimas.

Era cierto. No se le había ocurrido llamar a nadie más que a Chase. Sabía que, si necesitaba ayuda, él la ayudaría.

—Eres un buen tipo —dijo,

torpemente.

—Jane... —respondió él, como si estuviera a punto de perder la paciencia. Sin embargo, al final, la exasperación desapareció de su semblante, y la abrazó—. Dios, me has dado un susto de muerte. Pensaba que... ¿Seguro que estás bien?

—Me duele un poco la mano, pero...

Jane no dijo nada más. Sintió la piel de Chase bajo la mejilla. Su pecho olía a calidez y a sueño. Le rodeó la cintura con los brazos y se aferró a él. Le pareció oír, a lo

lejos, la voz de Greg, que exigía que lo llevaran al hospital.

Jane cerró los ojos, y escuchó los latidos del corazón de Chase. Permanecieron así durante mucho tiempo, hasta que la policía empezó a hacer preguntas. Casi una hora más tarde, los oficiales se marcharon, y ella tuvo que enfrentarse a él a solas.

—¿Quieres que me quede a dormir en el sofá?

—No, tienes que irte. Greg se va a asegurar de que toda la ciudad se entere de mi pasado, y ha habido luces de policía delante de mi

puerta durante una hora. Mis vecinos ya estarán hablando. No pueden verte saliendo de casa a escondidas por la mañana, porque alimentaría los cotilleos.

—Yo no pensaba salir a escondidas.

Ella movió la cabeza y se cruzó de brazos.

—Gracias por venir. Gracias por preocuparte. Pero no puedo estar contigo, Chase. Mi reputación va a quedar hecha trizas.

—¿Y por qué iba yo a contribuir a eso? ¿Por mis tatuajes? La mitad de las chicas de la ciudad

también tienen algún tatuaje, por el amor de Dios.

Ella apretó los brazos sobre el pecho.

—¿Tienes antecedentes penales?

Aquello lo dejó asombrado. Alzó la barbilla.

—¿Cómo?

—Greg dijo que tienes antecedentes penales. ¿Es cierto?

Él se quedó mirándola fijamente, y no dijo nada.

—Oh, Dios mío —murmuró ella—. Nunca te lo había preguntado porque me imaginé que

no te darían permisos para manejar explosivos si tenías antecedentes. Esto es increíble.

—Tenía diecisiete años. Fue mi primer delito. Borraron los antecedentes dos años después.

—¡Eso no significa que no existieran! ¿Qué hiciste?

—Le robé una camioneta a mi jefe...

—¡Oh, perfecto! —exclamó ella, lanzando las manos al aire—. ¡Un ladrón! No me extraña que te lleves tan bien con mi familia.

—Quería ir a Grand Junction para pasar el fin de semana, y



pensaba que no iba a echarla de menos. Él denunció el robo, y a mí me pararon cuando iba a casa. Mi jefe aceptó mis disculpas, y los cargos quedaron reducidos al hurto. Tuve que hacer trabajo comunitario y pagar la reparación a la empresa. No fue para tanto.

—¿Que no fue para tanto? Entonces, ¿por qué no me lo habías contado?

Chase se quedó boquiabierto.

—¿Me estás tomando el pelo? ¡Después de todo lo que tú me has ocultado a mí! Mira, tú no eres la única que tuvo una adolescencia

difícil. Yo también estaba cabreado. Y como estaba gastándome todo el sueldo en el alquiler y la comida desde que tuve mi primer trabajo, pensé que me merecía un poco de diversión. No le des tanta importancia y deja de hacerte la santa.

—¡No me hago la santa! Lo que pasa es que quiero estar con un hombre que nunca haya estado en una celda. ¿Es demasiado pedir?

Chase suspiró.

—Siento no habértelo dicho. No quería decírtelo.

—Así que me lo ocultaste a

propósito.

—Sí. ¿Es que te parezco idiota? Sabía que lo utilizarías de excusa, y eso es lo que estás haciendo ahora. Es una excusa, Jane. Nosotros estamos muy bien juntos, y tú misma has dicho que soy un buen tipo.

—No tiene...

—Y también tenías razón en otra cosa: no ha habido ningún cambio. Lo que tú sientes por mí no ha cambiado, y yo sigo queriéndote. Pero eso no significa que tenga que aguantar estas cosas. Me marcho. Si quieres, llámame cuando estés lista

para hablar como una adulta.

—¡No!

—Ponte hielo en esa mano, nena.

—Chase...

Él se despidió y salió de la casa.

Jane se quedó asombrada. Después de un momento, cerró la puerta y comprobó que las ventanas estaban bien cerradas. La policía ya había encontrado la llave en el bolsillo de Greg, y Jane no tenía intención de llamar a ningún cerrajero.

Sin embargo, estaba inquieta.

Miró el sofá en el que se había ofrecido a dormir Chase.

Había tomado la decisión más acertada. Tenían que romper de una vez por todas. Ella no podía hacer nada por cambiar el pasado, pero sí podía evitar que se mezclara con su futuro.

## Capítulo 22

A mediados de semana, Jane no podía dejar de pensar en Chase. Siempre había pensado mucho en él, durante todo el tiempo que habían pasado juntos, pero, desde que habían roto, se había vuelto algo patológico.

Quería llamarlo. Quería llamarlo y decirle que su madre había ido a su casa. Pero, entonces, tendría que explicarle que su madre

nunca había estado en su casa, y eso era algo horrible, teniendo en cuenta que vivían a veinte minutos la una de la otra.

Jane sirvió dos vasos de limonada y se sentó junto a su madre, en el sofá.

—Bueno, entonces, ¿Jessie tiene buen aspecto?

Su madre asintió.

—Sí. En realidad, muy bueno. Y su abogada dice que, si sigue con un buen comportamiento, seguramente saldrá dentro de seis meses. Eso no está mal.

—No, claro que no.

—¿No vas a ir a verlo? Puede recibir visitas los jueves, hasta las ocho de la tarde. Todavía te queda una hora.

—No creo, mamá. Pero hace unos días le mandé una carta.

—Me dijo que la había recibido. Y gracias por pagar a la abogada. Era muy buena. Algún día, te devolveré el dinero.

—Por favor, no. Quería hacerlo.

—Gracias, pero, de todos modos, voy a intentarlo —  
respondió su madre. Tomó un sorbo de limonada y miró a su alrededor,



nerviosamente—. Tu casa es preciosa, Jane. Como las que salen en la televisión.

—Gracias.

Jane vio a su madre, con las uñas pintadas de rosa fosforescente, tirarse del bajo de la falda, y se le encogió el corazón. Su propia madre estaba nerviosa en su casa. No sabía qué decirle a su hija, y su hija no sabía qué decir, tampoco. Aquello era ridículo. Y vergonzoso.

—¡Oh! —exclamó su madre—. Sabía que quería decirte una cosa. ¿Te acuerdas de la señora Jackson? La vecina que vivía en la casa de al

lado. Vino a verme.

Jane asintió. Intentó disimular la ansiedad que le producía lo que iba a llegar después.

—Me dijo que se había enterado de lo bien que te iba ahora, y que se había puesto muy contenta.

Jane bajó la cabeza. Las historias ya estaban empezando a extenderse.

Aunque Greg había sido acusado de allanamiento de morada, la noticia no había salido en la prensa. Seguramente, la oficina del fiscal del distrito estaba

intentando mantener en secreto todo el asunto. Habían despedido inmediatamente a Greg, y Jane se había enterado, con alivio, de que él había vuelto a casa de sus padres.

Sin embargo, su marcha no cambiaba las cosas. Él le había contado a todo el mundo quién era ella antes de dejar Aspen. Mitch, el dentista, ya la había llamado para preguntarle si estaba bien. Lori se había pasado por el estudio aquel mismo día, después de enterarse de la historia por Quinn. Lori había quitado importancia a las

preocupaciones de Jane y se la había llevado a comer a un restaurante sin inmutarse.

Sin embargo, ella no había disfrutado. Se había pasado toda la comida preguntándose si conocía a los demás comensales, y qué pensaban de ella.

Ya no podía esconderse.

Su madre sonrió y le dio una palmadita en la mano. No parecía que percibiera la angustia de Jane.

—¿Te acuerdas de su hija Patricia? Era más pequeña que tú. Solo tiene veintiún años, pero se ha casado con un egipcio y se ha ido a

vivir a Egipto. ¿Te lo imaginas? ¿Casarse con un hombre de una cultura tan diferente? E irse tan lejos... —Su madre murmuró con desaprobación.

Era asombroso que su madre se escandalizara por el hecho de que una chica se hubiera casado con un egipcio a los veintiún años. Después de todo, ella se había casado con su primer presidiario a los diecinueve. Con tres años menos, su propia hija se había ido de juerga con tres desconocidos.

Su madre siguió hablando de la reciente visita que le había hecho la

señora Jackson a su hija, en Egipto, pero Jane se distrajo recordando el pasado.

Ciertamente, su madre había tomado malas decisiones, pero nunca había tenido a nadie que la guiara.

Perdonarla debería haber sido más fácil, teniendo en cuenta que ella también había cometido muchas estupideces en la vida. Sin embargo, no lo era. Tal vez porque, si Jane perdonaba los errores de su madre, también tendría que perdonarse a sí misma. Y eso le provocaba náuseas.

Tal vez pudiera avanzar paso a paso.

—Mamá, estaba pensando en pedir unas pizzas este fin de semana. ¿Podríamos ver juntos una película, o algo parecido?

Por un momento, pareció que le había propuesto que robaran un banco. Sin embargo, su madre sonrió enseguida. Su sonrisa fue tan grande que le enseñó hasta las encías.

—Sería estupendo, nena. A lo mejor también podíamos invitar a la abuela Olive.

Jane frunció los labios un

instante, pero enseguida consiguió relajarlos.

—Ah, claro. Como tú quieras.

—Se encuentra un poco sola, ahora que Jessie no está.

—Claro. Me parece bien.

—Oh, ¡va a ser muy divertido!

Acaban de sacar *Fast and Furious* en DVD. ¿La has visto?

—Eh... no.

—Muy bien. Yo pido la pizza, y tú traes la película, ¿te parece bien? ¡Estoy muy contenta!

Todo lo que decía su madre hacía que ella se sintiera peor. Por suerte, ya estaba recogiendo el



bolso y el teléfono para marcharse.

—Tengo que ir a casa a preparar la cena para tu padre. Piénsate lo de ir a ver a Jessie, ¿de acuerdo? Nos vemos este fin de semana, hija. Ah, Jane, estoy muy impaciente.

Jane se puso en pie, esperando con azoramiento. Cuando su madre pasó por delante de ella, la abrazó.

—Te quiero, mamá.

—Oh, cariño, ¡eso es precioso!  
¡Yo también te quiero!

—Nos vemos este fin de semana. ¿Os viene bien el sábado?

—Ya nos conoces. Somos un

matrimonio de viejos. Ya solo salimos en la moto los domingos.

En cuanto la puerta se cerró, Jane miró el teléfono. Tenía mucha energía nerviosa, y necesitaba hablar con alguien. ¿Estaría en casa Chase?

No importaba. Ella había roto con él. Él no significaba nada para ella.

Sin embargo, quería contarle a alguien que se había acercado a su madre. Podría llamar a Lori, pero Lori no entendería lo grande que era aquel paso.

Con un suspiro, Jane se acercó

a la mesa y miró el teléfono. Parecía un artefacto inofensivo. La pantalla estaba vacía.

Chase le había dicho que no quería que volviera a utilizarlo, pero eso había sido hacía tres días. Seguramente, ya estaba impaciente. Tal vez pudiera tentarlo para que fuera a darse un revolcón con ella y para mantener una conversación rápida. Solo porque estaba estresada.

Necesitaba que la reconfortaran un poco.

Jane tomó el teléfono y lo abrió. Se había prometido que no iba a

llamarlo, pero podía hacerlo de otro modo.

Buscó su número, y le envió un mensaje de texto.

*¿Quieres venir?*

Contó hasta diez. Después, volvió a contar hasta diez. Entonces, dejó el teléfono en la mesa y se alejó para hacer que pitara. Y funcionó. Jane volvió corriendo y lo tomó en la mano.

*¿Una cena? ¿Un paseo? Hace una espléndida noche.*

Ella frunció el ceño.

*No, solo aquí.*

En aquella ocasión, no soltó el

teléfono. Se quedó mirándolo fijamente, dando golpecitos con el pie en el suelo. Por fin, llegó la respuesta.

*Gracias, pero no. Que duermas bien.*

—Oh, qué cabrito —musitó ella, y tiró el teléfono al sofá—. ¿Qué clase de hombre rechaza el sexo?

Ya no tenía ninguna otra vía de escape. Nada, salvo el boxeo. Y, últimamente, siempre que boxeaba pensaba en Chase. Pero, por lo menos, podría imaginarse que le estaba dando puñetazos en la cara

mientras se torturaba pensando en él.

Aquel pensamiento hizo que se sintiera culpable. La culpabilidad hizo que pensara en su madre y, después, en Jessie. Estaba ahogándose en la culpabilidad y en la impotencia, y necesitaba hacer algo.

Había dado un primer paso con su madre. Las cosas habían terminado con Chase. Pero ¿y Jessie? Miró el reloj.

Su reputación ya estaba por los suelos, así que había jurado que no iba a volver a poner jamás un pie

en la cárcel. Si la veía alguien habría más chismorreos sobre ella, aparte de la historia de su verdadera identidad. Mitch se acordaría de que la había visto en la comisaría. Todo el mundo se preguntaría qué había hecho. Tal vez se preguntarían si estaba siguiendo los pasos de su madre.

No podía ir.

Sin embargo, se había prometido a sí misma que iba a ser mejor hermana, mejor persona. Su relación con Chase había terminado, pero no podía terminar con su hermano, y menos si quería

ayudarlo.

Media hora más tarde, al ver la cara de Jessie, se relajó un poco. Él tenía buen aspecto.

—Hola, hermanita —dijo, al tomar el auricular del viejo teléfono—. No esperaba que vinieras a verme.

—Quería saber cómo estás.

Él se encogió de hombros.

—No demasiado mal, para estar en la cárcel.

—Sí, claro.

—Gracias por la carta.

—De nada —dijo ella—.

¿Necesitas algo?



—Mamá me ha traído tabaco. Tal vez unos cuantos libros. Antes me gustaba leer ciencia ficción, ¿te acuerdas?

Sí, lo recordó de repente. Cuando él tenía trece años, y le había pedido que le dejara ir a dormir a su casa, ella le había dicho que no, como siempre. Y su hermano había tirado uno de aquellos libros a la pared antes de dar un portazo y encerrarse en su habitación.

Jane asintió.

—Voy a enterarme de los libros más leídos ahora.

—Gracias.

Se hizo el silencio entre ellos. Un silencio estúpido, teniendo en cuenta que solo les quedaban unos minutos. Sin embargo, Jane no sabía qué decir.

—¡Eh! —exclamó Jessie, de repente, con una sonrisa—. Me he enterado de que han detenido a un tipo por los asesinatos.

—Por fin —dijo Jane.

—Es genial. Qué alivio.

—Sí, supongo que sí.

—¿Por qué no te alegras?

Jane lo miró a los ojos. Eran los mismos ojos azules y

maravillosos que tenía de pequeño. No quería hacerle daño, pero tampoco quería seguir tratándolo como si fuera un niño.

Irguió los hombros.

—Él fue quien cambió las cerraduras de esas tres mujeres después de que les robaran el bolso.

Jane asintió.

—Se guardó las copias de las llaves.

—Es un desgraciado.

Su hermano no lo entendía, así que Jane tomó aire y se explicó tan claramente como pudo:

—Jessie, si tú no le hubieras robado el bolso a Michelle Brown, tal vez ella estuviera viva ahora.

Su hermano se quedó muy serio. Aquello había sido un golpe para él.

—Yo no quería que sucediera nada de eso.

—Ya lo sé, y la verdad es que, contigo o sin ti, había un asesino que estaba buscando una víctima. Pero tus actos tuvieron consecuencias reales. En primer lugar, puedes destrozarle la vida a una persona si la dejas sin el dinero para pagar el alquiler, o para pagar

la guardería de sus hijos. Y hay cosas peores, cosas que no podemos imaginarnos, como lo que le ocurrió a Michelle. Sé que tú no querías que ocurriera, pero ocurrió, Jessie.

Él miró al mostrador, y se pasó una mano por los ojos. Jane se sentía como si le hubiera clavado un cuchillo en la espalda, pero tenía que hacerlo. Jessie debía pensar de verdad durante el tiempo que estuviera en la cárcel. Ella quería que lamentara los errores que había cometido, y que comenzara una nueva vida. Algunas veces, el

arrepentimiento era un impulso muy grande.

—Te quiero —dijo Jane, justo cuando sonó el timbre.

Jessie alzó la vista. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Siento mucho lo de Michelle. Y siento haberos decepcionado a ti, a papá y a mamá. De verdad, lo siento.

A ella se le cayó una lágrima por la mejilla mientras asentía.

—Vendré a verte la semana que viene, ¿de acuerdo?

Su vida amorosa era una cosa. Podía renunciar a ella, si era

necesario. Pero, su familia... No quería volver a perderlos.

## Capítulo 23

—¡Vaya, qué flores más bonitas! —  
exclamó el señor Jennings cuando  
salió de su despacho.

Jane lanzó una mirada  
fulminante al jarrón de  
maravillosos tulipanes de colores  
que había llegado a las once de la  
mañana.

—Gracias.

—¿Te las ha mandado Chase?

—Ummm... —murmuró ella,



vagamente. Sí, eran de Chase. Y tenían un mensaje encantador: *Tú haces que mi corazón explote. Con amor, Chase.*

El señor Jennings volvió a su despacho, pero salió unos segundos después.

—Tal vez yo también debiera mandarle unas flores a Lori. ¿Crees que le gustaría?

—¡Por supuesto que sí! ¿Quiere que las encargue?

—No, no. Creo que un hombre debe pedir sus flores, ¿no te parece?

—Claro.

La puerta del despacho se cerró, pero volvió a abrirse veinte segundos después.

—Jane, ¿a quién le encargo las flores?

—Ahora mismo le llevo un número —dijo ella, intentando contener la sonrisa.

Unos minutos después, tenía el número de teléfono de una floristería de Tumble Creek, y de su floristería favorita de Aspen.

—Señor Jennings —dijo, al entregárselos—, hay una floristería en Tumble Creek, pero se llama Regalos y aparejos de pesca

Randolph. No estaba muy segura de si...

—¡Ah, el señor Randolph!

Perfecto. Muchas gracias.

—Vende flores y... ¿gusanos?

—Bueno, es un pueblo pequeño. Vas a venir a la fiesta, ¿no? Después de todo, la has organizado tú.

Lori iba de viaje por toda Europa a la semana siguiente. El señor Jennings se reuniría con ella durante dos semanas, pero, antes de que se marchara, él le iba a dar una fiesta de despedida en su piso de Tumble Creek.

—Por supuesto. No me lo perdería por nada del mundo.

—Deberías ir con Chase.

—¡No! Chase y yo no... Solo hemos salido un par de veces juntos. Y ya hemos terminado. Él no es mi tipo, obviamente.

—¿Estás segura? Es un buen chico.

—Señor Jennings, ¡la semana pasada usted pensaba que me maltrataba!

Él se encogió de hombros.

—Bueno, me asusté. Pero es una pena que no haya salido bien. Espero que no te resulte agobiante

cuando él venga por el estudio.

—No, no se preocupe —dijo ella, y salió rápidamente de su despacho. Estaba asombrada. El señor Jennings nunca se enteraba de nada y, de repente, se había convertido en un sabueso—. Increíble —murmuró, mientras se sentaba en su escritorio.

Tenía que quitarse aquel mal hábito de hablar sola. El objetivo de apartar a Chase de su vida era que ella pudiera ser más normal, ¿no? Sin embargo, estaba nerviosa, agitada, llena de energía. Se había hecho adicta al sexo con Chase, y

necesitaba una dosis. Dios, ¿cómo podía ser tan obcecado?

Y ella quería contarle que había ido a ver a Jessie, y que su hermano estaba madurando. Quería contarle que estaba intentando reconciliarse con su madre. Resultaba que el hombre al que había estado utilizando se había convertido en su mejor amigo. Lo conocía desde hacía menos de un mes, pero era su confidente. ¿Acaso no era patético?

Jane suspiró. Por una vez en la vida, el trabajo se le hizo tedioso. Cuando se abrió la puerta, ella estaba junto al archivador más

cercano, sacando las facturas del año anterior. Miró hacia atrás, y vio a Chase en la entrada.

Chase. Él sonrió, y a ella se le aceleró el corazón.

—Hola, señorita Jane.

—Chase —susurró, mirándolo. Se había cortado el pelo. En realidad, casi se había afeitado la cabeza. Parecía que acababa de salir de una película de *Mad Max*. Era... increíblemente atractivo.

Jane carraspeó.

—Señor Chase.

Él observó el jarrón de tulipanes.

—¿Recibiste las flores?

—Sí, gracias.

—Espero que te gusten los tulipanes.

Por fin, ella consiguió reaccionar. Se irguió y se obligó a ser, de nuevo, una secretaria distante y severa.

—No deberías estar aquí.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Tienes que irte. ¡Esto es completamente inapropiado!

—Jane, no he venido para...

La puerta del despacho del señor Jennings se abrió en aquel



momento.

—Hola, Chase.

Jane tuvo que contener un gruñido. Magnífico. Una escenita en la oficina.

El señor Jennings pasó por delante de ella.

—¿Podemos marcharnos ya?

—Sí —respondió Chase.

Jane se quedó inmóvil.

—Un momento, ¿qué ocurre aquí?

Él le guiñó un ojo.

—Vamos a comer, Jane.

¿Quieres venir con nosotros?

—¡No! —gritó Jane. Entonces,

entendió lo que había querido decir: «Espero que no te resulte agobiante...». Fatal—. Señor Jennings, esto no figuraba en su agenda. Yo...

Chase sonrió aún más.

—Oh, márchate —murmuró ella.

—Adiós, señorita Jane —dijo Chase, y le guiñó el ojo de nuevo. Ella se ruborizó.

Sin embargo, cuando él se dio la vuelta para seguir al señor Jennings a la calle, notó calor en otras partes distintas a las mejillas.

Sabía por qué se había cortado

el pelo tan corto. Era un gusano... Con la cabeza casi rapada, ella podía ver perfectamente su tatuaje. La tinta negra se curvaba deliciosamente por su cuello y por la base de su cráneo. Los dibujos iban estrechándose como si fueran llamas, y desaparecían.

Oh, Dios, cuántas ganas tenía de lamerlo... Quería seguir aquella tinta con la lengua, desde su brazo hasta su cráneo. Notaría su pelo áspero en la lengua... Jane se estremeció.

—Oh, fatal —gruñó, pero aquella palabra no le sirvió de

desahogo—. Mierda —añadió.

La palabrota hizo que se sintiera un poco mejor. No mucho, pero sí un poco.

No podía salir con Chase, por mucho que lo echara de menos. Después de tantos años de cambio, no podía rendirse, no podía dejarse derrotar, y menos por un hombre. Le estaría diciendo a todo el mundo que, por mucho que corriera, siempre sería Dynasty Alexis.

Dynasty, a la que le gustaban los hombres grandes con antecedentes penales. Que tenía relaciones sexuales superficiales en

camionetas. Que se excitaba al ver botas con refuerzos metálicos en la puntera, tatuajes y camisetas sucias. Chase sacaba todo aquello a la superficie, y no podía compensar ese mal ni siquiera con su bondad, ni con su generosidad, ni con su amabilidad. No podía.

Se le empañaron los ojos y, diciéndose que era la alergia, y no la emoción, Jane se sonó la nariz y miró la hora. Los hombres se habían ido hacía diez minutos. Esperaría treinta minutos más para irse a comer. No podía ver de nuevo a Chase.

La imagen de aquel tatuaje  
acabaría con ella.

## Capítulo 24

—¿Mamá? —dijo Jane, al abrir la puerta de casa de sus padres y asomar la cabeza—. ¿Papá?

—¡Estamos aquí, cariño! —exclamó su madre, y salió a recibirla.

Llevaba unos zapatos de tacón negro; se había arreglado para su visita. No llevaba escote, sin embargo, y ella supo que había elegido aquel jersey azul tan

sencillo en su honor.

—Van a traer la pizza dentro de un rato —dijo su madre, mientras la abrazaba. Fue un abrazo rápido, como si tuviera miedo de que su hija la rechazara si la abrazaba demasiado fuerte—. Estamos en el salón, mirando fotografías. Quiero terminar de ponerlas en álbumes, con anotaciones.

Jane siguió a su madre, más allá de la cocina, hasta el salón, recordando lo contentas que se habían puesto las dos cuando Mac había anunciado que iba a comprar la casa. Un salón. Una chimenea.



Era como una fantasía.

A los nueve años, Jane había pensado que todo iba a salir bien. Incluso soñaba con que su padre biológico se fuera a vivir a Colorado cuando saliera de la cárcel. Así, ella podría tener en su vida a todos aquellos a quienes quería. A su madre, a su padrastro, a su hermanito y a su papá verdadero, también.

«Cuando salga en libertad condicional, te voy a llevar a Disneylandia, nena».

Recordaba muy bien que había pedido un folleto de Disneylandia.

Lo había guardado durante meses debajo de la almohada.

Absorta en aquellos pensamientos, Jane no se dio cuenta, al principio, de que Mac estaba mirando las fotografías con su madre. Era la abuela Olive. Oh, Dios.

—Mira quién ha decidido honrarnos con su presencia —dijo Olive.

—Abuela —dijo Jane, con un suspiro.

—¿Dónde está tu hombre?

—Chase solo es un amigo.

—Pfff... Incluso a mí me

tentaría un hombre como ese, y tú nunca has sido de las que decían que no a nada.

—Abuela, ya está bien —dijo la madre de Jane.

La anciana se ofendió.

—No es más que la verdad.

Jane llevaba años oyendo eso, así que apretó los dientes y se sentó en una butaca.

Su madre la miró con preocupación.

—¿Qué tal estás? ¿Va todo bien? Ese exnovio tuyo no habrá vuelto a molestarte, ¿verdad?

—No, no. Estoy perfectamente.

Él se ha ido a casa de sus padres, a Fort Collins. Seguro que el fiscal retirará los cargos, pero no creo que vuelva cuando termine su proceso.

—Me alegro —dijo su madre, dándole uno de los álbumes—. Toma, hija. La mayoría de las tuyas están en este.

Jane se alegró de que hubieran terminado las preguntas sobre Chase y sobre Greg, y abrió el álbum. Las primeras páginas estaban llenas de fotografías de Jessie de bebé, y a ella se le escapó la sonrisa en cuanto las vio. Era

adorable. No resultaba difícil imaginarse por qué le había resultado tan fácil meterse a su madre en el bolsillo.

Las fotografías fueron progresando, y apareció ella, sonriente y delgadita, con el pelo aclarado por el sol del verano. En las fotografías de invierno aparecía con una colección de gorros de colores, todos ellos acabados con una borla. Se había olvidado de aquellos gorros. Su madre se había aficionado a hacer punto, y Jane había sido la principal beneficiaria.

—Mamá, ¿ya no haces punto?

—Oh, Dios mío, ¡no he vuelto a tejer desde hace años!

—Deberías intentarlo de nuevo. Siempre estabas feliz con las agujas, delante de la tele.

—Bueno, ahora estoy muy ocupada con el Twitter. No entiendo *Perdidos* sin los mensajes de mis amigas. Y no tengo motivos para tejer. No parece que ni tu hermano ni tú vayáis a darme nietos, por el momento.

Olive intervino.

—Puede que ese Jessie termine con un chaval más pronto que tarde. Aunque, claro, sería ilegítimo.

Pero, seguramente, precioso como un demonio.

Las dos la ignoraron. Jane siguió pasando páginas, y empezó a ver cómo había cambiado con la edad. Sus primeras curvas habían aparecido cuando estaba en cuarto curso, pero seguía siendo una niña. Después, había empezado a ser una Dynasty diferente. En las fotografías aparecía con mucho maquillaje, y con el pelo corto. Tenía una sonrisa dura y coqueta. Muy pronto, había dejado de sonreír, y solo tenía un mohín en los labios, con los ojos entrecerrados y

el pelo decolorado, casi blanco. La niña se había hecho más alta y la ropa, más corta.

Jane cerró el álbum. No podía soportar el arrepentimiento que sentía al ver aquellas fotos.

Respiró profundamente y se dijo que todo aquello había pasado ya. Sin embargo, cuando sonó el timbre, se sobresaltó como si hubiera oído un disparo.

—¡Es la pizza! —exclamó su madre, y se levantó del sofá—. ¡Mac! ¡Ya ha llegado la pizza!

Jane sacó el DVD de su bolso y lo metió en el reproductor. Mac



sacó platos de papel y abrió la pizza, y Jane se sentó a su lado en el sofá.

Una película, cerveza y pizza. Todo el mundo se puso a ver la televisión felizmente. Sin embargo, Jane solo podía pensar en aquellas fotografías. Era tan joven... Un día, era solo una niña y, al día siguiente, estaba arrojándose a los brazos de los chicos... y de los hombres.

Eso ya lo sabía. Sin embargo, las fotografías le habían mostrado algo que había olvidado.

En algún momento, había sido feliz. No de adolescente, pero sí

antes.

Recordó aquellos años terribles, en los que había ido de ciudad en ciudad, de cárcel en cárcel. Recordó a sus nuevos padres, tipos con una mirada dura, y a los guardias armados. Recordó las paredes de las caravanas alquiladas. Pero, durante un tiempo, después de que Mac saliera de la cárcel, se habían convertido en una verdadera familia, y ella había sido feliz.

Tenía una familia, con una casa y un jardín de verdad en el que podía jugar. Tenía su propio

dormitorio, y un padre que vivía con ellas, en casa. Iba al colegio, y le resultaba muy fácil hacer los deberes. Era buena estudiante.

En aquellos cortos años, todo había sido perfecto.

¿Cómo podía haberlo olvidado?

Jane apoyó la cabeza en el hombro de Mac y bebió un poco de cerveza, con la esperanza de que él no se diera cuenta de que se le estaban cayendo las lágrimas. Estaba muy triste, y necesitaba apoyarse en su padre durante unos minutos.

Con todos sus tatuajes de la

cárcel, era el mejor hombre que había conocido en su vida. El mejor.

Entonces, ¿de qué había estado huyendo durante tanto tiempo?

Chase se despertó tarde el domingo por la mañana. Había pasado mala noche, y tenía ojeras. Su padre le había llamado a las diez de la noche, borracho, dándole nuevas ideas para librar a Jessie de la acusación de asesinato. Chase le había recordado que Jessie ya no estaba acusado de asesinato y,

después, había tenido que escuchar a su padre hablando sobre su madre durante un buen rato, antes de colgar.

Aquella llamada lo había desvelado por completo, y no había podido pegar ojo hasta las dos de la madrugada. Ahora eran las nueve, y se sentía como si tuviera resaca, aunque solo pudiera juzgarlo por la mala cara que tenían sus empleados después de un fin de semana.

Con un gruñido, apoyó de nuevo la cabeza en la almohada. Entonces, lo oyó. El suave pitido de su

teléfono. Se inclinó hacia un lado de la cama y alcanzó los pantalones vaqueros. Al sacar el teléfono y mirar la pantalla, su agotamiento se desvaneció como una pesadilla.

Jane.

No creía que lo llamara, un domingo por la mañana, para darse un revolcón. ¿Tal vez lo estaba llamando para otra cosa? Respondió a la llamada y, al oír su voz, sonrió.

—¿Chase?

—Hola, Jane.

—Tienes voz de estar cansado.

¿Qué tal te encuentras?

Chase se estiró, y volvió a tumbarse en el colchón.

—Todavía estoy en la cama.

—Ah.

¿Se lo estaba imaginando desnudo? Él sí se la imaginaba desnuda, tendida a su lado. Demonios.

—¿Te acostaste tarde? —le preguntó ella.

—Sí.

—¿Saliste? —le preguntó, con la voz un poco apagada.

Chase sonrió.

—No. Me quedé en casa, deprimido, echándote de menos y

preguntándome por qué no me llamabas.

—Mira, no tienes por qué hacerte el listo. Puedes salir todo lo que quieras. Es obvio que no tienes por qué darme explicaciones.

—No me estaba haciendo el listo, Jane.

—Oh.

Chase se estiró de nuevo, y se pasó una mano por el estómago.

—Bueno, ¿has llamado solo para saber si te estaba engañando?

—No puedes engañar a alguien que no es tu novia.

—Ummm... Entonces, ¿no te



importaría que saliera con la cajera nueva del supermercado? Es muy mona, y me mira mucho.

Jane no se rio.

—Siempre mira mi pila de comida precocinada y me pregunta por qué no tengo una mujer que me haga la comida.

—Cállate, Chase. Solo quería hablar contigo.

—De acuerdo. ¿Quieres que quedemos en The Stube para desayunar?

Hubo una pausa. Seguramente, se los estaba imaginando a los dos en la cafetería más concurrida de la

ciudad.

—Ya he desayunado —  
murmuró ella.

—Bueno, pues entonces, para  
tomar algo. Un café. O un  
sándwich.

—Chase... no puedo... ¡Te has  
afeitado la cabeza, por el amor de  
Dios! Y sé que lo has hecho para  
desafiarme. ¡Para comprobar si,  
aun así, saldría contigo!

Chase se pasó la mano por lo  
que le quedaba de pelo.

—Me pareció que era hora de  
cambiar. También pensé que mi  
tatuaje podría llamar la atención de

otras chicas complicadas. Parece que la mía me ha abandonado.

—Tienes treinta y cuatro años, y pareces el cantante de un grupo de punk-rock.

—Sí, ya sé cuántos años tengo. También sé que soy un hombre adulto que dirige su propia empresa y que se limpia los mocos él solo, y que puedo hacer lo que me apetezca. Deberías intentarlo alguna vez, Jane. Se llama «vivir tu vida».

—Que te den —dijo ella, sin mucho convencimiento.

—Lo siento, pero ya has

perdido ese tren.

La llamada se cortó en medio del gruñido de Jane. Ella le había colgado. Chase decidió considerarlo una victoria, aunque le doliera el corazón. Estaba intentando no tomárselo personalmente, pero, algunas veces, aquello le hacía mucho daño. El mensaje de Jane estaba muy claro: «No eres lo suficientemente bueno para mí». Aunque supiera que aquello no tenía nada que ver con él, le dolía, y tenía que preguntarse cuánto tiempo más iba a concederle a Jane.

¿Una semana? ¿Un mes?

Pensó en su cuerpo dulce acurrucado contra el suyo, en la cama.

Seguramente, un mes. Jane tenía una naturaleza orgullosa y picajosa que le atraía inmensamente. Era como la dinamita. Parecía inofensiva y fácil de manejar, pero, bajo la superficie, era tan peligrosa que le hacía temblar. Eso le encantaba.

Chase no había soltado el teléfono. Se puso los brazos sobre los ojos para protegerse del sol implacable que entraba por la

ventana, y se sobresaltó cuando su móvil volvió a sonar junto a su oreja.

—¿Diga?

—¿Podemos quedar dentro de media hora?

Chase sonrió al oír aquella malhumorada capitulación.

—¿En The Stube?

—Sí —dijo ella, con amargura. Sin embargo, él estaba dispuesto a conformarse.

—Nos vemos allí, cariño.

Ella volvió a colgar, pero, en aquella ocasión, Chase ni siquiera se inmutó. ¡Ja! Un mes. No había

tenido que esperar ni cinco minutos.

## Capítulo 25

Jane tomó la taza de café humeante y vio a Chase saludar a la encargada de la cafetería. Dios, era guapísimo. Cuando se dirigió hacia su mesa, la encargada se quedó mirando el tatuaje con los ojos abiertos como platos, pero Jane estaba demasiado distraída con su sonrisa como para fijarse en el resto del mundo.

—Buenos días, guapa —dijo él,



y se inclinó para darle un beso rápido antes de que ella pudiera detenerlo.

Cuando Chase se sentó en su silla, Jane miró a su alrededor para ver si alguien lo había visto. Sin embargo, nadie estaba mirándola. Nadie, salvo Chase, cuyos ojos azules se endurecieron un poco al ver su cara de pánico.

—Lo siento —murmuró, aunque no parecía que lo sintiera en absoluto—. ¿Ibas a fingir que solo soy un amigo?

Ella cabeceó, aunque eso era exactamente lo que había pensado.

—No.

Chase frunció el ceño y tomó la carta sin decir una palabra más. La camarera acudió a los treinta segundos, pero él ya había hecho su elección. Jane no pidió nada, pero Chase encargó una enorme cantidad de comida, además de café y zumo de naranja.

—¿Qué tal está tu padre? —le preguntó, cuando no pudo soportar más el silencio.

—Bien.

—¡Me alegro! Puede que esta vez empiece a recuperarse de verdad. Si...

—En realidad, he mentado. No está bien. Anoche me llamó en plena borrachera. Seguramente, eso te da otro motivo para no estar conmigo. El Día de los Abuelos en el colegio sería bastante difícil. ¿Cuál de los dos abuelos daría menos vergüenza? Difícil de decir.

Jane miró su café. Se había angustiado al percibir el dolor de su tono de voz. Chase estaba muy contento hasta que ella se había preocupado por aquel pequeño beso, y lo había estropeado todo.

—Lo siento —dijo.

Chase la miró por encima del

borde de su taza de café. Él la veía por dentro, y no le gustaba lo que estaba viendo.

—¿Por qué me has llamado, Jane? Creía que, tal vez, habías recapacitado, pero me doy cuenta de que no es así.

—Yo... —Jane titubeó. Tenía miedo de decirle que no podía dejar de pensar en él. Que lo echaba de menos, y que, tal vez, había estado equivocada todo el tiempo—. Yo... ¡llamé a mi madre la semana pasada! —exclamó—. La invité a tomar algo a mi casa, y después fui con ellos a ver una

película y a cenar pizza.

—Lo dices como si no lo hubieras hecho nunca —dijo él, dejando la taza en la mesa.

—Es que no lo había hecho nunca.

—Vaya.

—No quiero que pienses que mis problemas tienen algo que ver contigo.

—Sé que no es por mí, pero, de todos modos, no me resulta más fácil aceptar que me traten como a una basura.

—Oh... He intentado explicarte por qué...

—Lo entiendo, Jane. Si no lo entendiera, no estaría aquí.

—Lo siento. Estoy tratando de cambiar. Estoy acercándome a mi madre, pero...

Ambos se quedaron callados. Chase se puso a jugar con un sobrecito de azúcar.

Cuando carraspeó, Jane dio un respingo.

—Mira —dijo él—, siento no haberte contado antes lo de mi arresto. Sabía que no te iba a gustar, así que no te lo dije. Pero te prometo que fue una única vez. Mi jefe ni siquiera me despidió.

Ella asintió. Lo entendía perfectamente. No era tan hipócrita.

—No tienes por qué pedirme disculpas. Yo llevo muchos años guardando secretos...

En aquel momento, la camarera se acercó y puso cuatro platos delante de Chase. Huevos revueltos, tortitas con sirope, tostadas y medio pomelo.

Chase vertió el sirope sobre las tortitas.

—Bueno, ¿y qué tal fue la cena con tu madre?

Ella sintió un gran alivio. No quería discutir. Solo quería hablar

con él.

—Estuvo muy bien. Aunque habría estado mejor si mi abuela Olive se hubiera quedado en su casa.

Él sonrió, y ella notó que le ardía la piel. Por un momento, lo miró mientras comía, y casi sintió celos de las tortitas. Parecía que él estaba disfrutando inmensamente; Jane quería que disfrutara así de ella.

Chase le acercó el plato.

—¿Quieres tomarte el resto?

—No, gracias. No tengo hambre.



—Entonces, ¿por qué miras así las tortitas?

Fatal. Jane aceptó las tortitas con tal de no tener que decirle que se moría de hambre, pero por él.

Siguieron comiendo unos minutos, hasta que él volvió a carraspear.

—Bueno, ¿y por qué me has llamado?

«Porque te echo tanto de menos que no puedo soportarlo».

—Quería hablar.

Él dejó su tenedor en el plato.

—¿Sobre qué?

«Sobre cualquier cosa».

—Vamos, come. No quiero que se te enfríe el desayuno.

Él tomó el tenedor y empezó a comer huevos revueltos.

Jane empezó a hablar de cosas sencillas. Le habló sobre el viaje que Lori iba a hacer a Europa, y le dijo que Quinn iba a reunirse con ella en España, porque él había pasado allí un año cuando estudiaba en la universidad. Después, le puso al día de la situación de Jessie.

—Le ha escrito una carta a la familia de Michelle Brown.

Él arqueó las cejas.

—¿De veras?

—Sí. Quería disculparse por su responsabilidad en lo que ocurrió. La abogada le dijo que eso podía acarrearle una demanda judicial, pero Jessie dijo que, de todos modos, no tenía nada que perder, y le escribió a la familia para decirles que lo sentía.

—Eso está muy bien.

Después, a Jane no le quedaba nada fácil de lo que hablar. Quería alargar el brazo y acariciarlo, pero ella misma había trazado un límite entre ellos y, ¿cómo iba a cruzarlo?

—He estado pensando en mi

madre —dijo—. Cuando fui a cenar con ellos, habían sacado las fotografías familiares. Y me di cuenta de una cosa, mientras las estaba viendo.

—¿De qué?

—Creo que hubo unos cuantos años de los que me había olvidado. Tal vez los olvidara porque no ocurrió nada dramático en esos años, y todo iba bien. Entonces, al ver esas fotos, me di cuenta de que, tal vez, he estado enfadada con la persona equivocada demasiado tiempo. Mi madre cometió errores, sí, pero ella estuvo ahí, y... creo

que, en realidad, yo era feliz.

—Pero... hablaste sobre los cambios de ciudad, sobre las visitas a las cárceles...

—Eso fue muy malo, sí. Pero, después de que Mac saliera de la cárcel y de que naciera Jessie... fuimos una familia. Y todo fue realmente bien hasta que mi padre biológico salió en libertad condicional. Mi padre...

Jane alzó la vista, y se dio cuenta de que él la estaba mirando fijamente. Sin embargo, Chase bajó los ojos para que ella continuara.

—Aprendí a escribir cuando

tenía cuatro años, y comencé a enviarle cartas. Él me respondía todas las semanas. Me decía que estaba orgulloso de mí, que me quería y que, algún día, haríamos cosas estupendas. Sin embargo, desapareció en cuanto salió de prisión. Tenía mejores cosas que hacer, y no necesitaba a una niña que le distrajera. Yo me enfadé con él, pero creo que, en el fondo, culpé a mi madre.

—¿Por elegirlo a él?

—Sí. Era culpa de mi madre que él fuera mi padre. Aunque, en realidad, creo que la culpé porque

estaba ahí, y era más fácil odiarla a ella. Pero he estado enfadada toda la vida con una persona que no lo merecía... Es horrible, ¿verdad? Es horrible.

Oyó que él dejaba el tenedor en el plato, pero no podía ver mucho a través de las lágrimas.

—Jane, tienes que hablar con tu madre.

Ella intentó contener las lágrimas.

—No puedo. No sé qué decirle.

—Dile lo que me has dicho a mí.

—No quiero admitir que soy

una mala persona. ¿Cómo voy a admitir eso? «Mamá, soy una persona horrible. Perdóname».

—Oh, vamos. Tú no eres una mala persona, Jane. Por Dios — dijo, y le tomó la mano—. No llores.

—Claro que lo soy. Tú me gustas muchísimo, pero intento convencerme de que no puede ser, porque tú tienes que ser un hombre que venga de una familia estable. Un hombre con un pasado limpio, refinado, educado y bien establecido. Como yo no lo soy, necesito que tú sí lo seas. Yo sola,



no soy más que una chica de clase baja con un pasado sórdido que ha tenido la suerte de encontrar un buen trabajo.

—Jane, mírame.

Ella tomó una servilleta y se enjugó las lágrimas. Después, elevó la mirada hasta su boca, pero no más allá. Chase se encorvó para que tuviera que mirarlo a los ojos.

—¿Oyes lo que estás diciendo, Jane?

—¿Qué?

—Estás buscando a un hombre que te arregle.

—¡No! No quiero a un hombre

que me arregle. No soy idiota. Quiero a un hombre que me permita esconderme tras él.

Chase arqueó mucho las cejas, y sonrió. Jane estuvo a punto de sonreír, también.

—Jane, no soy psiquiatra, pero estoy seguro de que estás verdaderamente chiflada.

—¡Cállate!

—Es cierto. Tía, si no estuviera ya enamorado de ti, saldría corriendo.

Por primera vez, el hecho de oír aquellas palabras no hizo que sintiera náuseas. En realidad, sintió

una deliciosa calidez por dentro. Estaba aterrorizada, pero se sentía bien.

—¿Tú me quieres? —le preguntó él, suavemente.

Bien, ya había llegado la parte más terrorífica. Por mucho que hubiera intentado convencerse de que solo deseaba su cuerpo, Jane tenía que admitir la verdad: deseaba mucho más hablar con él, tomarlo de la mano, ver una película entre sus brazos. Y, sí, también quería acostarse con él, porque él usaba su cuerpo como a ella le gustaba y, después, le

hablaba de amor.

—No importa —susurró.

—Claro, es totalmente intrascendente, pero sígueme la corriente, por favor.

Lo quería. Lo quería mucho. Incluso las cosas que podían causarle rechazo hacían que se le acelerara el corazón de alegría. Sus manos encallecidas y sus camisas llenas de polvo. Sus botas con barro y los tatuajes. Y aquel pelo rapado, que la excitaba de un modo increíble.

—Tú deberías odiarme por la forma en que te he tratado.

Chase se encogió de hombros.

—Soy muy duro.

—Yo estoy asustada, Chase. No sé si voy a poder hacer esto.

—Cambiate toda tu vida cuando tenías dieciséis años. ¿De verdad piensas que no puedes cambiar tus hábitos sentimentales a los treinta?

—Veintinueve —murmuró ella.

Él guiñó un ojo.

—Ya lo sé.

—Si te quisiera, tendría que ser yo durante el resto de mi vida. Yo, de verdad.

—¿Y no crees que ya es hora de

que empieces?

—Oh, Dios... Tal vez. Tal vez pueda intentarlo.

Chase sonrió, aunque no parecía que estuviera tan sorprendido como ella esperaba.

—¿Podrías concederme un par de días más? Tenías razón. Antes, tengo que aclararme un par de cosas en la cabeza.

—Claro. Puedo esperar dos días.

Ella tomó su bolso, con una mezcla de esperanza y de terror en el pecho.

—Pero... —Chase la detuvo

tomándola por la muñeca cuando ella se levantaba de la mesa—, voy a dejarme crecer el pelo la semana que viene, así que será mejor que te decidas rápidamente.

Ella miró su cabeza tatuada, y se humedeció los labios.

—Vas a perder tu oportunidad, nena.

Él lo sabía. Sabía que ella quería mordisquearlo y lamerlo, que quería ver aquel tatuaje entre sus piernas... Dios, qué arrogante era.

Él tiró de su mano y le besó la muñeca.

—Chase —susurró ella.

Él apretó la sonrisa contra su piel.

—Esta vez no has mirado a tu alrededor, Jane. ¿Y si la gente nos está observando?

Ella agitó la cabeza; estaba demasiado absorta en el contacto de los labios de Chase con su pulso.

—¿Quieres tocarlo? —le preguntó él.

Pero Jane apartó la mano. Tenía miedo de que las cosas se descontrolaran si empezaba a acariciarlo.



—Te llamaré pronto.

—De acuerdo.

Ella quería quedarse, pero, si se quedaba, él la hipnotizaría con sus ojos azules y su sonrisa. Dio un paso. Después, otro.

—¿Jane? —dijo él.

Ella se dio la vuelta.

—Soy licenciado en Geología, así que puedes utilizarme para mejorar tu educación cuando quieras.

—¿Qué?

—¿Crees que le dejan usar la dinamita a cualquiera?

—Yo...

—Si quieres, puedo hacerme un tatuaje en el otro brazo: *Licenciado universitario y aprobado por Jane Morgan*.

Ella lo miró con espanto.

—¡Ja! Eres una esnob. También dejan entrar a los tíos tatuados a la universidad. La llamaré después, para ver qué tal está, señorita Jane.

Y, con otro guiño, Chase volvió a concentrarse en su desayuno.

Jane se quedó en mitad de la cafetería, mirándolo. Cuando, por fin, se recuperó lo suficiente como para pensar, miró a su alrededor. Sí, claro, algunas personas se

habían quedado mirándola a ella, casi todas con sonrisitas. Volvió a mirar a Chase, con sus músculos y su camiseta, con los tatuajes negros, con su aspecto de delincuente punk.

Entonces, captó la mirada divertida de una mujer, y todo su miedo le pareció patético. Algo que podía ignorar fácilmente. De repente, sonrió.

Aquel hombre grande, impresionante y de aspecto intimidante, sería suyo si tenía el valor de aceptarlo. Y no tenía nada que ver con su licenciatura. Aquella gente no sabía nada de que Chase

tuviera estudios superiores y, de todos modos, ella se sentía orgullosa de él.

Al salir de la cafetería, se sentía valiente. Sabía que, si quería disfrutar del tatuaje de Chase otra vez, tenía que superar sus terrores. Tal vez aquel fuera el mejor incentivo del mundo y, tal vez, hubiera esperanza para ella, después de todo.

Veinticuatro horas después de su primera visita a su madre, Jane había vuelto al sofá del salón de

sus padres. Había ido allí a enfrentarse con sus demonios, pero la batalla no era demasiado dramática. Su madre había salido a hacer la compra y Mac estaba trabajando, así que ella estaba allí, a solas, con el álbum de fotos en las manos. Se oía el tintineo del metal, y la vibración de las herramientas eléctricas. Una moto pasó por delante de la casa y aminoró la velocidad para girar hacia el taller de Mac.

Todo eran sonidos familiares.

Después de cambiar de vida y dejar de acostarse con hombres a

quienes no conocía, Jane había dejado de ir al taller a ver a Mac. En demasiadas ocasiones, el cliente era un motorista con el que ella se había enrollado en algún bar. En demasiadas ocasiones, había tenido que salir rápidamente del taller, con la esperanza de que Mac no se diera cuenta de que el motero la miraba con el brillo del reconocimiento en los ojos.

Al recordarlo, no podía creer que hubiera escapado de aquella vida sana y salva. Había tenido una segunda oportunidad, y se había aferrado a ella con desesperación.

Jane observó la foto que había estado mirando durante los últimos quince minutos. En ella, estaba con su familia, pero no se había dado cuenta de que iban a tomar la fotografía y, en vez de mirar a la cámara con desafío, con desdén o con un mohín, estaba sentada en el capó del coche de Mac, mirando a lo lejos. Tenía las rodillas flexionadas contra el pecho y los brazos alrededor de las piernas. Sin la fachada de arrogancia, parecía muy joven. Y triste. Y perdida. Parecía una niña, y los hombres que la habían tocado deberían haber ido

a la cárcel.

Pasó un dedo por el borde de la foto. Chase tenía razón. No era más que una niña. Y, si ella viera a una chica de aquella edad en Ryders, hoy día, sentiría mucha pena por ella. Sentiría que era una chica que necesitaba ayuda, no una chica que nunca debería ser perdonada.

«Si perdono a mi madre, tendré que perdonarme a mí misma».

Volvió a oírse el rugido de un motor. Aquel sonido habría atravesado la ventana aunque hubiera estado cerrada.

Si quería, podía ir al taller de



Mac. Nadie iba a reconocerla, aunque supieran cuál era el nuevo nombre de Dynasty. Pero aquello era una trampa 22. Si quería mantenerse separada de su pasado, no podía estar con su padrastro. No podía ser la hija de Mac. No podía ser la hermana de Jessie. No podía ser ella misma, o tendría que ser Dynasty, también.

De repente, se abrió la puerta de la casa.

—¿Jane?

—¡Estoy aquí, mamá!

—Mac me ha dicho que me estabas esperando —dijo su madre,

y entró con dos bolsas llenas de comida en cada mano.

—Deja que te ayude —dijo Jane, poniéndose en pie.

—Gracias, cariño.

Jane ayudó a su madre a guardar la compra en la cocina. Sorprendentemente, recordaba el sitio que ocupaba cada cosa.

—Me ha llamado Jessie —le dijo su madre—. ¿Has oído que ya han detenido al cerrajero? Tu hermano está muy aliviado. Tenía miedo porque tú vives sola. Todos estábamos preocupados.

—Yo estoy muy bien, mamá.

—¿Seguro? Últimamente estás muy rara. ¿Va todo bien?

Jane miró el interior del armario al meter una caja de cereales. Eran los mismos cereales que Mac desayunaba desde hacía veinte años.

—Lo siento, mamá.

—¿El qué, nena?

—Siento la clase de persona que he sido.

—¿Qué?

—Y siento haber sido tan mala contigo.

—Cariño, tú no has sido mala conmigo.

Por fin, Jane pudo cerrar el armario y volverse hacia su madre, que la estaba mirando con angustia.

—He estado enfadada contigo desde que tenía doce años, y me he separado de ti para no tener que pensar en ello, pero tú no te lo mereces. Lo siento.

—Bueno, tú estabas ocupada con tu nueva vida, nena. No pasa nada.

—No, mamá. No me disculpes. Vivo a veinte minutos de aquí. No he estado tan ocupada.

Su madre bajó la mirada y asintió.

—Estoy intentando cambiar las cosas, pero, primero, quería que supieras que pensaba que estaba enfadada contigo, cuando, en realidad, estaba enfadada conmigo misma. Era más fácil sentir rencor hacia ti que admitir la verdad. Y la verdad es que me odiaba a mí misma.

—Oh, Jane —dijo su madre, abrazándola—. No digas eso. Eres tan lista, tan guapa y tan fuerte...

—Es la verdad. Me odiaba a mí misma, pero creo que también voy a solucionar eso. Solo era una niña. Los adolescentes cometen

estupideces todo el tiempo. Es parte de la vida.

—¿A qué te refieres? ¿Qué pasó?

Jane cabeceó. Si su madre quería fingir que no se había enterado de nada, ella se lo permitiría.

—Solo los problemas de hacerse mayor, mamá. Ya no importa —dijo, y la estrechó entre sus brazos—. Te quiero.

—Yo también te quiero, pero eso ya lo sabes. Siempre nos hemos tenido la una a la otra, ¿no?

Eso era cierto. Su madre no

siempre estaba por ahí, con un novio nuevo cada semana. Ella había trabajado, y había pasado mucho tiempo con Jane.

Su madre dio un paso atrás, tomó a Jane de la mano y la llevó hacia la mesa de la cocina.

—Tú eres mucho más lista de lo que yo fui nunca. Y mucho más decidida. ¿Sabes por qué me casé con tu padre?

Jane contuvo la respiración, intentando que se le calmaran los latidos acelerados del corazón.

—No.

—Mi padrastro... Tú no

llegaste a conocerlo, pero no era una buena persona. Pegaba a mi madre cuando se emborrachaba, y se iba con otras mujeres cuando estaba sereno. Y, algunas veces... algunas veces me prestaba demasiada atención a mí, ¿entiendes?

Ella le apretó los dedos a su madre.

—Yo no confiaba en los hombres. Me gustaban, pero me sentía nerviosa con ellos. Nunca sabía lo que podía esperar de ellos. Como tu padre... Lo conocí antes de que lo metieran en la cárcel. Era



temerario y arrogante, pero también era encantador. Salimos una vez, pero él tenía muchas novias. Yo sabía que nunca se quedaría conmigo. Supongo que era demasiado... insignificante para él. Sin embargo, cuando lo arrestaron, le escribí una carta. Pensé que le vendría bien tener muestras de amistad. Y él me respondió, Jane. Me escribió muchas cartas, y me dijo que me quería. Me pidió que me casara con él. Creo que debió de pensar que yo era tan insignificante que estaría dispuesta a casarme con un hombre al que le

iba a caer una condena de veinte años. Y lo era. A mí me asustaban los hombres, pero necesitaba a alguien que me quisiera, y aquel hombre guapísimo y salvaje me había elegido a mí.

—Por eso te casaste con él — dijo Jane. Tenía un nudo en la garganta, porque había reconocido la triste necesidad que había en el tono de voz de su madre. Ella también sabía lo que era sentirse indigna y, de todos modos, tener la necesidad de sentirse amada.

—Me casé con él. Y tú naciste de aquel matrimonio, y yo me sentí

feliz. Pero tu padre empezó a enfadarse cada vez más frecuentemente. Decía que yo no le escribía tanto, y que ponía demasiadas excusas para no ir a verlo. Yo me cansé de tener tantas discusiones. La vecina de al lado también estaba casada con un presidiario y, además, tenía un hermano en una cárcel de Texas. Empecé a escribirme con él. No sé qué es lo que estaba buscando, pero seguí buscando.

Jane asintió.

—Y, entonces, conocí a Mac, y ya sabes lo que ocurrió después.

—¿Y por qué te quedaste con Mac después de que saliera de la cárcel? Yo siempre pensaba que un día, cuando él se fuera a trabajar, haríamos las maletas y nos iríamos.

Su madre frunció el ceño.

—¿Tú querías que nos marcháramos?

—Al principio, sí. Nunca habíamos vivido con un hombre. Y me daba miedo.

Su madre se echó a reír, pero la carcajada se convirtió en un sollozo, y tuvo que apretarse los labios con los dedos. Se le cayeron las lágrimas, aunque consiguió

sonreír.

—Yo también tenía miedo. Al principio estaba tan horrorizada, que no sabía qué hacer. Me decía que, la primera vez que me pegara, nos íbamos de aquí. Pero eso no sucedió, y me dije que nos iríamos en cuanto te dijera una mala palabra. Pero eso tampoco sucedió. Mac era como en sus cartas, bueno y considerado. Después de un tiempo, me di cuenta de que me sentía a salvo con él, aunque ya no estuviera entre rejas.

Su madre agitó la cabeza y se enjugó las lágrimas.

—No sé lo que habría sido de nosotras sin Mac. Pero yo... siento mucho todo lo que ocurrió antes de que él llegara, nena. Creía que te estaba protegiendo al vivir sin un hombre al lado. Creía que era lo mejor, pero me parece que no entendía nada.

—Hiciste todo lo que podías —susurró Jane. Por fin, lo creía de verdad.

—Sí, lo hice, pero no es nada comparado con todo lo que has hecho tú. Me siento tan orgullosa de ti...

Se abrazaron, y lloraron juntas.

Después, Jane fue al taller, a ver trabajar a Mac. Antes de convertirse en una adolescente llena de ira, aquel había sido su pasatiempo favorito, y era el lugar perfecto para reunir el valor que necesitaba antes de dar el siguiente paso.

Chase terminó de lavar los platos de su padre. Después, tardó mucho tiempo en secarse las manos. Cuando se diera la vuelta, iba a encontrarse con la imagen de su padre temblando.

Chase se sentía estúpido por haber pensado que tendrían una agradable cena de domingo juntos. Aquella tarde, cuando su padre le había pedido que fuera a verlo, no le había pedido alcohol. Su padre estaba intentando mantenerse sobrio y, a las seis de la tarde, habían empezado los temblores. Ahora estaba allí sentado, con una lata de cerveza abierta en la mano, cuyo contenido salpicaba el sofá a cada temblor.

—Lo siento —dijo su padre, apartando la mirada.

—No puedes hacer esto tú solo,



papá.

—¡No voy a ponerme en manos de nadie! —le espetó su padre—. No es una enfermedad. Es un defecto.

—Bueno, llámalo como quieras —dijo Chase. Abrió un cajón y sacó un taco de folletos—. Hay otros programas, aparte de los de Alcohólicos Anónimos. No tienes que hacerlo de ese modo, si no quieres.

Dejó los folletos sobre la mesa, pero su padre los miró como si fueran residuos químicos.

—¿Te lo vas a pensar?

—Sí, sí.

—Has ayudado a detener a un asesino, papá. Todavía puedes hacer algo con tu vida. No tiene que ser así para siempre.

Cuando sonó su móvil, se lo sacó del bolsillo con una sensación de alivio. Y aquel alivio se transformó en felicidad al ver que tenía un mensaje de Jane.

*¿Dónde estás?*

A Chase estuvo a punto de caérsele el teléfono al abrir el teclado.

*En casa de mi padre.*

*¿Puedo ir?*

Chase miró a su padre, que estaba inclinándose para tomar una de las latas de cerveza sin abrir que había a sus pies. Se le estaban calmando los temblores, pero tenía todo el pantalón mojado de cerveza.

*¿Nos vemos fuera de la caravana?*

Ahora era él el que escondía a su familia. Maravilloso.

Cinco minutos después, oyó el motor de su coche, y salió a recibirla con una sonrisa.

—Qué rápida.

—Estaba en casa de mi madre.

—¿Ah, sí?

Ella se encogió de hombros, y se detuvo a unos tres metros de él.

«Va a dejarme definitivamente», pensó él, y sintió una increíble tensión en los músculos.

Jane miró hacia el oeste. Estaba empezando a atardecer; el sol se ocultaba entre los picos nevados de las montañas. Ella señaló su camioneta con un gesto de la cabeza.

—¿Quieres sentarte ahí conmigo?

—Claro.

Él había pensado que se refería

a la cabina, pero Jane se impulsó hasta el capó con ambas manos y se apoyó en el parabrisas. Chase arqueó una ceja.

—Me gusta estar aquí arriba. Quiero ver el atardecer.

—De acuerdo.

Chase se sentó a su lado. Todavía estaba sumido en la incertidumbre. Las conversaciones serias podían terminar de muchas formas.

Jane tomó aire.

—Te quiero —dijo, sin rodeos.

Chase esperó. Intentó protegerse el corazón contra sus

palabras. Aunque hubiera dicho eso, podía continuar con un «pero».

Jane se volvió hacia él y tomó una de sus manos, con una sonrisa nerviosa en los labios.

—Te quiero.

—¿Y?

Ella se rio.

—Te quiero, y me gustaría ser tu novia. Si estás dispuesto.

Él le estaba apretando demasiado la mano, pero, cuando intentó relajar los dedos, se dio cuenta de que era ella quien estaba apretándolo a él.

—¿En público?

—Sí.

Él no se atrevía a dar rienda suelta a su felicidad, a pesar de que se le había formado un grito en la garganta. La miró con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué?

—Porque te quiero. Y me conoces. Y estoy preparada. Yo creía que había dejado a esa chica a la que odiaba muy lejos, pero... en realidad, lo único que hacía era hundirme más y más en ella. Me he estado escondiendo de todo lo que me asustaba. Ahora estoy lista para crecer. Ya no quiero estar asustada.

Él asintió.

—Bueno. Me alegro. Pero no quiero que me uses más. No quiero ser tu terapia, Jane.

Ella alzó la mano hasta su cara y le acarició la mejilla. Y él, sin poder evitarlo, cerró los ojos para poder concentrarse en el contacto con su piel.

—No voy a negar que tengo que resolver unos cuantos problemas, pero te prometo que no voy a volver a utilizarte. Siento mucho haberlo hecho. Te quiero muchísimo, y eso que he estado intentando luchar contra ello. Yo...



quiero saber lo bien que me sentiría sin tener que luchar contra ti, Chase. Siento haber sido tan cruel contigo. ¿Podrás perdonarme?

—No tengo nada que perdonarte —dijo él, girando la cara para besarle la palma de la mano—. Si tú no me hubieras usado, ahora no estaría enamorado de ti.

Entonces, ella lo besó. Le dio un beso suave, tierno, que no tenía nada de aquella necesidad desesperada que él conocía bien.

Cuando Jane se apartó, tenía una sonrisa que hacía que

rejuveneciera diez años. Era casi como una niña.

—Aunque hay una cosa sobre la que te he mentado —le advirtió, de repente.

—¿Sobre qué?

—En realidad, sí soy una maniática del orden y la limpieza.

—Ya, eso es evidente. Lo único que tienes que hacer es no traer flores naturales a mi casa, y todo irá bien.

Se sonrieron el uno al otro, como bobos, durante varios segundos. Después, ella miró hacia la caravana.

—¿Cómo está tu padre?

Chase cabeceó y la estrechó contra su costado, para que pudieran ver la puesta del sol. El horizonte se estaba poniendo de color rosado.

—Ha vuelto a mirar folletos de centros de rehabilitación. Creo que la detención del asesino lo ha sacado de su aturdimiento. Él ayudó a que lo descubrieran todo. Pero no te hagas muchas ilusiones para el Día de los Abuelos del colegio. Ya hemos pasado por esto media docena de veces.

—De acuerdo.

Ella apoyó la cabeza en su hombro. Dejó de apretarle la mano, y sus dedos se relajaron. El sol se hundió entre las montañas.

Chase carraspeó.

—Bueno, en realidad, antes quería decir que puedes usarme, pero solo algunas veces. Tampoco quiero ser demasiado inflexible con eso —dijo. Ella se echó a reír y se acurrucó contra él—. Y voy a dejarme crecer el pelo, para que no tengas que salir a cenar con un tío rapado.

Entonces, ella se irguió, y le acarició la cabeza. Él se estremeció

al ver que a ella se le dilataban las pupilas.

—No, déjate así. Hazlo por mí. Aunque solo sea una temporada...

—Ummm... No sé. Es mucho trabajo. Tengo que pasarme la máquina cada pocos días.

—¿De verdad? ¿Y puedo mirar?

Oh, sí.

—¿Es que quieres mirar?

Ella se humedeció los labios.

—Sí, por favor.

—¿Y tienes alguna idea para que a mí también me compense?

Ella se inclinó hacia él, y comenzó a susurrarle al oído. Cuando le rozó la oreja con la boca, él cerró los ojos de placer. Y, cuando le mordió suavemente el lóbulo, él tomó aire bruscamente.

—¿Y qué te parecería hacer el pago por adelantado?

—Lo que haga falta —dijo ella.

Chase quería ayudarla a deslizarse suavemente hacia el suelo, pero su movimiento fue más parecido a un empujón. Jane aterrizó con una sonrisa llena de picardía.

—¿Nos vemos en mi casa? —le

preguntó él, saltando al suelo.

—Mi casa está un poco más cerca —dijo ella.

Entonces, entró en su coche y salió casi derrapando hacia la carretera principal, formando una nube de polvo anaranjado bajo los últimos rayos de sol.

Él subió a la camioneta y giró, pero se detuvo un instante para mirar a través de la mosquitera de la puerta de su padre. Todavía tenía una cerveza en la mano, pero estaba inclinado sobre un folleto, leyéndolo. Chase tocó el claxon y esperó a que su padre se despidiera

con la mano. Después, salió tan rápidamente como había salido Jane.

El futuro lo estaba esperando y, en aquella ocasión, no iba a permitir que se le escapara, ni siquiera por su padre.



## Capítulo 26

El viernes por la noche, el camino hacia Tumble Creek estaba precioso y muy tranquilo. Bajaron las ventanillas y pusieron la música a todo volumen, y disfrutaron del olor a primavera. Iban en la camioneta de Chase tomados de la mano y, de vez en cuando, ella se inclinaba para darle un beso en el hombro.

Sin embargo, cuando llegaron a

casa de Lori, Jane se irguió con un jadeo.

—¿Qué pasa? —le preguntó Chase.

—¡Nada! Es que no puedo creerme lo bonito que está todo.

La casa de Lori estaba adosada a un taller mecánico vacío y, más allá, había un vertedero privado lleno de piezas oxidadas. Sin embargo, en la penumbra, lo único que se veía era una gran carpa blanca que ocupaba casi todo el jardín. Estaba iluminada con cientos de luces diminutas. Se oía una suave música.

Jane había ayudado al señor Jennings a contratar la carpa y el catering, pero no se esperaba que la transformación pudiera ser tan completa.

—¿Estás segura de que quieres presentarme a todos tus amigos?

Ella lo miró, acordándose de cómo se había agarrado a su cabeza tatuada tan solo una hora antes.

—Completamente segura. Además, aquí solo conozco a unas cuatro personas, así que no es para tanto.

—Vaya, gracias.

Ella salió de la camioneta

riéndose. No estaba nerviosa, aunque aquella fuera su primera aparición en público como pareja. Chase había hablado mucho de sacarla por toda la ciudad aquella semana, pero, al final, se habían quedado en casa, recuperando las noches perdidas. Y, la noche anterior, Chase había estado con su padre, ayudándolo a seleccionar los programas de rehabilitación que más le convencían. Se habían quedado con tres para elegir. Su padre nunca había llegado tan lejos, y Chase hablaba esperanzadamente de ello.

Jane lo tomó de la mano, y caminaron hacia la música. Ella vio enseguida al señor Jennings, y se acercó a él.

—¡Jane, estás guapísima! Hola, Chase —dijo, y le dio una palmada en el hombro—. Enhorabuena por haber recuperado el favor de Jane.

—Gracias.

—Eres un hombre afortunado. Y, además, me gustaría advertirte que no se te ocurra hacerle nada malo, ¿entendido?

Chase sonrió, e inclinó la cabeza a modo de asentimiento.

—¿Conoces a Lori? —preguntó

el señor Jennings. Entonces, se giró hacia ella y la salvó de una conversación con un hombre mayor, de aspecto malhumorado, que tenía un lapicero apoyado en una libreta. Parecía un reportero de los años sesenta.

El señor Jennings le rodeó la cintura a su novia.

—Lori Love, te presento a Chase.

—Ah, Chase —dijo ella, y abrió unos ojos como platos al verlo. Chase le estrechó la mano—. Me alegro de conocerte.

—Yo también me alegro de

conocerte, Lori. Felicidades por el gran tour.

—Bueno, tampoco es para tanto —dijo ella. Después, le dio un codazo a Quinn—. Todavía no puedo creerme que hayas hecho todo esto.

—Dale las gracias a Jane. Si lo hubiera hecho yo solo, habríamos terminado en una tienda de campaña con dos latas de refrescos. Gracias, Jane.

Jane se ruborizó de placer.

—De nada... Quinn.

Tanto Quinn como Lori emitieron expresiones de asombro,

mientras Jane se reía y lamentaba no tener una copa en la mano.

—¡Escuchad! —exclamó Quinn—. ¡Me ha llamado Quinn! ¿A ti todavía te llama señor Chase?

—Solo en privado —respondió Chase, y eso provocó más exclamaciones de la pareja.

—Oh, caramba —dijo Jane, riéndose—. Ve a buscarme una copa, por favor. Todavía no estoy acostumbrada a tener un novio gracioso. Necesito un refuerzo líquido.

En cuanto Chase se alejó, Lori agarró del brazo a Jane.



—Oh, Dios mío. ¿Me estás tomando el pelo?

—¿Por qué? —preguntó Jane, con una enorme sonrisa.

—¡Creía que Quinn había exagerado, pero ahora veo que se ha quedado corto!

—La cabeza afeitada es algo nuevo.

—¿Que la cabeza afeitada es algo nuevo? No puedo creer que Jane Morgan haya dicho eso. Y, además, sobre su novio.

Jane se echó a reír.

—Y vaya si es grande. Demonios —añadió Lori, y le dio

un abrazo a su amiga—. Estoy muy feliz por ti. Es un chico muy mono.

—Gracias. Tus consejos... me sirvieron de ayuda.

—Me alegro.

Cuando Chase volvió con una copa de vino, Lori se alejó para atender a los demás invitados.

—¡Que no se te olvide llevarte tu caja de libros! —le dijo a Jane.

—¿Qué libros? —preguntó Chase.

—Lori y yo vamos a empezar nuestro propio club de lectura cuando vuelva de Europa.

—¿De verdad? ¿Y yo puedo

formar parte?

Al pensar en el tipo de libros que iban a leer, Jane negó con la cabeza.

—Ni hablar. Es solo para chicas. Además, a ti no te gusta leer.

—Pero si...

Una mujer rubia pasó como una flecha junto a ellos y corrió hacia Lori para darle un abrazo, gritando de alegría.

—¿Quién es esa? —preguntó Chase.

—Es Molly, la hermana de Quinn. Ella también está en el club

de lectura.

—¿De verdad?

Miró a la impresionante mujer, que llevaba unos ajustadísimos pantalones de cuero y unos tacones muy altos. Molly seguía gritando de alegría.

—¿Esa chica es familiar de Quinn?

—Sí. Es su hermana.

Un hombre con pantalones vaqueros y una camisa del uniforme de la policía se acercó a Molly y le puso la mano sobre la boca para silenciarla.

—¿Y ese tipo? ¿Es su oficial de

la libertad condicional?

—No. Es su novio, Ben Lawson. Es jefe de policía de Tumble Creek. Vamos, te los voy a presentar.

Mientras Jane hacía las presentaciones, no dejaba de pensar que iba a sentir una punzada de vergüenza... Aquel viejo miedo a sentirse expuesta. Sin embargo, aquello no ocurrió. Solo se sentía... afortunada. Incluso cuando Ben Lawson se fijó en los tatuajes de Chase, antes de tenderle la mano. Y, sobre todo, cuando Molly se acercó a ella y le susurró:

—¡Oh, Dios mío, qué sexy es!

Chase le pertenecía, y ella había superado sus miedos.

—¿Quieres bailar? —le preguntó él, pasándole la mano por la cintura.

—Claro que sí.

Chase la guio hasta una plataforma de madera que había en la carpa, y la rodeó con sus brazos.

—Te quiero —susurró, contra su pelo—. Estás guapísima.

Jane se sintió guapa y feliz, y posó la cabeza en su pecho para oír los latidos de su corazón. Se mecieron al ritmo de la música, y

ella notó una suave brisa en la espalda.

—Seguramente, no debería decirte esto —le susurró Chase al oído—, pero, un día, voy a casarme contigo.

Ella abrió los ojos.

—¿Cómo?

—No te asustes. No te lo estoy pidiendo ahora. Solo quiero advertírtelo. Sé que vas a necesitar tiempo para adaptarte.

—¡Pero si solo llevamos saliendo unas cuantas semanas!

—Ya lo sé. Pero alguien tiene que convertirte en una mujer

decente. Tú nunca lo conseguirías sola.

—Chase, yo...

Jane no sabía qué decir. Ni siquiera sabía qué sentir. Su mente le enviaba descargas de terror, pero su corazón se derretía como la miel. Sin cerrar los ojos, volvió a posar la mejilla, cuidadosamente, en su pecho.

—Lo primero que vamos a hacer es comprar una casa y rodear el jardín con una valla de madera blanca.

Jane sonrió.

—Y vamos a tener dos hijos —



prosiguió él—. Un niño llamado Junior, y una niña llamada Sparkles.

—Cállate.

—Y dos rottweilers, Critter y Nutz.

—¡Oh, calla! —exclamó ella. No pudo contenerse más, y estalló en carcajadas.

Él volvió a estrecharla contra su pecho, y le besó la cabeza.

—No te preocupes, Jane —murmuró—. Podemos esperar a que estés preparada. Pero voy a pedírtelo.

Jane cerró los ojos. Toda la tensión había desaparecido de su

cuerpo.

—De acuerdo —susurró. No sintió el impulso de salir corriendo, ni el pánico de siempre. Solo sintió una dulce esperanza en el corazón. Le rodeó el cuello con los brazos, y lo miró fijamente a los ojos—. ¿Me lo prometes?

A él se le borró la sonrisa de los labios, y sus ojos se llenaron de emoción.

—Sí.

Jane se puso de puntillas y lo besó. Su única preocupación, en aquel momento, fue la pena que sentía por las demás mujeres, que

no podían tener entre sus brazos a Billy Chase.

Fue una pena efímera. Aquel hombre grande y tatuado era suyo, e iba a quedárselo para siempre.



VICTORIA DAHL. Vive con su familia en un pequeño pueblo en las montañas de Utah. Lleva leyendo novelas románticas desde los doce años y comenzó su primer libro cuando tenía veinte años. La música es su gran inspiración, sobre todo

cuando escribe novela contemporánea.

Su primera novela publicada ganó el premio Golden Heart. Ese mismo año, decidió probar suerte en la escritura de una novela contemporánea y actualmente le gusta ir alternando del mundo sensual y dramático de romance histórico a la diversión de los contemporáneos.

Ha publicado más de diecisiete libros y novelas y varios de sus libros han sido nominados para el prestigioso premio RITA.